

FOI BOI

PQ2514

P68

v. 1



1020026926



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO  
RICARDO GOVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO  
RICARDO COARRUBIAS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

POT-BOUILLE.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



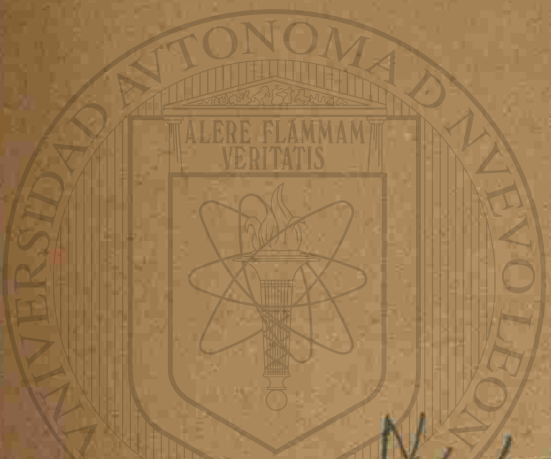
# POT-BOUILLE

(MISERIA HUMANA)

POR

EMILIO ZOLA

TOMO I



Núm. 2864  
Núm. A 30848  
Núm. An 8  
Precedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó 89  
Catalogó \_\_\_\_\_

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

LIBRERÍAS DE A. DE SAN MARTÍN, EDITOR

PUERTA DEL SOL, 6, Y CARRERAS, 39

EL LIBRO DE ORO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
APDO. 10861 MONTERREY, N.MEX.

30848

833  
Z.

PQ 2514

PG 8

V. 1



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

La versión al español de esta obra constituye una propiedad. Cumplidos los requisitos que preceptúa la ley, queda prohibida la reproducción en todo ó en parte de la misma, como también cualquier otra traducción no autorizada por el propietario de la presente.

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

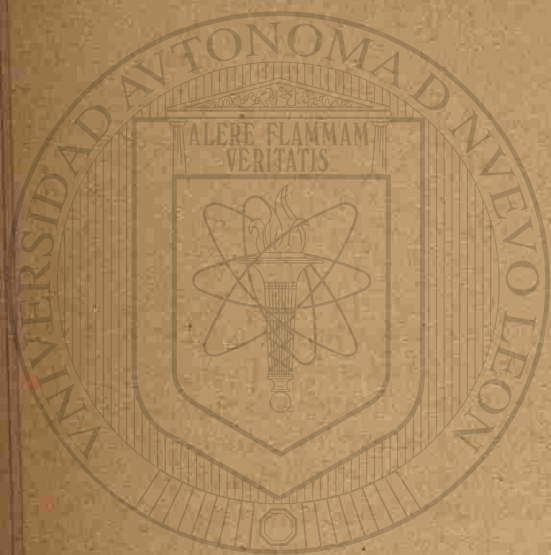
MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

## DOS PALABRAS.

Nada más difícil que traducir con exactitud y precisión el título que M. Zola ha dado á esta obra. Constituyendo como constituye una locución figurada, sólo puede buscarse su equivalente; y esto es lo que hemos hecho conservando en primer término el título francés.

*Pot-bouille* literalmente traducido quiere decir *olla que hierve*; pero el novelista no ha empleado la frase en este sentido. *Pot-bouille*, al frente de su libro, quiere expresar lo despreciable de la vida, lo asqueroso; en una palabra, *la miseria humana*.

En la necesidad de dar un nombre al libro que tanta boga ha alcanzado, respetamos el que le dió su autor y como explicación de él ponemos entre paréntesis el que mejor expresa el sentido de la obra.



## I.

El coche de alquiler que conducía á Octavio desde la estación del ferrocarril de Lyon, tuvo que detenerse en la calle nueva de San Agustín, por impedirle avanzar los vehículos de todas clases que en aquel momento, cruzando en distintas direcciones, obstruían el paso. El joven, bajó el cristal á pesar del frío que hacía aquella tarde del mes de Noviembre y se sorprendió de la oscuridad que reinaba en aquel barrio de angostas calles, que parecían un hormiguero de gente. Las destempladas voces acompañadas de imprecaciones con que los carreteros y los aurigas detenidos expresaban su mal humor, el chasquido de los látigos que les servían de desahogo, la confusión de los transeuntes, la larga fila de puertas y escaparates que ofrecían las tiendas en las que entraban y

salian multitud de personas, compradores y dependientes; todo aquel cuadro y aquel ruido, aturdió al provinciano, que se había figurado un París más ordenado, más limpio, más bello y menos agitado por los apetitos de la especulación.

El cochero bajando la cabeza hacia una de las ventanillas, le preguntó:

—¿Es en el pasaje Choiseul?

—No, hombre no, contestó Octavio, calle de Choiseul, una casa nueva.

El cochero logró avanzar, dió media vuelta y se detuvo delante de la puerta de la segunda casa de la calle que le habían indicado, casa de cuatro pisos, toda de piedra, que contrastaba por su fachada casi flamante con las deterioradas de la vecindad. Octavio, que se apeó del coche, la contemplaba, y estudiaba maquinalmente todos sus detalles, desde los almacenes de sedería del piso bajo, hasta las ventanas del cuarto, que un poco retiradas daban á una estrecha azotea. En el principal soportaban varias cabezas de mujer talladas en piedra, un balcón corrido de complicado dibujo. Los marcos de los balcones y ventanas ofrecían adornos no menos complicados, churriguerescos y como fabricados con moldes. La puerta de entrada, con semejantes adminículos y más sobre-

cargada, ofrecía en su parte superior un tarjetón con el número de la casa, que un mechero de gas interior alumbraba de noche.

Un caballero grueso y rubio que salía de la casa, se detuvo de pronto al ver á Octavio.

—¿Cómo es eso! ¿V. aquí? exclamó. No le esperaba á V. hasta mañana.

—Con efecto, amigo mío, respondió el joven, he anticipado un día mi viaje. ¿Acaso no está aún preparada mi habitación?

—Si por cierto... Hace quince días que alquilé el cuarto, y con arreglo á las instrucciones que recibí de V., ya está amueblado. Venga V. conmigo y le instalaré.

A pesar de las instancias de Octavio, insistió en conducirle á su habitación. El cochero bajó el equipaje y lo introdujo en el portal; donde de pie junto á la portería se hallaba un hombre con todo el aspecto de un diplomático, leyendo el *Moniteur*. Al ver los baules se dignó preocuparse de lo que pasaba en torno suyo, y saliendo al encuentro de su inquilino, el arquitecto del tercero, como él le llamaba, le preguntó:

—¿Es la persona á quien V. esperaba, monsieur Campardon?

—Sí, M. Gourd; es M. Octavio Mouret,



para quien he alquilado el piso cuarto que estaba vacante. Dormirá allí y comerá en mi casa. M. Mouret es amigo de los padres de mi señora, y se lo recomiendo á V. eficazmente.

Octavio contemplaba el portal, cuyas paredes revestidas de estuco coronaba un techo adornado con rosetones. En el fondo se descubría un patio enlosado, grande, espacioso, pero triste: en la puerta de las cuadras un mozo limpiaba con un pedazo de ante el bocado de un caballo. Jamás había bañado el sol con sus rayos el suelo de aquel patio.

El portero, el serio M. Gourd, examinaba las maletas del recién llegado, las empujó un poco con el pié, su peso le inspiró una actitud respetuosa, y habló de la necesidad de llamar á un mozo para que por la escalera de servicio subiese el equipaje á la habitación del nuevo inquilino.

—Voy á salir, dijo á su esposa acercándose á la portería.

Esta portería consistía en una salita, con grandes espejos, alfombrada con moqueta de flores encarnadas, y adornada con muebles de palo santo. Por una puerta entreabierta se descubría parte del dormitorio, en el que había una cama con colgadura y col-

cha de reps azul. Mad. Gourd, la portera, mujer fornida, correctamente acicalada y ostentando la tradicional papalina, se hallaba recostada en una butaca en la más negligente ociosidad.

—Subamos, dijo el arquitecto al viajero.

Y notando al abrir la puerta de caoba del vestibulo que Octavio miraba la gorra de terciopelo negro y las zapatillas de color azul celeste de M. Gourd:

—Ha sido ayuda de cámara del duque de Vangelade, añadió.

—¡Ah! se limitó á exclamar Octavio.

—Sí, por cierto; y después casó con la viuda de un notario de Mort-la-Ville. En este pueblo poseen una casa y esperan á tener una renta de tres mil francos para retirarse... ¡Oh! son unos porteros distinguidos.

El vestibulo y la escalera eran muy lujosos. En el primero una figura de mujer, una especie de napolitana dorada, tenía en la cabeza un ánfora de la que salían tres mecheros de gas con bombas de cristal mate. Los lienzos de pared revestidos de estuco, blancos con anchos frisos de color de rosa, se repetían con regularidad en todo el hueco circular de la escalera, cuya barandilla era de hierro fundido imitando plata vieja con adornos de hojas de oro y pasamanos de caoba.

Una alfombra encarnada sujeta con varillas de cobre, cubría el centro de los peldaños. Pero lo que llamó la atención de Octavio al penetrar en el vestíbulo, fué el calor que allí hacía, calor de estufa, aire tibio.

—¡Calle! exclamó. ¿Hay calorifero en la escalera?

—Ya se ve que sí, contestó Campardon: actualmente, los caseros que se estiman, no vacilan en hacer ese gasto. La casa es excelente en todos conceptos, añadió dirigiendo á su alrededor miradas de arquitecto; y por añadidura, todos los inquilinos son personas de juicio, como Dios manda.

Después, subiendo pausadamente, fué dando cuenta al recién llegado de los diversos inquilinos de la casa. En cada piso había dos habitaciones, una con vistas á la calle y otra interior, cuyas puertas de caoba barnizadas estaban la una frente á la otra. Ante todo aludió á M. Augusto Vabre, hijo mayor del dueño de la casa, que había adquirido la primavera anterior el almacén de sedería del piso bajo y ocupaba todo el entresuelo. En el principal interior habitaba el otro hijo del casero, Teofilo Vabre con su esposa, y en el exterior el mismo casero, antiguo notario de Versailles, que vivía con su yerno M. de Duveyrier, magistrado del Tribunal Supremo.

—Un mozo aprovechado que sólo tiene 45 años, dijo Campardon deteniéndose. Me parece que ha hecho carrera aprisa ¿no es verdad?

Subió dos escalones, y deteniéndose de pronto, añadió.

—Debo decir á V. que en todos los pisos hay agua y gas.

Bajo las ventanas que daban luz á la escalera, en cada piso había una banqueta forrada de terciopelo encarnado. El arquitecto, desempeñando á las mil maravillas su papel de cicerone, llamó la atención del provinciano sobre aquel detalle, verdadera comodidad para los ancianos y las señoras. Continuó después su marcha ascendente, y como nada dijo al llegar al piso segundo:

—¿Y aquí quién vive? preguntó Octavio designando la puerta de la habitación exterior.

—¡Oh! ahí se cobijan personas á quienes nadie ve, que nadie trata... En honor de la verdad, aun cuando no habitasen aquí, nada se perdería... pero que quiere V., nunca falta una sombra que empañe poco ó mucho la luz.

Al pronunciar estas palabras hizo un gesto como de desprecio.

—El jefe de la familia, añadió, escribe libros según creo.

Al llegar al piso tercero reapareció la alegría en el rostro del arquitecto. La parte interior estaba repartida en dos habitaciones: en una de ellas vivía Mad. Juzeur, una mujer muy desgraciada, y en la otra un caballero que no iba allí más que un día á la semana á despachar sus asuntos.

Al dar estas explicaciones al joven, abrió Campardon la puerta del cuarto exterior.

—Esta es mi casa, dijo. Espéreme V. un momento, voy á coger la llave de la habitación que ha de hospedar á V., la veremos primero y después saludará V. á mi esposa.

Los dos minutos que permaneció solo Octavio, se sintió como sobrecogido por el silencio y el aspecto grave y severo de la escalera. Se asomó por la barandilla, miró abajo, después alzó los ojos y nada, ni el más leve ruido se oía. Reinaba allí la paz del cementerio, parecía aquello una de esas salas, cuidadosamente cerradas, en las que no penetra ni un soplo siquiera de aire. Detrás de aquellas elegantes puertas de caoba brillante, había algo así como abismos de honradez.

—Va V. á tener unos vecinos excelentes, dijo Campardon saliendo de su cuarto con la

llave en la mano: al lado de su habitación en la parte exterior viven los Jossierand, una familia en toda regla, el padre es cajero del almacén de cristalería de San José y tiene dos hijas casaderas; en la otra habitación interior viven los Pichon, un matrimonio apreciableísimo, que no nada en oro, no por cierto; pero él y ella están bien educados... Ciertamente, su posición contrasta con la de los demás inquilinos... él es empleado; pero amigo, no hay que andar con remilgos... un casero debe alquilar su casa del mejor modo posible.

Desde el piso tercero cesaba la alfombra de la escalera, y la reemplazaba una sencilla y ancha franja de lona gris. Octavio experimentó un leve disgusto. Aquella lona hería en cierto modo su amor propio. La escalera le había infundido algún respeto, y se había enorgullecido de habitar una casa tan distinguida como aquella, que le pintaba el arquitecto. Caminaba detrás de éste, y en el corredor que conducía á su cuarto descubrió á través de una puerta entornada una mujer joven que estaba de pie junto á una cuna. Al percibir el ruido que hacían los dos amigos, volvió la cabeza. Era rubia, con ojos claros y lánguidos. El viajero recogió una mirada de su vecina, y nada más

porque la joven poniéndose de pronto muy colorada, con aire vergonzoso como de quien se ve sorprendido, empujó la puerta y cerró.

Campardon se volvió hacia Octavio para repetirle:

—En todos los pisos hay agua y gas.

Acto continuo le enseñó una puerta que comunicaba con la escalera de servicio, le dijo que al final se hallaban como es costumbre en Francia, varios cuartos destinados á los criados de los diversos inquilinos de la casa; y deteniéndose ante una puerta que limitaba el corredor:

—He aquí la habitación de V. añadió.

Componiase de una sala cuadrada, bastante grande, con papel gris y flores azules y muebles de caoba, de una alcoba y de un tocador tan pequeño que apenas cabía en él un lavabo. Octavio se dirigió á la ventana de la sala y vió desde ella el patio triste y limpio á la vez, con su pavimento monótono y una fuente cuyo grifo de metal resplandecía. Pero ni un sér viviente, ni un rumor, nada más que las ventanas uniformes, cerradas, sin una jaula con pájaros, sin un tiesto con flores y sin más adorno que las cortinillas blancas, iguales en todos los pisos. Para ocultar una pared medianera que cerraba el cuadrado del patio, se habían

pintado ventanas como las de los otros lados, pero con persianas continuamente echadas tras de las que parecía continuar la vida recogida y casi monástica que acusaban todos los cuartos de aquella casa.

—Amigo mío, dijo Octavio encantado después de examinar la habitación, no ha podido V. hospedarme más á mi gusto.

—Lo celebro en el alma, contestó Campardon. Por mi parte y aunque sin separarme de las instrucciones de V., he obrado como si se hubiera tratado de mi persona. ¿Con qué el mobiliario le agrada á V.? Es cuanto por de pronto puede necesitar un joven; después... V. lo aumentará á medida de su deseo.

Octavio estrechó sus manos en señal de gratitud, y le manifestó cuánto sentía haberle molestado.

—De ningún modo... ¡ah! lo que tengo que recomendar á V. es que no haga ruido, y sobre todo que no traiga jamás por aquí á ninguna hija de Eva... ¡Oh! créame V., si tal hiciera, si apareciese en la escalera alguna falda subversiva, produciría ese suceso en la vecindad una verdadera revolución.

—¡No tenga V. cuidado! contestó el joven con alguna inquietud.

—Se lo advierto á V., porque el primero

que sufriría las consecuencias sería yo... Ya ha visto V. lo que es la casa; por todas partes trasciende al juicio, á la honradez, á la moralidad de sus moradores... Reconozco que hay alguna exageración... pero ¿qué quiere V.? hay que respetar esos escrúpulos, hijos de una susceptibilidad plausible. En cuanto el bueno del portero se apercibiese de la entrada ó salida de lo que aquí es fruto prohibido, daría parte al casero, éste me llamaría y me pondría de ropa de Pascua. Así es, que á las indicadas consideraciones uno mi ruego para que pueda yo vivir tranquilo... ¿Con que respetará V. la tradición, no es eso? Bien, bravo, amigo mío, gracias anticipadas por su resolución.

Octavio, conmovido por las palabras del arquitecto, juró complacerle, y entonces Campardon guiñando el ojo y bajando la voz, como si temiera que le oyesen, añadió:

— Fuera de aquí, ya es otra cosa... ¿está usted? A cada edad hay que darle lo suyo, y además, París es grande, cada cual puede hacer de su capa un sayo... y lo que es yo, en el fondo, comprendo ciertas debilidades... al fin y al cabo soy un artista.

Un mozo subió con el equipaje y después de dejarlo, asistió el arquitecto con paternal bondad á las prosáicas operaciones que prac-

ticó el joven para quitarse el polvo del camino y asearse. Después dijo levantándose:

— Ea, ahora bajemos á ver á mi mujer.

Así lo hicieron, y la criada que abrió la puerta, una chica pequeña, bastante morenita y muy lista, dijo que la señora estaba ocupada. Deseando Campardon dar muestras de confianza al joven huésped, le enseñó la casa. En primer lugar, visitaron la sala de recibo, cuyas paredes ostentaban un precioso papel blanco y oro, muy adornado con molduras de fábrica. Hallábase entre un gabinete verde que el arquitecto había trasformado en su estudio, y el gabinete que servía al matrimonio de dormitorio, en el que no pudieron entrar, pero cuya forma y ornamentación le describió minuciosamente.

Pasaron en seguida al comedor, forrado de papel simulando roble y con diversos y complicados medallones figurando ramos de flores. Octavio al verse allí, exclamó maravillado:

— ¡Todo esto es magnífico!

Sin embargo, en el techo aparecían dos grandes hendiduras, y en uno de los ángulos se había descascarillado la pintura y se veía el humilde y democrático yeso.

— Sí, dijo pausadamente el arquitecto al

mismo tiempo que miraba al techo, hay apariencia... Todas estas casas están admirablemente arregladas para producir efecto... Respecto de la solidez, ya es otra cosa. Ya ve V., apenas tendrán doce años estas paredes y ya asoman las grietas. Se construye la fachada con piedra y se la adorna con esculturas hechas á máquina; se barniza la escalera; se doran y se pintan las habitaciones, y esto halaga, inspira consideración... Pero no nos quejemos; endebles y todo como son las nuevas construcciones, durarán por lo menos tanto como nosotros. ¿Qué más podemos pedirles?

Atravesaron de nuevo la antesala, y el arquitecto mostró á su amigo un cuarto que habia á la izquierda con vistas al patio, en el que dormía su hija Angela. Todo en aquella habitación era blanco, asemejándola en aquella tarde del mes de Noviembre á una tumba. Al final de un corredor estaba la cocina, y Campardon familiarizándose más y más con su huésped, quiso que entrase á verla para que conociera todos los rincones de la casa.

—Venga V., venga V.; dijo empujando la puerta.

En aquel momento oyeron un ruido infernal. A pesar del frio, la ventana de la co-

cina estaba abierta de par en par, y asomadas á ella la doncella morenita y una cocinera vieja y de muchas carnes. Aquella ventana daba á un estrecho patio interior, que más parecía un pozo por no decir una cloaca. Las dos criadas gritaban á la vez, al mismo tiempo que del fondo de aquel antro subían voces cascadas y aguardentosas, mezcladas con careajadas y palabrotas. Aquel patio parecía como el vertedero de una alcantarilla: toda la domesticidad de la casa tenia aquel punto de reunión y de desahogo. Octavio no pudo menos de pensar en aquel instante en la majestad de la escalera principal.

Las dos criadas movidas por el iustinto, se volvieron, quedando consternadas al ver á su amo con un caballero. Acto continuo cerraron la ventana y se restableció el silencio.

—¿Qué era eso, Lisa? preguntó Campardon.

—Nada, señor, respondió la doncella procurando contener la ira de que se hallaba poseída; lo de siempre, que esa puerca de Adela ha arrojado las tripas de un conejo por la ventana... El señor debería quejarse á M. Jossierand.

Campardon se puso serio, y no queriendo

dar importancia al asunto, salió de la cocina con su huésped y se encaminó á su estudio diciéndole:

— Ya lo ha visto V. todo: en cada piso hay la misma distribución. ¡Pero á pesar de lo pequeña que es la casa y de ser un tercero, pago dos mil quinientos francos! Los alquileres aumentan que es un gusto... sobre todo para los caseros. M. Vabre se mete todos los años en el bolsillo veintidos mil francos con sólo lo que le produce este inmueble. Y cada día ganará más, porque se trata de abrir una anchá calle desde la plaza de la Bolsa, hasta el teatro de la Opera: el proyecto ha sido ya aprobado... Ahí tiene usted lo que son las cosas: hace doce años compró el terreno por un pedazo de pan como quien dice, después de un gran incendio producido por la criada de un droguero; y ahora.. ¡ahora échele V. galgos!

Al entrar en el estudio del arquitecto, vió Octavio encima de un tablero de dibujo, recibiendo toda la luz que entraba por el balcón y en un cuadro riquísimo, una virgen mostrando fuera de su abierto pecho un corazón enorme, flameante. Al verlo no pudo contener un movimiento de sorpresa, y miró á Campardon, á quien algunos años antes había conocido en Plassans, pueblo de

su naturaleza, menos devoto de lo que parecía entonces y en cambio algo alegre de cascos.

— ¡Ah! murmuró el arquitecto un poco ruboroso, no le he dicho á V. que he sido nombrado arquitecto diocesano de Evreux. Una bicoca: dos mil francos al año á lo sumo. Pero no me da que hacer; algún viaje de cuando en cuando: tengo allí un inspector que me reemplaza... Que quiere V., es conveniente poder poner en las tarjetas: arquitecto del Gobierno. No puede V. imaginarse los negocios que esto me proporciona y... de gente distinguida. Al hablar, miraba á la virgen, y en un brusco acceso de franqueza, añadió:

— Por supuesto, que como V. comprenderá, me tienen sin cuidado todas estas pamplinas.

Octavio se echó á reir, y el arquitecto comprendió que hacía mal en tener tanta confianza con un joven. Bajando entonces los ojos y tomando un aspecto compungido, procuró recoger velas.

— Llamo pamplinas á estas cosas añadió, y lo son y no lo son... Ya voy siendo algo viejo; y cuando llegue V. á mi edad, cuando tenga V. mundo, ya verá V. cómo le ponen serio las cosas que hoy le hacen reir.

Con este motivo habló de sus cuarenta y dos años, del vacío de la existencia, y dió á sus palabras un tinte de melancolia que contrastaba con su robustez y su salud. Había procurado dar á su cabeza un aspecto artístico, llevaba la barba cortada á lo Enrique IV, pero á pesar de todo se veía en él el cráneo achatado y la mandíbula cuadrada de esos tipos vulgares, de inteligencia limitada y de voraces apetitos. En su juventud se había señalado por su empalagosa alegría.

La distraída mirada de Octavio se fijó en un número de la *Gaceta de Francia* que asomaba entre los planos que había sobre el tablero. Campardon lo notó, y queriendo evitar nuevas explicaciones tocó el timbre, y al presentarse la doncella preguntó si la señora estaba ya visible.

La doméstica respondió que el doctor acababa de marcharse y que la señora saldría en seguida.

—Cómo es eso preguntó Octavio. ¿Madame Campardon está enferma?

—Achacosa como siempre, contestó el arquitecto con cierto aire de fastidio.

—¿Qué es lo que tiene?

El marido, algo mohino, salió del apuro contestando por tabla:

—Nada de particular, dijo, ya puede us-

ted figurarse, las mujeres son tan delicadas, siempre tienen algo descompuesto... La mía viene sufriendo desde hace trece años; desde su último parto no ha levantado cabeza como quien dice... Por lo demás, está perfectamente, y hasta más gruesa, ya lo verá usted.

Octavio no insistió. Precisamente en aquel instante volvió Lisa con una tarjeta, y el arquitecto excusándose salió precipitadamente á la sala rogando al joven que hablara con su esposa mientras volvía. La precipitación del arquitecto era hija del temor que le asaltó de que Octavio le molestase con nuevas preguntas, si veía como él había visto la negra sombra de una sotana. Por esta razón, al marcharse procuró cerrar la puerta.

Casi al mismo tiempo que el arquitecto saltó, entraba su esposa en el estudio por una puerta de escape. Octavio la encontró desconocida. Cuando él era chico y la conoció en Plassans en casa de su padre M. Dommegue, empleado en la administración de puentes y calzadas, era feucha y delgada; y á los veinte años estaba tan enfermiza que parecía una niña bajo la influencia de la crisis que produce en la mujer el paso de la niñez á la pubertad. Todo había cambiado; estaba gruesa, su tez se asemejaba á las de



las monjas bien conservadas, había languidez en sus ojos, hoyuelos en sus mejillas y algo en su rostro que le daba cierto aire así como de gata golosa. Si no había podido llegar á ser bonita, por lo menos se había madurado tomando el sabor dulce y el olor fresco y apetitoso de las frutas del otoño. Lo único que notó el joven á pesar de la suelta y ancha bata de seda azul que aumentaba su languidez, fué que andaba con dificultad.

—No le hubiera á V. conocido, le dijo ella tendiéndole las manos; está V. hecho un hombre. ¡Cómo ha cambiado V. desde que no nos vemos!

Y al hablar así miraba á Octavio, alto, moreno, buen mozo, con el bigote y la barba esmeradamente arreglados. Cuando el joven le aseguró que no tenía más que veintidos años, ella exclamó admirada que representaba lo menos venticinco; y el mozalvete, á quien cualquier mujer, incluso la más humilde doméstica, producía un encanto especial, reía con toda su alma acariciando á la esposa del arquitecto con sus ojos de color de oro viejo que tenían la suavidad del terciopelo.

—Con efecto, repetía alegremente, he crecido, no tenía más remedio que crecer...

¿Se acuerda V. de cuando me compraba las canicas su prima de V. Gasparina?

Después le dió noticia de sus padres que disfrutaban de excelente salud y vivían dichosos en la casita que habían elegido para pasar cómodamente la vejez. Lo único que sentían era la soledad en que se hallaban, y no miraban con buenos ojos á su yerno Campardon por haberles privado de la agradable compañía de su querida Rosa. Después procuró el joven reanudar la conversación acerca de la prima Gasparina, movido por el recuerdo de la antigua y precoz curiosidad que no había logrado satisfacer respecto de una aventura que había quedado para él sin explicación: tal era la pasión del arquitecto por Gasparina, guapa chica, aunque pobre, y su brusco matrimonio con la enfermiza Rosa que tenía treinta mil francos de dote; suceso de resultados del cual hubo una escena de lágrimas, un rompimiento de las dos jóvenes y la fuga de la abandonada á París al lado de una tía que tenía, costurera de profesión. A pesar de las indirectas y de las alusiones de Octavio, Mad. Campardon no se dió por entendida, y el joven se quedó con el deseo de satisfacer su curiosidad.

—¿Y sus padres de V., preguntó á Octavio, cómo han quedado?

— ¡Bien, muy bien, gracias! respondió. Mi madre no sabe salir de su jardín. Por lo demás, la casa de la calle de la Banne está como V. la dejó... Diga V., ¿se acuerda usted de los pastelillos que llevaba V. á mi hermana?

Mad. Campardon que no podía permanecer mucho tiempo de pié, se había sentado en uno de los altos banquillos que solía ocupar su marido al dibujar, con cuyo motivo colgaban sus piernas bajo la bata sin tocar al suelo. Octavio por su parte había acercado una silla baja y se hallaba como á sus piés, teniendo que levantar la cabeza para hablarla con el aire de adorador que le era peculiar. El joven tenía verdadera disposición para captarse la confianza y el afecto de las mujeres; así es, que al cabo de diez minutos, Rosa y él se trataban como dos antiguas amigas de colegio.

— Me tiene V. convertido en su huésped, dijo Octavio acariciando su barba con una mano perfectamente modelada y adornada con bien cortadas y sonrosadas uñas... Ya verá V. que bien nos arreglamos... Por de pronto, no puedo menos de manifestar á usted mi gratitud por el interés que ha mostrado V. para hacer agradable al chicuelo de Plassans su estancia en París.

— No me dé V. las gracias, contestaba ella; soy muy perezosa y no he hecho nada. Aquiles, mi esposo, es quien lo ha arreglado todo. Por lo demás, bastaba que mi madre nos hubiese confiado el deseo que tenía usted de vivir en el seno de una familia, para que nosotros nós apresuráramos á abrir á V. las puertas de nuestra casa. De este modo nosotros disfrutaremos de su agradable compañía y V. no vivirá entre personas extrañas.

Octavio pasó al capítulo de las confianzas, y expuso que después de haber obtenido el grado de bachiller, para complacer á su familia, había ido á Marsella, donde había vivido tres años en un gran almacén de percales estampados, cuya fábrica se hallaba establecida en los alrededores de Plassans. El comercio le entusiasmaba, el comercio del lujo de la mujer en el que se ejerce una seducción, una posesión lenta del bello sexo por medio de frases amables y de aduladoras miradas. Bajo la impresión de este recuerdo, refirió con aire de triunfo cómo había ganado cinco mil francos, sin los cuales, acusando al hablar una prudencia de judío bajo el aspecto de un calaverilla, jamás se habría arriesgado á ir á París.

— Figúrese V., dijo, que mis principales

tenían una indiana Pompadour; dibujo antiguo, pero precioso... Nadie caía en la tentación de comprarla y estaba relegada á los sótanos desde hacia dos años... Tuve yo por entonces que salir en comisión al Var y á los Bajos Alpes, y se me ocurrió la idea de comprar aquel saldo para venderlo por mi cuenta. Me lo llevé y obtuve un éxito extraordinario. Las mujeres se disputaban la tela; hoy no hay una siquiera por allá que no luzca mi indiana... Verdad, es sin modestia, que yo me di gran maña para hacerlas entrar por el aro... Y lo conseguí, si señora, lo conseguí: al poco tiempo todas me oían como á un oráculo, y hubiera hecho de ellas lo que me hubiera dado la gana.

El joven reía celebrando el recuerdo de su triunfo, mientras que Mad. Campardon seducida y trastornada por la idea de la famosa indiana Pompadour, le preguntaba si era una que había buscado inútilmente por todas partes para una bata de verano, con ramitos sobre tela lisa y natural.

—He viajado durante dos años, y creo que esto basta, añadió el joven; París ofrece más ancho campo, y sin perder tiempo voy á buscar alguna ocupación.

—Pues qué, exclamó la esposa del arquitecto, ¿mi marido no le ha dicho á us-

ted que ya le ha proporcionado una cerca de nuestra casa?

Al oírla expresó el joven su gratitud; y admirado de su suerte se preguntaba si aquella misma noche hallaría en su cuarto una mujer hermosa y cien mil francos de renta, cuando una niña de catorce años larguirucha y fea, con cabellos de un rubio indeciso, empujó la puerta y lanzó una exclamación de susto.

—Entra, no tengas miedo, dijo inadmecampardon. Es M. Octavio Mouret, de quien nos has oído hablar muchas veces. Después, volviéndose hacia el joven:

—Mi hija Angela, añadió presentándola. La última vez que fuimos á Plassans no la llevamos porque estaba muy delicada; pero ahí la tiene V., que va creciendo...

La niña con esa cortedad mimosa de las muchachas de su edad, se colocó detrás de su madre, y aunque bajando los ojos procuraba mirar al joven huésped.

A poco volvió Campardon muy animado, y no pudiendo ocultar su alegría, refirió en pocas palabras á su esposa lo que acababa de pasarle.

El cura de San Roque, el abate Mauduit, había ido á hablarle de algunos trabajos; una sencilla reparación pero que podía dar

mucho de sí. Después, sintiendo haber hablado delante de Octavio cambió de tono, y dándole un golpecito en el hombro, dijo:

—Vamos á ver, ¿qué es lo que hacemos?

—V. tendrá que salir, objetó Octavio; por mi parte no quiero molestarle.

—Aquíles, dijo Mad. Campardon, aún no has hablado á nuestro amigo de la ocupación que le has proporcionado en casa de los Hedouin...

—¡Calle!... ¡es verdad, se me había olvidado! Pues sí, amigo mío, es el cargo de primer dependiente en un comercio de novedades. Alguna persona que yo conozco ha hablado en favor de V. y le esperan. No son más que las cuatro; ¿quiere V. que vayamos en un momento y le presentaré?

En su afán de vestir con corrección, vaciló Octavio, temeroso de que no estuviera bien hecho el lazo de su corbata; pero madame Campardon le tranquilizó respecto de los escrúpulos que abrigaba, y se decidió á seguir á su amigo. Éste imprimió un ósculo en la frente que con un lánguido movimiento de cabeza le presentó su esposa, exclamando con la más tierna efusión:

—Adiós, monona mía, adiós pimpollo...

—No olviden ustedes que comemos á las siete, les dijo acompañándolos hasta el sa-

lón, donde cogieron sus sombreros. Angela los seguía maquinalmente, pero el profesor de piano la esperaba, y acto continuo se puso á golpear el instrumento con sus dedos secos y afilados. Octavio, que se detenía en la antesala para dar nuevamente gracias á Mad. Campardon por su amabilidad, oyó los primeros preludios, y mientras bajó la escalera parecía perseguirle la música. De casa de Mad. Juzeur, de la de los Vabre, de las de Duvyrier, otros pianos respondían al de Angela, ejecutando diversas piezas y alterando el recogimiento de aquel silencioso lugar.

Al salir de la casa, Campardon guió á su amigo á la calle nueva de San Agustín. Iba silencioso y meditabundo, como un hombre preocupado.

—¿Se acuerda V. de Gasparina? preguntó á Octavio. Ahora vamos á verla. También ocupa una posición análoga á la que va usted á tener en casa de los Hedouin.

El joven creyó que aquella ocasión era oportuna para satisfacer su curiosidad.

—Sí, ¿eh? ¿Pero vive con ustedes?

—No, hombre, no, exclamó el arquitecto con viveza y algo amoscado.

Como la violencia de su respuesta asombrase á Octavio, continuó diciéndole con obligada amabilidad:

—Mi mujer y ella están reñidas... Disgustos que siempre hay en las familias!.. Yo la hallé un día, y ya se ve, cómo había de negarle el saludo; tanto más, cuanto que la pobre no es rica. Continuamos tratándonos, y ahora saben la una de la otra por mí... Estas antiguas luchas requieren tiempo... sólo los años cicatrizan las heridas.

Octavio se resolvió á interrogarle categóricamente acerca de su matrimonio, cuando el arquitecto interrumpiéndole le dijo:

—Ya hemos llegado.

En el ángulo de las calles nueva de San Agustín y de la Michodière, se hallaba un almacén de telas de novedad, cuya puerta se abría sobre el estrecho triángulo de la plaza Gaillon. Ocultando dos antepechos del entresuelo, se veía una muestra que decía en grandes letras, que habían sido doradas: «El Paraíso de las señoras: casa fundada en 1822.» Y en los cristales de los escaparates con letras rojas se leía: *Deleuze, Hedouin y Compañía.*

—Las apariencias engañan, dijo Campardon. Falta en lo que se ve el gusto moderno, pero es un establecimiento de mucha solidez y gran moralidad. M. Hedouin, un antiguo dependiente, casó con la hija del hermano mayor de los de Deleuze, que mu-

rió hace dos años; de manera que dirigen la casa los dos jóvenes casados; porque un hermano del abuelo de ella, que aún vive, y otro socio que tienen, según creo, están detrás de la cortina... Ya verá V. á Mad. Hedouin... ¡Tiene una gran cabeza! Entremos.

Precisamente M. Hedouin había partido para Lila á comprar géneros, y su esposa fué quien los recibió. Estaba de pié, con un mango de pluma detrás de la oreja dando órdenes á dos mozos que colocaban piezas de tela en los estantes, y pareció al joven provinciano, tan grandiosa, tan admirablemente bella, con su correcto rostro y su peinado sencillo y elegante; tan grave con su vestido negro, sin más adorno que un simple cuello blanco y una corbata de hombre, que á pesar de su poca timidez, no pudo menos de balbucear las palabras con que la saludó.

—Corriente, dijo ella, con la mayor tranquilidad después de haber oído las explicaciones del joven. Puesto que nada tiene usted que hacer, puede V. ir poniéndose al corriente de sus obligaciones hasta la hora de comer.

Llamó á un dependiente, le confió á Octavio; y después de responder con la mayor finura á una pregunta que le hizo Campar-

don, que Gasparina había salido y que no regresaría hasta las seis; volvió la espalda al arquitecto y continuó su tarea dando órdenes con su voz dulce y rígida á la vez.

—Ahí, no, Alejandro... decía. Las piezas de seda arriba. Esas no son de la misma fábrica, mire V. la marca y tenga más cuidado.

Campardon que no sabía qué hacer, si irse ó quedarse, resolvió lo primero y anunció á Octavio que volvería á buscarle para llevarle á su casa á comer.

Durante dos horas, el joven examinó el almacén y le pareció pequeño, mal alumbrado, atestado de mercancías. Los fardos desde el suelo hasta el techo en todas las habitaciones, abrian estrecho y difícil paso á la circulación en el interior. En varias ocasiones halló al paso á Mad. Hedouin, muy atareada siempre y recorriendo los estrechos pasillos que formaban los fardos, sin tropezar con nadie ni enganchar en las cuerdas ni un sólo botón de los que adornaban su traje. Era en todo y por todo el alma del establecimiento, y la menor señal de su blanca mano bastaba para que todos, dependientes y mozos, la obedecieran en el acto.

Octavio se sentía como herido en su amor propio al notar que no se ocupaba para nada de él.

A cosa de las siete menos cuarto, al volver al piso entresuelo por la quinta ó sexta vez, indicaron al joven que Campardon estaba en el piso principal con la señorita Gasparina. En dicho piso se hallaba el departamento de lencería al cuidado de la prima de la esposa del arquitecto. La escalera que ponía en comunicación interiormente las secciones del establecimiento, era de caracol, y Octavio que subía de dos en dos los escalones, se detuvo al llegar al principal detrás de un elevado montón de piezas de percal, porque oyó con asombro la voz de Campardon tuteando á Gasparina.

—Te juro que no, decía con acento tan agitado, que hasta olvidando su situación levantaba la voz más de lo conveniente.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y cómo está? preguntó la joven.

—Como siempre, hija mía, tan pronto bien como mal. La pobre comprende que su enfermedad no tiene remedio.

—Pobre amigo mio, añadió Gasparina con voz conmovida, si alguien hay digno de lástima eres tú. Pero en fin, ya que has podido arreglártelas de otro modo... del mal el menos. Dile cuanto me apesadumbra su dolencia.

Campardon sin dejarla acabar la frase, la

cogió por los hombros y la dió un beso en los labios. Ella correspondió á esta caricia añadiendo con la mayor frescura:

—Si puedes ir mañana á las cinco... te esperaré acostada. Das tres golpes... ya sabes.

Octavio, asombrado de lo que acababa de oír y comprendiendo lo que pasaba, tosió y se presentó. Otra sorpresa le aguardaba. La prima Gasparina había perdido toda su belleza, estaba muy delgada, se había apergaminado y no conservaba de su antiguo esplendor más que los ojos, grandes y brillantes en medio de su rostro pálido y terroso. A pesar de todo, le admiró con su frente espaciosa, su boca grande, ardiente y fácil al cariño, como Rosa le había encantado con su gordura tardía de rubia lánguida é indolente.

Gasparina estuvo con él muy amable. Se acordaba mucho de Plassans, y habló al joven de los sucesos de otros días. Cuando se separaron de ella Campardon y él, estrechó sus manos como la de dos antiguos camaradas.

Al bajar á la tienda Mad. Hedouin, se limitó á decir á Octavio:

—Hasta mañana. No es necesario que vuelva V. esta noche.

En la calle, aturdido por el ruido de los coches y molestado á cada instante por los transeúntes, el joven no pudo menos de pensar que la esposa de su principal era bonita pero muy poco amable. Comunicó su pensamiento á Campardon, y éste protestó manifestando que no era una mujer expansiva de buenas á primeras, pero que estaba perfectamente educada en uno de los mejores colegios, y que de todo podía acusársela menos de cortesía.

Sobre el negro y fangoso pavimento de la calle, las luces de los escaparates ricamente decorados, proyectaban con sus resplandores diversas formas geométricas contrastando con la grandiosidad de unas tiendas, la sencillez y pobreza de otras escasamente alumbradas por humeantes lámparas.

En la calle nueva de San Agustín, poco antes de torcer para llegar á la de Choisseul, se detuvo el arquitecto delante de una tienda y exclamó:

—¡Calle...! ¿V. por aquí Mad. Vabre...? ¿Cómo va esa salud?

Una mujer joven, delgada, elegante, y cubierta con un rico abrigo, se hallaba en el dintel de la puerta de la tienda con un niño de tres años. Los dos se habían guarecido allí por temor de los coches que llenaban la

calle cruzando en todas direcciones, y la señora hablaba con una anciana, que era la dueña de la tienda y que la tuteaba.

Octavio no pudo distinguir bien sus facciones en medio de aquel cuadro indecisa-mente iluminado por los mecheros de gas que el aire mantenía en continua agitación; pero le pareció fea, y lo único que llamó su atención fueron sus ojos, ardientes, centellantes, que se fijaron en él. Detrás de aquel grupo aparecía la tienda oscura, húmeda, semejante a una cueva sin aire, donde se respiraba el vago olor del salitre.

—Es la señora de M. Teófilo Vabre, hijo menor de nuestro casero, dijo Campardon á su amigo. Una mujer agradabilísima. Ha nacido en esa lonja de sedas, una de las que tienen más parroquia en el barrio, propiedad todavía de sus padres M. y Mad. Lohette. ¡Le aseguro á V. que han hecho cuartos en esa covachuela!

Pero Octavio, que no comprendía el comercio bajo aquel punto de vista al parecer miserable, aseguró que por nada del mundo consentiría en habitar un sótano como aquél. ¡Qué de amarguras debían pasarse allí! Así es que nada tenía de extraño que la señora á quien acababa de ver, estuviera enfermi-za. Entonces Campardon tomó á su cargo la

defensa de la salud de Valeria; no era ciertamente fuerte como un roble, pero estaba mucho mejor que su marido, el pobre Teófilo, un escrúpulo de hombre, endeble, macilento, quejumbroso y que en honor de la verdad la hacía pasar una vida aburrida en extremo.

Charlando así llegaron á casa del arquitecto, donde los aguardaba Mad. Campardon vestida con un elegante traje de seda gris, y peinada con esmero y hasta coquetería.

El arquitecto á fuer de buen marido, dió un cariñoso beso en el cuello á su cara mitad diciéndole como de costumbre:

—¡Buenas noches, monona mía...!

Todos se dirigieron al comedor y pasaron el rato agradablemente. Mad. Campardon habló de los Deleuze y de los Hedouin; una familia muy respetada en el barrio y cuyos individuos eran muy conocidos, un primo almacénista de papel en la calle Gaillon, un tío paraguero en el pasaje Choisseul, varias sobrinas y sobrinos establecidos en el mismo barrio. Después varió la conversación recayendo sobre Angela, que permanecía muy tiesa en su asiento y haciendo muchos gestos para comer. La madre la educaba en casa, para mayor tranquilidad, y no queriendo hablar más sobre este delicado pun-



to, guiñaba los ojos como dando á entender que las señoritas aprenden cosas feas en los colegios. Entre tanto la niña zangelotina había colocado un cuchillo sobre un plato de tal manera, que al cogerlo la criada se le cayera, y en efecto por poco hace platitos.

—V. tiene la culpa señorita, dijo Lisa con el mayor desenfado.

Una loca alegría contenida no sin violencia se reflejó en el rostro de la niña. Madame Campardon se limitó á encogerse de hombros, y cuando la doncella se fué á buscar los postres, hizo de ella los mayores elogios. Era inteligente, activa, todo se lo hallaba hecho. La cocinera no era así; á causa de sus años no era muy limpia, pero había visto nacer á Campardon y la habían tomado ley. Al tiempo en que la doncella volvía, añadió casi al oído de Octavio aludiendo á Lisa:

—De una conducta ejemplar... por lo menos nada en contrario he descubierto. Sólo sale una vez al mes para ir á visitar á una tía suya.

Octavio miraba á la muchacha, y al observar su temperamento nervioso, su pecho casi liso y sus grandes ojeras, pensó que debía divertirse en grande en casa de su tía.

Mad. Campardon proseguía explicando su

modo de pensar sobre varios asuntos. Refiriéndose á su hija, indicaba con la más seria volubilidad, que una jovencita de su edad imponía una grandísima responsabilidad, razón por la cual la tenía como en una estufa procurando que no llegasen hasta ella ni siquiera los ruidos de la calle. Entre tanto cada vez que Lisa se acercaba á la niña para cambiarle el plato, Angelita la pellizcaba en las pantorrillas, y debía haber entre las dos mucha intimidación, porque permanecían muy serias y ni la que pellizcaba ni la que recibía los pellizcos se inmutaban.

—Es preciso ser virtuosos, no por el qué dirán sino por uno mismo, exclamó Campardon con aire doctoral y sin transición aparente.—La opinión pública me tiene sin cuidado, ante todo soy artista.

Después de comer, permanecieron en la sala hasta las doce. Por supuesto que aquello era un escándalo; pero de algún modo debían celebrar la llegada de Octavio. Madame Campardon estaba fatigada y al fin se recostó en un canapé.

—¿Te encuentras mal, vida mía? la preguntó su marido.

—No hombre, no, contestó á media voz... siempre es de lo mismo.

Y dirigiéndole una mirada dulce, añadió:

—¿La has visto en casa de los Hedouin?

—Sí... y me ha preguntado por tí.

Dos lágrimas asomaron á los ojos de Rosa.

—¿Está bien, no es verdad?

—Vamos, vamos, tontona, dijo el arquitecto besando sus cabellos y olvidando que no estaban solos... Es necesario que tengas juicio... si no, sufres después... ¿No sabes monona mía que te quiero más que á mi vida?

Octavio que discretamente se había retirado hacia el balcón como para mirar á la calle, volvió á acercarse á sus amigos para examinar el rostro de Mad. Campardon, deseoso de escudriñar en él si la pobre mujer sabía las trapisondas de su marido. Pero había recuperado la afable serenidad, y parecía agradecer resignada las caricias de que la colmaba su esposo.

Al fin y al cabo se despidió el huésped, y provisto de una palmatoria con la vela encendida se hallaba en la escalera cuando oyó un ruido, como de faldas de seda al rozar en los escalones. Movidó por un sentimiento de galantería, dejó pasar á tres señoras que eran sin duda alguna Mad. Josserrand y sus hijas, inquilinas del piso cuarto exterior que volvían de alguna reunión. Cuando pasaron, la madre, mujer corpulenta

lenta y arrogante le miró con curiosidad: la hija mayor, como dándose tono, volvió la vista, y la menor le lanzó á quema ropa una mirada risueña. Esta última era una chica preciosa, de rostro expresivo, de buen color, de cabellos castaños con matiz rubio. La gracia, una gracia inocente, rebosaba en sus facciones y en su cuerpo; era suelta, vivaracha y tenía todo el aspecto de una recién casada volviendo de un baile con un traje muy complicado de combinaciones de encajes y de lazos. Las colas de los vestidos de las tres señoras desaparecieron rápidamente, y una puerta se abrió cerrándose en seguida.

Octavio guardó una agradable impresión de los ojos alegres y vivarachos de la joven.

Subió á su vez con lentitud los escalones que le quedaban. Un solo mechero de gas ardía, la escalera siempre con su tibio ambiente permanecía silenciosa, y le pareció aún más severa y recogida con sus castas puertas de caoba cerrando el paso á habitaciones y dormitorios no menos castos. Ni un solo rumor se percibía: aquellos cuartos parecían personas bien educadas que contenían el aliento para evitar hasta este indispensable ruido.

Antes de llegar á su cuarto oyó un leve

30848

rumor, y asomándose por la barandilla vió á M. Gourd con sus zapatillas y su gorro, apagando la única luz que ardía. Entonces la casa quedó sumida en las más solemnes tinieblas y como anonadada en un sueño decente y distinguido.

A pesar de este silencio, cuando se halló Octavio en el lecho no pudo dormir. El joven, en estado febril, no hacía más que dar vueltas; las impresiones del día, las nuevas caras que había visto, las ideas que habían cruzado por su imaginación, danzaban incessantemente en su cerebro. ¿Por qué razón le trataban con tanta amabilidad los Campardon? ¿Proyectaban acaso endosarle con el tiempo su hija? ¿Qué extraña enfermedad aquejaba á la pobre mujer? ¿Le admitía el arquitecto en su casa para que distrajera y animase á su costilla?

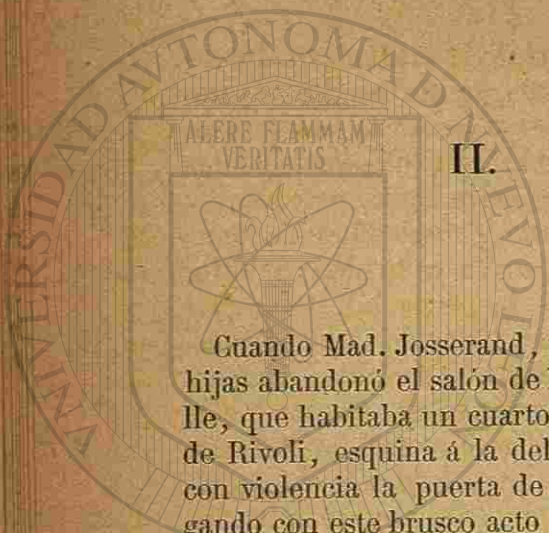
Estas ideas se embrollaban más y más en su insomnio, y á su lado cruzaban sombras; su vecina Mad. Pichon con sus miradas lánguidas, la hermosa Mad. Hedouin, correcta y seria con su severo traje negro, los ardientes ojos de Valeria, la alegre expresión de Mlle. Jossierand...

Todos estos recuerdos le perseguían.

La verdad era que la suerte le favorecía, apenas llegado á Paris. En sus ensueños

siempre se le habían aparecido mujeres llevándole de la mano á la prosperidad en los negocios, y la realidad superaba á sus sueños. Lo peor del caso era que no sabía á cual elegir, y para decidirse recordaba la dulce voz de la una, la majestad de la otra, la coquetería de ésta, la languidez de aquélla... De pronto, exasperado, cedió á su innata brutalidad, renació en él el feroz desdén, que bajo la capa de adoración voluptuosa, le inspiraban las mujeres, y exclamó en voz alta:

—¡Me dejarán dormir con mil diablos esas condenadas! Cualesquiera de ellas me es igual ó todas á la vez, si es preciso. Ahora á dormir... mañana será otro día.



## II.

Cuando Mad. Jossierand, precedida de sus hijas abandonó el salón de Mad. Dambreville, que habitaba un cuarto piso en la calle de Rivoli, esquina á la del Oratorio, cerró con violencia la puerta de la casa desahogando con este brusco acto la ira que contenía desde hacia dos horas. Berta, su hija menor, había perdido una vez más, una excelente proporción de casarse.

—¿Por qué os paráis?—dijo con malos modos á las chicas al ver que se detenían bajo los arcos de la calle de Rivoli como si esperaran ver pasar un coche para detenerle. Si os figuráis que voy á tomar un coche, os engañáis de medio á medio... A patita, hijas mías. No están los tiempos para gastar dos francos.

—Bonitas vamos á ponernos de lodo,

murmuró la hija mayor que se llamaba Hortensia. Lo que es de esta hecha, me quedo sin zapatos.

—Andando y chitito, añadió la madre encolerizada. Cuando se acaben los zapatos os quedáis en casa y os acostáis temprano. De todos modos lo mismo da sacaros á relucir que guardaros entre cuatro paredes.

Berta y Hortensia, encogiéndose de hombros, torcieron por la calle del Oratorio, recogiendo las largas faldas del mejor modo que podían y tiritando á pesar de embosarse con sus abrigos. Mad. Jossierand iba detrás muy arropada con el suyo, de pieles calvas y deterioradas. Las tres no llevaban en la cabeza más que adornos de encaje, tocado que sorprendía á los escasos transeuntes que las veían pasar una detrás de otra, escudriñando el piso para no meterse en los charcos. La exasperación de la madre aumentaba al recordar cuántas noches inútiles como aquella habían pasado durante tres inviernos, acicalándose á primera hora, y volviendo á su casa con las manos vacías, llenándose de barro y teniendo que oír las bromas de los graciosos que hallaban en el camino. No volvería á sucederle igual chasco; de ningún modo. Estaba ya harta de zarrandear á sus hijas por todo París, sin po-

der permitirse el gasto de un coche de alquiler por temor de tener que ayunar al día siguiente ó por lo menos verse obligada á suprimir un plato del almuerzo.

— ¡Y luego dicen que así es como se pescan maridos! — murmuró en alta voz, recordando la casa de Mad. Dambreville que tenía fama de proporcionar casamientos á las muchachas, y sin dirigirse á sus hijas, que iban delante y penetraban ya en la calle de Saint Honoré. — ¡Bonitas proporciones son las que ofrecen los saraos de Mad. Dambreville! Allí no acuden más que barbilindos, sin posición, sin nada, que no se sabe de dónde salen, — continuó diciéndose la buena señora. — ¡Ah! si una no tuviera necesidad de colocar á sus hijas... ¡En el último casamiento que ha arreglado... se ha lucido como hay Dios!... Una chiquilla mal criada que ha tenido necesidad de pasar seis meses en un convento después de haber cometido una falta imperdonable... ¡qué es como si dijéramos sufrir una colada!

Las jóvenes atravesaban la plaza del Palacio Real cuando empezó á llover. Aquel contratiempo llenó la medida. Las pobrecillas daban saltos para no mojarse los piés en los charcos, se cubrían con los abrigos para librarse de la lluvia y miraban de nuevo

con envidia los coches de alquiler que pasaban á su lado vacíos.

— Adelante y aprisa, gritó la madre sin conmoverse. Ya os he dicho que no hay coche que valga; además, estamos demasiado cerca para despilfarrar el dinero. Vuestro hermano León lo ha entendido... ¡es muy cuco! no ha querido venirse con nosotros temeroso de tener que pagarnos el coche. Dice que le va bien con esa señora que le tiene cautivado... allá se las campaneen. De todos modos, su comportamiento no es decente siquiera. Tiene que ver... ¡Una jamona de más de cincuenta años y que no recibe en su casa más que hombres jóvenes! ¡Una cualquiera, que un personaje ha casado por fuerza con el imbécil de Dambreville, nombrándole en premio de su condescendencia jefe de negociado!

Hortensia y Berta trotaban por las calles sufriendo el chaparrón sin darse por entendidas de las murmuraciones de su madre. Cuando esta buena señora se desahogaba, olvidando las reglas de educación que pretendía haber imbuido en sus hijas, estaba convenido que las muchachas se harían las sordas. Sin embargo, Berta se sublevó al entrar en la calle de la Echelle que estaba á la sazón sombría y solitaria.

—Bueno, exclamó... se me ha roto el tacón y se ha soltado del zapato... me es imposible continuar.

Mad. Jossierand se puso hecha un energúmeno.

—Sea como sea, dijo, adelante y sin chistar. ¿Acaso me quejo yo? ¿Es obligación mía andar á estas horas y con este tiempo por las calles? Si al menos tuviérais un padre como es debido. Pero no señor, él se queda muy quietecito en casa y me endosa el mochuelo. Por nada del mundo se molestaria en llevaros á las reuniones, ¡no faltaba otra cosa! Pues no señor, esto se va á acabar... Ya estoy harta de sufrir, y en adelante, vuestro padre os acompañará si quiere... lo que es yo os aseguro que ésta es la última vez que os llevo á casas en donde á cada instante padece mi amor propio... ¡Qué vuestro padre os coloque si puede! Sí, sí... ya baja... ¡y qué bien me engañó! Yo que contaba con su capacidad, con su... ¡Por supuesto! ¡Oh! lo que es si tuviera que volver á casarme con él, de seguro que no caía en la tentación!

Las jóvenes no protestaron. Se sabían de memoria aquel capítulo de las defraudadas esperanzas de su madre. El encaje mojado de su adorno se les pegaba al rostro, iban

las pobres chorreando, los zapatos y las medias calados; pero aún les quedaba que soportar otra humillación. Al llegar á la puerta de su casa las salpicó de barro el coche de M. y Mad. Duveyrier que se retiraban también.

En la escalera, la madre y las hijas, cansadas, molidas y furiosas, recuperaron la amabilidad que les servía de máscara, al ver al nuevo inquilino. Pero después, cuando se cerró la puerta de su cuarto, corrieron tropezando con los muebles en medio de la oscuridad hasta llegar al comedor, en donde M. Jossierand, sentado á la mesa, escribía á la luz de un modesto quinqué.

—¡Tiempo perdido! gritó Mad. Jossierand dejándose caer sobre una silla.

Y con un movimiento brutal se quitó los encajes que adornaban su cabeza, tiró su abrigo sobre el respaldo de un sofá y mostró su traje de color de fuego guarnecido de satén negro, apareciendo su figura corpulenta, bastante descotada por los hombros y el pecho turgentes todavía.

Su ancha cara, sus gruesas y caídas mejillas, su gran nariz, expresaban á un tiempo un furor trágico de reina que se contiene para no pronunciar palabras mal sonantes.

—Ya estáis de vuelta, se limitó á decir

M. Jossierand, atemorizado por aquel modo de entrar de su familia.

Lleno de inquietud, el pobre hombre, abría y cerraba los ojos. Su mujer le anonadaba cuando, como en aquel instante sucedía, alargaba hacia él su gigantesca cabeza, cuyo peso sentía desde lejos. Vestía el infeliz una levita vieja, y su rostro y su cuerpo aparecían como borrados al cabo de treinta y cinco años de pasarse la vida en una oficina. Miró un instante á su esposa con sus grandes y ya casi apagados ojos azules, y después de echarse detrás de las orejas los mechones de cabello gris que adornaban sus sienes, sin saber qué hacer, y no encontrando frase alguna que pronunciar, se dispuso á continuar su interrumpida tarea.

—¿Pero no me ha entendido V.?—exclamó Mad. Jossierand con voz chillona, le he dicho á V. que hemos perdido esta noche otra ocasión de casar á nuestra hija, cuando ya estaba á punto de alcanzarla; y con este son cuatro los chascos que nos hemos llevado.

—Con efecto, sí; ¡son cuatro, murmuró! ¡es un fastidio!

Y para librarse de la mirada furibunda de su mujer, se volvió hacia sus hijas dibujando en sus labios un proyecto de sonrisa. Las

jóvenes se quitaban los adornos y los abrigos, quedando con sus trajes, azul el de la mayor y rosa el de la menor. Estos trajes, bastante libres en el corte, tenían ricos adornos y eran un sí es no es provocativos.

Hortensia, de tez pálida, habría tenido un bello rostro, si no hubiera heredado la nariz de su madre que le daba un aire de obstinación desdeñosa. Acababa de cumplir veintitres años y representaba lo menos veintiocho. Berta por el contrario, con dos años menos, conservaba toda la gracia de la infancia, y aunque tenía el aire de familia, aunque sus facciones eran las mismas que las de su hermana, había en ellas más finura, más corrección, su tez era de una blancura brillante y sólo podía esperarse que andando el tiempo, allá al cumplir los cincuenta, se pareciera algo á la autora de sus días.

—No las mires á ellas solas, gritó madame Jossierand; recreáte también en mí, y por Dios santo deja la pluma que me ataca á los nervios sólo verte con ella.

—Pero querida mía, dijo cándidamente, estoy haciendo fajas.

—Sí, ya sé, fajas á tres francos el millar... ¡Si con esos tres francos esperas casar á tus hijas, ya estás aviado!

En efecto, sobre la mesa aparecían mu-

chas hojas de papel gris, fajas impresas, cuyos blancos llenaba M. Josserand, con destino á un editor que tenía muchas publicaciones periódicas. No bastando su sueldo al pobre cajero, se pasaba las noches enteras entregado á aquella ingrata tarea, no sin procurar ocultar á todo el mundo semejante ocupación, por vergüenza de que se descubrieran sus apuros.

—Tres francos son tres francos, contestó con voz lenta y cansada. Estos tres francos os permiten añadir algunos lazos á vuestros vestidos y ofrecer pasteles á los que vienen á visitarnos los martes por la noche.

Apenas pronunció las anteriores palabras, se arrepintió comprendiendo que había herido á su esposa en lo más hondo de su amor propio, en la fibra más sensible de su orgullo. Así fué en efecto, la sangre se le subió al rostro, y con los labios hinchados, la mirada ardiente, parecía próxima á estallar: sin embargo, haciendo un esfuerzo sobre sí misma se limitó á balbucear: —¡Válgame Dios... válgame Dios!

Y mirando á sus hijas, anonadó magistralmente á su marido con un encogimiento de sus terribles hombros como diciendo: «¡Ya lo veis! Es un hombre incapaz.

Las chicas bajaron la cabeza y su padre

vencido dejó no sin pena la pluma y se puso á leer el periódico *El Tiempo*, que todas las noches se llevaba de la oficina á su casa.

—¿Duerme Saturnino?—preguntó secamente Mad. Josserand aludiendo á su hijo menor.

—¡Ya hace mucho tiempo, respondió! También he mandado á Adela que vaya á acostarse... Y vosotras, ¿habéis visto á León en casa de los de Dambreville?

—No hemos de verle, si duerme allí, dijo Mad. Josserand, con acento de rabia que no pudo contener.

Sorprendido el padre tuvo la candidez de añadir:

—¿Pero tú crees eso, mujer?

Hortensia y Berta se volvieron sordas como de costumbre. Sin embargo, se sonrieron simulando ocuparse de su calzado, que estaba en un estado lastimoso. Para variar de conversación Mad. Josserand, buscó otro punto vulnerable donde atacar á su marido, encargándole que tuviese más cabeza y que se llevase todos los días á la oficina el periódico para no dejarle, como había sucedido el día anterior rodando por la casa con exposición de que sus hijas hubieran leído la reseña de una causa criminal que había aparecido en sus columnas. Aquella



negligencia, era una prueba más de su poca moralidad.

—¿Nos acostamos? preguntó Hortensia. Yo tengo una debilidad...

—Pues lo que es yo me estoy muriendo de hambre, dijo Berta.

—¿Cómo es eso, tenéis apetito? preguntó Mad. Jossierand, algo mohina. ¿No habéis comido pasteles en casa de Mad. Dambreville? Sois unas tontas... Allí se come... Yo por mi parte he comido.

Estas razones no calmaban la necesidad de las dos jóvenes, y al fin y al cabo las acompañó su madre á la cocina para ver si encontraban algo que comer. El padre aprovechó la ocasión para volver á sus fajas. Sabía que sin ellas desaparecería lo superfluo, el lujo de su casa y por eso, á pesar del desdén y de las injustas acusaciones de que era objeto, se pasaba las noches en blanco entregado á aquella secreta tarea, considerándose dichoso al imaginar que un poco de encaje ó un lazo más en el vestido de sus hijas podría proporcionarles un buen acomodo. Las economías que habían hecho sobre la alimentación no bastaban para costear los trajes ni las recepciones de los martes, y el pobre hombre se resignaba á soportar aquel trabajo de mártir, vistiéndose con guinapos

ó poco menos, mientras que su mujer y sus hijas recorrían los salones adornadas con flores y con cintas.

—¡Jesús! ¡qué olor! ¡no se puede aguantar! gritó Mad. Jossierand al entrar en la cocina. Por más que hago no puedo conseguir que esa puerca de Adela deje entreabierta la ventana. Ya se ve, dice que entonces encuentra helada la cocina por la mañana... ¡pero vuelea!

Corrió á abrir la ventana y subía del estrecho patio interior una humedad glacial, un olor insípido á sótano mohoso. La bujía que Berta había encendido proyectaba una danza de sombras colosales en la pared del patio que daba frente á la ventana.

—¡Pero qué sucia es esa muchacha! continuaba murmurando Mad. Jossierand, aspirando aquel aire mefítico para convencerse de la suciedad y el abandono de su criada. Lo menos hace quince días que esta mesa no ha visto el agua y el estropajo... ¿Pues y estos platos...? tienen los restos de la comida petrificados. No os digo nada del fregadero... ¡qué olor! ¡da asco!

Su mal humor aumentaba convirtiéndose en furia. Removía los platos sucios con sus manos, revocadas con polvos de arroz y adornadas con brazaletes de oro en las muñecas;

arrastraba la cola de su traje por el manchado suelo de la cocina, y la enganchaba en los utensilios que había en la mesa en el mayor desorden, comprometiendo su laborioso lujo. La vista de un cuchillo mellado llenó el colmo de la medida.

—¡Mañana la pongo de patitas en la calle! exclamó.

—Y con eso lograrás mucho, dijo Hortensia tranquilamente. Ninguna pára en casa. Adela es la única que ha durado tres meses. En cuanto dejan el pelo de la dehesa y aprenden á hacer algo, se largan con viento fresco.

Mad. Jossierand se mordió los labios. Con efecto, sólo aquella muchacha recién llegada de Bretaña, bestia y llena de mugre, podía permanecer en medio de la vanidosa miseria de aquella familia burguesa que abusaba de su ignorancia y de su suciedad para tenerla siempre rabiando de hambre. Infinitas veces, á propósito de un peine hallado entre el pan, ó de un guisado que por lo asqueroso les había producido náuseas y cólicos, habían decidido echarla á la calle; pero se resignaban ante la dificultad de reemplazarla, porque hasta las ladronas se negaban á servir en una casa en la que se contaban los terrones de azúcar.

—No encuentro nada que llevarme á la boca, dijo Berta después de escudriñar los rincones de una alacena.

No había en sus tablas más que el melancólico vacío y el falso lujo de las familias que compran carne de clase inferior á fin de poder adornar la mesa con un ramo de flores. No había en ellas más que algunos platos de porcelana con filetes dorados, un cepillo para limpiar los manteles cuyo mango de plata ruolz se había deteriorado en algunos sitios, vinagreras en las que los restos de aceite y de vinagre se habían solidificado; pero ni un mal corrusco de pan trasconeado, ni una fruta, ni un duro pedazo de queso. Se adivinaba que el apetito de la doméstica jamás satisfecho, no dejaba á sol ni á sombra las más imperceptibles migajas.

—¡Por lo visto se ha comido todo lo quedó del conejo! dijo Mad. Jossierand.

—Y es verdad, añadió Adela, casi toda la rabadilla... pero no... está aquí... ya me figuraba yo que no se habría atrevido á tanto. Puesto que la he encontrado, me la como fría y todo.

Berta registraba por su cuenta todos los rincones de la cocina, pero sin éxito. Al fin halló una botella en la que su madre había

puesto en agua los restos de un tarro de dulce para hacer jarabe de grosella con que obsequiar á sus contertulios de los martes, y llenando con él medio vaso:

—Excelente idea, dijo; ya que no hay otra cosa mojaré aquí un pedazo de pan.

Su madre inquieta la miraba con aire severo.

—Eso es, no te contengas hija mía, murmuró, llena el vaso y mañana ofreceré á mis convidados agua fresca.

Por fortuna una nueva fechoría de Adela interrumpió la reprimenda que comenzaba á enderezar á su hija. Sobre la mesa de la cocina vió nada menos que un libro, y al verlo su indignacion no tuvo límites.

—¡Habrás visto infamia igual! ¿Pues no ha traído á la cocina mi libro favorito, mi Lamartine...? ¡Esto no tiene nombre!

Era en efecto un ejemplar del *Jocelyn*; y cogiéndole cuidadosamente y limpiándolo, repetía que le había prohibido más de veinte veces que llevase aquel libro de un lado á otro para escribir en el forro la cuenta de la compra. Mientras tanto Berta y Hortensia se repartieron un pedazo de pan algo duro que habían hallado, y llevándose cada cual su improvisada cena, anunciaron que iban á desnudarse. Su madre echó aún al-

gunas ojeadas sobre el fogón, y volvió al comedor llevando el libro cariñosamente sujeto por uno de sus exhuberantes brazos.

M. Jossierand continuaba dale que dale á sus fajas, con la esperanza de que al volver su esposa para ir á acostarse se limitaría á anonadarle con una de sus furibundas miradas. Pero no fué así, se dejó caer sobre una silla en frente de su esposo, y le miró fijamente sin decir palabra. El pobre hombre sentía la influencia de aquellas miradas y experimentaba tal ansiedad, que la pluma agitada por su nerviosa mano rasgaba el delgado papel de las fajas.

—¿Eres tú, dijo al fin Mad. Jossierand, quien ha dispuesto que Adela no nos haga un flan para mañana?

M. Jossierand estupefacto levantó la cabeza.

—¡Yo, querida mía! murmuró con voz temblorosa.

—¿Vas á negar como siempre? Y si es verdad lo que dices, ¿por qué no ha hecho el flan que la encargué? Ya sabes que mañana es nuestro día de recepción y que vendrá á comer el tío Bachelard por ser su santo. Si no tenemos flan, no habrá más remedio que comprar un queso helado, ó lo que es lo mismo, derrochar cinco francos.

El pobre hombre no intentó disculparse. No atreviéndose á continuar su tarea ni resignándose á dejarla, se puso á jugar con su portaplumas. Hubo una pausa.

—Mañana—añadió con sequedad madame Josserand,—me harás el favor de entrar en casa de los Campardon y les recordarás con la mayor finura, si es que puedes, que esperamos que honren nuestra reunión por la noche... El joven que aguardaban ha llegado: díles que pueden traerle. Lo has oído... quiero que venga.

—¿Qué joven es ese?

—Un joven... sería muy largo de explicar... pero he tomado informes, y es necesario probar de todo... Ya que me has encajado el mochuelo de colocar á las chicas, ya que te ocupas de su casamiento como del gran Turco, necesario es que yo...

Esta idea la sublevó de nuevo.

—¡Ya lo ves, me contengo, pero estoy harta... hasta los pelos!... No me digas nada, calla ó estallo y no respondo de mí.

No dijo nada, pero la cólera de la feroz matrona estalló.

—Esto no puede resistirse, dijo; y te advierto que el día menos pensado me voy y no volvéis á verme el pelo, ni tú ni esas zániganas de hijas. ¿Por ventura he nacido yo

para pasar esta vida de trabajos? Siempre teniendo que estirar el dinero, no poder comprarse una unas malas botas sin un gran sacrificio, estar obligada á recibir á sus amigos de un modo casi indecoroso... ¡no hay quien resista esto! Y todo por culpa tuya. Si señor... por culpa de V. No hagas muecas ni muevas la cabeza como diciendo que no tengo razón, porque entonces soy capaz de hacer una barbaridad. Me ha engañado usted, si señor, me ha engañado V. miserablemente. No se casa uno con una mujer cuando se halla dispuesto á consentir que carezca de todo. V. se las echaba de plancheta, hablaba V. de su brillante porvenir, era V. amigo íntimo de los hijos de su principal, de los hermanos Beruheim, que después no han hecho maldito el caso de V... ¿Cómo? ¿qué? ¿te atreverás á decir que te han tratado como es debido? A estas fechas deberías ser su socio por lo menos. Tú eres el que ha contribuido á la prosperidad de su comercio; gracias á tu asiduo trabajo es su almacén de cristalería, una de las primeras casas de París; y sin embargo, tú no has dejado de ser un simple cajero, un subalterno, un hombre asalariado... Me oyes y no se te cae la cara de vergüenza... Calla... calla... me das compasión y asco.

—Tengo ocho mil francos de sueldo, dijo el empleado; me parece que es una posición muy regular.

—Ya lo creo... ¡puedes vanagloriarte!... al cabo de treinta años de servicios... Si te parece bien, dales las gracias encima. ¡Eres un papanatas! ¿Sabes lo que habría yo hecho en tu lugar?

Pues me habría hecho el dueño de la casa. Era tan fácil apoderarse de esos badulaques; con mi buen ojo ví cuando nos casamos que podías haber llegado á ser el amo del cotarro y no he cesado de empujarte por ese camino. Pero tú... vamos, no quiero ni pensarlo. Con iniciativa, con talento, no durmiéndose en las pajas, no siendo como eres una máquina de hacer cuentas, habrías podido conseguir...

—Poco á poco... dijo el pobre hombre amostazado... ¿vas á acusarme porque me he portado con honradez?

Su esposa se levantó y se dirigió hácia él blandiendo el libro que tenía en la mano.

—¡Honradez! ¿Qué entiendes tú por honradez? Esa honradez de que hablas, debías guardarla ante todo para mí. Primero yo, es decir nosotros, y luégo los demás. Pero ha de saber V. que no es un proceder honrado casarse con una joven haciéndola creer que

con el tiempo se alcanzará una fortuna para ella, y después de lograrla, embrutecerse en el trabajo de labrar la fortuna del prójimo. Me ha estafado V., si señor; eso se llama estafar. ¡Ah! si pudiera deshacerse lo hecho... si siquiera hubiera yo conocido antes de darte mi mano á tu familia.

Al decir esto paseaba precipitadamente por el cuarto. Su marido no pudo contener un movimiento de impaciencia á pesar de su vivo deseo de mantener la paz.

—Deberías ir á acostarte Leonor, le dijo... ya es la una, y te aseguro que este trabajo que estoy haciendo urge. Por lo demás, mi familia no te ha causado ningún daño y lo mejor es no ocuparnos de eso.

—¿Por qué no? ¿Acaso tu familia es una cosa sagrada? Nadie ignora en Clermont, que tu padre después de haber vendido su bufete de abogado, se arruinó por una criada. Y si no hubiera sido un calavera, un viejo verde; si no hubiera escandalizado á la gente con sus amoríos á los setenta años de edad, hace ya mucho tiempo que nuestras hijas estarían colocadas.

También él me ha estafado.

M. Jossierand palideció, y con voz temblorosa que crecía por momentos, dijo:

—Poco á poco y tengamos la fiesta en

paz. Te ruego que no nos echemos en cara los defectos de nuestras familias... porque respecto de eso... si fuéramos á hablar, también podría yo decir que esta es la fecha en que tu padre no me ha dado los treinta mil francos de tu dote que me ofreció.

—¿Qué es eso de treinta mil francos?

—No te hagas de nuevas, hija mia... Por lo demás, si mi padre ha tenido desgracias, el tuyo se ha portado con nosotros de una manera indigna. Todo lo relativo á su herencia está bastante turbio, y se han hecho toda clase de picardías para adjudicar el colegio de la calle de las Fossés-Saint-Victor al marido de tu hermana, ese quidam que hoy ni siquiera se digna saludarnos... Entre todos nos han saqueado.

Mad. Josserand se había puesto livida en presencia de aquel conato de rebelión de su pacífico consorte.

—Cuidadito con hablar mal de mi papá,— dijo.—Durante cuarenta años hasido una de las glorias de la enseñanza pública. ¡Y sino que se pregunte por el colegio de Bachelard en el barrio del Panteón! Por lo demás, en lo que se refiere á mi hermana y á mi cuñado, ya sé yo á qué atenerme. Cierto es que me han robado, pero no puedo consentir que tú me lo echés en cara... ¿lo oyes?

Si á eso vamos podría yo recordar que tu hermana se escapó con un militar; y eso es peor que usurpar una herencia.

—Se escapó con un militar que es hoy su marido... ¿Y qué diré de tu tío Bachelard, un hombre de perversas costumbres...?

—¿Qué es lo que estás hablando...? ¿Por fuerza te has vuelto loco? Censurar de ese modo á mi hermano, un hombre rico, que gana cuanto quiere como comisionista; un hombre, en fin, que ha ofrecido dotar á nuestra hija Berta... ¡Está visto, ni lo más sagrado te inspira respeto!

—¡Dotar á Berta! ¡Por supuesto! ¿Quieres apostar algo á que no la da un céntimo, después de sufrir nosotros por esa esperanza las consecuencias de sus hábitos groseros y repugnantes? Bonito es él para aflojar la bolsa. Cuando le veo en casa se me cae la cara de vergüenza. Un trapalón, un perdido, un explotador sin conciencia que especula con su posición, que al vernos poco menos que de rodillas ante su fortuna, me obliga todos los sábados á pasar un par de horas en su despacho examinando sus cuentas. Esto le economiza unos cuantos francos, y hasta ahora no sabemos todavía de qué color son sus regalos.

Mad. Jossierand, fuera de sí, se reconcentró un instante y al fin gritó.

—A todo lo que estás charlando contestaré con una sola observación. Un sobrino tuyo pertenece á la policia secreta.

A este desahogo siguió una nueva pausa. La luz del quinqué se apagaba y las fajas volaban á impulso de los movimientos nerviosos de M. Jossierand, que miraba frente á frente á su esposa, toda descotada, sintiéndose resuelto á desahogarse al mismo tiempo que le asustaba su propia audacia.

—Con ocho mil francos, añadió, se puede hacer mucho. Tú te quejas, pero lo que debías hacer era no estirar los piés más que la sábana y no gastar más de lo que tenemos. Con tu mania de visitar y recibir visitas, de dar reuniones los martes y de ofrecer té y pastas á los convidados...

Su mujer no le dejó acabar la frase.

—Volvemos á la canción de siempre, murmuró. Eso es, enciérranos en un convento. ¡Por lo visto quieres que ande desnuda...! ¡Y nuestras hijas...! ¿con quién se casarían si no viéramos á nadie? Así y todo, no logramos que pesquen un marido, con que dime tú lo que sucedería si estuviéramos encerradas entre cuatro paredes...? ¡Esto no tiene nombre! ¡Sacrifíquese V. para

que luego le salgan con esas patochadas!

—Todos nos sacrificamos: León ha tenido que oscurecerse para que brillen sus hermanas, y está obligado á buscárselas, por sí solo y lejos de su familia, para subsistir. ¡Saturnino por su parte, apenas sabe leer, y yo... yo me privo de todo, y lo que es más, paso las noches como Dios sabe!

—¿Por qué ha producido V. hijas? La culpa es de V. El que tiene hijas debe saber lo que se hace. ¿Acaso va V. á echarme en cara su esmerada educación? Otro cualquiera celebraría el título de capacidad alcanzado por Hortensia y las habilidades de Berta. Esta misma noche sin ir más lejos, ha entusiasmado á todo el mundo tocando en el piano el vals *al borde del mar*, y mañana encantará seguramente á nuestros invitados la última pintura que ha hecho. Mentira parece que censure V. esto que á otro padre le llenaría de júbilo; pero por lo visto V. no tiene nada en el pecho, y habría preferido enviar á sus hijas al campo á guardar vacas en vez de darles una instrucción, necesaria á las jóvenes de su clase.

—Tan no es verdad lo que ahí estás diciendo, que deseoso de su bien traté de asegurar el porvenir de Berta en una Sociedad de seguros, y al ir á pagar el cuarto plazo

preferiste emplear su importe en mejorar el mobiliario de la sala, y lo que es peor, negociaste después las primas abonadas.

—¿Qué había de hacer si nos tienes rabiando de hambre? Nada, nada, si al fin y al cabo se quedan tus hijas para vestir imá-jenes, la culpa será tuya y retetuya.

—¡Mia la culpa! añadió Jossierand enardecándose... La que ahuyenta los maridos eres tú, tú con tus trajes vistosos y tus ridículas recepciones.

¡Jamás el pobre hombre había ido tan lejos en sus recriminaciones, así es que su esposa se limitó á balbucear!

—¡Yo ridícula!

En aquel instante volvieron al comedor Hortensia y Berta, en enaguas y chambra, despeinadas y en chanclas.

—Hace un frío atroz en nuestro cuarto; dijo Berta tiritando. Aquí al menos há habido fuego por la noche y aún queda algún rescoldo.

Las dos se acercaron á la estufa, y Hortensia devoró el trozo de conejo que había encontrado en la cocina, mientras que Berta mojaba en el jarabe un pedazo de pan. Sus padres, sin hacer caso de ellas, continuaron riñendo.

—¡Ridícula ye! añadió Mad. Jossierand.

Te aseguro que no volverás á calificarme de ese modo. Que me corten la cabeza si doy un paso más para casarlas. Arréglatelas tú en lo sucesivo... y procura no ser tan ridículo como yo soy.

—¡A buena hora! después de que las has exhibido en todas partes. Por lo demás, que las cases ó no, me tiene sin cuidado.

—Digo dos cuartos de lo mismo, y tan aburrída estoy ya, que si me pones en un brete, el día menos pensado las planto en el arroyo. La lástima es que tú no te vayas tras de ellas con cien mil de á caballo... en cuyo caso me vería yo en la gloria.

Las jóvenes escuchaban aquel animado diálogo con la mayor tranquilidad: estaban acostumbradas á semejantes escenas. Comían con gran apetito y acercaban á la tibia porcelana de la estufa sus hombros que la chambra desabrochada dejaba al descubierto. Las dos muchachas ofrecían un grupo interesante, medio desnudas, devorando los escasos manjares que habían hallado, con verdadera glotonería, y cayéndoseles los ojos de sueño.

—Buena gana tenéis de reñir, dijo al cabo Hortensia con la boca llena. Mamá se hace mala sangre, y papá como de costumbre se pondrá malo. Tranquilizaos, que me parece



que ya somos grandecitas para buscar marido por nuestra propia cuenta.

Estas palabras produjeron un cambio. El padre, agotadas sus fuerzas, simuló reanudar su tarea, por más que sus temblonas manos no le dejaban escribir; y la madre volviéndose hacia Hortensia como una furia dijo:

—¡Si te haces la ilusión de buscar a modo por tí sola, aviada estás! Tu famoso Verdier no se casará contigo.

—De eso me encargo yo, contestó la muchacha con mucho desenfado.

Después de haber desahuciado á cinco ó seis pretendientes, un modesto empleado, el hijo de un sastre, y otros cuyo porvenir no le pareció muy risueño, se había decidido por un abogado de cuarenta años á quien conoció en casa de los Dambreville. En su concepto estaba destinado á hacer fortuna; pero tenía la contra de que vivía desde hacía quince años con una querida que pasaba en el barrio por su mujer. Por supuesto que la joven lo sabía de sobra y no se apuraba gran cosa.

—Hija mía, murmuró su padre levantando la cabeza; te he suplicado que no pienses en ese casamiento... Ya sabes lo que ocurre...

Hortensia dejó de chupar el hueso que tenía en la mano y con viveza:

—No te apures, papá, exclamó; sé todo lo que pasa, y Verdier me ha ofrecido separarse de esa mujer. ¡Es una estúpida!

—Haces mal en hablar de ese modo. ¿Te gustaría que ese hombre te dejase un día para volver al lado de esa mujer de quien pretendes separarle?

—Ya procuraré yo que eso no suceda, añadió Hortensia con convicción.

Berta, enterada de aquella historia, cuyos pormenores discutía diariamente con su hermana, escuchaba sin chistar, muy inclinada como el autor de sus días, en favor de la pobre mujer á quien trataban de arrojar á la calle después de haber vivido maritalmente con el abogado desde hacía quince años. Pero Mad. Jossierand terció en el debate.

—Esas mujeres acaban siempre mal, dijo con severidad; así es que no debes cuidarte de defenderla. Lo que yo dudo es que Verdier tenga bastante energía para separarse de ella. Hoy no hace más que entretenerte; y en tu lugar, en vez de esperarle, le plantaría buscándole un sustituto.

Con voz agria y poniéndose encendida de ira, dijo Hortensia:

—Mira mamá... ya sabes lo que soy cuando se me pone una cosa en la cabeza. Le quiero y me casaré con él. Esperaré aunque sea cien años.

Su madre se encogió de hombros.

—¿Y todavía te atreves á llamar estúpidas á otras mujeres? dijo.

Al oír esto, la joven se levantó muy resuelta.

—Tengamos la fiesta en paz mamá, exclamó. Ya he acabado de cenar y creo que lo mejor que puedo hacer es irme á la cama. Ni te pido ayuda ni necesito de nadie, y ya que no logras para nosotros un buen partido, justo y legítimo es que nos dejes buscarlo á nuestro gusto.

Así diciendo, se alejó dando un portazo. Mad. Jossierand volviéndose con majestad hacia su esposo, exclamó:

—Ahi tienes los efectos de la educación que les has dado.

El pobre hombre ocupado en acribillarse las uñas con la punta de su pluma, no protestó. Berta que había dado fin al pedazo de pan, recogía el jarabe que quedaba en el vaso con un dedo y no se apresuraba á seguir á su hermana para evitar las consecuencias del mal humor que revelaba su actitud al marcharse.

—¡Ah! prosiguió Mad. Jossierand paseándose de un lado á otro; este es el premio de mis desvelos. Mátese V. durante veinte años, sufra V. todo género de privaciones para hacer de sus hijas mujeres distinguidas, ¿y para qué? para recibir este pago, para negarle á una la satisfacción de casarlas á su gusto. ¡Si al menos las hubiera uno negado algo! pero no señor, á todas horas me he sacrificado por ellas, vistiéndolas y emperegilándolas como si tuviéramos una renta de cincuenta mil francos... ¡Esto no tiene nombre! Pero es cosa sabida, en cuanto estas muñecas poseen una educación esmerada, en cuanto pueden aparentar que son ricas y de buena familia, sus padres les importan un bledo, y se atreven á hablar de casarse con abogados, con aventureros que viven en la crápula.

Al llegar aquí se detuvo delante de Berta y amenazándola:

—Librete Dios, la dijo, de imitar á tu hermana, porque si tal hicieras nos veríamos las caras.

Después comenzó á pasear de nuevo, hablando sola, saltando de una idea á otra idea y contradiciéndose con toda la formalidad de una mujer que cree tener siempre razón.

—He cumplido mis deberes, decía, y si

volviera á empezar haría lo mismo que he hecho. En esta vida los que más ponen pierden más. El dinero es el dinero, y al que cae y no lo tiene ni la Paz y Caridad le levanta. Yo cuando he tenido un duro he hecho creer que tenía dos: toda la sabiduría se reduce á esto. Más vale ser envidiado que compadecido. De nada sirve tener mucha instrucción si va una por esas calles hecha un pingo. El hábito hace al monje, digan lo que quieran. Esto no es justo, pero así es, y el que se mete á redentor lo crucifican. Mejor llevaría las enagnas sucias ó no las llevaría, que vestir de percal. Aunque una coma patatas, es necesario presentar un pollo en la mesa cuando se tienen convidados. Y los que digan lo contrario son unos imbéciles, que no saben dónde tienen la mano derecha.

Al vomitar esta retaila de frases, miraba fijamente á su marido á quien iban enderezadas; y éste, cansado ya y temeroso de una nueva batalla, tuvo la debilidad de declararse de acuerdo con ella.

—Es verdad, dijo, ¡hoy no hay más Dios ni más Santa María que el dinero!

—Lo oyes, añadió Mad. Jossierand dirigiéndose á Berta; tu mismo padre se convence al fin de que tengo razón. Procura

no olvidar estas indicaciones y al menos tú, hija mía, danos gusto. Ahora dime, ¿cómo te has arreglado para perder esta noche una ocasión tan buena?

Berta comprendió que le había llegado el turno.

—No lo sé, mamá, contestó.

—Un subjefe de negociado—continuó su madre;—treinta años apenas y un porvenir brillante. Pues ahí es nada... su paguita puntual todos los meses: eso es lo que se llama una posición sólida; no hay nada mejor. Pero por lo visto, como en otras ocasiones, ¿habrás hecho alguna tontería?

—Te aseguro que no... habrá pedido informes y le habrán dicho que no tengo un céntimo.

—¿Y el dote que te ha ofrecido tu tío? Pues poquito que lo ha cacareado... No, no es eso. Yo he observado y he visto que habéis roto vuestras relaciones bruscamente. Bailando os fuisteis al gabinete.

Berta se turbó.

—Escierto dijo, y cuando entramos, como estábamos solos se permitió conmigo tales indiscreciones... me dió un beso, y me quiso abrazar. Entonces tuve miedo, le empujé y tropezó con un mueble.

—Le empujaste, gritó su madre enfure-

cida... vaya unos modos... ¡empujar á un caballero!

—Pero mamá, si quería abrazarme.

—Y qué tenemos con eso... pura galantería. No sé de qué sirve á una madre poner en un colegio á sus hijas. ¿Queréis decirme que es lo que allí os enseñan?

Un golpe de sangre acudió á las mejillas de la joven, y al mismo tiempo se inundaron sus ojos de lágrimas.

—No he tenido la culpa...—balbuceó—sus intenciones no eran buenas... ignoro qué es lo que debí hacer.

—¡Lo que debiste hacer! ¿Pues no pregunta que es lo que debió hacer? ¿No te he dicho mil veces que todos esos aspavientos son ridículos? Has nacido para vivir en sociedad. Cuando un hombre es atrevido con una mujer, es porque la quiere y siempre hay medios de ponerle en razón con amabilidad. ¿Qué es un beso dado de pronto detrás de un cortinaje? ¿Por ventura vale la pena de ocuparse de eso, y mucho menos de contarlo á sus padres? Y luego empujarle con malos modos, hacerle tropezar con un mueble... quita... quita de ahí... no me extraña que se te escapen de las manos las ocasiones de casarte.

Tomando un tono doctoral, continuó:

—¡Está visto, contigo no se puede, eres una estúpida! Sería preciso enseñarte como á los loros, y eso es muy aburrido. Las que carecen de fortuna como tú, deben valerse de maña para pescar á los hombres. Debe una ser amable, poner los ojos tiernos, abandonar la mano, permitir ciertas familiaridades figurando que no se les da importancia... en una palabra, se emplean todos los medios para coger en la red al que se descuida. ¿Lloras? ¡Si crees que con llorar se arregla todo, estás fresca!

Berta sollozaba.

—¡Basta de lloriqueos que me atacan á los nervios, añadió! Y tú, marido, manda á tu hija que no se estropee el rostro llorando de ese modo. Lo único que nos faltaba es que se afease.

—Cálmate hija mía y sé razonable, dijo el pobre hombre, tu madre tiene razón y debes oírla. Si lloras mucho, va á perder la frescura tu cutis.

—Lo que me indigna, es que cuando quiere, sabe hacerse la interesante. Y luego que no es fea... vamos mujer, enjuga esas lágrimas... mirame como si fuera yo un galán que te hiciese la rueda... Se sonríe una, deja caer el abanico y procura cuando el caballero lo coge que las manos se rocen... No está

una así... pareces una pazguata... Inclina un poco la cabeza, con gracia... estira un poco el cuello, es bastante correcto para que no aproveches la ocasión de mostrarlo.

—¿Así, mamá? preguntó Berta con ingenuidad, deseando complacer á su madre.

—Eso es... pero no te pongas tan tiesa... más flexibilidad... Los hombres no se enamoran de los palos de escoba. Sobre todo, cuando son atrevidos, no hay que hacerse las inocentes. Los que se escurren demasiado, hija mía, caen en la ratonera sin remedio.

El reloj de la sala dió las dos; y á pesar de lo tarde que era, tan excitada estaba madame Josserand por la larga vigilia, y tan fuerte le había entrado el deseo de casar á su hija inmediatamente, que para completar la lección comenzó á colocar á la joven en diversas actitudes á fin de que produjera mejor efecto, ni más ni menos que si fuera una muñeca descoyuntada. Berta, sin voluntad, se dejaba manejar; pero estaba afligida: el temor y la vergüenza anudaban su garganta. De pronto y á continuación de una risa que su madre la obligaba á ensayar, sintió una fuerte opresión, se demudó su rostro y se deshizo en sollozos.

—¡No puedo, vamos, balbuceó... es imposible...! Todo esto me llena de tristeza...

Al oirla, permaneció su madre durante un momento estupefacta. La electricidad formó el rayo; y no pudiendo contenerse, dió á la pobre muchacha una fuerte bofetada...

—Toma, la dijo, se me ha acabado la paciencia... Eres un saco de paja... no sirves para nada y comprendo que los hombres no hagan caso de ti.

Al pegar á la chica se la cayó el libro al suelo, le recogió, le limpió y sin decir una palabra más, arrastrando majestuosamente la larga cola de su traje de baile, se encaminó á su alcoba.

—Ya sabía yo que concluiría por eso, murmuró M. Josserand sin atreverse á detener á su hija que se retiró también, con la mano en la mejilla y llorando á lágrima viva.

Al pasar por la antesala á tientas, tropezó con su hermano Saturnino que descalzo para no ser oído se había acercado al comedor y había escuchado la conversación escondido detrás de la puerta.

Saturnino era un grandullón de veinticinco años, deforme, desgarbado, con grandes ojos saltones, que de resultas de una fiebre cerebral había quedado raquíptico. Sin estar loco, tenía aterrorizada á su familia, padecía continuas crisis, se irritaba ante la

menor contradicción, y sólo Berta lograba dominarle con su mirada. Siendo aún niña, la había cuidado durante una larga enfermedad, y obedeció como un perro los caprichos de su convalecencia. Habiendo logrado salvarla, llegó á profesarla una verdadera adoración, en la que entraban á la vez todos los sentimientos amorosos.

—¿Te ha pegado otra vez? la preguntó en voz baja con la mayor ansiedad.

La joven asustada al verle allí de aquel modo procuró alejarle.

—No te importa, le dijo; ve á acostarte.

—Si me importa, y mucho. No quiero que te pegue... no... no. Con sus gritos me ha despertado... ¡Cómo vuelva á pegarte, no lo aguanto!

Berta cogió sus manos y le trató como á un animal que se hubiera escapado de su jaula. El muchacho se sometió y con los ojos llenos de lágrimas balbuceó:

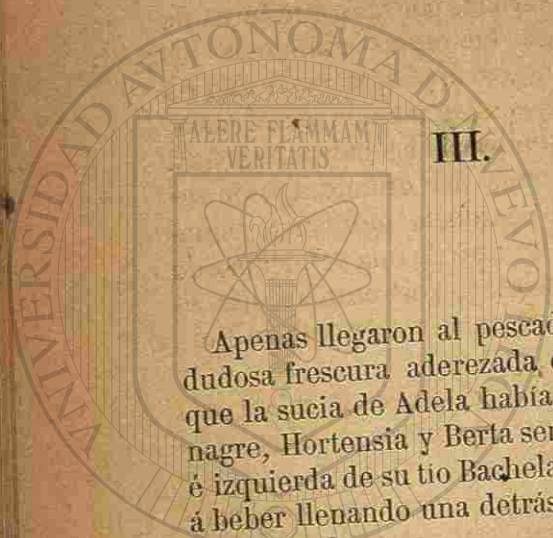
—Te ha hecho daño, ¿no es verdad? ¿En dónde te ha pegado? dimelo para besar la pupa.

Y buscando el rostro de la joven le besó, humedeciéndolo con sus lágrimas, mientras decía:

—¡Sana... sana...!

M. Jossierand se quedó solo, y tan afectado

estaba que no pudo menos de dejar la pluma. Pocos minutos después, se levantó, fué de puntillas hasta las puertas de las alcobas, oyó roncar á su mujer, sus hijas ya no soñaban, y tornando al comedor algo más tranquilo, arregló un poco la luz del quinqué y comenzó á escribir maquinalmente. Dos lágrimas resbalando por sus mejillas cayeron en las fajas en medio del solemne silencio que ofrecía la casa completamente entregada al sueño.



Apenas llegaron al pescado, una raya de dudosa frescura aderezada con salsa negra que la sucia de Adela había ahogado en vinagre, Hortensia y Berta sentadas á derecha é izquierda de su tío Bachelard, le excitaban á beber llenando una detrás de otra su vaso y repitiendo:

— ¡Hoy es su santo de V., con que á beber... á celebrarlo!

Se habían puesto las dos en connivencia para sacarle veinte francos. Todos los años su previsor madre las colocaba al lado de su hermano entregándosele por completo. Pero era ruda la tarea de sacarle los cuartos, y exigía toda la buena voluntad de unas muchachas animadas por los dulces ensueños de poder comprarse zapatos Luis XV y guantes de cinco botones. Para que el tío

soltase la mosca era preciso que se emborrachase. Respecto de su familia desarrollaba una feroz avaricia, por más que fuera de ella, derrochase en orgías crapulosas los ochenta mil francos que ganaba al año en el negocio de la comisión á que se dedicaba. Por fortuna aquella noche había llegado á casa de su hermana algo calamocano de resultas de haber pasado la tarde con su sobrino Guenlin, en casa de una vendedora de paraguas del Faubourg-Poissonnière, que se hacia traer para él un rico *vermouth* de Marsella.

— ¡A vuestra salud, pichonas mías! respondía con su voz aguardentosa á las invitaciones de las jóvenes.

Ancho de espaldas, grueso, hombrón, ocupaba media mesa. Lleno de alhajas y con una rosa en el ojal, no podía ocultar su tipo de comerciante vicioso y desarreglado. Sus dientes postizos de un blanco brillante iluminaban su rostro, en el que campeaba una superlativa y roja nariz. Sudaba pez ó poco menos, y en su cara y su frente aparecían multitud de grietas y granos extendiéndose también por su rapada y encanecida cabeza. De vez en cuando sus pesadas pupilas se cerraban ocultando sus pálidos y quemados ojos. Su sobrino Guenlin, hijo de una

hermana de su mujer, aseguraba que su tío vivía en perpetua borrachera, por lo menos aseguraba que no se había quitado la turca de encima desde que se había quedado viudo hacía diez años.

—Narciso, ponte un poco de raya, está exquisita, decía Mad. Jossierand sonriendo á la embriaguez de su hermano, por más que interiormente sufriera al verle en aquel estado deplorable.

Estaba sentada enfrente de él, teniendo á su izquierda al sobrino Guenlin y á su derecha á un joven, Hector Troublot, á quien debía ciertas atenciones. Acostumbraba á aprovechar aquel festin de familia para corresponder á favores recibidos en el curso del año, y por este concepto ocupaba también en la mesa un puesto al lado de madame Jossierand la vecina Mad. Juzeur. Como el tío Bachelard era tan grosero que sólo teniendo en cuenta su fortuna podía soportarse, no le presentaba en la mesa más que á los amigos íntimos ó á personas á quienes creía conveniente fascinar con las riquezas de su hermano. Durante algún tiempo había puesto los ojos en Troublot, que trabajaba en casa de un agente de cambios, mientras que su padre, un hombre inmensamente rico le establecía por su cuenta, con ánimo de trans-

formarle en su yerno; pero el joven profesaba una tranquila aversión al matrimonio, y desilusionada, no le importaba gran cosa que presenciase las escenas que amenizaban el convite, antes por el contrario, y tal vez incitada por el deseo de vengarse le colocaba al lado de su hijo Saturnino, que comía como un puerco. Berta siempre al lado de su hermano, tenía el encargo de contenerle con la mirada cuando pasaba demasiado frecuentemente los dedos por la salsa de los platos.

La criada sirvió una fuente de riñones fritos, y las niñas viendo encandilarse más y más los ojos de su tío, creyeron oportuno reanudar el ataque.

—Beba V. tío, beba V., dijo Hortensia. ¡Hoy hay que echar la casa por la ventana! Y á propósito, ¿no nos dará V. nada por ser su santo?

—¡Calle! y es verdad, añadió Berta con fingida candidez. El día del santo de uno hay que obsequiar á los demás. Vaya, vaya, denos V. veinte francos.

Al oír hablar de dinero, Bachelard exageró su embriaguez. En semejantes casos acudía á su malicia natural, y cerrando los ojos simulaba idiotismo.

—¿Qué decis? balbuceó.



—Que nos dé V. veinte francos... ya sabe usted lo que son veinte francos... no se haga V. el tonto, dijo Berta. Denos V. los veinte francos y le querremos á V. mucho.

Al decir ésto las dos le echaron los brazos por los hombros prodigándole las palabras más dulces, besando su cara inflamada, sin que las causase repugnancia el olor asqueroso que exhalaba. M. Jossierand á quien trastornaba aquel continuo tufillo de ajeno, tabaco y almizcle, se irritó al ver las virgenes gracias de sus hijas frotándose con aquellas vergüenzas recogidas en los más fangosos parajes de París.

—¡Dejadle en paz! gritó.

—¿Por qué razón? exclamó Mad. Jossierand lanzando á su consorte una mirada furibunda... Las pobres se divierten á su modo... Si Narciso quiere darles los veinte francos que le piden, es muy dueño de hacerlo.

—¡M. Bachelard las quiere tanto! insinuó con mogigatería Mad. Juzeur.

Pero el tío se defendía, repitiendo con la boca llena de saliva:

—¡Es extraño! Pero no sé lo que queréis... palabra de honor que no comprendo.

Entonces Berta y Hortensia le dejaron cambiando una mirada confidencial. Por lo

visto aún no había bebido lo bastante, y comenzaron de nuevo á llenarle el vaso acompañando su acción con risas provocativas y lanzándole miradas atrevidas, más propias de mujerzuelas que se proponen desbaliar á un hombre, que de señoritas bien educadas. Sus desnudos brazos, de una redondez y una frescura encantadoras pasaban á cada instante bajo la desmesurada y luminosa nariz del tío.

Entretanto, Troublot, en su calidad de solterón silencioso y egoísta, seguía con los ojos á Adela cuando pasaba con torpe paso por detrás de los comensales para servirles. Era muy miope y le parecía bonita, con sus acentuadas facciones de bretona, y sus cabellos de estambre sucio. Precisamente al poner en la mesa el asado, se dejó caer sobre uno de sus hombros para alcanzar al centro de la mesa, y él fingiendo coger la servilleta la dió un fuerte apretón en una pantorrilla. Adela sin comprender lo que aquello significaba le miró, como si le hubiese pedido algo.

—¿Qué ha sido... le ha tropezado á usted? preguntó Mad. Jossierand... ¡no me extraña, esta chica es tan torpe!... ya se ve, como recién venida... hay que ir desasnándola.

BIBLIOTECA DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL  
 "ALFONSO DE LA ROSA"  
 Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

—No ha sido nada, contestó Troublot acariciando su negra barba con la serenidad de un ídolo indiano.

La conversación se animaba en el comedor, poco antes frío, que se calentaba con el calor de la luz y el olor de los guisados. Mad. Juzeur confiaba una vez más á M. Josserand las tristezas de sus treinta abriles solitarios. Frecuentemente elevaba los ojos al cielo, contentándose con esta discreta alusión al drama de su vida: su marido la había abandonado ocho días después de la boda sin que nadie supiera la causa, y respecto de este capítulo no decía una palabra más. Desde entonces vivía sola en una habitación siempre cerrada, en la que no entraban más que curas.

—¡Es tan triste vivir sola á mis años! añadió lánguidamente al mismo tiempo que introducía en su boca un trozo de carne asada.

—¡Una mujer muy desgraciada! dijo madame Josserand á Troublot en voz baja con acento de profunda simpatía.

Pero Troublot miraba con indiferencia á aquella devota de ojos claros, llena de reservas y equívocos: no era de su repertorio.

De pronto hubo un conflicto. Saturnino á quien Berta no vigilaba por atender á su

tío, se entretenía en cortar la carne que le habían servido y formaba con ella sin más auxilio que sus dedos los más raros dibujos en el plato. Aquel desdichado exasperaba á su madre que le temía y se avergonzaba de él. No sabía cómo quitárselo de encima; por vanidad no le había dedicado á un oficio, pero le había sacrificado á sus hermanas sacándole del colegio en donde su dormida inteligencia se despertaba con demasiada lentitud, y hacia ya años que se arrastraba por la casa, inútil y molesto. Su madre pasaba la de Dios es Cristo cada vez que se veía obligada á presentarle en sociedad.

—¡Saturnino! gritó.

Pero el muchacho se puso á hacerla burla, contento como estaba de su obra. Bien es verdad que no la respetaba, tratándola á menudo de enredadora y farsanta, con ese golpe de vista especial de los locos que piensan en alta voz. Las cosas hubieran acabado mal, su madre le habría tirado un plato á la cabeza, si Berta recordando su misión no hubiera dirigido á su hermano una mirada furibunda. Al pronto quiso resistir; pero después sus ojos se entornaron y permaneció agobiado y triste, como entregado á la somnolencia, hasta que terminó la comida.

—Supongo, Guenlin, que habrá V. traído

la flauta, dijo Mad. Josserand procurando disipar el mal efecto de la anterior escena.

Guenlin era un flautista aficionado, pero no tocaba más que delante de personas de confianza.

—¿La flauta? dijo, si por cierto, señora, la he traído.

Cuando le interpeló Mad. Josserand estaba distraído, tenía sus cabellos y sus patillas rojas más erizados que de costumbre, y seguía con interés la maniobra de las dos jóvenes cerca de su tío. Empleado en una Compañía de Seguros, se reunía con Bachelard todos los días al salir de la oficina, y no le abandonaba recorriendo con él los cafés y yendo de parranda los dos hasta las altas horas de la noche. Detrás de la desencuadernada y corpulenta figura del uno, había seguridad de apercibir la pequeña y pálida del otro.

—¡Ánimo! ¡no le suelten ustedes! dijo de pronto á las muchachas siguiendo las peripecias del combate como si fuera juez del campo.

En efecto, el tío perdía terreno. Cuando después de las legumbres, sirvió Adela un queso helado de grosella y vainilla, se despertó una viva alegría en todos los convidados y las niñas abusaron de la situación para

obligar al tío á beber la mitad de la botella de Champagne que Mad. Josserand pagaba á tres francos en una tienda de ultramarinos de la esquina. Con este motivo se enternecía el pobre hombre olvidando el papel de imbécil que procuraba representar.

—¡Eh! ¿veinte francos...? decía... ¿y por qué veinte francos? ¡Ah! ¿con que quereis veinte francos? Pues no los tengo, os digo que no los tengo. Preguntad á Guenlin. ¿No es verdad que me he dejado en casa el dinero? Él ha tenido que pagar el café que hemos tomado. Si los tuviera os los daría... vaya si os los daría... pues poquito que os quiere vuestro tío.

Guenlin se reía haciendo un ruido semejante al de una garrucha mal ensebada, y murmuraba:

—¡Camastrón!

Después, y como obedeciendo de pronto á una inspiración, añadió:

—Registrenle ustedes.

Acto continuo Berta y Hortensia cayeron sobre su tío como una irrupción bárbara. El deseo de obtener los veinte francos, contenido hasta entonces por su eserúpulo de buena educación, se desbordó. Mientras que una le metía las manos en los bolsillos del chaleco, la otra examinaba las profundidades

de los de su levita. El buen hombre luchaba riéndose, y tal fué la pasión de risa entrecortada con el hipo propio de su estado de embriaguez, que sólo podía pronunciar frases entrecortadas.

—Os aseguro que no tengo ni un céntimo... palabra de honor... dejadme en paz demonios... que me hacéis cosquillas.

—En el pantalón, gritó Guenlin, enardecido con aquel espectáculo.

Las jóvenes obedecieron introduciendo sus delicadas manecitas en el bolsillo del pantalón del viejo; y tan sobreexcitadas estaban, que sin consideración de ningún género le zarandeaban. Berta prorrumpió en una exclamación de triunfo sacando del fondo del bolsillo un puñado de monedas que desparramó sobre la mesa. Entre la calderilla y algunas monedas de plata apareció una pieza de veinte francos.

—¡Victoria! gritó mostrándose encendida, despeinada, arrojando la moneda al alto y cogiéndola en el aire.

Todos los comensales aplaudieron encontrando la escena que acababa de pasar en extremo graciosa. Aquel episodio aumentó la alegría de los circunstantes. Mad. Josserand contemplaba á sus hijas con sonrisa de madre enternecida. El tío recogía el dinero,

diciendo con aire sentencioso, que cuando se querían veinte francos era preciso saber ganarlos, y entre tanto las heroínas de la fiesta fatigadas y contentas, respiraban con fuerza agitando sus temblorosos labios, en la enervación de su deseo.

El timbre de la puerta de la calle sonó. La comida se había prolongado y empezaban á llegar los invitados á la reunión. M. Josserand que había optado por reirse como su esposa, trató de alegrar la sobremesa con algunas canciones de Beranger, pero herida en sus aficiones poéticas le impuso silencio. Los postres fueron breves, con tanta más razón, cuanto que el tío Bachelard, amoscado por el regalo que se había obligado á hacer, buscaba camorra, alegando que su sobrino León no se había dignado ir á felicitarle los días. Mad. Josserand indicó que asistiría á la recepción, y todos se levantaron al anunciar Adela que habían llegado el arquitecto del piso tercero y un joven.

—¡Ah! sí, el nuevo inquilino, dijo madame Juzeur, aceptando el brazo que le ofreció M. Josserand. ¿Le han invitado ustedes? El otro día le encontré en la escalera y me pareció muy apreciable.

Mad. Josserand iba á salir del brazo de

Troublot, cuando Saturnino que había permanecido dormido sin despertarse con el ruido que hicieron sus hermanas al saquear á su tío, tiró la silla en un acceso de furor gritando:

— ¡No quiero... con mil diablos! ¡No quiero!

Estos ataques eran los que temía siempre su madre. Hizo señas á su marido para que llevase á la sala á Mad. Juzeur, y se soltó del brazo de Troublot, quien comprendiendo su situación se fué, pero se equivocó de rumbo porque se dirigió á la cocina detrás de la criada. Bachelard y Guenlin sin cuidarse del loco como le llamaban, se pusieron á bromear en un rincón del comedor dándose golpecitos en el vientre.

— Me estaba temiendo lo que sucede, murmuró Mad. Jossierand con gran inquietud. Berta, ven en seguida.

En aquel instante la joven enseñaba á su hermana la moneda, y Saturnino blandiendo un cuchillo que había cogido:

— ¡Digo que no quiero, vociferaba... voy á sacarles las tripas!

— ¡Berta! gritó su madre con voz de desesperación.

Y cuando la joven llegó en su auxilio no tuvo más que el tiempo preciso para sujetar

á Saturnino que cuchillo en mano se disponía á salir del comedor. La pobre mujer le contenía llena de ira mientras que él con su lógica de loco decía:

— ¡Déjeme V... es necesario que mueran...! Ya estoy mejor... y harto de las historias que nos cuentan... Al fin y al cabo nos venderán á todos.

— ¿Qué es lo que dices? exclamó Berta imponiéndose. ¿Quieres callar y estarte quieto?

El chico la miró... su rostro estaba desencajado y temblando de rabia balbuceó:

— Quieren casarte otra vez... y eso no puede ser... ¡Nunca! ¿lo oyes? No quiero que nadie te haga daño.

La joven no pudo contener la risa. ¿De dónde sacaba que iban á casarla? Pero él daba á entender que lo sabía, que lo adivinaba.

Al intervenir su madre para calmarle, esgrimió el cuchillo de tal modo que retrocedió asustada. Lo que más sentía era que se enteraran sus convidados de aquella escena, y mandó á Berta que se lo llevase y le encerrase en su cuarto. Saturnino fuera de sí continuaba diciendo:

— No quiero que te casen... no quiero que te hagan mal... ¡Si te casan los degüello!

Berta le puso las manos sobre los hombros mirándole fijamente.

—Oye, le dijo, te calmas ó no te vuelvo á querer en la vida.

El joven vaciló, la desesperación de dolor, no de rabia, se pintó en su rostro, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué no me querrás? murmuró. ¡Oh! ¡no me digas eso, yo quiero que me quieras... mucho... mucho! Dime que me querrás siempre... que no querrás á otro...

Berta le cogió de un brazo y se lo llevó. Desde aquel instante mostró Saturnino la docilidad de un niño.

En la sala Mad. Jossierand exageró su intimidad con Campardon á quien llamaba su querido vecino. ¿Por qué razón Mad. Campardon no la había hecho el inmenso favor de honrar su casa? Y al oír la respuesta del arquitecto alegando que su esposa estaba siempre enferma, añadió que la habría recibido con el mayor gusto aun cuando hubiera subido de bata y en zapatillas. Pero sus sonrisas no abandonaban á Octavio que conversaba con M. Jossierand, todas sus amabilidades iban dirigidas al joven, por encima del hombro de Campardon. Cuando su marido se lo presentó, le mostró tan viva cordialidad que el provinciano llegó á verse en un potro.

Los invitados continuaban entrando: madres de buen año con hijas flacas, padres y tíos apenas despiertos de la somnolencia oficinesca llevando al lado un enjambre de niñas casaderas. Dos lámparas, con pantallas de color de rosa, iluminaban débilmente el salón donde se hallaban el sofá y los sillones de raído terciopelo encarnado, el piano y tres vistas de Suiza que alteraban la fría desnudez de las paredes, cubiertas de papel blanco y oro. A favor de aquella especie de penumbra, se borraban los rostros miseros y gastados de los invitados, no menos gastados y miseros que los trajes que con penosa resignación ostentaban las damas. Mad. Jossierand llevaba el de color de fuego de la noche anterior; pero para despistar á la gente había pasado la mañana cosiendo unas mangas de otro vestido al cuerpo de aquel, y se había arreglado una esclavina con encajes de imitación para ocultar sus hombros, mientras que sus hijas en paños menores y no muy limpios, le daban á la aguja eubriendo con nuevos adornos sus únicos trajes, que á fuerza de combinaciones habían podido tirar desde el invierno anterior.

Cada vez que sonaba el timbre de la puerta, se oía rumor en la antesala. En un ángulo del salón hablaban varios en voz baja

y de cuando en cuando alteraba aquel murmullo de rezo la desentonada carcajada de alguna señorita que deseaba llamar la atención. Al lado de Mad. Juzeur, que se destacaba de las demás con su traje negro, Bachelard y Gueulin de pié, contaban cosas que pasaban con frecuencia de los límites de lo alegre á los de lo grosero; pero la abandonada podía oírlos sin ruborizarse, y antes por el contrario, sus labios temblorosos sonreían con dulzura evangélica á las gracias del tío y del sobrino. Mad. Josserand no les quitaba ojo, temiendo á cada instante alguna inconveniencia. Su hermano era un hombre peligroso. Por el contrario, Gueulin rechazaba teóricamente á las mujeres, no porque no le gustasen, sino porque temía las consecuencias de sus favores. «No producen más que compromisos,» decía el joven.

Berta se presentó por fin y se acercó á su madre.

—Me ha costado trabajo convencerle, la dijo al oído. No quería acostarse, pero le he encerrado. Lo único que temo es que se desespere y rompa cuanto encuentre á mano.

Mad. Josserand la dió un tirón del vestido. Octavio que estaba cerca de ellas, volvió de pronto la cara.

—Hija mía, dijo con la mayor dulzura presentándole al joven, aquí tienes al nuevo vecino, M. Octavio Mouret, que nos ha dispensado la honra de aceptar nuestra invitación.

Al decir esto miró á su hija, y su mirada fué comprendida en el acto por la joven. Era como una orden de combate, que le recordaba las minuciosas lecciones que le había dado la vispera. En el acto obedeció con la complacencia y la indiferencia de una muchacha que está resuelta á no poner peros al matrimonio. Desempeñó el papel á las mil maravillas, con la gracia y el aplomo de una parisiense consumada, y habló con entusiasmo del Mediodía de Francia, que ni siquiera de oídas conocía. Octavio acostumbrado al empaque de las vírgenes provincianas, quedó encantado de la desenvoltura de aquella señorita que le trataba como á un antiguo amigo.

Pero Troublot que había permanecido ausente desde que terminó la comida, llegó en aquel instante del comedor y Berta sin reflexionar le preguntó de donde venía. Él no la contestó, ella se vió desarmada y para salir del paso presentó mutuamente á los dos jóvenes. Su madre no dejaba de espiarla tomando la actitud de un general en jefe,

y dirigiendo la batalla desde el sillón en donde se sentó. Cuando juzgó que la primera escaramuza había producido el efecto deseado, hizo una seña á su hija y le dijo al oído:

—Aguarda á que los Vabre vengan para tocar el piano... y toca con toda tu alma.

Octavio que quedó mano á mano con Troublot, procuró interrogarle.

—¡Bella muchacha! dijo.

—No es fea.

—La señorita vestida de azul es hermana suya, ¿no es verdad?

—Sí.

—No es tan guapa.

—Que ha de ser... ¡es más flaca!

Troublot que miraba sin ver con sus ojos de miope, tenía todo el aspecto de un hombre de convicciones y terco en sus caprichos. Al volver de su excursión á la cocina, mascaba unas cosas negras que no sin sorpresa apercibió Octavio que eran granos de café.

—Diga V., preguntó de pronto al joven provinciano, las mujeres deben ser de buen año en el Mediodía, ¿eh?

Octavio se sonrió, experimentando cierta simpatía hacia Troublot, al notar su mancomunidad de ideas. Sentándose en un canapé algo retirado, se hicieron mutuas confi-

dencias: el uno habló de su patrona madame Hedouin, una real moza, pero muy fría, y el otro dijo que su principal, el agente de cambio M. Desmarguay, le había destinado á despachar la correspondencia de nueve á cinco, y que había en la casa una criada brutalmente guapa.

La puerta de la sala se abrió y entraron tres personas.

—Son los de Vabre, murmuró Troublot al oído de su nuevo amigo. Augusto, aquel alto que tiene una cabeza de carnero enfermo es el hijo mayor del propietario de esta casa, creo que tiene treinta y tres años, y siempre está sufriendo de jaquecas... es un achaque antiguo, como que le obligó á dejar los estudios y se dedicó á comerciante. El otro es Teófilo. Repare V. qué facha, parece un viejo con sus escasos y amarillos cabellos, con la barba espigada y apenas tiene ventiocho años. Ese padece unos accesos de tos que le parten por el espinazo. Ha intentado seguir varias carreras y ha concluido por casarse con la señora joven que ha entrado al mismo tiempo que ellos, Mad. Valeria.

—Ya la conozco, interrumpió Octavio... La he visto el mismo día que llegué... ¡Es hija de un tendero del barrio...! Pero cómo engañan los velitos que usan las damas...



me pareció bonita y ahora veo que no es más que un tipo original con su cara crispada y el color aplomado.

—Ahí tiene V. una mujer que tampoco me llama la atención, dijo sentenciosamente Troublot. Tiene unos ojos hermosísimos, y hay hombres que con eso sólo se contentan... pero... ¡es tan flaca!

Mad. Jossierand se levantó para saludar á Valeria.

—¿Cómo es eso? exclamó, ¿M. Vabre no viene con ustedes? ¿Tampoco M. y madame Duveyrier se han decidido á honrarnos? Confiaba en su promesa y no se lo perdonaré.

La joven excusó á su padre político á quien la edad obligaba á permanecer en casa, y á quien por otra parte agradaba destinar la noche á despachar sus asuntos. En cuanto á sus cuñados, la habían encargado que fuera intérprete de su sentimiento por no poder disfrutar de los encantos de su reunión; pero habían recibido una invitación oficial á la que no podían negarse. Madame Jossierand se mordió los labios. Ella nunca faltaba los sábados á casa de aquellos farsantes del piso principal, que sin duda se creían deshonrados por el mero hecho de subir al piso cuarto un solo martes. Quizás

su té sin ceremonia no equivalía á los conciertos á gran orquesta de los demás... ¡Pero en fin, qué remedio! Cuando sus hijas se casasen y tuvieran dos yernos con sus correspondientes familias para llenar su salón, también obsequiaría con coros á sus convidados.

—Prepárate, dijo á Berta al oído.

Había unas veinte personas y estaban muy estrechas, porque no se abría un gabinete próximo que servía de alcoba á las niñas. Los recién llegados cambiaban el saludo con los demás invitados, y Valeria se sentó cerca de Mad. Juzeur, mientras que Bachelard y Gueulin murmuraban de Teófilo Vabre considerándole ¡ellos! como un sér inútil. M. Jossierand que parecía extraño en su casa hasta el punto de semejar un tímido convidado, escuchaba con asombro en un rincón la historia de uno de sus más antiguos amigos, alto empleado de Hacienda. Bonnaud, el antiguo jefe de la contabilidad del ferrocarril del Norte que había casado á su hija en la anterior primavera, había descubierto que su yerno, un hombre bien portado, era un antiguo payaso que había vivido diez años á expensas de una funámbula.

—¡Silencio! ¡silencio! repitieron algunas voces complacientes.

Berta abrió el piano.

—No crean ustedes que se trata de una obra maestra, dijo Mad. Josserand, es una pieza sin pretensiones, un simple capricho... Creo que V., M. Mouret, es aficionado á la música, ¿no es verdad? Acérquese usted... Mi hija no toca del todo mal... no es una profesora, pero en fin, al menos ejecuta con sentimiento, ¡oh! ¡con mucho sentimiento!

— ¡Le pescó! murmuró Troublot en voz baja... le echó el anzuelo musical.

Octavio no tuvo más remedio que acercarse al piano. Al ver las atenciones que madame Josserand le prodigaba, parecía que hacia tocar á su hija el piano exclusivamente para él.

— *Las orillas del lago*, dijo la excelente mamá. ¡Precioso título! Vamos tesoro mío, toca sin miedo... este caballero será indulgente.

La niña obedeció sin turbarse y como si sus dedos se movieran por un aparato mecánico. Su madre no separaba de ella los ojos, con el aspecto de un sargento dispuesto á corregir con un cachete cualquier falta. Su desesperación era que el instrumento fatigado de quince años de escalas diarias, carecía de la sonoridad del magnífico piano

de cola de M. Duveyrier; y aunque Berta martillaba las teclas, le parecía que no tocaba bastante fuerte.

Desde el segundo compás, dejó Octavio de prestar atención á la música: en cambio contemplaba al auditorio. Los hombres estaban distraídos, las damas parecían preocupadas. Las madres pensaban visiblemente en casar á sus hijas; el carácter dominante de aquella reunión era un voraz apetito de yernos, y para nada se cuidaban los circunstantes de los asmáticos sonidos del piano. Las jóvenes, cansadas, se dormían no pudiendo apenas sostener la cabeza derecha. Octavio que no hacia caso de las niñas, observaba á Valeria. Era fea y no la favorecía su extraño traje de seda amarilla con adornos de satén negro, pero sin embargo la miraba con interés, seducido á pesar suyo por su aspecto, en tanto que ella creyéndose sola, enervada por la música, ofrecía la expresión de una persona enferma.

En esto se oyó el timbre y un caballero entró en el salón.

— ¡Oh! doctor... dijo Mad. Josserand, saludándole sin poder ocultar lo que su intempestiva llegada la había irritado.

El doctor Juillerat se excusó por señas y permaneció en el dintel de la puerta sin

cerrarla, en el momento en que Berta destacaba una frase que la sociedad saludó con lisonjeros murmullos. ¡Delicioso! ¡Encantador! Mad. Juzeur se pasmaba. Hortensia que pasaba las hojas, de pié al lado de su hermana, se detuvo al oír el timbre en la antesala, y al ver entrar al doctor experimentó tal rabia que rasgó una hoja de la pieza de música que estaba en el atril. Pero de pronto tembló el piano bajo las delicadas manos de Berta; aquello no era tocar, era golpear las teclas. La pieza terminaba con un ruido infernal de acordes.

Hubo un instante de pausa. Los oyentes se despertaban. ¿Había concluido? Al fin hubo la consabida explosión de aplausos y de plácemes. ¡Admirable! ¡Sublime! ¡La joven tenía un talento superior! ¡Era una profesora!

—Esta señorita, es ciertamente una artista de primer orden, dijo Octavio sintiendo tener que poner término á sus observaciones. Jamás he oído tocar con más expresión.

—¿No es verdad que sí? caballero, exclamó Mad. Jossierand encantada. Preciso es confesar que no lo hace del todo mal. Verdad es que nosotros no hemos desperdiciado la menor ocasión de proporcionar conoci-

mientos de todos géneros á esta hija que es nuestro tesoro. Cuanto ha querido aprender, lo ha aprendido... ¡Oh! si V. la conociera, si V...

Ruido confuso de voces llenaba el salón de nuevo. Berta recibía con la mayor tranquilidad las felicitaciones de los convidados, sin levantarse del piano, aguardando á que su inflexible madre la relevase de aquel suplicio. La buena señora ponderaba á Octavio la habilidad con que su hija tocaba *Los Segadores*, galop brillante, cuando los contertulios se alteraron al oír sordos y lejanos golpes, que redoblaban de fuerza por instantes y parecían como dados por alguien que quería echar abajo una puerta. Todos se miraban unos á otros interrogándose.

—¿Qué sucede? se atrevió á decir Valeria. Ya hace algún tiempo que oigo ese ruido.

Mad. Jossierand se puso pálida. Reconoció la obra de su hijo Saturnino ¡el insensato! y esperaba de un momento á otro verle caer como una bomba en medio de la reunión. Si esto ocurría, no había duda... ¡perdía su hija otra proporción de casarse!

—Es la puerta de la cocina que golpea, dijo con forzada sonrisa... Esa cocinera es tan torpe, nunca la cierra bien, ¡ve tú Berta, hija mía!

La joven comprendió lo que pasaba; se levantó y se fué. En seguida cesaron los golpes, pero la joven tardó un rato en volver. El tío Bachelard que mientras su sobrina tocaba *Las orillas del lago*, había interrumpido algunas veces la música haciendo reflexiones en voz alta, acabó de cargar á su hermana al oírle decir á Gueulin que todo aquello le aburría y que se iba á tomar un refresco. Los dos pasaron al comedor cerrando la puerta tras sí y dando un solemne portazo.

— Este Narciso es tan original, dijo con sonrisa de conejo Mad. Jossierand á Mad. Juzeur y á Valeria, sentándose entre las dos. ¡Sus asuntos le preocupan tanto! Y no es extraño... gana un dineral... ¡este año puede ser que no bajen sus ganancias de cien mil francos!

Octavio al verse libre, se acercó á Troublot que aún permanecía arrellanado en el canapé. Cerca de ellos rodeaba un grupo al doctor Juillerat, viejo médico del barrio, de vivos ojos, de labios finos, que había asistido en sus partos á casi todas las señoras presentes y cuidado á sus hijas. Su especialidad era las enfermedades del bello sexo, con cuyo motivo le buscaban los maridos para consultarle gratuitamente. Teófilo le decía

que Valeria había tenido una nueva crisis la noche anterior; se sofocaba mucho, sentía así como un nudo que se le ponía en la garganta y él á su vez tampoco estaba muy católico. Con este motivo habló largamente de su persona, contó todas sus desdichas; había empezado á estudiar leyes, después se dedicó á la industria en una fundición, fué empleado del Monte de Piedad, después se dedicó á la fotografía, creía haber inventado un mecanismo que hacía andar solos á los coches, y para entretenerse explotaba unos pianos-flautas, invención de un amigo suyo. Después volvió á hablar de su esposa; si nada andaba bien en su casa era por culpa de ella, ¡le tenía trastornado con sus picaros nervios!

— Recétela V. algo eficaz doctor, dijo con los ojos encendidos de rabia, al mismo tiempo que una fuerte tos le hacía retorcerse.

Troublot le examinaba con aire despreciativo y se rió entre dientes mirando á Octavio. Sin embargo, el doctor Juillerat hallaba frases vagas y calmantes: sin duda alguna la proporciónaría algún alivio; era tan buena, que merecía cualquier sacrificio. A los catorce años se ahogaba ya en la tienda de la calle nueva de San Agustín; por entonces la había asistido, padecía de aturdimien-

tos que terminaban con hemorragias por la nariz; y al recordar Teófilo con desesperación la dulce languidez de la joven que le había decidido á casarse con ella y que contrastaba con su actual carácter caprichoso, raro, veleidoso; que tenía su casa revuelta, el doctor se limitó á encogerse de hombros, como dando á entender que no á todas las mujeres probaba bien el matrimonio.

— ¡Y se extraña! murmuró Troublot. ¿Qué podía esperar de un padre embrutecido ocupado durante treinta años en vender hilo y algodón, y de una madre llena de malos humores; y por añadidura hospedados los dos en un sótano sin aire y sin luz? ¿Qué habían de producir esos dos seres en semejantes condiciones?

Octavio comenzaba á ver claro lo que pasaba en aquel salón donde había entrado con un respeto de provinciano. Su curiosidad se despertó al ver que Campardon se acercó al doctor para consultarle á su vez, tanto más cuanto que le habló en voz baja, para no dar como suele decirse dos cuartos al pregonero de lo que pasaba en el secreto de su casa.

— A propósito, V. que todo lo sabe, dijo á Troublot, puede V. indicarme cuál es la enfermedad de Mad. Campardon. Todos

cuando aluden á ella ponen una cara triste, y sin embargo nadie me explica...

— Si hombre, lo que tiene es...

Y continuó la frase al oído de Octavio, que se sonrió al pronto poniendo después una cara muy larga.

— No puede ser, dijo.

Troublot le aseguró por su honor que hablaba la verdad, añadiendo que conocía á otra señora que padecía de lo mismo.

— Por lo demás, créame V., exclamó, después de un parto sucede con frecuencia que...

Y continuó hablando al oído de su nuevo amigo. Octavio, persuadido de lo que le decía, le hizo notar que no era aquello nada agradable para su marido. ¡Vaya un chasco! ¡Y él que se había forjado una novela suponiendo que el arquitecto ocupado en saborear la fruta del cercado ajeno, le impulsaría hacia su cara mitad para distraerla! El tuno sabía que estaba bien guardada. Los dos camaradas continuaron murmurando y riéndose, sin cuidarse de que podían oírlos.

Precisamente Mad. Juzeur comunicaba á Mad. Josserand la impresión que le había producido Octavio. Le parecía un joven muy juicioso, muy inteligente para el comercio

y de porvenir. Después y sin transición habló de Augusto Vabre que estaba de pié en un ángulo de la sala con su insignificancia y su jaqueca habituales.

—Lo que me asombra, querida mía, añadió, es que nunca haya V. pensado en casarle con Berta. Ya sabe V. que al morir su madre, heredó sobre poco más ó menos cien mil francos, lo mismo que su hermano y su hermana; pero él ha sabido colocar bien este capital mientras que su hermano lo ha derrochado en empresas ridículas. ¡Es un joven de mucho juicio! Ya ve V., con ese dinero ha tomado la tienda del piso bajo, y ahora lo que le falta es una mujer; me consta que piensa en casarse.

Mad. Jossierand la escuchaba con asombro. En efecto, jamás había pensado en Augusto: era ya talludito y tenía otra razón más decisiva, su cara no le petaba. Pero Mad. Juzeur la dió á entender que una muchacha hábil haría de él cuanto quisiera. Era muy tímido con las mujeres, no tenía queridas, y carecía por completo de malicia.

—No crea V., añadió, que me mueve á hablarla así algún interés... Pero conozco mucho á los hombres, y francamente, desconfiaría de M. Mouret que no se dejará llevar y traer, al paso que ese pobre de Vabre

es una malva... un pedazo de pan... En fin V. reflexionará.

Mad. Juzeur, en medio de su infortunio, se gozaba en contribuir á la felicidad de las demás mujeres, con cuyo motivo sabía al dedillo todas las historias amorosas de la vecindad. Afirmaba que Augusto había mirado mucho á Berta cuando tocaba el piano. Pero Mad. Jossierand le examinaba con atención y pensaba que un yerno como él, no adornaría bastante sus salones.

—Mi hija le detesta, dijo resueltamente, y por nada del mundo la obligaré á que se case contra su voluntad.

Una señorita alta y flaca acababa de tocar una fantasía sobre motivos de la *Dama blanca*. Habiéndose quedado Bachelard dormido en el comedor, Gueulin se presentó con su flauta é imitó al ruisenór. Pero apenas escuchaban los contertulios; la historia de Bonnaud se había generalizado. M. Jossierand estaba trastornado, los padres levantaban las manos al cielo, las madres no salían de su asombro. ¡Cómo! ¿el yerno de Bonnaud era un payaso? ¿De quién fiarse entonces? Y los padres, en su apetito de casar á sus vástagos, se representaban como aspirantes á yernos, presidiarios distinguidos con frac negro y corbata blanca. Ya se ve, el tal Bon-

naud tenía tanta prisa de colocar á su hija, que tomó los informes muy superficialmente, á pesar de su rígida prudencia de jefe de contabilidad meticoloso.

—Mamá, ya está el té, dijo Berta que había ayudado á Adela á abrir las hojas de la puerta del comedor.

Y mientras que los convidados pasaban lentamente, añadió al oído de su madre:

—Ya estoy harta... quiere que me quede con él, que le cuente historias, y si no dice que va á hacer pedazos cuanto encuentre.

En la mesa del comedor sobre un mantel de lienzo crudo muy estrecho aparecía un té, trabajosamente organizado, un bizcocho comprado en la panadería y varias pastas á su alrededor, sin olvidar unos cuantos *sandwichs*, ocupaba en una bandeja el centro de la mesa. A los lados mucho lujo de flores; rosas magníficas y caras, cubrían la mala clase de la manteca y el polvo de las añejas pastas. Los contertulios se admiraron. Los Jossierand, deseosos de casar á las chicas, echaban la casa por la ventana. Todos se atiforraron de té y devoraron el bizcocho y las pastas, porque habían comido poco en sus casas y deseaban acostarse con el estómago repleto. Para los que no querían té, Adela paseaba unos cuantos vasos de jarabe

de grosella, cuya dulzura y exquisita calidad ponderaban los aficionados.

El tío Bachelard dormía en un rincón y no le despertaron ó por lo menos fingieron no apercibirse de su presencia allí. Una señora habló de las fatigas que proporcionaba el comercio. Berta y una de sus amigas ofrecían los *sandwichs*, servían á unos y á otros tazas de té, y preguntaban si querían más ó menos azúcar. Pero sus servicios no eran bastante, en medio de tanta gente que se estrujaba en el comedor; y Mad. Jossierand buscaba á Hortensia para que las ayudara cuando la sorprendió en medio del desierto salón hablando con un caballero á quien no pudo conocer porque estaba de espaldas.

—¡Ah! sí, dijo haciendo un gesto de mal humor. Al fin ha venido.

Los convidados murmuraron en voz baja. Era Verdier, el que vivía con una mujer desde hacía quince años mientras llegaba el momento de casarse con Hortensia. Todos conocían aquella historia, las señoritas se guiñaron el ojo; pero todos evitaban hablar del asunto, mordiéndose los labios para no cometer alguna indiscreción.

Octavio, que no tardó en saber tanto como los demás, miró con interés al galán que estaba vuelto de espaldas. Troublot conocía

á su querida, una buena muchacha; había sido algo loca al principio, pero se había sujetado y era tan honrada como cualquiera de las más honradas señoras de la reunión. Cuidaba mucho á su amante, le zurcía la ropa, y con ella no le faltaba nada. Mientras los observaban desde el comedor, Hortensia reñía á Verdier por haber tardado.

— ¡Calle!... ¡jarabe de grosella! exclamó Troublot viendo aparecer á Adela con la bandeja y los vasos.

Le olió y no quiso tomarlo; pero al alejarse tropezó con ella una señora empujándola hacia el miope, éste la dió un pellizco, y ella sonriéndose volvió á presentarle la bandeja:

— Gracias... ahora no... después tomaré, añadió, dirigiéndola una intencionada mirada.

Las señoras se sentaron en torno de la mesa mientras que los caballeros comían de pié detrás de ellas. Hubo las consabidas exclamaciones; un entusiasmo que las bocas llenas ahogaban al salir de los pechos.

De pronto llamaron á los caballeros, y Mad. Jossierand exclamó:

— Es verdad... ya no me acordaba. Vea V., M. Mouret, V. que ama tanto las artes.

— Tenga V. cuidado con el anzuelo de la

acuarela, le dijo Troublot al oído, recordando las mañas de la buena señora.

Pero era algo mejor que una acuarela. Como por casualidad se hallaba sobre la mesa una copa de porcelana. En el fondo aparecía una reproducción de la *joven del cántaro roto* con tintas lavadas que de un lila claro pasaban á un azul celeste. Berta se sonreía al oír los elogios que la prodigaban.

— Esta señorita está dotada de toda clase de disposiciones, dijo Octavio... ¡Oh! la reproducción es admirable, no falta en ella ningún detalle, ningún matiz...

— En cuanto al dibujo, añadió Mad. Jossierand, garantizo su exactitud... Berta lo ha copiado de un grabado. No he querido que vaya al Louvre, porque hay allí demasiadas desnudeces para una joven que se estima; y además acuden los curiosos...

Al decir esto bajó un poco la voz, proponiéndose demostrar al joven que si su hija era artista, no era despreocupada. Pero la actitud de Octavio un tanto ceremoniosa no la agradó mucho, y al ver que la copa no había producido todo el efecto que esperaba, se dedicó á espiarle no sin cierta inquietud, mientras que Valeria y Mad. Juzeur que estaban en la cuarta taza de té, examinaban



la pintura, prorrumpiendo en frases de admiración.

—Mucho la mira V., dijo Troublot á Octavio, al notar que no separaba sus ojos de Valeria.

—Si, hombre, sí, contestó poniéndose algo colorado. Es extraño... en este instante hasta parece guapa... se ve á la legua que es una mujer ardiente... ¿Qué opina V., podría uno aventurarse?

Troublot hizo un gesto de asombro.

—¡Ardiente! ¡ardiente! ¡eso no puede saberse así de buenas á primeras!... ¡Vaya un gusto que tiene V.! Pero en fin, nada cuesta probar, aunque yo por mi parte no me ocuparía de eso... con esas señoras hay siempre compromisos y dificultades.

Adela pasó á su lado y echándole una mirada muy tierna añadió:

—De todos modos, eso es mejor que casarse con la pequeña.

—¿Qué pequeña? preguntó Octavio, y comprendiendo antes de oír la explicación que pedía soltó una carcajada. ¡Cómo! ¿Ha creído V. que iba á dejarme pescar? ¡Ca, hombre, ca! En Marsella no entramos por el aro tan fácilmente.

Mad. Jossierand se acercó y oyó las últimas palabras del provinciano. ¡Una campaña más

perdida! ¡Una reunión más, completamente inútil! La impresión que recibió, fué de tal naturaleza, que tuvo que apoyarse en una silla mirando con desesperación la mesa saqueada por sus convidados. Propúsose desde luego no volver á empeñarse en nuevas luchas, jurando al mismo tiempo no volver á alimentar á sus amigos, que no iban á su casa más que á engullirse el té y las pastas. Pero á pesar de su resolución, buscaba un nuevo novio para su hija cuando descubrió á Augusto Vabre arrimado á la pared, resignado y sin haber tomado nada.

Precisamente se dirigía Berta con el rostro risueño adonde estaba Octavio llevando una taza de té para ofrecérsela y continuar la campaña empezada por orden de su madre. Pero ésta la detuvo, y la puso en voz baja de bestia y animal, que no había por donde cogerla.

—Lleva ese té á M. Vabre, dijo en alta voz con la mayor amabilidad.

Después volviendo á bajar la voz, añadió: —Muéstrate cariñosa con él ó nos veremos las caras.

Berta, turbada al pronto, no tardó en responderse. Estaba acostumbrada á aquellos cambios. Frecuentemente la obligaba su madre á hacer la corte á dos ó tres galanes en

una sola noche. Presentó, pues, la taza de té á Augusto, terminando para él la sonrisa que había comenzado para Octavio. Amable en extremo con él, le habló de las sedas de Lyon, y le dió á entender que se encontraría en su centro detrás de un mostrador. Las manos de Augusto estaban temblorosas; se hallaba muy sofocado porque le dolía mucho la cabeza.

Por cortesía volvieron algunas personas á la sala. Los demás habían satisfecho su apetito y se despedían. Cuando buscaron á Verdier se había marchado. Campardon sin aguardar á Octavio se retiró con el doctor, preguntándole en la escalera si no le daba alguna esperanza respecto de su esposa. Durante la absorción del té se había apagado una lámpara esparciendo un olor de aceite rancio, y la otra proyectaba una luz tan lúgubre, que hasta los Vabre se levantaron para irse á pesar de las atenciones de que los colmaba Mad. Jossierand. Octavio llegó antes que ellos á la antesala, y allí experimentó una sorpresa. Troublot que iba con él, cogiendo su sombrero desapareció, sin que pudiera haberse marchado más que por el corredor que conducía á la cocina.

—Sin duda saldrá por la escalera de servicio, pensó.

Y no profundizó más. Valeria se hallaba á su lado buscando su abrigo. Los dos hermanos Augusto y Teófilo, sin preocuparse de ella, bajaban la escalera. Octavio encontró el abrigo y se lo ofreció con galantería de hortera, maestro en el oficio. Ella le miró, y se persuadió de que los ojos de la dama al fijarse en los suyos, habían lanzado llamaradas.

—Es V. muy amable caballero, le dijo.

Mad. Juzeur que salía de las últimas, dirigió á los dos una mirada dulce y discreta. Cuando Octavio, muy enardecido se halló en su cuarto, se miró al espejo y se dijo: «¡Me arriesgaré... nada se pierdel!»

Mad. Jossierand se paseaba por la desierta sala muda y en extremo agitada. Cerró con violencia el piano, apagó la lámpara que ardía, sopló las bujías que estaban encendidas en el comedor, y el espectáculo de la mesa con las tazas y las bandejas vacías acabó de exasperarla. Sus terribles miradas se fijaron en Hortensia que comía tranquilamente los restos de bizcocho que habían quedado en algunos platos.

—Sigues haciéndote mala sangre, mamá, le dijo. ¿No te salen bien las cuentas? Pues yo estoy satisfecha. La ha comprado unas camisas para que se marche.

Mad. Jossierand se encogió de hombros.

—¿Supones que eso no significa nada? añadió Hortensia. Pues tú guía tu barca como yo la mía, y verás que bien vamos... ¡Jesús! ¡qué bizcocho tan malo! Preciso es que estuvieran nuestros amigos rabiando de hambre para haberlo comido.

M. Jossierand á quien fatigaban las reuniones de su cara mitad, se había dejado caer rendido en una silla; pero tuvo miedo de una nueva querella y acudió á sentarse cerca de Bachelard y de Gueulin, que estaban á la mesa con Hortensia. El tío al despertarse había descubierto un frasco de rom y le apuraba en compañía de su sobrino, no sin lamentar de vez en cuando la pérdida de los veinte francos.

—No es por el dinero decía, sino por la manera de sacármelo. Ya sabes lo que soy para las mujeres, les daría hasta la camisa, pero no me gusta que me pidan. En cuanto me piden, me da rabia, y entonces se me quitan las ganas de dar.

Al ver que su hermana le miró con ojos furibundos:

—No hables una palabra, dijo... Ya sé lo que debo yo hacer respecto de mi sobrina... Pero no puedo remediarlo, las mujeres que piden me cargan. Jamás he podido conser-

var una sola... ¿no es verdad Gueulin? Y luégo, si al menos viera yo entre vosotros alguna muestra de consideración... pero ya lo veis, León no se ha dignado venir á felicitarme.

Mad. Jossierand continuó sus paseos con los puños crispados. Tenía razón su hermano, León había prometido, y como los demás había burlado sus esperanzas. ¡No había sacrificado un par de horas siquiera, en favor del porvenir de sus hermanas! Al mismo tiempo que así pensaba, descubrió un pastelillo detrás de un vaso y lo encerraba en un cajón, cuando Berta que había ido á sacar de su prisión á Saturnino llegó con él. La joven le calmaba mientras que el chico con ojos torvos miraba á todas partes y registraba los rincones con la fiebre de un perro encerrado durante mucho tiempo.

—¡Vaya un necio! dijo Berta. Pues no cree que acabo de casarme. Anda hijo, anda... busca al marido por todas partes que ya te cansarás. ¿No te he dicho que el plan de esta noche se ha malogrado? ¿No sabes que siempre sucede lo mismo?

Al oír esto Mad. Jossierand estalló.

—Yo os juro, dijo, que esta vez no se malogrará, aunque tuviera yo misma que atar de piés y manos al candidato. Sí, señor

marido, aunque me mire V. con ese aire de duda, le aseguro que mis proyectos se realizarán, y mi hija se casará pese á quien pese. Lo oyes Berta... no tienes más que hacer que tomarle, como quien dice... y si quieres que viva tu madre, te ruego que no le dejes escapar.

Saturnino parecía no oír, miraba con afán debajo de la mesa. Berta hizo una seña á su madre para que callase, pero Mad. Joserand le hizo otra á su vez como dando á entender que el loco desaparecería.

La joven murmuró:

—¿Con que ahora es resueltamente el elegido M. Vabre? Lo mismo me da... ¡Y pensar que no me han guardado ni un mal sandwich!

#### IV.

Desde el siguiente día Octavio se dedicó á Valeria. Averiguó sus costumbres, supo á qué hora podría tener probabilidades de hallarla en la escalera y se las compuso del mejor modo para proporcionarse el deseado encuentro, aprovechando el almuerzo que hacía en casa de Campardon, ó escapándose con cualquier pretexto de la tienda en donde desempeñaba el cargo de primer dependiente. No tardó en saber que todos los días á cosa de las dos, si el tiempo lo permitía, salía la señora de sus pensamientos con su niño é iba por la calle Gaillon al jardín de las Tullerías. Desde entonces miraba al cielo, y en el momento oportuno se situaba en la puerta de la tienda para esperarla, y la saludaba al paso con una de sus más galantes sonrisas de hortera. Valeria respondía á estos

marido, aunque me mire V. con ese aire de duda, le aseguro que mis proyectos se realizarán, y mi hija se casará pese á quien pese. Lo oyes Berta... no tienes más que hacer que tomarle, como quien dice... y si quieres que viva tu madre, te ruego que no le dejes escapar.

Saturnino parecía no oír, miraba con afán debajo de la mesa. Berta hizo una seña á su madre para que callase, pero Mad. Joserand le hizo otra á su vez como dando á entender que el loco desaparecería.

La joven murmuró:

—¿Con que ahora es resueltamente el elegido M. Vabre? Lo mismo me da... ¡Y pensar que no me han guardado ni un mal sandwich!

#### IV.

Desde el siguiente día Octavio se dedicó á Valeria. Averiguó sus costumbres, supo á qué hora podría tener probabilidades de hallarla en la escalera y se las compuso del mejor modo para proporcionarse el deseado encuentro, aprovechando el almuerzo que hacía en casa de Campardon, ó escapándose con cualquier pretexto de la tienda en donde desempeñaba el cargo de primer dependiente. No tardó en saber que todos los días á cosa de las dos, si el tiempo lo permitía, salía la señora de sus pensamientos con su niño é iba por la calle Gaillon al jardín de las Tullerías. Desde entonces miraba al cielo, y en el momento oportuno se situaba en la puerta de la tienda para esperarla, y la saludaba al paso con una de sus más galantes sonrisas de hortera. Valeria respondía á estos

saludos con un fino movimiento de cabeza, y sin detenerse, pero el joven miraba brillar sus ojos y hallaba estímulo en la expresión lánguida del rostro de la bella y en el balanceo de su talle.

Ya tenía formado su plan, un plan atrevido de seductor acostumbrado á dominar la virtud de sus compañeros de oficio. Trataba pura y simplemente de llevar á Valeria á su habitación, al cuarto piso; la escalera desierta y solemne siempre, permitiría que no los descubrieran, y ante la expectativa de este triunfo se reía Octavio de las morales recomendaciones del arquitecto á las cuales no faltaría, toda vez que no se trataba de llevar mujeres de fuera, sino de apoderarse de una de la misma casa.

Una cosa le inquietaba sin embargo. La cocina de los Pichon, estaba separada del comedor por el pasillo, lo que les obligaba á dejar abierta muy á menudo la puerta de su cuarto. A las nueve se iba el marido á la oficina y no volvía hasta las cinco; tres veces por semana, se iba también después de comer, y no regresaba hasta las doce de la noche. Por lo demás, en cuanto la joven esposa sentía los pasos de Octavio, cerraba la puerta, mostrándose muy reservada y casi salvaje.

Él no descubría más que su espalda, y para eso escapándose. Hasta entonces no había descubierto á través de aquella discreción más que muebles de caoba limpios y tristes, sábanas blancas puestas á airear, el ángulo de una cama, todo de una monótona soledad acusando la existencia de una mujer entregada día y noche á los quehaceres domésticos. Ni el menor ruido oía: el niño parecía mudo y fatigado como su madre: apenas de vez en cuando se escuchaba el rumor de algún cántico moribundo que ésta exhalaba para dormir á la criatura. Pero no por eso dejaba de molestar á Octavio aquella mujer, que sin duda alguna le espía; y si la puerta de los Pichon estaba tan frecuentemente abierta, era imposible que Valeria subiese á visitarle.

No por eso desperdiciaba las ocasiones. Un domingo, estando ausente el marido, arregló las cosas del mejor modo posible y se halló en la escalera en el momento en que Valeria en bata y peinador salía del cuarto de su cuñada para dirigirse al suyo. Con este motivo se saludaron. Octavio pensó que al segundo encuentro entraría en su casa con cualquier pretexto, y después... tratándose de una mujer tan ardiente, el triunfo era seguro.

Aquella noche se habló de Valeria en casa de los Campardon durante la comida. Octavio procuraba saber pormenores de la vida de aquella mujer, pero como Angelita escuchaba, dirigiendo maliciosas miradas á Lisa que con la mayor seriedad servía la mesa, el arquitecto y su mujer tributaron á su vecina los mayores elogios. Campardon proclamó ante todo y sobre todo la *respectabilidad* de la casa, con una convicción de inquilino vanidoso, y como si contribuyera á su honra personal.

—¡Oh, amigo, son una familia excelente!... dijo. Ya los visteis en casa de los Joserand. El marido no es un zote, tiene ideas magníficas y acabará por hallar algo de provecho. Y lo que es su mujer tiene *carácter*, como decimos nosotros los artistas.

Mad. Campardon, que sufría más que de ordinario de sus achaques, recostada en la silla, aunque su enfermedad no le impedía comer sendas lonjas de carne, dijo á su vez con su habitual languidez:

—El pobre Teófilo está como yo... no disfruta de buena salud... Y en verdad que su mujer merecè elogios, porque no es nada agradable tener al lado un hombre siempre enfermo y por lo mismo con un genio endiablado.

A los postres, supo Octavio más de lo que deseaba. Olvidándose de Angela, marido y mujer, pronunciaban medias palabras, se guiñaban el ojo y acentuaban ciertas frases llegando hasta á terminar algunas de éstas al oído del joven cuando faltaba la mímica á su expresión. En suma, Teófilo era un canalla y por añadidura inservible para cumplir sus deberes, y merecía cuanto su mujer hacía para indemnizarse. Por lo demás, la virtud de Valeria no era muy sólida, aunque su marido hubiera tenido otras condiciones habria observado la misma conducta, por efecto de su naturaleza. Nadie ignoraba, que dos meses después de su boda, desesperada al ver que no tendria familia y temerosa de perder la parte que de otro modo le corresponderia en la herencia del viejo Vabre, se habia ingeniado obteniendo lo que deseaba, es decir, su hijo Camilo de un carnicero de la calle de Santa Ana.

Campardon añadió al oído de Octavio:

—En fin, ya puede V. imaginar, le dijo, lo que dará de sí una mujer histérica.

Y acompañó esta frase de una sonrisa en la que la lascivia se hacía paso á través de la hipocresía de un hombre que quiere parecer lo que no es. Angela bajó los ojos procurando no mirar á Lisa para no reírse y

aparecer ante sus padres como si nada hubiese oído. Poco después se habló de los Pichon y no faltaron elogios para los vecinos del piso cuarto.

—¡Oh! ¡esos sí que son buenos! exclamó Mad. Campardon. Alguna que otra vez cuando sale María con su pequeñuela, me complazco en que Angela vaya con ella y le aseguro á V., M. Mouret, que yo no confío mi hija á cualquiera: necesito estar plenamente persuadida de la moralidad de las personas. ¿No es verdad, Angela, que tú quieres mucho á María?

—Si, mamá, respondió la niña.

La conversación continuó. Era imposible hallar una mujer mejor educada, con principios más severos. Así no era extraño que su marido se considerase como el hombre más feliz de la tierra. Formaban un matrimonio tan igualito, se querían tanto, que no se oía en su casa una palabra más alta que otra.

—Si así no fuera, dijo gravemente el arquitecto olvidando las confidencias que acababa de hacer respecto de Valeria, no les consentirían vivir en la casa. Aquí no queremos más que gente honrada... y yo aseguro que me mudaría el día que mi hija estuviese expuesta á encontrar en la escalera gente de mal vivir.

Aquella noche debía llevar Campardon al teatro de la Ópera cómica con el mayor sigilo á la prima Gasparina, y levantándose para coger el sombrero anunció que tenía que evacuar un asunto importante y que volvería tarde. Su mujer debía estar enterada porque Octavio oyó que decía en voz baja á su marido cuando éste fué á imprimir en su frente el ósculo de costumbre:

—Que te diviertas, amor mío, y ten cuidado de no enfriarte á la salida.

Al día siguiente concibió Octavio la idea de poner de su parte á Mad. Pichon prestandole servicios de buena vecindad. De este modo, si por casualidad sorprendía alguna vez á Valeria, cerraría los ojos. Aquella misma noche le deparó la suerte una ocasión. Mad. Pichon, paseaba á su niña, que tenía entonces diez y ocho meses, en un cochecito de mimbre que ponía de un humor endiablado al portero M. Gourd. Jamás este autócrata había consentido que subieran el cochecito por la escalera principal, y tenía que subirlo la complaciente mamá por la de servicio. Pero como la puerta del cuarto era por allí muy estrecha, necesitaba Mad. Pichon quitar las ruedas al vehículo, lo cual la proporcionaba trabajo y molestia. Precisamente aquella tarde, ya al anochecer volvía



Octavio á su casa al mismo tiempo que la mamá se veía muy apurada para quitar las ruedas al cochecito, y su apuro llegó al colmo al ver que su faena impedía el paso al vecino.

—Pero señora, le dijo, ¿por qué se toma usted ese trabajo? Más fácil y sencillo sería que dejase V. el cochecito sin desarmar al final del corredor detrás de mi puerta.

Su excesiva timidez no permitió á madame Pichon articular frase alguna, pero Octavio notó que desde el cuello á la frente se encendía su cutis por momentos.

—Aseguro á V., señora, que no me molestará lo más mínimo.

Y sin esperar más cogió el coche y lo llevó al sitio designado. Ella debió ayudarle; pero estaba tan emocionada, tan conmovida por aquella aventura, considerable en su vida, sedentaria de todos los días, que le dejó obrar no pudiendo hacer otra cosa que articular á medias algunas frases vulgares.

—¡Válgame Dios... caballero!... se molesta V... siento en el alma... Va á estorbarle á V... Mi esposo se lo agradecerá...

Y sin decir más entró en su cuarto con la niña y cerró la puerta herméticamente poseída de un fuerte acceso de vergüenza. El cochecito colocado al final del corredor mo-

lestaba mucho al joven, no podía abrir del todo la puerta y tenía que entrar y salir de medio lado. Pero su vecina parecía conquistada con aquel rasgo de galantería, tanto más, cuanto que M. Gourd, gracias á la influencia de M. Campardon, tuvo á bien autorizar el acto que sin su permiso había realizado Octavio.

Los padres de Maria, M. y Mad. Vuillaume, iban á almorzar con ella los domingos. El primero de estos días, vió Octavio al pasar á toda la familia tomando el café, y apresuró el paso por discreción cuando la joven mamá habló al oído á su marido y éste se apresuró á salir á la puerta exclamando:

—Caballero, dispéñeme V., paso casi todo el día fuera de casa, y por eso no he tenido aún el gusto de ir á dar V. las gracias; pero me complazco en aprovechar esta ocasión para manifestarle mi gratitud...

Octavio contestó que lo que había hecho no valía la pena de recordarlo, pero M. Pichon insistió y hasta logró decidirle á entrar en su casa y tomar una taza de café. Para hacerle los honores en toda regla, le colocaron en medio de M. y Mad. Vuillaume. Enfrente de él estaba Maria, presa de uno de los accesos de rubor tan frecuentes en ella, que á cada instante y sin motivo apa-

rente, parecía que toda la sangre se le agolpaba en la cara. El joven que hasta entonces no había podido contemplarla bien, la miró á sus anchas. Pero como decía Troublot, no era su bello ideal: le parecía vulgar, sin expresión, sin atractivos, por más que sus facciones eran finas y bonitas. Cuando la pobre se serenó un poco, tuvo algunas sonrisas al hablar del cochecito.

—Julio, decía... ¡si hubieras visto con qué ligereza cogió este caballero el coche!

Pichon le dió de nuevo las gracias. Era éste, hombre alto, delgado, enfermizo, como viviendo bajo el peso de la existencia mecánica de la oficina, pero mostrando en sus apagados ojos la resignación estúpida de los caballos de picadero.

—Por Dios no hablen ustedes de eso, dijo Octavio. Cualquiera diría al oírlos que había hecho alguna proeza, y no es así. Lo que sí es cierto, es que el café que me han dado ustedes es exquisito. Jamás lo he tomado mejor.

Mad. Pichon se ruborizó de nuevo, y tanto que hasta sus manos se pusieron encarnadas.

—No me la eche V. á perder, caballero, dijo su marido: el café es bueno, pero lo hay mejor; si V. lo pondera se va á henchir de vanidad.

—No haya miedo de que se envanezca, objetó Mad. Vuillaume. Desde los primeros años la hemos recomendado la modestia.

Los padres de Mad. Pichon eran pequeños y secos, muy viejos, muy arrugados, ella envuelta en un traje negro y él con una levita en la que se destacaba sobre un hojal una ancha cinta encarnada.

—Caballero, dijo éste á Octavio, me han condecorado á la edad de sesenta años el día en que obtuve mi jubilación, después de haber sido empleado durante treinta y nueve años en el Ministerio de Instrucción pública. Pues bien, aquel día solemne, comí con la mayor tranquilidad, como los demás días, sin que la vanidad me hiciese experimentar la más pequeña alteración en mis costumbres. Yo sabía bien que la cruz se me debía, y lo único que experimenté fué pura y simplemente un sentimiento de gratitud hacia el gobierno.

Y mirando á su yerno que como él había entrado en el Ministerio á los veinte años, expuso claramente su situación á Octavio. No tenía por qué ocultarla, podía vivir en una casa de cristal y deseaba que todo el mundo le conociera á fondo. Después de veinticinco años de servicios, le ascendieron á cuatro mil francos, y le correspondía por

tanto cobrar dos mil de jubilación. Pero habiendo nacido su hija cuando ya no esperaban ni él ni su mujer tener familia, tuvo necesidad de trabajar más de lo regular. Por fortuna la niña estaba ya bien colocada y los dos vivían con alguna estrechez en Montmartre calle Durantin, porque allí no era la vida tan cara como en París.

—Tengo setenta y seis años, dijo para terminar, y lo único que deseo es que mi verno lo pase siquiera como yo.

Pichon miraba la condecoración del viejo, silencioso y cansado. Sí, aquella sería su propia historia si la suerte le favorecía. Él, era hijo de una frutera, que se había arruinado por hacerle bachiller al oír que todos del barrio decían que era un chico inteligente, y murió llena de deudas algunos días antes de su triunfo en la Sorbona. Después de pasar tres años trabajando en casa de un tío suyo, tuvo la fortuna de entrar en el Ministerio, y una vez allí esperando hacer carrera se casó.

—Cada cual cumple su deber como puede, murmuró, calculando mentalmente que aún le faltaban treinta y seis años para ser condecorado y obtener dos mil francos de retiro.

Después dirigiéndose á Octavio, añadió:

—Lo que más pesa son los hijos, no lo sabe V. bien.

—Yo lo creo, dijo ampulosamente madame Vuillaume, si nosotros hubiéramos tenido otro hijo, Dios sabe cómo lo habríamos pasado. Por lo tanto es necesario, Julio, que recuerde V. lo que le he exigido al darle por esposa á mi hija María: un solo vástago, uno solo, ó reñimos. Sólo los obreros pueden llenarse de hijos como las gallinas sin preocuparse de lo que cuesta este hijo. Es verdad que los echan á la calle para que se las busquen, pero esto parte el alma.

Octavio miró á María creyendo que aquel delicado punto de la conversación la ruborizaría en extremo; pero vió que por el contrario permaneció pálida y asintiendo á las teorías de su madre con la más serena ingenuidad.

El joven se aburría soberanamente, y no sabía cómo marcharse. Aquellas cuatro personas pasaban la tarde en el comedor, hablando de cuando en cuando de sus asuntos particulares. Alguna que otra vez jugaban al dominó.

Llegó el turno á Mad. Vuillaume de explicar sus ideas. Al cabo de un largo silencio y cuando ya parecía agotada la conversación, dijo:

—¿Y V., caballero, no tiene hijos? Ya los tendrá V. y sabrá V. entonces cuán grande es la responsabilidad que uno tiene, sobre todo las madres. Cuando mi hija vino al mundo tenía yo cuarenta y nueve años, edad en la que por fortuna sabe una ya cómo debe conducirse. Y los niños, menos mal, se crían solos como quien dice, pero las niñas... ¡Oh! ¡las niñas!... Y eso que yo tengo el consuelo de haber cumplido mi deber... ¡vaya si lo he cumplido!

Entonces explicó su plan de educación. La honestidad ante todo y sobre todo. Nada de juegos en la escalera, la niña siempre había estado en casa y custodiada de cerca, porque de otro modo se habría echado á perder. Las puertas y las ventanas siempre cerradas para evitar las corrientes de aire que llevan cosas feas de la calle á las casas. Al salir, jamás soltar de la mano á la pequeña y acostumbrarla á llevar los ojos bajos para librarla de los malos espectáculos. En cuanto á religión no se debía abusar, lo necesario para hacer de ella un freno moral. Después, cuando su hija creció, le puso profesoras: nada de colegios donde las inocentes se corrompen; y así y todo asistir á las lecciones, procurar que ignorase lo que debía ignorar, quitar los periódicos de su alcance y no de-

jar en sus manos un libro por un ojo de la cara.

—Una señorita, sabe siempre aunque no la enseñen más de lo necesario, añadió la anciana terminando su exposición de doctrinas.

Mientras que su madre hablaba, María con los ojos vagarosos, miraba en blanco. Las palabras de la buena señora le recordaban su cuartito siempre cerrado, las estrechas habitaciones de la casa de la calle Durantin, á la que no podía asomarse por nada del mundo. Su vida fué una infancia continua, prohibiciones que no comprendía, líneas que su madre borraba con tinta en los periódicos, lecciones muy espurgadas, preguntas inocentes de su parte que ponían en gran aprieto á sus maestras. Infancia dulce y sosegada había sido para ella lo que el invernadero para la flor. Puede decirse que había vivido en un sueño en el que las palabras y los hechos se habían convertido para ella en significaciones pueriles y aun después de casada, llena su mente de los recuerdos del pasado tenía siempre en los labios la sonrisa de un niño, y conservaba la ignorancia primitiva hasta dentro del matrimonio.

—No la creará V., caballero, añadió

M. Vuillaume, pero á los diez y ocho años aún no sabía mi hija lo que era una novela... ¿no es verdad Maria?

— Sí, papá.

— Yo poseo una obra de Jorge Sand muy bien encuadernada, y á pesar de los temores de su madre, me decidí á permitirle algunos meses antes de su casamiento que la leyera. Es *Andrés*, una novela sin peligros, de pura imaginación y que eleva el alma. Soy partidario de una educación liberal. La literatura tiene ciertamente algunos derechos... La lectura del citado libro produjo en ella un efecto extraordinario. Hasta de noche, durmiendo y todo, lloraba la pobrecita, lo que prueba que no hay nada mejor para comprender el genio que una imaginación pura.

— ¡Era tan bello! murmuró la joven al mismo tiempo que sus ojos se animaban.

Pero Pichon manifestó que la que no había leído novelas antes de casarse podía y debía leerlas después, y Mad. Vuillaume se encogió de hombros. Opinaba de distinta manera la buena señora, no le gustaba la lectura y lo pasaba bien. Maria habló á continuación de la soledad en que vivía.

— Ya se ve, dijo, para no aburrirme cojo de vez en cuando algún libro. Bien es ver-

dad que mi marido es siempre quien los elige en el gabinete de lectura del Pasaje Choisseul... ¡Si al menos supiera tocar el piano!

Octavio que sentía la necesidad de decir algo para no parecer un convidado de piedra.

— ¡Cómo, señora, exclamó, no toca V. el piano!

Sus padres alegaron que habían pasado por circunstancias difíciles, pero Mad. Vuillaume se apresuró á consignar que Maria tenía mucho oído y que cantaba con gran afinación desde muy pequeña. Cuando era soltera sabía unas romanzas muy bonitas, le bastaba oír cualquier melodía una sola vez para repetirla, y añadió que entre las dichas romanzas la que mejor se sabía era una canción española en la que una cautiva lloraba á su adorado. La decía con tal expresión según su madre, que era capaz de arrancar lágrimas á los corazones más empedernidos. Maria muy apesadumbrada extendiendo la mano hacia la habitación próxima donde dormía su pequeña, exclamó:

— ¡Oh! yo juro que mi hija sabrá tocar el piano, aun cuando esto me cueste los mayores sacrificios.

— Procura ante todo educarla como nosotros te hemos educado, dijo Mad. Vuillau-

me con severidad. Y no es que condene la música, no por cierto; ya sé que desarrolla los sentimientos; pero ante todo vela por tu hija, apártala de los peligros diarios, haz que viva el mayor tiempo posible en la ignorancia.

Con este motivo volvió á exponer de nuevo sus teorías insistiendo en lo importante que eran las prácticas de la religión, y manifestando la conveniencia de las confesiones una vez al mes lo menos, la asistencia á los templos, todo bajo el punto de vista de las conveniencias sociales. Entonces Octavio que ya no podía resistir más aquella monserga, habló de un asunto que le obligaba á privarse de tan amena compañía. Estaba el pobre aburridísimo, y veía que todo prometía una conversación igual hasta la noche. Se escapó, pues, dejando á los Pichon y á los Vuillaume contarse alrededor de la mesa y enfrente de las tazas vacías, lo que se repetían siempre que estaban juntos desde hacía muchos años. Al saludar por última vez, María de pronto y sin motivo alguno se ruborizó.

Desde aquel día pasaba Octavio los domingos con la mayor rapidez por delante de la puerta de sus vecinos, sobre todo si oía las voces de M. y Mad. Vuillaume. Preocupába-

le en extremo la conquista de Valeria, que á pesar de las ardientes miradas de que se creía objeto, guardaba con él una reserva inexplicable, por más que viera en esta conducta un ardid de coquetería. Una tarde la encontró en el jardín de las Tullerías y le habló con la mayor tranquilidad del mundo de una tempestad que había habido el día anterior, con cuyo motivo se convenció de que era no sólo ducha sino muy dueña de sí misma. Pero no por eso abandonaba la escalera, espionando el momento oportuno de entrar en su casa y prometiéndose si lo conseguía ser hasta brutal.

María por su parte, cada vez que le veía se sonreía ruborizándose, y cambiaban saludos de buena vecindad. Una mañana al ir á almorzar, tuvo que verla porque el portero le rogó que subiera una carta que había llegado para ella y la halló en un grave aprieto. Había sentado sobre la mesa del comedor á su niña que estaba en camisita y procuraba vestirla.

—¿Qué le pasa a usted? preguntó Octavio.

—Nada... he tenido la mala idea de desnudarla porque decía que tenía pupa, y ahora no acierto á vestirla de nuevo.

El joven la miró con asombro.

María después de dar mil vueltas á la ropa, dijo:

— Ya V. comprende... su padre es quien me ayuda á vestirla por las mañanas antes de marcharse. Soy tan torpe para estas cosas... ¡vamos, que no acierto y esto me pone de un humor!...

La niña, cansada de estar en camisa, y asustada además al ver á un desconocido, procuraba escaparse.

— Tenga V. cuidado, que va á caerse, dijo Octavio.

Y así fué, pero María que quería cogerla, no se atrevía á tocar las carnes de su hija. La miraba siempre con el asombro de una virgen estupefacta de haber podido producir aquel sér. Además del temor de hacerla daño, experimentaba así como cierta repugnancia de tocar carne viva. Sin embargo, con ayuda de Octavio que la calmaba, logró levantar á la niña y vestirla.

— ¿Cómo se arreglará V. cuando tenga usted una docena? dijo Octavio riéndose.

— ¡Oh! no, exclamó la joven asustada, no tendremos más que ésta.

El joven su puso á bromear. ¡Quién era capaz de asegurar lo que ella aseguraba!

— No, no, repitió con firmeza la joven. Ya oyó V. á mi mamá el otro día. Ha prohi-

bido á Julio... y V. no la conoce, si mi marido la desobedeciera viviríamos en una guerra continua.

Octavio se divertía al ver la tranquilidad con que discutía aquel punto escabroso. Con este motivo la dió cuerda y continuó expresándose en el mismo sentido, sin apurarse. Por lo demás ella complacía en todo á su marido. Y no es que no le gustasen los niños, al contrario hubiera deseado tener más, y por su parte no se habría opuesto; pero á través de esta bondad, que se subordinaba á las órdenes maternas, se descubría la indiferencia de la mujer en cuya alma no se ha despertado aún el sentimiento de la maternidad. Su niña la ocupaba como los quehaceres de la casa: es decir, al cuidarla cumplía un deber y nada más. Después de lavar la vajilla y de pasear á la pequeñuela, á su Lili, como la llamaba, continuaba su antigua vida de soltera, vida de somnolencia, siempre mecida por la vaga esperanza de una alegría que nunca llegaba.

Habiéndole dicho Octavio que debía aburrirse de estar siempre sola, pareció sorprenderse: no, no se aburría, los días pasaban para ella sin sentir, al acostarse no podía ni siquiera darse cuenta de lo que había hecho. Además, alguno que otro domingo sa-

lia con su marido, iban sus padres á verla ó se entretenía leyendo. Si la lectura no la hubiera producido algunos dolores de cabeza leería día y noche; sobre todo desde que tenía carta blanca para leer.

—Lo que me aflige, añadió, es que en el gabinete de lectura del Pasaje Choiseul no tienen todos los libros que yo deseo. Por ejemplo, he pedido el *Andrés* de Jorge Sand para volver á leerlo, recordando lo mucho que me hizo llorar y precisamente se les ha perdido ese libro. Y lo que es mi padre no quiere prestármelo, porque dice que la niña le romperá las hojas.

—Creo que mi amigo Campardón tiene todas las obras de Jorge Sand... le pediré la novela que V. desea.

Maria se ruborizó. Su vecino era en extremo amable. Cuando la dejó, permaneció delante de su hija con los brazos caídos, la mente sin ideas, en la actitud que solía conservar tardes enteras. Odiaba la costura y hacía crochet, siempre la misma labor, que rodaba por los muebles.

Al día siguiente, que fué domingo, Octavio la llevó el libro ofrecido. Pichon había tenido que salir á dejar una tarjeta en casa de uno de sus jefes, y como la encontró vestida de calle la preguntó si volvía de misa,

juzgándola devota. Ella le contestó que hacía más de un año que no había pisado la iglesia. Antes de casarse, su madre la llevaba con regularidad á misa. Durante los seis primeros meses de su matrimonio continuó yendo por costumbre; pero se apuraba mucho, temiendo llegar tarde. Sucedióle esto algunas veces, y desde entonces, sin saber por qué, había dejado de ir. Su marido odiaba á los curas y su madre no la decía nada sobre el particular. Sin embargo, la pregunta de Octavio la preocupó algo.

—Uno de estos días, añadió, tendré que ir á San Roque. ¡En cuanto pierde una la costumbre de hacer algo, queda un vacío!

Y en aquel pálido rostro de la hija tardía de un par de viejos, apareció el enfermo deseo de una existencia, soñada mucho tiempo hacía, en el país de las ilusiones. La pobre no podía ocultar sus impresiones, todas le salían al rostro, bajo su piel de una finura y una transparencia cloróticas. Después, enterneciéndose, estrechó la mano de Octavio y con ingenua familiaridad:

—Cuanto agradezco á V., le dijo, que se haya acordado de traerme este libro, venga V. mañana á medio día, se lo devolveré y le confiaré el efecto que me haya producido.



Al separarse de ella pensó Octavio que era una mujer original, y concluyó por interesarle. Desde luego pensó hablar á su marido para que la animase, no necesitaba más que eso. Precisamente al día siguiente salió de su cuarto al mismo tiempo que el empleado y fueron juntos hasta la tienda del joven, charla que te charla.

De esta conversación sacó en limpio que el marido era menos listo que la mujer y que estaba lleno de manías, siendo la principal de sus preocupaciones no mancharse de barro las botas en los días de lluvia. Andaba de puntillas y no sabía hablar más que del segundo jefe de su oficina. Octavio, que al hablarle se hallaba animado de las mejores intenciones, acabó por dejarle en la calle de Saint Honoré, después de aconsejarle que llevara á su esposa á menudo al teatro.

—¿Por qué? le preguntó.

—¡Por que es bueno para las mujeres, eso las despierta!

—¿Cree V.?

Y después de ofrecerle que lo pensaría, atravesó la calle observando los coches con terror, porque, como hemos dicho, su única preocupación era no coger cazcarrias.

A la hora de almorzar entró Octavio en casa de su vecina á recoger el libro y la halló

leyendo, con los codos sobre la mesa y las manos entre los cabellos. Acababa de comer, sin haber puesto mantel, un huevo frito en un plato de peltre, que aparecía sucio cerca del libro y al lado del tenedor y del cuchillo. La niña, olvidada, dormía en el suelo sobre los restos de un plato que había roto.

—¿Qué tal? preguntó Octavio.

Maria no contestó en el acto. Estaba aún con el peinador que se había puesto por la mañana, y como lo tenía desabrochado, dejaba ver su hermoso cuello. Todo su aspecto era el de una mujer que acaba de dejar el lecho.

—No he leído más que unas cien páginas, dijo al fin. Ayer estuvieron mis padres y no me fué posible...

Interrumpiéndose y poniendo una cara muy afligida, habló de que cuando era joven hubiera querido vivir en un bosque, añadiendo que soñaba siempre su encuentro con un cazador que tocaba el cuerno, que se acercaba á ella y se postraba á sus piés. Esto pasaba en el campo, junto á un rosal. Y luego de repente se casaban los dos y pasaban el tiempo paseándose día y noche. Ella, en extremo feliz, no deseaba nada más. Él, con una ternura y sumisión de esclavo, se postraba á sus piés.

—Esta mañana he hablado á su marido de V., dijo Octavio, y le he inclinado á llevarla á V. al teatro.

Al oírle movió la cabeza con estremecimiento nervioso. Hubo una pausa. El comedor en donde estaba le pareció estrecho y triste. El recuerdo del rostro de su marido, vulgar y correcto, oscureció la bella figura del cazador de sus ensueños, cuyo cuerno de caza resonaba siempre en su oído. Tanto era así, que á veces parecía escuchar: acaso el sueño iba á realizarse. Su marido no había cogido jamás en sus manos sus lindos piés para besarlos, jamás se había arrodillado ante ella para decirle que la adoraba. Con todo le quería; pero extrañaba que el amor no la ofreciera mayores dulzuras que las que disfrutaba.

—Lo que más me conmueve, dijo ella, refiriéndose al libro, son los pasajes de las novelas en que los personajes se hacen declaraciones.

Octavio se sentó y se puso á bromear, porque no le agradaba el sentimentalismo. Pero ella no comprendió su juego. Entonces él, para señalar el libro rozó su mano con la suya, se inclinó para leer unas líneas, acercándose tanto que su aliento calentaba el hombro de Maria, descubierto, porque el

peinador desabrochado se le caía, y al ver que permanecía impassible se levantó, poseído á la vez de un sentimiento de desprecio y de lástima.

Al alejarse le dijo Maria:

—Leo muy despacio y no acabaré el libro hasta mañana... ¡Oh! Pero lo que es mañana será gracioso. Venga V. por la noche.

Aunque el joven no tenía respecto de ella ningún proyecto le sublevaba su carácter. Y sin embargo experimentaba algún afecto hacia aquel matrimonio, que le exasperaba por su idiotismo. Este efecto le hizo concebir la idea de prestarles un servicio á pesar suyo: pensaba convidarlos á comer, emborracharlos, y procurar que se animasen. Cuando estos accesos de bondad le asaltaban, él que era incapaz de prestar diez francos, gozaba con la perspectiva de tirar el dinero por la ventana, á fin de proporcionar un poco de calor á aquellos dos seres que vivían entre hielo.

Por lo demás, la frialdad de Mad. Pichon recordaba á Octavio á la ardiente Valeria. Ésta si que no se dejaría dos veces caldear el cuello con el aliento de un galán. El joven ganaba terreno: un día que ella subía la escalera delante de él se arriesgó á echar un piropo á su pantorrilla y no lo tomó á mal.

Al fin y al cabo se presentó la ocasión tanto tiempo deseada, precisamente la noche que Maria le arrancó la promesa de que iría á saber el efecto que le había producido la novela. Su esposo no regresaría hasta las doce; pero Octavio prefirió privarse de aquel placer literario. Salió de casa y volvía á casa de las diez cuando encontró en el tramo del piso principal á la criada de Valeria, toda asustada, que le dijo:

—Mi señora tiene un ataque de nervios, el señor no está en casa y los demás parientes se han ido al teatro... ¡Venga V., por favor...! Estoy sola y no sé qué hacer.

Valeria estaba tendida en una butaca de su cuarto, con los miembros rígidos y el rostro convulso. La criada la había aflojado la ropa y su pecho aparecía trás el abierto corsé. La crisis cedió en seguida. Valeria abrió los ojos, se asombró al ver á Octavio, y como si estuviera delante de un médico, sin inmutarse, se vistió con la mayor calma del mundo.

—Dispense V., caballero, murmuró con voz ahogada. Le ha molestado á V. la criada; pero no tiene nada de extraño, ayer entró á mi servicio, no está acostumbrada á presenciar estos ataques y por lo visto ha perdido la cabeza.

La tranquilidad con que arregló sus vestidos molestó á Octavio; pero permaneció de pié, prometiéndose no marcharse como había entrado, aun cuando no se atrevía á sentarse. Valeria mandó á la criada que se fuese, porque su presencia la molestaba, y agarrándose á los muebles fué hasta un balcón que estaba abierto, para aspirar el aire y disimular los bostezos nerviosos que se escapaban por su boca.

Después de un rato de silencio conversaron los dos. Padecía aquello desde la edad de catorce años, el doctor Juillerat estaba ya cansado de propinarle remedios. Tan pronto sentía dolores en los brazos como en los riñones. Con nada hallaba alivio, y convencida de que en el mundo había que sufrir, lo mismo daba aquella enfermedad que cualquiera otra. Mientras que hablaba, Octavio se excitaba mirándola, en el desorden en que estaba la hallaba incitante, con su color plomizo y su rostro demacrado por la crisis que acababa de sufrir, como por toda una noche de amor. Detrás de sus negros cabellos sueltos ereía ver la cara barbilampiña de su marido, y entonces, exaltado bruscamente, extendiendo las manos y acompañando á su acción la expresión brutal de la pasión quiso apoderarse de ella,

como lo hubiera hecho con una mujer de mala vida.

—¿Qué significa esto? exclamó Valeria sorprendida.

A su vez le miraba con los ojos tan fríos, con tal tranquilidad, que el joven se sintió helado y dejó caer las manos con torpeza y como comprendiendo la ridiculez de su actitud. Después, ahogando otro bostezo, dijo:

—¡Ay! ¡querido vecino, si V. supiera!

Y se encogió de hombros sin enfadarse, como anonadada bajo el desprecio y la laxitud que le inspiraba el hombre. Octavio creyó que iba á mandar que le echasen á la calle al verla dirigirse á coger el cordón de una campanilla, arrastrando sus faldas mal sujetas; pero no fué así, deseaba té y pidió que se lo trajeran, muy ligero y sobre todo muy caliente. Entonces Octavio desconcertado, balbuceó algunas excusas y se fué, al mismo tiempo que ella se recostó de nuevo en la butaca como poseída de la necesidad de dormir.

En la escalera se detenía Octavio en cada tramo. ¿No le gustaba á Valeria el amor? Acababa de verla indiferente, sin deseo y sin incomodidad; se parecía en lo difícil de su conquista á la bella Mad. Hedouin.

¿Por qué Campardon pretendía que estaba histérica? Le había engañado contándole todas aquellas historias, y se decía que sin las indicaciones del arquitecto jamás habría arrostrado un ridículo como el que había caído sobre él. Estaba como aturrido y trastornado sin dejar de pensar en los chismes y cuentos de que eran objeto Valeria y su marido. La frase de Troublot sonó de nuevo en sus oídos: con efecto, no había medio de saber á qué atenerse tratándose de mujeres de ojos encandilados.

Al llegar al piso cuarto, incomodado Octavio con las mujeres, anduvo de puntillas; pero fué inútil, la puerta de los Pichon se abrió y tuvo que resignarse. María le esperaba de pié en el comedor mal alumbrado por una raquitica lámpara. Para cuidar de su hija, que dormía, había acereado su cunita á la mesa. Sin duda alguna, el cubierto del almuerzo había servido para la comida, porque el libro cerrado se hallaba al lado de un plato sucio en el que había aún algunas hojas de rábanos.

—¿Ha terminado V. la lectura? preguntó Octavio asombrado del silencio de la joven.

María estaba extasiada, como si acabara de despertarse de un largo sueño.

—Sí, sí, dijo haciendo un esfuerzo. ¡Oh! ¡he pasado un día!... no he cesado de leer. Cuando una se interesa por un libro, no sabe cómo dejarlo... Así es que hasta me duele el cuello de haber tenido la cabeza baja.

Tan emocionada estaba, tales ilusiones había despertado en su mente la lectura, que no supo decir más acerca de la novela. En sus oídos resonaba el cuerno de caza del caballero de sus amores ideales. Después, sin transición, dijo que por la mañana había ido a misa a San Roque, y que había llorado mucho porque no había nada más hermoso que la religión.

—¡Me encuentro mejor, mucho mejor! dijo lanzando un profundo suspiro y mirando fijamente a Octavio.

Hubo un momento de silencio. María le sonreía con sus ojos cándidos. Jamás pareció a Octavio más inepta. Sin embargo, continuaba mirándole, y poco después se puso pálida, vaciló y estuvo a punto de caerse. El joven tuvo que sostenerla.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! balbuceó sollozando.

Octavio la sostenía para que no se cayera.

—Debería V. tomar un poco de tila, la

dijo; ha leído V. demasiado y se le va la cabeza.

—Sí... en efecto, no sé lo que me ha pasado al verme sola al cerrar el libro. ¡Qué bueno es V., M. Mouret! Si V. no hubiera estado aquí me caigo redonda.

El joven agradecía aquellas muestras de reconocimiento, pero buscaba una silla para depositarla.

—¿Quiere V. que eche fuego? dijo ella.

—No, se ensuciaría V. las manos, y sé que no le gusta porque he notado que casi siempre lleva V. guantes.

Esta observación la emocionó de nuevo, se puso pálida, luego se encendió su rostro, en el delirio en que se hallaba hizo un movimiento nervioso del que resultó un beso al aire, pero casualmente los labios de la joven rozaron una oreja de Octavio.

Aquel inesperado beso le llenó de estupor; los labios de María estaban helados. La lectura había trastornado su cerebro, estaba henchida de una emoción que no acertaba a desahogar, y rendida de aquella lucha de sus débiles nervios, se dejó caer sobre el pecho de su vecino. Éste, dominado por un brusco deseo, quiso llevársela al próximo dormitorio. Pero este movimiento reveló a María el peligro que la amenazaba, el ins-

tinto de la mujer á quien se impone la violencia la sublevó, y llamó en su auxilio á su madre, olvidando á su hija que dormía á su lado y á su marido que debía llegar de un momento á otro.

—¡No, eso no! decía... ¡Mamá lo ha prohibido!

Y él enardecido, murmuraba en voz baja.

—¡No lo sabrá... no se lo diré á nadie!

—¡Oh! no por Dios, Octavio... Va V. á destruir la dicha que he tenido al conocerle. ¡Lo que V. quiere es inútil, y yo acariiciaba unos sueños!...

Octavio que quería vengarse de la frialdad de Valeria, no habló más, pero pensó que no debía dejar escapar aquella ocasión. Viendo que la joyen se resistía á ir al dormitorio, la tendió brutalmente sobre la mesa, al fin se resignó, y el audaz provinciano la poseyó entre el plato sucio y la novela de Jorge Sand que cayó al suelo. Ni siquiera se habían cuidado de cerrar la puerta de la majestuosa y solemne escalera de la casa. La niña continuaba durmiendo tranquilamente en la cuna, cuyo borde tocaba el suelto y despeinado cabello de su madre.

Cuando María se levantó, toda desarreglada, ni él ni ella acertaron á decirse una frase. Ella se acercó maquinalmente á la cuna

de su hija, y luego quitó el plato de la mesa. Él permanecía silencioso, disgustado, pesadoso: recordaba que se había propuesto lograr que marido y mujer se abrazasen en su presencia. Al fin comprendiendo que debía decir algo, murmuró.

—¿No había V. cerrado la puerta?

María después de mirar hacia la escalera:

—Es verdad, balbuceó, está abierta.

La situación de los dos era difícil. Ella estaba como atontada, y él pensaba que su conquista tratándose de una mujer estúpida y sin defensa, no valía la pena. Ni siquiera había experimentado aquella desdichada la menor emoción de placer.

—¡Calle! ¡se ha caído el libro! dijo María cogiéndole.

Una de las puntas se había roto al caer, y esto les dió pretexto para acercarse el uno al otro y hablar. María se mostró afligidísima.

—No ha sido por culpa mía, dijo... Ya ve V., yo lo cuidaba... hasta lo había forrado con papel para que no se estropease... Se conoce que lo hemos empujado sin querer.

—¿Estaba ahí? dijo Octavio... No lo había notado. Por lo demás, poco me importa... Y eso que Campardon se preocupa en ex-

tremo de sus libros... ¿pero qué hemos de hacerle?

Los dos se pasaban la novela el uno al otro procurando componerlo, y sus manos se tocaban con este motivo pero sin experimentar sensación alguna. Al reflexionar en las consecuencias de su falta, les consternaba la desdicha que había acontecido á aquel hermoso libro de Jorge Sand.

— Todo esto debía acabar mal, dijo Maria deshaciéndose en llanto.

Octavio tuvo que consolarla. Inventaría cualquier fábula para explicar la rotura del libro, y por lo demás Campardon no le comería. Al tener que separarse, surgió de nuevo lo difícil y penoso de su situación. Hubieran querido al menos dirigirse una frase amable, pero el *tú* cariñoso, se ahogaba en su garganta. Por fortuna se oyeron pasos en la escalera: era el marido que subía. Octavio cogió su mano, y al estrecharla besó su boca. Maria se sometió á él de nuevo, pero sus labios estaban helados como antes.

Cuando sin hacer ruido llegó el joven á su cuarto, pensó al quitarse el gaban que tampoco á aquella mujer debía gustar el amor. ¿Entonces qué es lo quería? ¿Por qué había cedido á su brutal pasión de un

momento? Después de estas observaciones reflexionó que las mujeres eran bastante raras y caprichosas.

Al día siguiente después del almuerzo, contaba Octavio á los Campardon su torpeza al dejar caer el libro, cuando llegó Maria con su niña. Iba á pasearla por el jardín de las Tullerías, y bajaba á rogar á la señora del arquitecto que la confiase á Angela, para que las acompañase como de costumbre.

Sin turbarse sonrió á Octavio y miró con aire de candidez el libro roto que estaba sobre una silla.

— Ya lo creo que confiaré á V. mi hija, dijo Mad. Campardon... con mucho gusto... Pues no faltaba más. Angela ponte el sombrero... ¿Cuándo va con V. no tengo el menor cuidado!...

Maria, muy modesta, con un sencillo traje de lanilla oscura, habló de su marido que la noche anterior se había retirado á casa muy constipado, y del precio de la carne que subía hasta las nubes. Después salió con Angela, y todos se asomaron al balcón para verlas. Maria con sus manos provistas de los indispensables guantes, empujaba suavemente el cochecito de su pequeña, mientras que Angela sabiendo que la miraban iba á su lado con los ojos bajos.

—¡Cuidado que es buena señora! dijo Mad. Campardon, ¡y tan agradable... tan virtuosa!

Entonces el arquitecto dando un golpecito en el hombro á Octavio, exclamó:

—La educación en la familia, querido amigo, ¡no hay nada como eso!

## V.

Aquella noche habia recepción y concierto en casa de los Duveyrier. Octavio á quien habian invitado, acababa de acicalarse á las diez. Mostrábase algo grave y experimentaba contra sí mismo una sorda irritación. ¿Por qué se le habia escapado de las manos Valeria, una mujer tan insinuante? ¿Y Bertta Josserand, no debería haber reflexionado antes de rechazarla? En el momento en que acababa de ponerse la corbata blanca, el recuerdo de Maria Pichon le era insupportable. ¡Vivir cinco meses en Paris y no haber tenido más que aquella insignificante aventura! Era inconcebible, más aún, una vergüenza, porque comprendia lo vacío y lo inútil de aquellas relaciones. Así es, que al ponerse los guantes, se juraba no perder en lo sucesivo el tiempo como hasta entonces



—¡Cuidado que es buena señora! dijo Mad. Campardon, ¡y tan agradable... tan virtuosa!

Entonces el arquitecto dando un golpecito en el hombro á Octavio, exclamó:

—La educación en la familia, querido amigo, ¡no hay nada como eso!

## V.

Aquella noche habia recepción y concierto en casa de los Duveyrier. Octavio á quien habian invitado, acababa de acicalarse á las diez. Mostrábase algo grave y experimentaba contra sí mismo una sorda irritación. ¿Por qué se le habia escapado de las manos Valeria, una mujer tan insinuante? ¿Y Bertta Josserand, no debería haber reflexionado antes de rechazarla? En el momento en que acababa de ponerse la corbata blanca, el recuerdo de Maria Pichon le era insupportable. ¡Vivir cinco meses en Paris y no haber tenido más que aquella insignificante aventura! Era inconcebible, más aún, una vergüenza, porque comprendia lo vacío y lo inútil de aquellas relaciones. Así es, que al ponerse los guantes, se juraba no perder en lo sucesivo el tiempo como hasta entonces

lo había perdido. Ya que iba á entrar en la buena sociedad en donde las ocasiones no habían de faltarle, estaba resuelto á obrar con energía.

Pero María le acechaba al final del corredor, y como su marido estaba ausente, no tuvo más remedio que entrar un instante.

—¡Qué guapo está V.! murmuró ella.

Nunca los Duveyrier habían invitado á los Pichon á sus reuniones, y esto era causa de que el salón del piso principal la infundiera gran respeto. Por lo demás, ni sentía ofensa, ni envidia, le faltaba la voluntad y la fuerza para resentirse y quejarse.

—Le esperaré á V., dijo ella presentándole la frente para que la besara. No suba usted muy tarde, y con eso me contará si se ha divertido.

Octavio se vió obligado á dejar caer un beso sobre sus cabellos. Por más que existían entre los dos relaciones muy íntimas, cuando el deseo ó la ociosidad hacía que el joven se acercase á ella, ni el uno ni el otro se tuteaban todavía. Octavio se despidió, y bajó hasta el piso principal. María asomada á la barandilla de la escalera, le siguió con la vista.

En aquel instante se desarrollaba todo un drama en casa de los Jossierand. La reunión

de los Duveyrier, á la que habían sido invitados, iba en concepto de la madre á decidir el matrimonio de Berta y de Augusto Vabre. Éste, vivamente asediado desde hacía quince días, vacilaba aún, dominado por las dudas que le inspiraba la cuestión del dote de la chica. Mad. Jossierand deseosa de dar un golpe decisivo, escribió á su hermano anunciándole la proyectada boda y recordándole sus promesas, con la esperanza de que al contestar se comprometiera en alguna frase de la que se proponía sacar gran partido. Toda la familia, vestida de punta en blanco, esperaba en torno de la estufa del comedor cuando el portero subió la deseada carta del tío Bachelard, que se le había olvidado entregarla y eso que hacía ya algunas horas que estaba en su poder.

—Gracias á Dios, dijo Mad. Jossierand rompiendo el sobre.

El padre y las dos hijas fijaron en ella sus ojos con la mayor ansiedad mientras leía la epístola. Adela que había servido de doncella á las señoritas, andaba de un lado á otro guardando los cubiertos y la vajilla. Todos observaron que Mad. Jossierand se puso muy pálida.

—¡Nada! ¡nada! balbuceó, ni una frase ni una palabra á la que poder agarrarse...

¡Que ya verá cuando se celebre la boda! Y aún tiene alma para decir que nos quiere mucho, que nuestra felicidad le interesa... ¡Valiente canalla!

M. Josserand muy puesto de frac, se dejó caer sobre una silla: Hortensia y Berta hicieron otro tanto y así permanecieron, la una con el traje azul, la otra con el rosa, que con otros adornos constituían el eterno adorno de las pobres muchachas.

—Siempre he pensado, murmuró el padre, que lo que quiere Bachelard es explotarnos... Jamás soltará un céntimo... le conozco bien.

De pié, con su traje de color de fuego, Mad. Josserand leía y releía la carta. Después estalló su mal humor.

—¡Ah! ¡los hombres! ¡los hombres! exclamó. Cualquiera creerá que mi señor hermano es un idiota, á juzgar por lo que abusa de la vida y sin embargo, aun cuando esté borracho la mayor parte del tiempo, en cuanto se le habla de dinero recobra á escape la razón... ¡Ah! ¡los hombres! ¡los hombres!

Y al decir esto miraba á sus hijas como dándolas una lección y deseando que las aprovecharan.

—Hasta tal punto son malos los hombres, añadió, que no sé cómo tenéis tantas ganas

de casaros... ¡Si os sucediera lo que á mí que estoy de matrimonio hasta la punta de los pelos! Ni un solo joven que la ame á una por su linda cara. Y eso de ofrecer á una señorita con el amor una fortuna... mucho menos. ¿Pues y los tíos millonarios? Después de estarle manteniendo veinte años no son capaces de regalar un mal dote á sus sobrinas. ¡Esto clama al cielo! ¡Y en dónde me dejáis los maridos inútiles... si señor, inútiles!

M. Josserand bajó la cabeza. Adela sin escuchar siquiera lo que hablaban, continuaba en sus quehaceres, cuando la vió su ama y cayó sobre ella como una furia.

—¿Qué hace V. ahí escuchando lo que hablamos y figoneando? Vaya V. inmediatamente á la cocina, la dijo con acento tremebundo y volviéndose á sus hijas; todo para estos tiranos y para nosotras nada... ¡la ley del embudo! ¡No son buenos más que para mecharlos! tenedlo muy presente, hijas mías.

Hortensia y Berta se encogieron de hombros como si ya supieran de memoria aquel consejo. Hacía ya mucho tiempo que su madre las había convencido de la perfecta inferioridad de los hombres cuya única misión debía ser casarse y pagar el gasto de la

casa. Un prolongado y casi fúnebre silencio reinó en el comedor, donde los platos y los cubiertos sucios que dejó Adela al escaparse á la cocina, despedían un olor á comida rancia. Los Jossierand, de rigurosa etiqueta, esparcidos en la habitación y anonadós, olvidando el concierto de los Duveyrier, meditaban en los continuos desengaños del mundo. En el fondo de un cuarto próximo, sonaban los ronquidos de Saturnino que se había acostado temprano.

Berta habló al fin.

—¿Es decir, que también esa boda se deshace? ¿Es cosa de que nos desnudemos?

Mad. Jossierand recuperó súbitamente su energía. ¡Cómo! ¿Qué era eso de desnudarse? ¿por qué razón? ¿acaso no eran gente honrada? ¿había algún obstáculo para que su familia se aliase con la de los Vabre? La boda se realizaría contra viento y marea de todo el mundo ó dejaría la buena señora de ser quien era. ¡Pues no faltaba más! Y rápidamente distribuyó á cada cual de los circunstantes el papel que debería desempeñar: las dos señoritas recibieron la orden de mostrarse muy amables con Augusto, de no dejarle á sol ni á sombra hasta tanto que no se decidiera. El padre se encargaría de conquistar al viejo Vabre y á Duveyrier, opinan-

do como ellos en todo, si su inteligencia le permitía desempeñar aquella delicada misión. En cuanto á ella, deseosa de no dejar ningún resorte por tocar, se encargaría de las señoras y sabría ponerlas de su parte. Después, reconcentrándose y dirigiendo una rápida ojeada en torno suyo, como para ver si olvidaba algún arma, tomó el terrible aspecto de general en jefe de un ejército, como si tratara de conducir á sus hijas al campo de batalla, y con voz enérgica dijo:

—¡En marcha!

Obedecieron todos, pero M. Jossierand, al bajar la escalera todo turbado, preveía serios conflictos para su conciencia de hombre de bien.

Quando entraron en el salón de los Duveyrier ya no se podía andar de gente. El piano de cola ocupaba todo un ángulo y las señoras ocupaban delante de él varias filas de sillas, colocadas como las butacas de un teatro, y en las puertas del gabinete y del comedor había una verdadera inundación de fracs y corbatas blancas. La araña y las seis lámparas que había en las consolas producían una claridad deslumbradora de mayor efecto al reflejarse sobre las paredes forradas de blanco y oro, y los muebles y colgaduras de raso encarnado. Hacía mucho

calor, los abanicos funcionaban sin cesar sobre aquella atmósfera, compuesta de perfumes, no todos agradables.

Cuando llegó la familia Jossierand, madame Duveyrier iba á sentarse al piano. La furibunda mamá saludó á la dueña de la casa haciéndole una seña para que no se molestase, y dejando á sus hijas en medio de los caballeros, aceptó una silla entre Valeria y Mad. Juzeur. Su esposo se dirigió á un gabinete en donde el casero M. Vabre descabezaba el sueño, como de costumbre, en el rincón de un sofá. En la misma habitación se hallaban Campardon, Teófilo y Augusto Vabre, el doctor Juillerat, el cura Manduit, formando un grupo. Troublot y Octavio, huyendo de la música habian ido á refugiarse al comedor. Cerca de ellos y detrás de muchos de sus contertulios se hallaba M. Duveyrier, alto y flaco, que por encima de los demás miraba á su mujer, y parecia imponer silencio con su actitud para que la escuchasen. En el ojal de su frae se veía la roseta de la Legión de honor.

—¡Silencio! ¡Chist! murmuraron varias voces amigas.

Entonces Clotilde Duveyrier ejecutó un nocturno de Chopin, de muy difícil ejecución. Corpulenta y hermosa, con magnífico

cabello rojo, tenía un rostro largo de una palidez y una frialdad glaciales: sólo en sus ojos grises encendía la música una llamada, fuego de una pasión exagerada. Con efecto, parecia sólo vivir de la música, sin revelar ninguna otra necesidad espiritual ó material. Su marido proseguía mirándola; después, desde los primeros compases una exasperación nerviosa contrajo sus labios, y al fin se retiró á uno de los rincones del comedor. En su rostro afeitado, de barba puntiaguda y ojos oblicuos, varias manchas rojas indicaban la mala calidad de su sangre.

Troublot, que le observaba, dijo tranquilamente.

—No le gusta la música.

—Ni á mí tampoco, respondió Octavio.

—Que á V. no le guste nada tiene de extraño; pero él... ¡El hombre de la dicha, como quien dice, favorecido por todo el mundo, mimado por la suerte! Nacido en el seno de una antigua familia de la clase media: su padre fué presidente de Sala. Agregado al foro desde que terminó su carrera, fué juez suplente en Reims, juez de primera instancia en Paris, le condecoraron, y antes de cumplir cuarenta y cinco años, ahí le tiene V. hecho todo un Consejero en el Tribunal Supremo. Me parece

que no tiene motivos para quejarse... ha subido como la espuma. Pero á pesar de todo no le entra la música, el piano ha lacerado su vida. ¡Qué diablo! ¡No se pueden reunir todos los goces en este mundo!

Clotilde vencía entretanto con un aplomo extraordinario las dificultades de la pieza que ejecutaba. Estaba en el piano como una funámbula en su caballo. Lo que más admiraba á Octavio era la furiosa gimnasia de sus manos.

—Vea V. qué dedos, decía á su amigo Troublot, parecen martillos... al cabo de un cuarto de hora de ejercicio deben convertirse en manteca.

Después se pusieron á hablar de mujeres, sin preocuparse de la artista. Octavio se vió en grave aprieto al descubrir á Valeria. ¿Cómo debería obrar? ¿Iria á hablarla ó fingiría que no la había visto? Troublot se mostraba muy desdeñoso; hasta entonces no había fijado sus ojos en ninguna mujer que fuera de su gusto ó de su repertorio, como él decía, su camarada protestaba, mirando á todas, para ver si encontraba alguna que le inspirase interés.

—Corriente, dijo Troublot con acento doctoral, elija V. una, y ya verá V. cómo no vale la pena. No mire V. á aquella de las plumas,

ni á la otra rubia con el traje malva... tampoco aquella jamona, por más que está gordita... Ninguna, amigo mío, ninguna, lo tengo muy sabido, no hay que buscar mujeres en los salones. Mucha finura, muchos dengues, y cuando llega el caso parecen mujeres de palo.

Octavio sonreía. Él tenía que buscarse una posición y no podía entregarse á sus gustos particulares. Troublot podía permitirse el lujo de la elección porque su padre era rico y le dejaría su fortuna. En medio de todo experimentaba cierta fascinación delante de aquellas filas de mujeres, preguntándose cuál de ellas elegiría, por el dote, y cuál por la belleza, si los dueños de la casa le permitieran llevarse alguna. De pronto, y al pasarles revista se sorprendió:

—¡Calle, dijo, la esposa de mi principal! ¿Es visita de la casa?

—¿Pues qué lo ignora V.? contestó Troublot. A pesar de la diferencia de edad, madame Hedouin y Mad. Duveyrier son amigas de colegio. Siempre estaban juntas y las llamaban los osos blancos, á causa de la temperatura en que vivían, siempre bajo cero. ¡Son un par de mujeres divertidas! ¡Si Duveyrier no hubiera tenido otro calorífero para abrigarse en el invierno, aviado estaría...!

Octavio se puso serio. Por primera vez veía á Mad. Hedouin vestida de gala, es decir, descotada, luciendo sus brazos, su pecho y sus hombros, y esto unido á los cabellos negros que formando trenza coronaban su frente como una diadema, hizo que se le apareciese como la realización de sus deseos: una mujer magnífica, de excelente salud, de tranquila belleza, que no debía tener desperdicio para el amor. Los más complicados planes le absorbían, cuando un gran estrépito le sacó de su éxtasis.

—Gracias á Dios que acabó, murmuró Troublot.

Todos felicitaban calurosamente á la dueña de la casa. Mad. Jossierand, que se precipitó yendo á su encuentro estrechaba sus manos, mientras los caballeros se resarcían del forzado silencio que habían tenido que guardar, y las señoras se abanicaban. Duveyrier se arriesgó entonces á entrar en el gabinete, adonde Octavio y Troublot le siguieron. Rodeados de trajes femeninos, el segundo dijo al oído del primero:

—Observe V. á la derecha... Vea V. cómo se echa el anzuelo...

Mad. Jossierand lanzaba á su hija Berta sobre Augusto. El pobre había cometido la imprudencia de acercarse á saludarlas, aque-

lla noche estaba mejor que de costumbre, sólo alguno que otro dolor neurálgico le molestaba; pero temía la segunda parte de la función, debía haber cantó y esto era lo que más daño le hacía.

—Berta, dijo Mad. Jossierand, indica á nuestro buen amigo la receta que has copiado de un libro para aliviar sus padecimientos... ¡Es un remedio soberano contra las jaquecas!

Tendido el lazo, la mamá los dejó solos, cerca de un balcón.

—Hasta á la farmacopea recurre esa mujer con tal de pescar un marido para su hija, murmuró Troublot.

En el gabinete, M. Jossierand, deseoso de complacer á su mujer, permaneció junto al viejo M. Vabre, muy apurado, porque el buen señor dormía como un lirón y no se atrevía á despertarle. Pero cuando cesó la música abrió los párpados. Pequeño y rechoncho, completamente calvo, con mechones blancos sobre las orejas, tenía un cutis muy colorado, la boca muy belfuda y los ojos redondos y salientes. M. Jossierand se informó con mucha finura del estado de su salud, y esto sirvió de punto de partida á su conversaci6n. El antiguo notario, poseedor de cuatro ó cinco ideas, solamente las des-

arrollaba siempre en el mismo orden. En primer lugar dijo algo de Versalles, donde había ejercido su profesión durante cuarenta años; después habló de sus hijos, lamentándose de que ninguno de ellos hubiese tenido facultades para sustituirle en el desempeño de las funciones notariales, lo que le decidió á vender su escribanía y establecerse en París, y por último trató de la construcción de su casa, que era la novela, por decirlo así del último tercio de su vida.

—He enterrado en ella trescientos mil francos, amigo, le dijo. Mi arquitecto pretendía que era un gran negocio.

Hoy no veo las cosas del mismo modo; apenas saco interés á mi capital, tanto menos cuanto que mis hijos se han venido á habitar mi casa con la idea de no pagarme los alquileres. Está V. seguro de que no me pagarían si yo no me presentase á reclamar en tiempo oportuno. Por fortuna no me duermo en las pajas; además la ociosidad me mata.

—¿Trabaja V. mucho? preguntó M. Josserand.

—Mucho ¡oh! sí, contestó el viejo con energía. El trabajo me sostiene.

Y explicó la gran obra que trata entre manos. Desde hacía diez años extractaba

anualmente el catálogo oficial de la Exposición de Bellas Artes, inscribiendo en papeletas sueltas el nombre de cada pintor y los cuadros que exponía. Hablaba de esta tarea con una angustia y un cansancio... apenas le bastaba el año para evacuar este trabajo; era tan arduo, tan difícil, que en ocasiones desmayaba; así, por ejemplo, cuando una mujer artista se casaba y exponía con el apellido de su marido, no sabía cómo encontrarla en su índice, y esto era cosa de desesperarse.

—Jamás llegaré á completar mi obra, y esto es lo que me mata.

—¿Es V., según eso, aficionado á las Bellas Artes? preguntó M. Josserand, deseoso de lisonjearle.

M. Vabre le miró con la mayor sorpresa.

—No, hombre, no, dijo; no necesito para nada ver los cuadros. Es pura y simplemente un trabajo de estadística. Pero ahora caigo en que lo mejor que puedo hacer es irme á la cama, con eso tendré mañana la cabeza más despejada. Buenas noches, caballero.

Apoyándose en un bastón, que no dejaba ni aun para andar por casa, se alejó andando muy trabajosamente, porque la parálisis le afectaba ya á los riñones.

M. Josserand se quedó perplejo: sin duda



no había comprendido todo el mérito de la tarea del exnotario, y no había saludado su estadística con el entusiasmo que merecía.

Un murmullo que partió del salón, despertando la curiosidad de Troublot y de Octavio los obligó á acercarse á la puerta. Desde allí vieron entrar á una señora, como de cincuenta años, muy fuerte y todavía bella, seguida de un joven, vestido con mucha pulcritud y de aspecto serio.

—¿Cómo es eso! ¿Vienen juntos? murmuró Troublot... ¿Me gusta la frescura!

Eran Mad. Dambreville y León Jossierand. Ella se había encargado de casarle, pero mientras se proporcionaba la ocasión le conservó para su uso; y en plena luna de miel, no se privaban de aparecer en las reuniones de la clase media. Al verlos cuchichearon las madres que tenían hijas casaderas; pero Mad. Duveyrier salió al encuentro de la recién llegada y la saludó con mucho afecto, porque la proporcionaba jóvenes para los coros que se cantaban en sus conciertos. A continuación Mad. Jossierand corrió á su lado y la colmó de atenciones, reflexionando que podía necesitar su ayuda. León saludó con frialdad á su madre: ésta, sin embargo, abrigaba la esperanza de que en su nuevo estado haría algo por su familia.

—Berta no la ha visto á V., dijo á madame Dambreville. Dispénsela V., está enterando á Augusto de un remedio eficaz contra la jaqueca.

—Déjeles V., que así tan juntos están bien, respondió la señora, comprendiendo lo que pasaba, con su golpe de vista perspicaz.

Las dos dirigieron á la niña una maternal mirada. Había logrado empujar á Augusto, hasta colocarse con él en el hueco del balcón, y no cesaba de hacerle mimos. El, por su parte se animaba, aun á riesgo de aumentar la intensidad de su jaqueca.

Entretanto, en un grupo de hombres graves que se formó en el gabinete, se hablaba de política. La vispera, con motivo de los sucesos de Roma, había habido en el Senado una sesión borrascosa al discutirse el mensaje. El doctor Juillerat, ateo y revolucionario, sostenía que Roma debía pertenecer al Rey de Italia, mientras que el cura Manduit, una de las lumbreras del partido ultramontano, auguraba las más tristes catástrofes, si Francia no derramaba hasta su última gota de sangre en pró del poder temporal de los Papas.

—Quizás se halle un *modus vivendi* decoroso para ambas partes, indicó León Jossierand acercándose al grupo.

A la sazón desempeñaba las funciones de secretario de un abogado, célebre diputado de la izquierda. Durante dos años, sin esperar nada de sus padres, cuya medianía le indignaba, se mostró en el barrio latino como de los más rabiosos demagogos. Pero desde que entró en casa de los Dambreville donde logró calmar sus apetitos, se inclinaba más al grupo de los republicanos conservadores.

—No, no hay acuerdo posible, dijo el cura. La Iglesia no transigirá nunca.

—¡Entonces desaparecerá! exclamó el doctor.

Aunque muy amigos, por haberse hallado diferentes veces a la cabecera del lecho de los que agonizaban en el barrio de San Roque, el doctor flaco y nervioso y el cura, regordete y bondadoso, parecían enemigos irreconciliables. El último tenía siempre á mano una sonrisa afable hasta para afirmar en absoluto sus ideas, mostrándose á la vez tolerante como hombre desnudo que conoce las miserias humanas é intransigente como católico que no consiente que se le toque al dogma.

—¿Qué desaparecerá la Iglesia? dijo Camardon poniéndose furioso, para adular al cura de quien esperaba algunos encargos... ¡Por supuesto! ¡Como si eso fuera posible!

Por lo demás, la mayoría de los circunstantes pensaban del mismo modo: la Iglesia no podía desaparecer.

Teófilo Vabre, que tosiendo y escupiendo tiritaba de frío, soñaba en la felicidad universal por medio de una república humanitaria, fué el único que sostuvo que por lo menos, si la Iglesia no desaparecía, sufriría una transformación.

El cura añadió con voz meliflua:

—El Imperio se suicida. El año próximo cuando se verifiquen las elecciones, lo verán ustedes.

—¡Oh! lo que es respecto del Imperio, le permitimos con mucho gusto que nos libre V. de él, dijo categóricamente el doctor. Nos haría V. un favor señaladisimo.

Duveyrier que escuchaba dándose aire de hombre profundo, hizo un mohin. Aunque de familia orleanista, debía su posición al Imperio y juzgó conveniente defenderle.

—Créanme ustedes, dijo con severidad, no hay que destruir las bases de la sociedad... de lo contrario, se desplomará el edificio entero y nosotros seremos fatalmente los primeros que suframos las consecuencias de la catástrofe.

—Es verdad, dijo M. Jossierand, que carecía de opinión sobre el particular, pero

que necesitaba desempeñar de algún modo el papel que le había destinado su mujer.

A partir de aquel momento, todos hablaron á la vez. Ninguno tenia afecto al Imperio. El doctor Juillerat censuraba la expedición á Méjico, el cura Manduit el reconocimiento del reino de Italia. Sin embargo, Teófilo Vabre y aun el mismo León, parecían alarmarse cuando Duveyrier les amenazaba con un nuevo 93. ¿A qué fin las continuas revoluciones? ¿No se disfrutaba de suficiente libertad? Y el odio á las ideas nuevas, el miedo que inspiraba el pueblo al reclamar su parte, calmaban el liberalismo de aquellos burgueses satisfechos. Sin embargo, declararon todos que votarían contra el emperador, porque necesitaba una lección.

—¡Me cargan estos señores! murmuró Troublot que se había acercado al grupo.

Octavio le decidió á ir al lado de las damas. Berta aturdió á Augusto con su charla y sus risas en el hueco del balcón. El mozo, pálido y enfermizo, olvidaba el temor que le inspiraban las mujeres, y se ponía colorado bajo la influencia de aquella niña que caldeaba su rostro con su aliento. A pesar de todo, Mad. Jossierand debió pensar que las cosas iban con demasiada lentitud porque

miró á Hortensia de cierto modo, y ésta comprendiéndolo, acudió á prestar auxilio á su hermana.

—¿Se encuentra V. mejor? se atrevió Octavio á preguntar á Valeria.

—Completamente bien, muchas gracias, contestó tranquilamente, como si nada hubiera pasado entre los dos.

Mad. Juzeur habló al joven de un encaje antiguo que deseaba enseñarle para saber su opinión, y se vió obligado á ofrecerle entrar á visitarla al día siguiente. Después al ver la dama que penetraba en el salón el cura Manduit, le llamó y le hizo sentarse á su lado.

La conversación se hizo bastante general. Las señoras hablaban de los domésticos.

—Lo que es yo, decía Mad. Duveyrier, estoy muy satisfecha de Clemencia: es una chica muy lista y muy curiosa.

—¿Y Hipólito? preguntó Mad. Jossierand, ¿no dijo V. que pensaba despedirle?

En aquel momento, Hipólito, el ayuda de cámara pasaba con una bandeja llena de sorbetes. Era un mozo alto, fornido, de rostro agradable; y cuando se alejó, su ama respondió algo turbada:

—Hemos decidido conservarle... ¡Es tan molesto eso de cambiar de domésticos! Por

otra parte, cuando congenian entre sí... y lo que es yo, no quiero desprenderme de Clemencia.

Mad. Jossierand, notando que el terreno era resbaladizo, se apresuró á aprobar aquella resolución. Además, esperaban casar á la doncella y al ayuda de cámara, y el cura Manduit, á quien los Duveyrier habian consultado sobre el particular, se encogía de hombros como para cubrir una situación que todos los vecinos de la casa conocían, pero de la que ninguno solía hablar. Las demás señoras se desahogaron: Valeria habia tenido que despedir aquella misma mañana á una criada, y ya iban tres en ocho días; Mad. Juzeur habia resuelto sacar del Hospicio una muchacha de quince años para enseñarla á sus costumbres; Mad. Jossierand no escatimó los piropos de Adela diciendo que era una puerca, inútil para todo, y contando algunas de sus muchas torpezas. Poco á poco fueron engolfándose en aquella conversación, salpicada de historietas de antesala y cocina, y cada cual contó una anécdota, dando lugar á que se celebrase tan pronto la insolencia de un lacayo como el descoco de una fregona.

—¿Conoce V. á Julia? preguntó Troublot á Octavio con acento misterioso.

Y como el joven no supiera qué contestar:

—Querido, añadió; es una mujer lo más barbiana que puede V. imaginar. Vaya V. á verla. Finge uno cualquier necesidad y se cuela en la cocina... ¡Vaya V. y verá V. qué moza!

Aludía á la cocinera de los Duveyrier.

La conversación de las señoras cambiaba á menudo. Mad. Jossierand, describía llena de admiración, una modestísima casa de campo que los Duveyrier poseían en Ville-neuve-Saint-Georges, que sólo habia visto de lejos desde un vagón un día que fué á Fontainebleau. Pero á Clotilde no le gustaba el campo, iba muy poco á su posesión y sólo pasaba en ella una corta temporada, cuando su hijo Gustavo que estudiaba retórica en el Liceo Bonaparte salía con motivo de las vacaciones.

—Carolina hace bien en no desear hijos, declaró dirigiéndose á Mad. Hedouin que se hallaba sentada en una silla próxima. ¡Nadie puede imaginar lo que ocupan esos pequeños seres!

Mad. Hedouin dijo que los queria mucho; pero que tenía demasiadas ocupaciones para prestarles la atención que merecian. Por otra parte su marido estaba siempre viajan-

do, y como era natural todo el peso de la casa recaía sobre ella.

Octavio, detrás de su silla, observaba los cortos cabellos rizados de su nuca de un negro muy profundo, y las blancuras de su garganta y de su pecho que se perdían en una nube de encajes. Con las palabras que pronunció acabó de entusiasmar al joven: jamás, ni en el mismo Marsella, había visto una mujer que más le agradase. Era, pues, necesario intentar su conquista, aunque exigiese mucho tiempo y mucho tacto.

— Los niños estropean en seguida á las mujeres bonitas, dijo Octavio queriendo dirigirle la palabra á toda costa y no sabiendo por donde empezar.

Ella le dirigió con lentitud sus grandes ojos y como si le diera una orden en la tienda, dijo:

— No lo crea V., M. Octavio... Al menos, si yo no los deseo no es por eso... La cuestión es tener tiempo para ocuparse en ellos, y eso es precisamente lo que me falta.

Mad. Duveyrier intervino. Había acogido al joven con un ligero saludo cuando Campardon se le presentó, pero comenzó á examinarle después de oírle dirigir la palabra á su amiga, y con vivo interés le dijo:

— Perdóneme V. caballero, pero deseo

hacerle una pregunta. ¿Qué voz tiene V.?

Al pronto no comprendió Octavio; pero al fin respondió que su voz era de tenor, y esta respuesta entusiasmó á Clotilde. Una voz de tenor era un acontecimiento. ¡Son tan raros los tenores! Pero la *Bendición de los puñales*, de los *Hugonotes*, que debían cantar aquella noche, no había logrado reunir más que tres tenores entre sus tertulios, y lo menos necesitaba cinco. Excitada al oír la respuesta de Octavio, con los ojos relucientes de placer, tuvo que contenerse para no someterle en el acto á la prueba. No tuvo más remedio el joven que ofrecerla ir por las noches para ensayar. Troublot detrás de él le hacía señas con el codo, saboreando en su impasibilidad las más feroces delicias.

— Al fin le pescó á V., murmuró, cuando se alejó la dueña de la casa. A mí al pronto me encontró una voz de baritono, después viendo que no la daba gusto me ensayó de tenor; pero tampoco serví para eso, y al fin se resolvió á clasificarme entre los bajos. ¡Esta noche soy de los frailes!

En aquel momento tuvo que separarse de Octavio, porque precisamente le llamaba Mad. Duveyrier para que tomara parte en la ejecución de la pieza más importante de las que componían el concierto. Durante un

rato aquello fué un continuo ir y venir. Unos quince caballeros, aficionados y escogidos entre los amigos de la casa, se abrían paso no sin dificultad para reunirse cerca del piano. Allí se detenían prorrumpiendo en excusas que se perdían en medio del confuso rumor que producían la conversación general, y el aleteo de los abanicos de las señoras que se asfixiaban de calor. Madame Duveyrier los contó y no faltaba ninguno. Distribuyó entre ellos las *particellas* que ella misma había copiado. Campardon hacía de Saint-Bris, un joven auditor del Consejo de Estado, tenía á su cargo algunos compases de la parte de Nevers, luégo ocho caballeros, cuatro regidores y tres frailes, desempeñados por abogados, empleados, propietarios, etc. Clotilde que debía acompañar con el piano, se había reservado el papel de Valentina, y lanzaba entre los acordes desgarradores gritos de pasión, porque no había querido poner á ninguna señora entre los caballeros á fin de tenerlos á éstos muy supinos, y poder regalarles de cuando en cuando las rudezas de un verdadero director de orquesta.

A pesar de haber comenzado la música continuaban las conversaciones, y en el gabinete se oía un ruido intolerable producido

por los vivos altercados de los que politiquéaban. Entonces la dueña de la casa sacando una llave del bolsillo, dió con ella unos cuantos golpes en el piano. Se oyó un murmullo, la conversación cesó, los caballeros se amontonaron en el dintel de las puertas, y por encima de todos apareció un instante el rostro de Duveyrier, muy encendido y con la expresión de una gran angustia. Octavio permaneció de pié detrás de Mad. Hedouin, comiéndose con los ojos la parte del nacarado cuello de su patrona que le permitían ver los encajes. Pero á poco de reinar un profundo silencio se oyó una carcajada, y volvió la cabeza para ver quien se reía. Era Berta que celebraba de aquel modo una broma de Augusto, cuya pobre sangre había caldeado hasta el punto de atreverse á decir equívocos algo subidos de color. Todos los circunstantes se fijaron en la pareja, las mamás se pusieron muy graves y los miembros de la familia se guiñaron el ojo.

—¿Qué loquilla es? murmuró Mad. Josseland con ternura, y lo bastante alto para que la oyeran.

Hortensia, al lado de su hermana la ayudaba con bondadosa abnegación, apoyando sus gracias, empujándole hacia ella, mientras que detrás de ellas por las vidrieras en-

treabiertas, soplaba una agradable brisa que movía el cortinaje de seda encarnada.

Una voz cavernosa resonó, y todas las miradas se dirigieron al piano. Campardon, con la boca desmesuradamente abierta, lanzaba con artístico entusiasmo la frase:

*Sí, la orden de la reina, nos reúne en este sitio.*

En seguida Clotilde hizo una escala, subió y bajó, y con los ojos fijos en el techo y una expresión de terror, gritó:

*¡Ya tiemblo!*

El concertante comenzó, los ocho abogados, empleados y rentistas, con las narices sobre el papel de música, como estudiantes que traducen un trozo de latín, juraban que estaban dispuestos á libertar á la Francia. Este comienzo produjo una sorpresa, el techo demasiado bajo ahogaba las voces, el canto hacía el efecto de un zumbido, algo semejante al ruido de carros cargados de piedra. Los cristales y las lámparas temblaban. Pero cuando la frase melódica de Saint-Bris: *Por esta causa santa*, desarrolla el motivo principal, las señoras reconocieron la música y comenzaron á hacer movimientos

de satisfacción. El calor aumentaba, los caballeros gritaban desgañitándose: *¡Lo juramos! ¡Os seguiremos!* y cada acorde era una explosión lanzada á boca de jarro á los oyentes.

—Cantan demasiado alto, dijo Octavio á Mad. Hedouin.

Ella no le contestó, ni se movió. Entonces, como las explicaciones de Nevers y de Valentina le aburrían, tanto más cuanto que el auditor del Consejo de Estado desafinaba á menudo, se acercó á Troublot, quien mientras llegaba el momento de la entrada en escena de los frailes, con un guiño de ojo le indicó el hueco del balcón donde Berta proseguía sitiando á Augusto. A la sazón se hallaban solos y en el mismo balcón, mientras que Hortensia, un poco separada de ellos oía la música, jugando maquinalmente con el cordón que sujetaba una de las cortinas. Nadie los miraba, hasta las mismas Mad. Jossierand y Mad. Dambreville habían separado los ojos del balcón, después de cambiar una mirada de inteligencia.

Clotilde, en tanto, profundamente preocupada de su papel de director de orquesta, sacaba la cabeza por encima del piano y apuntaba á Nevers el juramento.

*¡Toda mi vida es vuestra!*

Los regidores entraron en escena: un sustituto, dos abogados y un notario. El cuarteto hacia furor; la frase: *Por esta causa santa*, se desarrollaba majestuosamente. Campardon, abriendo más y más la boca, daba las órdenes del combate y de pronto resonó el canto de los frailes: Troublot sacaba la voz del vientre para producir las notas graves.

Octavio, que le miraba, volvió instintivamente los ojos hacia el balcón, y en aquel momento, emocionada por la música y quizás involuntariamente había deshecho Hortensia el lazo del cordón que sujetaba la cortina, y descorrida ésta ocultó por completo á Berta y á Augusto. Se hallaban asomados al balcón, sobre la baranda, sin que el menor movimiento revelase allí su presencia. El joven provinciano no se cuidó más de Troublot, que justamente bendecía los puñales: *Sagrados puñales, seáis bendecidos por nosotros*, y se puso á pensar en la pareja. ¿Qué podían hacer allí? La *stretta* comenzaba, á los ronquidos de los frailes contestaba el coro: ¡A muerte! ¡A muerte! Y sin embargo los tórtolos no se movían, acaso tomaban el fresco, contentándose con mirar los coches que pasaban por la calle. La frase melódica de Saint-Bris reapareció,

todas las voces, unas detrás de otras la repetían progresivamente, con una brillantez extraordinaria. Parecía una ráfaga que se engolfaba en el salón, demasiado estrecho, haciendo temblar á las bujías y palidecer á los oyentes, atronándoles los oídos. Clotilde, en el colmo del frenesí golpeaba el piano, animaba á los cantantes con sus miradas, después fueron las voces apagándose poco á poco, murmuraron las palabras: ¡A media noche! ¡Sin ruido! y continuó ella sola, tocó el pedal y marcó los pasos cadenciosos y perdidos de una ronda que se aleja.

Entonces, de pronto, en medio de aquella música pianísima, en medio de aquel silencio reparador, se oyó una voz que decía:

— ¡Me hace V. daño!

Todas las cabezas se volvieron instintivamente hacia el balcón, Mad. Dambreville quiso hacer un favor descorriendo la cortina y los circunstantes vieron apoyados de espaldas, sobre la barandilla, á Berta muy colorada y á Augusto muy confuso.

— ¿Qué es eso, tesoro mío? preguntó madame Josserand, con la más tierna solicitud.

— Nada, mamá, contestó Berta, es que Augusto, sin querer, me tropezó en el brazo con la vidriera... Hacía tanto calor, que al abrirla...



Y al hablar aumentaba el carmin en sus mejillas. Hubo sonrisas, señas, aspavientos, Mad. Duveyrier, que desde hacia un mes procuraba apartar á su hermano de Berta se puso pálida y se incomodó, tanto más cuanto que el incidente había interrumpido el canto. Después del primer movimiento de sorpresa hubo aplausos, la felicitaron y no faltó á cada artista una lisonja.

¡Qué bien habian cantado! ¡Cuánto trabajo debia costar á la directora producir aquel maravilloso conjunto! Ciertamente, no se interpretaba mejor en el teatro. Pero al lado de estos elogios, oía la directora las murmuraciones que corrian de boca en boca. La joven estaba en grave compromiso; aquello era un matrimonio obligado.

— ¡Le cogió! dijo Troublot á Octavio. ¡Es un pobre diablo! ¡A quién se le ocurre no aprovechar el ruido que hacemos para pellizcarla, en vez de atreverse precisamente cuando todos callábamos...! Yo, francamente, creí que estaba aprovechándose de la ocasión; porque es cosa corriente en los salones en donde se canta, hace uno lo que quiere, cuando puede, y si una dama grita... ¡Como si tal cosa! nadie la oye, ni nadie se apercebe.

Berta, más sosegada sonreía, mientras

que Hortensia miraba á Augusto, considerándole como un doctrino. Al verse triunfantes, recordando las lecciones maternas, se mostraban las dos orgullosas, tratando con desprecio á la victima.

Todos los caballeros invadieron el salón, mezclándose con las señoras. M. Jossierand, todo trastornado con la aventura de su hija, se acercó á su mujer, oyendo con disgusto cómo daba las gracias á Mad. Dambreville por las bondades de que colmaba á su hijo León, que le debia su buena suerte. Su desazón se aumentó al oirla hablar de sus hijas, dirigiéndose á Mad. Juzeur; pero para que la escucharan Valeria y Clotilde, que estaban cerca de ella.

—Pues, sí, decía, hoy mismo nos lo ha escrito su tío: Berta tendrá cincuenta mil francos. No es mucho, ciertamente; pero más vale poco seguro, que mucho imaginario.

Esta mentira sublevaba al pobre hombre y no pudo menos de toser y hacerle señas. Ella le miró, obligándole á bajar los ojos, y después, notando que la miraba Mad. Duveyrier, con la mayor amabilidad le preguntó por la salud de su papá.

—Debe haber ido á acostarse, contestó la dueña de la casa, ya casi conquistada. ¡El pobre trabaja tanto!

M. Jossierand dijo, que en efecto M. Vabre se había retirado á dormir á fin de tener fresca la cabeza al día siguiente y añadió, que era un hombre inteligente y de facultades extraordinarias, al mismo tiempo que pensaba de dónde sacaría el dote que había anunciado su mujer, y la cara que pondría no habiéndolo hallado el día en que se firmase el contrato de boda.

En esto se oyó ruido de sillas, que se movían. Las señoras se dirigían al comedor, donde empezaba á servirse el té. Mad. Jossierand, victoriosa, fué allí también rodeada de sus hijas y de la familia Vabre. En medio de aquella desbandada no quedó en el salón más que el grupo de los hombres serios. Campardon se había apoderado del cura Manduit: los dos hablaban de obras que habría que hacer en la iglesia de San Roque. El arquitecto manifestaba hallarse dispuesto á emprenderlas, porque su diócesis de Evreux le daba poco trabajo. Allí no tenía que hacer más que la construcción de un púlpito y la instalación de un calorífero y de hornillas en la cocina de su Eminencia, trabajos que su inspector podía dirigir por sí solo. El cura le ofreció ultimar el asunto en la primera junta de fábrica que se celebrase, y los dos se dirigieron á un

grupo en donde felicitaban á M. Duveyrier, por la redacción de una sentencia de la que se declaraba autor. El presidente del tribunal, que era su amigo, le reservaba ciertos trabajos de lucimiento para que se diese á conocer y prosperase.

—¿Ha leído V. la novela nueva? preguntó León, que hojeaba un número de la *Revista de Ambos Mundos*, que estaba sobre una mesa. Está muy bien escrita, añadió; pero también se trata de un adulterio. ¡Siempre lo mismo! Llega uno á fastidiarse.

Con este motivo la conversación giró sobre moral. Campardon dijo que había mujeres muy honradas y todos asintieron. Por lo demás, según el arquitecto, un matrimonio, cuando marido y mujer sabían llevarse bien todo podía arreglarse. Teófilo Vabre indicó que todo dependía de la mujer, sin dar más explicaciones. Quisieron los circunstantes saber la opinión del doctor, que se sonreía y se excusó: en su opinión la virtud dependía de la salud de las personas. Duveyrier al oírle quedó pensativo.

—Esos autores, dijo al fin, exageran: el adulterio es muy raro en las clases elevadas. Una mujer, cuando es de buena familia, tiene en el alma una flor...

Era partidario de los nobles sentimientos, y pronunciaba la palabra ideal con una emoción que velaba su mirada. Cuando el cura Manduit habló de la necesidad de las creencias religiosas en la esposa y en la madre, se puso de su parte. La conversación versó sobre la religión y la política, conviniendo en que jamás desaparecería la Iglesia porque era la base de la familia y el natural sostén de los gobiernos.

—Como cuestión de política, no digo que no, apuntó el doctor.

Duveyrier, á quien no agradaba que se hablase de política en su casa, se contentó con decir severamente lanzando una mirada al comedor, donde Berta y Hortensia atiforraban á Augusto de sandwiches:

—Hay un hecho, señores, que resuelve la cuestión: la religión moraliza al matrimonio.

En aquel instante, Troublot que estaba sentado en un canapé, dijo á Octavio al oído:

—A propósito, ¿quiere V. que le presente en casa de una señora donde se pasa muy bien el rato?

Y como Octavio tratase de inquirir qué señora era, añadió señalando al consejero:

—Su querida.

—No puede ser, exclamó Octavio haciéndose cruces.

Troublot abrió y cerró lentamente sus párpados. No había más remedio; cuando se casaba uno con una mujer poco complaciente, poco aficionada á tener descendencia y entusiasta por las teclas hasta el punto de hacer rabiarse á todos los perros del barrio, era preciso buscar distracciones fuera de casa.

—Moralicemos el matrimonio, señores, moralicémosle, repetía Duveyrier con gran severidad, mientras Octavio observándole bien, descubría en su rostro las huellas de los vicios secretos que le dominaban.

Desde el comedor llamaron á los padres graves. El cura Manduit que se quedó un momento solo, en medio del salón desierto, miraba de lejos la aglomeración de los convidados. Su rostro de buen año y fino, expresaba una tristeza. El que confesaba á aquellas mamás y á aquellas niñas, conocía el espíritu de todos como el doctor Juillerat su temperamento, y concluyó por no atender más que á salvar las apariencias arrojando como un maestro de ceremonias sobre aquella burguesía corrompida el manto de la religión, temblando ante la seguridad de un juicio final el día en que se des-

cubriese el cáncer oculto. A veces, movido por su ardiente y sincera fe de sacerdote, se sublevaba contra su condescendencia. Pero su sonrisa reapareció, y aceptó una taza de té que le ofreció Berta hablando algunos instantes con ella para cubrir con su carácter sagrado el escándalo del balcón. En una palabra, volvió á ser el hombre de mundo, resignado á exigir únicamente un barniz de decoro en sus penitentes.

—¡No faltaba más que esto! murmuró Octavio acabando de perder el respeto que le había inspirado aquella casa.

Viendo que Mad. Hedouin se dirigía á la antesala, quiso anticiparse y siguió á Troublot que se marchaba. Su proyecto era acompañar á la esposa de su principal. Se lo indicó, y ella le dió las gracias negándose á admitir el obsequio. No eran más que las doce, y además vivía cerca. Una rosa se cayó del ramo que llevaba en el pecho, y el joven la cogió tratando de guardársela. Entonces las hermosas cejas de la dama se frunciéron, y á seguida con la mayor calma:

—Haga V. el favor de abrir la puerta M. Octavio, dijo... gracias; y partió.

Octavio herido en su amor propio buscó á Troublot, pero éste del mismo modo que en casa de los Jossierand había desapareci-

do, y no podía haberse marchado más que por el corredor que daba á la cocina.

Octavio muy disgustado se fué á acostar, llevando en la mano la rosa que había cogido. Al subir la escalera, apercibió á Maria asomada á la barandilla en el mismo sitio en que la había dejado. Había estado esperándole, y al oír sus pasos salió, cuando le hizo entrar:

—Julio no ha vuelto aún, le dijo: ¿se ha divertido V. mucho? ¿Ha habido mucho lujo?

En esto vió la rosa, y sin aguardar la respuesta poseída de una alegría infantil:

—¿Es para mí esa flor? añadió. ¿Ha pensado V. en mí? ¡Ah! que bueno es V.

Y sus ojos se llenaron de lágrimas al mismo tiempo que su rostro se ponía colorado. Conmovido Octavio la besó tiernamente.

A cosa de la una se retiraban á su vez los Jossierand. Adela dejaba en una silla una palmatoria y fósforos. Cuando la familia que había subido sin decir una palabra, se halló reunida en el comedor de donde había partido algunas horas antes desesperada, se entregó á una loca alegría. Se estrechaban las manos, daban saltos salvajes en torno de la mesa, y hasta el mismo padre sufría el contagio. De Mad. Jossierand no hay que hablar,

brincaba de gusto al resplandor escaso de la bujía, que á pesar de todo daba lugar á que las sombras de aquellas gentes aparecieran en la pared de un modo fantástico.

—Al fin me salí con la mía, gritó la madre cayendo fatigada sobre una silla.

Pero se levantó en seguida impulsada por una crisis de amor maternal, y corrió á depositar dos besos en las mejillas de Berta.

—Estoy contenta, muy contenta de ti, querida mía, la dijo. Has recompensado esta noche todos mis sacrificios... ¡Hija mía, hija de mi vida!... ¡Esta vez es verdad!

Su corazón latía en sus labios. Su emoción era profunda y sincera, y estaba fatigada, anonadada en la hora del triunfo por los trabajos de su campaña de tres inviernos. Berta necesitó jurar que no se sentía mal; porque su madre figurándose que estaba pálida, y en extremo cuidadosa, quería hacerla una taza de tila. Cuando la joven se acostó fué á su cuarto descalza y con la mayor precaución para ver si estaba tranquila como en los ya lejanos días de su infancia.

M. Jossierand la aguardaba acostado. Llegó, apagó la luz, y se acostó á su vez. Él, sumamente apurado con la conciencia intranquila, pensaba en la promesa de los cincuenta mil francos de dote, y se atrevió á

expresar sus escrúpulos en alta voz. ¿A qué fin ofrecer cuando no se sabia si se podría cumplir? Aquello no era honrado.

—Honrado, exclamó en medio de la oscuridad Mad. Jossierand, recuperando su voz terrible. Lo que no es honrado es dejar á sus hijas para vestir imágenes, que es por lo visto lo que V. pretendía. Por lo demás, hay tiempo y podemos lograr que el tío suelte la mosca. ¡De todos modos, sepa V. y no lo olvide, que en mi familia no ha habido nadie que no sea honrado!

## VI.

El día siguiente que era domingo, Octavio permaneció en el lecho una hora más que de costumbre. Despertábase feliz, con esa lucidez que ofrecen las perezas matinales. ¿Para qué darse prisa? Su empleo en el almacén era de su gusto, poco á poco iba desprovinciándole, como él decía, y por añadidura abrigaba la profunda, la absoluta seguridad de que tarde ó temprano sería suya Mad. Hedouin, labrando su fortuna; pero era cuestión de prudencia, exigía aquello una larga táctica de galantería, en la que se complacía ya la voluptuosidad que despertaba en él la hermosa mitad del género humano. Adormeciéndose al trazar sus planes, al fijar seis meses de plazo á su conquista, la imagen de María Pichon acabó de calmar sus impacencias. Nada más cómodo que

una mujer como ella: no tenía que hacer más que alargar el brazo para cogerla, y por añadidura no le costaba un céntimo. Mientras caía la otra, no podía ciertamente pedir más. En su letargo, esta comodidad y esta baratura acabaron de enternecerlo, y representándose la buena y complaciente, se prometió portarse con ella en lo sucesivo mejor que hasta entonces.

— ¡Diantre! ¡las nueve! dijo al oír las campanadas del relój. ¡No hay más remedio que levantarse!

Caía una lluvia menuda, y resolvió no salir de casa. Comería con los Pichon á quienes había desairado muchas veces por miedo á los Vuillaume: esto halagaría á María y le proporcionaría ocasión de acariciarla detrás de alguna puerta. En su benevolencia, recordando que siempre pedía libros, se decidió á proporcionarle una sorpresa llevándole un paquete de libros que tenía en uno de los baules que había dejado en la guardilla. Cuando se vistió bajó á la portería para pedir á M. Gourd la llave de la guardilla que era de todos los inquilinos, y les servía para poner los trastos viejos.

A pesar de la humedad, hacía mucho calor en la escalera, y la escayola y la caoba de las puertas parecían veladas por el vapor

que subía. En el portal una mujer mal vestida, la tía Perou, á quien los porteros daban cuatro sueldos por hora para que limpiara el polvo y lavara los suelos, desempeñaba la última operación en el portal recibiendo el aire helado que soplabá desde el patio:

— ¡Eh! tía vieja, frote V. eso con más vigor... ¡cuidado con que quede la menor mancha! gritaba M. Gourd muy arropado y de pié en el dintel de su porteria.

Al ver á Octavio le habló de aquella mujer con ese espíritu de dominación brutal, con esa rabiosa necesidad de vengarse que los antiguos criados experimentan al tratar á los que los sirven.

— Es una holgazana de la que no logro sacar partido, le dijo. Ya hubiera yo querido verla en casa del señor duque. ¡Allí todo el mundo tenía que andar derecho! No, pues lo que es sino me sirve como es debido la doy un puntapié... ¡Conmigo no hay que gastar bromas! Pero veamos M. Mouret, ¿qué es lo que V. desea?

El joven le pidió la llave, y entonces el portero sin apresurarse, continuó diciéndole que si él y su mujer hubieran querido, habrían podido irse á vivir como unos señores á su casa de Mort-la-ville; pero madame

Gourd adoraba á Paris á pesar de tener las piernas hinchadas, lo que le impedía llegar hasta la acera. Sólo esperaban redondear su situación, teniendo que contenerse cuando les asaltaba la idea de vivir de sus rentas ganadas céntimo tras céntimo.

— ¡Todo es hasta que me harte! añadió irguiéndose. No trabajo para comer, y por lo tanto... Pero V. quería la llave de la guardilla, no es verdad M. Mouret. ¿Dónde está la llave de la guardilla, cara esposa?

Mad. Gourd, que estaba arrellanada en un sillón delante de la chimenea donde ardian dos leños, tomaba tranquilamente el café con leche en una taza de plata. A la pregunta de su consorte respondió que no sabía, que quizás estaría la llave en algún cajón de la cómoda. Y sin dejar de mojar los pedazos de tostada en el liquido, no apartaba la vista de la puerta de la escalera de servicio que se hallaba en un ángulo del patio.

— ¡Ya está ahí! dijo de pronto al ver salir por ella á una mujer.

Acto continuo, M. Gourd se plantó delante de la porteria para detener á la mujer, que al verle acertó el paso mostrándose algo recelosa.

— La estamos acechando desde esta ma-

ñana, dijo á media voz dirigiéndose á Octavio. Ya puede V. figurarse lo que será... sale de casa del ebanista, el único obrero que habita en la casa á Dios gracias. Y lo que es si el dueño siguiera mi consejo, le despediría aunque se quedase vacante el cuarto de criados que habita por no necesitarle los vecinos. Por ciento treinta francos al año, no es cosa de consentir suciedades como esa...

Interrumpiéndose de pronto, preguntó con rudeza á la mujer:

—¿De donde viene V.?

—¡Toma! de arriba, dijo continuando su marcha.

Entonces el portero exclamó:

—Ha de saber V. que no toleramos que entren y salgan mujeres. Ya se lo hemos dicho al que la admite á V. en su cuarto. Si vuelve V. á pasar la noche aquí daré parte á la policía y veremos si se atreve V. á deshonrar una casa de tan buenas costumbres como ésta.

—Vaya V. á paseo, contestó la mujer con desenfado. Vengo á mi casa y vendré cuantas veces me dé la real gana.

Y se alejó perseguida por los aspavientos de indignación que hacia el portero al mismo tiempo que hablaba de ir á contarle al dueño lo que pasaba. ¡Habíase visto cosa

igual! una puerca como aquella, entrar en una casa como aquella en la que nadie consentía la menor inmoralidad. El cuarto del obrero era sin duda alguna cloaca, cuya vigilancia atacaba al estómago de M. Gourd.

—¿Si me hace V. el favor de la llave? insistió Octavio.

Pero el portero furioso al ver que un inquilino había presenciado aquella escena en la que su autoridad había quedado por los suelos, desahogó su furia con la pobre tía Perou queriendo demostrar que cuando quería sabía hacerse respetar. ¿Tenía el propósito de burlarse de él? una vez más había salpicado con el agua sucia la puerta de la portería. Si la pagaba de su bolsillo era para no mancharse las manos, y sin embargo se veía obligado á limpiar lo que ella ensució. ¡Qué le llevase el diablo si volvía á hacerle la caridad de emplearla en su servicio, aun cuando se muriera de hambre! Sin rechistar, derregada por la fatiga de aquel rudo trabajo, la infeliz vieja continuaba frotando el suelo con sus escuálidos brazos, no atreviéndose ni siquiera á llorar, porque aquel hombre corpulento, en zapatillas y con gorro la infundía un terror respetuoso.

—Ahora recuerdo, querido mio, dijo madame Gourd sin moverse del sillón donde



pasaba el día calentando su cuerpo de buen año, ahora recuerdo donde está la llave. La guarde entre las camisas para que no la cojan las criadas y se pasen las horas muertas en la guardilla... Cógela y dácela á M. Mouret.

— ¡También son buenas maulas las tales criaditas! murmuró M. Gourd que conservaba de su largo período de servidumbre un odio singular á todos los domésticos. Tenga V., caballero, he aquí la llave y haga usted el favor de devolvérmela cuando no la necesite, porque si la deja V. puesta, se aprovecharán las fregonas para entregarse á todo género de inconveniencias.

Octavio, para no atravesar el patio, que estaba mojado, subió por la escalera principal, y al llegar al piso cuarto tomó la de servicio, pasando por la puerta que estaba al lado de su habitación. Arriba, un largo corredor se dividía en dos, formando ángulo recto. Sus paredes estaban pintadas de amarillo claro, con un zócalo de ocre oscuro. De trecho en trecho aparecían en él, con uniformidad, las puertas de los cuartos de los criados de la casa. Reinaba allí un frío glacial, y se aspiraba ese olor repugnante de las viviendas pobres.

La guardilla, situada en el ala derecha, daba al patio; pero Octavio, que no había

ido á ella más que una vez el día de su llegada, tomó el ala izquierda, y de pronto se detuvo, estupefacto, ante el espectáculo que descubrió en uno de los cuartos cuya puerta estaba entornada. Un caballero en mangas de camisa, se ponía una corbata blanca delante de un espejo pequeño.

— ¡Cómo! ¿V. aquí? dijo.

Era Troublot, el mismo Troublot, que se quedó, al verle y oírle, como petrificado. ¡Nadie solía subir á aquella hora, y la visita inesperada de su amigo le sorprendió! Octavio, que entró, le contemplaba en medio de aquel cuarto, sin más ajuar que una estrecha cama de hierro y un tocador, en el que se veía una palangana llena de agua sucia, en la que nadaban unos cuantos cabellos de mujer, y al ver aquel cuadro y al descubrir el frac negro junto á los delantales de cocina, no pudo menos de decir:

— ¿Según eso ha pasado V. la noche con la cocinera?

— No, no; respondió Troublot, asustado.

Pero comprendiendo que no habría quien se tragase aquella mentira se sonrió, y con su habitual aplomo:

— ¡Le choca á V., eh...! ¡Je...! ¡Je! añadió; pero le aseguro que es una guapa hembra.

Cuando comía en alguna casa solía hacer escapatorias á la cocina para manosear á las cocineras, y cuando alguna de ellas consentía en darle la llave de su cuarto, se despedía de los anfitriones antes de las doce y subía á esperarla pacientemente, sentado en un baul, con su frac negro y su corbata blanca. Al día siguiente, á cosa de las diez, bajaba por la escalera principal y pasaba por delante de los porteros, como si no volviera más que de hacer una simple visita á cualquier inquilino. Con tal de que llegase á tiempo á casa del agente á cuyo servicio estaba, su padre no le pedía cuenta de sus ausencias nocturnas. Por lo demás su ocupación era la Bolsa, desde las doce hasta las tres, así es que siempre llegaba á tiempo.

Algunos días de fiesta los pasaba enteritos en alguna cama de doméstica, feliz y olvidado de todo, sobre las grasientas almohadas.

—No comprendo, cómo V., que algún día será rico, hace esto, añadió Octavio, al mismo tiempo que su rostro expresaba el disgusto que le producía aquella escena.

—Amigo mío, V. no sabe de la misa la media, contestó Troublot.

Y á seguida hizo el elogio de Julia, una burguesa de cuarenta años, buena moza,

picada de viruelas; pero de unas formas admirables. Si hubiera sido posible desnudar á todas las señoras que llenaban la noche anterior el salón de Duveyrier, no se hubieran hallado, según él, más que flautas, en tanto que la cocinera... Vamos, que ninguna de ellas servía para descalzarla. Por otra parte era una mujer juiciosa y apañada: para demostrárselo abrió unos cajones y le enseñó un sombrero, alhajas, camisas con encajes, escamoteadas á su ama sin duda alguna; pero de todos modos aquellos objetos ponían en evidencia su distinción y su buen gusto. Octavio examinó el cuarto y vió, en efecto cierta coquetería, en cuanto que en él había cajas de cartón con filetes dorados encima de la cómoda, una cortina de Persia cubriendo los vestidos y enaguas que colgaban de la percha; en una palabra, todos los accesorios de una cocinera, con aires de gran señora.

—Respecto de ésta, añadió Troublot, no hay para qué ocultarlo... Vale la pena de comprometerse. ¡Si todas fueran como ella!

En aquel momento se oyó ruido en la escalera de servicio. Era Adela que iba á su cuarto á lavarse las orejas, porque Mad. Josseland la había prohibido terminantemente que tocara la carne antes de restregárselas

con jabón y estropajo. Troublot alargó el oído y la reconoció.

—Cierre V. la puerta en seguida y no hable V. una palabra, dijo á Octavio.

Prosiguió aplicando el oído y oyó el taconeo de la doméstica en el corredor.

—¿También tiene V. algo que ver con esa? preguntó Octavio al ver su turbación.

Troublot no se atrevió á decirle la verdad.

—¿Quiere V. callar? murmuró. Había yo de mancharme con semejante puerca. ¿Por quién me toma V.?

Los dos se sentaron en el borde de la cama y permanecieron silenciosos hasta que la sucia de Adela se lavó, operación en la que tardó un cuarto de hora lo menos. Desde donde estaban oían el ruido que hacía con el agua.

—Entre este cuarto y el suyo hay otro, dijo Troublot, en él habita un obrero que apesta el corredor, con sus maldecidas sopas de ajo. Esta mañana, sin ir más lejos, me levantó el estómago... Ya se ve, en todas estas casas nuevas los tabiques parecen de papel. No comprendo á los caseros. Su codicia es hasta inmoral... apenas puede uno moverse en la cama sin que lo oiga el vecino de al lado. Por lo menos no me niegue V. que eso es molesto.

Cuando Adela se fué recobró su serenidad, acabó de acicalarse y hasta se sirvió de la pomada y los peines de Julia. Octavio le habló de que iba á la guardilla y se empeñó en guiarle, asegurando que conocía todos los rincones de la casa. Al pasar por el corredor indicó los cuartos de los domésticos, nombrándoles con familiaridad. Al lado de Adela se hospedaba Lisa, la doncella de los Campardon, una hipocritilla que tenía sus trapisondas fuera de casa. En el cuarto inmediato dormía Victoria la cocinera, un ballenato, sesenta años cumplidos; la única que respetaba. A continuación estaba el cuarto de Francisca, que había entrado el día anterior al servicio de Valeria, y cuyo haul no permanecía seguramente al lado de la cama, porque pasaban á galope todas sus criadas no más de veinticuatro horas. Tanto variaba, dijo, que era necesario informarse bien de quién era la que iba á dormir en aquel cuarto, antes de subir á esperarla, porque era fácil una equivocación. Después habló de un matrimonio tranquilo que servía á los del segundo, de un cochero de los mismos, más listo que Brijan, y que por lo mismo parecía inspirarle cierta envidia; cuando aseguró que todas las noches solía variar de cuarto.

Siguiendo la revista habló de Clemencia, la doncella de Mad. Duveyrier, quien su vecino Hipólito, el ayuda de cámara de la misma casa, visitaba maritalmente todas las noches, y de Luisita, una chica de quince años que amaestraba en el servicio madama Juzeur; que seguramente debía oír buenas cosas á las altas horas de la noche, sobre todo si tenía el sueño ligero.

—Querido mio, no cierre V. la puerta, dijo á Octavio, cuando le ayudó á sacar los libros del baul de la guardilla, no la cierre V., hágame V. ese favor. Estando abierta es lo más fácil del mundo esconderse en ella para esperar las ocasiones.

Octavio consintió en defraudar la confianza que habia hecho en él M. Gourd, y volvió con Troublot al cuarto de Julia á buscar el sobretodo, que se habia olvidado de tomar el adorador de las fregonas. Después notó que también le faltaban los guantes, y se puso á buscarlos. Al efecto removió los vestidos y las enaguas, agitó la colcha y las sábanas de la cama, produciendo tal olor, que Octavio, no pudiendo resistirlo abrió la ventana. Daba ésta al patio interior, que, como ya sabemos, ponía en comunicación todas las cocinas, y exhalaba un hedor irresistible. Al acercarse á ellas, las voces que

resonaron le hicieron retirarse vivamente.

—¡La charlatanería matinal! dijo Troublot, tendido sobre la cama y buscando sus guantes entre la pared y el colchón. Escuche V. y verá lo que es bueno.

Lisa estaba asomada y hablaba con Julia, que aparecía en la ventana correspondiente al piso principal.

—¿Con que por lo visto de esta hecha le ha pescado? decía la primera á la segunda.

—Así parece, respondió Julia mirando hacia arriba. Ya sabe V., la chica le cogió por su cuenta y no le dejó de la mano. Yo creo que no les falta nada más que... ¡pues! Hipólito, que los vió, sintió tal asco, que por poco tiene una indigestión.

—Ya tendrían que hablar si alguna de nosotras hiciera la cuarta parte siquiera, añadió Lisa.

Desapareció un instante para tomar una taza de caldo, que Victoria le ofreció. Las dos se entendían perfectamente, tapándose la una á la otra: la doncella ocultando la afición al vino de la cocinera y ésta facilitando á la doncella las salidas á la calle, de donde volvía siempre medio muerta, toda derrengada y con unas ojeras espantosas.

—¡Ay! hijas mias, murmuró Victoria asomándose á la ventana con Lisa... Vos-

otras sois aún jóvenes. ¡Cuando hayáis visto lo que yo, ya me lo diréis! En casa del viejo Campardon, donde yo estuve antes de servir á su hijo, mi amo, había una jovencita sobrina suya, que no hacía más que acercarse á la puerta de los cuartos de los hombres, para mirar por el ojo de las cerraduras.

— ¡Bonita educación! exclamó Julia indignada y con aires de gran señora. Lo que es yo, la verdad, si hubiera estado en el lugar de la pequeña del piso cuarto, con sólo que me hubiera tocado M. Augusto al pelo de la ropa, le sacudo una bofetada que se chupa los dedos. ¡Así como así el mozo es apetitoso!

Al oír esto una risa aguda salió de la ventana de la cocina de Mad. Juzeur. Lisa, que estaba enfrente, observó y descubrió á Luisa, que con sus precoces quince años, se gozaba en escuchar las conversaciones de las otras criadas.

— Esa chiquilla, dijo, se pasa todo el día espíándonos. Al diablo se le ocurre traer á una mocosa como esa. Si sigue así nos vamos á ver condenadas á no poder despegar los labios.

El ruido de una ventana que se abrió de pronto las puso en fuga á todas.

Hubo un profundo silencio; pero al fin se arriesgaron á asomarse de nuevo, preguntándose unas á otras, qué había sido aquello. Sospechaban que Valeria ó Mad. Josserand habían querido sorprenderlas.

— ¡No hay cuidado! dijo Lisa. Están todos bañándose. Su cutis les interesa demasiado para que vengan á fastidiarnos. Éste es el único momento del día en que nos dejan respirar.

— ¿Es decir que las cosas siguen lo mismo en su casa de V.? preguntó Julia, al mismo tiempo que pelaba una zanahoria.

— Siempre lo mismo, respondió Victoria. Es cosa perdida. Se cerró la puerta con llave y con cerrojo.

Las otras se rieron al oír aquellas frases, que explicaban la situación de una de las amas.

— ¿Y entonces qué diablos es lo que hace el arquitecto?

— Toma, se divierte con la prima.

Esta respuesta fué acogida con una carcajada. Acto continuo vieron en la ventana de casa de Valeria á Francisca, que fué la que, poco antes, hizo el ruido que las asustó. Todas la saludaron cortesmente.

— ¡Ah! ¿Es V.?

— Sí, señoras, contestó: estoy procurando

instalarme; pero esta cocina es tan asquerosa.

Después continuaron los informes.

—Daré V. pruebas de sufrida si permanece V. en esa casa. La anterior tenía los brazos molidos con el chico, siempre en brazos, y la señora la fastidiaba tanto, que hasta la oíamos llorar á menudo.

—No le sucederá lo mismo conmigo. De todos modos doy á ustedes gracias por la advertencia.

—¿Dónde está su ama de V.? preguntó Victoria.

—Ha salido, creo que va á almorzar en casa de una amiga.

Lisa y Julia cambiaron una mirada maliciosa. Las dos conocían á la tal amiga. ¡Valiente mentira! Harto sabían qué clase de almuerzos eran aquellos; y no compadecían al marido, antes, por el contrario, lo tenía bien empleado; pero era una vergüenza que una mujer no se condujera mejor.

—Ahí está la espesa, dijo Lisa, viendo á la criada de los Josserand.

Todas fijaron su atención en ella y comenzaron á llenarla de improperios, porque era el hazme reir y la víctima de todas sus compañeras.

—¡Hoy al menos se ha lavado! dijo una.

—Como vuelva á echar las tripas de los pescados al patio, yo voy á ser quien me encargue de sacarla lustre en la cara, dijo otra.

—¡Anda, sucia, hija de cura! Miradla, cuando come se la queda en los dientes alimento lo menos para una semana.

Adela las miraba espantada, sin saber qué decir. Al fin se cargó.

—¡Dejadme en paz, dijo, ú os bautizo!

Los gritos y las carcajadas redoblaron.

—Tu señorita ha pescado novio anoche. Sin duda eres tú quien la enseña á coger á los hombres por el ronzal.

—¡Callad! ¡Callad! que es lo más bestia que me he echado á la cara. ¡Pues no vive en una casa en la que no se come! Me da rabia contra ella... No seas animal... mándalos á paseo.

Los ojos de Adela se llenaron de lágrimas.

—No sabéis decir más que tonterías, balbuceó entre sollozos. Si no como, no es por culpa mía.

La conversación continuó con mayor grosería, Lisa increpaba á Francisca que salía á la defensa de Adela, cuando ésta, olvidando las injurias de que era blanco y obedeciendo al instinto de clase, gritó:

—Silencio... ¡mi ama!

Todo quedó en silencio, cada cual se metió en su cocina y no subió del patio más que el olor nauseabundo de siempre, algo así como las basuras ocultas de las familias que habitaban la casa removidas por el odio de los domésticos. Aquello era el albañal de la casa que recogía las vergüenzas mientras que los amos se acicalaban y la escalera principal daba solemnidad á las habitaciones. Octavio recordó al asistir á aquellas escenas de las criadas, lo que vió cuando al enseñarle su casa Campardon lo introdujo de pronto en la cocina.

— ¡Son buenas alhajas! dijo sencillamente.

Y se asomó al patio sintiéndose indignado contra sí mismo por no haber comprendido desde luego á través de la escayola, los dorados y la caoba de la escalera, las miserias que encerraba la casa.

— ¡Pero en donde diablos estarán? murmuraba Troublot que había registrado hasta la mesa de noche para buscar sus guantes.

Al fin los encontró á los piés de la cama, entre las sábanas, arrugados y calentitos todavía. Por última vez, se miró al espejo, fué á esconder la llave del cuarto en el paraje convenido debajo de un viejo aparador que había dejado por inservible un antiguo in-

quilino y bajó con Octavio. Después de pasar por delante de la puerta de los Josserand recuperó todo su aplomo, abrochándose hasta arriba el abrigo para ocultar el frac y la corbata.

— Hasta la vista amigo mío, dijo esforzando la voz. Estaba intranquilo y he venido á saber cómo han pasado la noche esas señoras... ya sé que han dormido perfectamente... ¡Con que, adiós!

Octavio contestó con una sonrisa, y después viendo que se acercaba la hora de almorzar, resolvió no bajar á la porteria hasta después. Durante el almuerzo en casa de los Campardon, observó atentamente á Lisa que servía la mesa. Nada en ella recordaba la grosera sirvienta que poco antes se había mostrado tal cual era desde la ventana de la cocina. Su instinto respecto de las mujeres no le había engañado al juzgarla; pero Mad. Campardon continuaba entusiasmada con ella, admirándose de lo fiel que era y lo era en efecto, porque su flaco era de otro género. Además, era sumamente bondadosa con Angela, y su madre confiaba absolutamente en su moralidad.

Precisamente desapareció la niña á los postres, y se la oyó reír en la cocina. Octavio se atrevió á hacer esta reflexión:

—Quizás no es prudente dejarla en libertad con las criadas.

—¡Oh! no tenga V: cuidado, respondió Mad. Campardon con su habitual languidez. Victoria ha visto nacer á mi marido, y yo estoy segura de Lisa. Además, al fin y al cabo se trata de una niña, le gusta jugar y si estuviera siempre á mi lado me pondría la cabeza hecha una olla de grillos.

El arquitecto chupaba tranquilamente la colilla de un cigarro.

—Yo soy, dijo, quien tiene empeño en que Angela pase una ó dos horas en la cocina después del almuerzo. Quiero que se acostumbre á ser lo que se llama una mujer de su casa. Por lo demás, no sale nunca, siempre está á nuestra vista. ¡Ya verá usted que joyita sacamos!

Octavio no insistió: de vez en cuando le parecía Campardon tonto de capirote, y como le aconsejase que fuera á San Roque á oír á un notable predicador se negó, resolviendo no salir de casa. Después de anunciar á Mad. Campardon que no iría á comer subió á su cuarto, pero notando que llevaba en el bolsillo la llave de la guardilla, prefirió bajar á dársela al portero.

Un espectáculo imprevisto llamó su atención. La puerta del cuarto alquilado al caba-

llero cuyo nombre no se pronunciaba nunca estaba abierta, y esto era un acontecimiento porque permanecía siempre cerrada, como si fuera la losa de una tumba. Su sorpresa aumentó al descubrir en vez de la mesa de despacho el ángulo de una cama del tamaño de las de matrimonio, y al ver salir á una señora delgada, vestida de negro y cubierto el rostro por un espeso velo. Detrás de ella se cerró la puerta sin ruido.

Lleno de curiosidad bajó como quien dice pisando los talones de la dama, deseoso de averiguar si era bonita. Pero la bella bajaba á escape, casi sin tocar la moqueta con sus lindas botitas y sin dejar más huella que el perfume de verbena que despedían sus ropas. Al llegar al vestíbulo desapareció, y sólo apercibió á M. Gourd que de pié en la puerta la saludó quitándose el gorro.

Al entregarle la llave procuró hacerle hablar.

—¡Tiene un aire muy distinguido! dijo. ¿Quién es?

—¡Oh! es toda una señora, respondió M. Gourd.

Y no dijo más, pero respecto del inquilino del tercero fué más expansivo. Era un hombre de la mejor sociedad, que había al-



quilado el cuarto para trabajar en él, una noche por semana.

—¿Y en qué trabaja? interrumpió Octavio.

—Ha tenido á bien confiarme el aseo de su casa, contestó M. Gourd desentendiéndose de la pregunta, y francamente paga muy bien este servicio. Cuando uno entra y sale en una casa como yo en la suya, no se tarda en saber quiénes son los que la habitan. Y lo que es ese señor es honrado á carta cabal: se conoce á la legua en la ropa blanca que usa.

En aquel momento, tanto él como Octavio tuvieron que guarecerse en la portería para dejar paso al coche de los inquilinos del segundo que salían á paseo. Los caballos piafaban contenidos por el cochero, y cuando el landó atravesó el vestibulo, apercibió Octavio á través de los cristales dos hermosos niños cuyas risueñas cabezas ocultaban los vagos perfiles del padre y de la madre. M. Gourd se cuadró, mostrándose muy fino pero con cierta frialdad.

—He ahí unas gentes que no hacen ruido en la casa, dijo Octavio.

—Nadie hace ruido aquí, dijo el portero con sequedad. Cada cual vive como Dios manda. Hay personas que saben vivir y otras que no saben.

Los vecinos del segundo eran juzgados con severidad, porque no visitaban á nadie. Parecían ricos sin embargo: el marido escribía libros, y el portero no las tenía todas consigo respecto de él, tanto más, cuanto que se ignoraba lo que aquella familia podía fabricar en el interior de su casa, con sus aires de no necesitar de nadie y de ser completamente felices. Esto no parecía natural.

Octavio vió llegar á Valeria y cediéndole el paso la saludó.

—¿Sigue V. bien, señora?

—Perfectamente, gracias.

Estaba fatigada y al subir la escalera miraba el joven las botinas de la vecina llenas de lodo, sin poder dejar de pensar en el almuerzo con la amiga de que habían hablado las criadas. Sin duda había vuelto á pié por no haber hallado un coche de alquiler. Un olor insipido y caliente exhalaban sus húmedas faldas. El cansancio, el abatimiento, la obligaban de cuando en cuando á apoyarse en el pasamanos.

—¡Qué día tan malo! ¿no es verdad, señora?

—Horrible, caballero... ¡y luégo un calor!

Llegó al piso principal y se saludaron; pero Octavio vió su rostro demacrado, sus párpados soñolientos, y bajo el sombrero los

cabellos despeinados y recogidos á prisa. Subiendo la escalera reflexionó muy amoscado que no se comprendía que no quisiera entenderse con él, toda vez que sus prendas personales no le hacían inferior á ningún otro.

Al llegar al piso tercero, recordó la promesa que había hecho á Mad. Juzeur de visitarla. Inspirábale curiosidad aquella diminuta mujer, y llamó. Ella misma abrió la puerta.

— ¡Oh! qué amable es V., le dijo al verle. Entre V., entre V.

Las habitaciones tenían ese olor especial de los cuartos que están siempre cerrados. Alfombras y portiers, muebles de humilde aspecto, el aspecto de un cofrecito forrado de satén tornasolado. En la sala donde á la que dobles cortinas daban todo el recogimiento de una sacristía, tuvo que sentarse Octavio en un canapé ancho y muy bajo.

— He aquí el encaje que deseo someter á su apreciación, dijo Mad. Juzeur reapareciendo con una caja de sándalo llena de trapos. Quiero hacer con él un regalo y celebraría saber su verdadero valor.

Era un trozo de antiguo punto de Inglaterra muy bueno. Octavio lo examinó como perito que era, y estimó su precio en tres-

cientos francos. Después, sin aguardar más, como sus manos se juntaban al pasarse el encaje, se inclinó y besó sus finos dedos.

— ¡Oh! M. Octavio... ¿á mi edad? ¿está usted en su juicio? murmuró Mad. Juzeur sonriéndose y sin enfadarse.

¡Tenía treinta y dos años y se llamaba vieja! En seguida aludió á sus desgracias. Si por cierto, el cruel, al cabo de diez años de matrimonio se fué, y desde entonces ni había vuelto, ni nadie había tenido noticia de su persona.

— Ya V. comprende, añadió fijando los ojos en el techo, después de un golpe semejante, todo concluye para una mujer.

Octavio conservaba en sus manos la de Mad. Juzeur, y seguía besándola en la yema de los dedos. Ella volvió los ojos hacia el joven, le miró con ternura y añadió maternalmente:

— ¡No sea V. niño!

Animado con esta conducta, quiso cogerla por el talle y echarla en el canapé; pero ella se escapó de sus brazos sin violencia y como si sólo se tratase de un juego.

— No, déjeme V., añadió, no me toque usted, si quiere que seamos buenos amigos.

— ¿Es decir que no quiere? preguntó él en voz baja.

—¿Qué es lo que he de querer? ¿Qué quiere V. decir? añadió ella... ¡Oh! la mano bien, téngala V. hasta que se canse.

El joven había vuelto á cogerla la mano, y abriéndose la besaba en la palma, mientras que ella con los ojos entornados y siguiendo la broma abría los dedos para dejarse acariciar como el gato que extiende las patas para que le soben. Pero no le permitió pasar del puño. El primer día había allí una línea sagrada en la que comenzaba el mal.

—El señor cura sube, dijo Luisa entrando de pronto.

La huérfana tenía todo el aspecto enfermizo de las hospicianas. Al ver al caballero que parecía estar comiendo algo en la mano de su ama, no pudo contener una risa idiota, pero á una seña de Mad. Juzeur se fué.

—Mucho me temo no poder desasnarla, dijo; pero de todos modos es preciso guiar por el buen camino á esas pobres almas... El señor cura llega, pase V. por aquí.

Y le llevó al comedor para dejar la sala al cura Manduit, que entró precedido de Luisa, encareciéndole que volviese á visitarla. Esto la proporcionaría un poco de sociedad... ¡La pobre estaba siempre sola y tan triste!... Por fortuna, la religión la consolaba.

Por la tarde á las seis, Octavio experimentó un verdadero reposo al instalarse en casa de los Pichon mientras llegaba la hora de comer. ¡La casa le asustaba un poco! después de haber experimentado un respeto de provinciano al hallarse por primera vez en la escalera principal, sentía un desprecio exagerado hacia lo que creía adivinar que pasaba detrás de las suntuosas puertas de caoba.

En verdad, no sabía á qué atenerse: aquellas mujeres cuya virtud le dejó frío al pronto, debían ceder en su concepto á la menor señal, y cuando alguna se resistía, sentía á la vez sorpresa y rencor.

María se ruborizó de alegría al verle poner sobre el aparador el paquetito de libros que había buscado en la guardilla para ella, y exclamaba:

—Es V. muy amable M. Octavio. ¡Gracias, muchas gracias! Además, le agradezco que haya V. venido tan temprano. ¿Quiere usted un vaso de agua con azúcar y algunas gotas de cognac? Eso abre el apetito.

El joven aceptó por darla gusto, y todo en torno suyo le pareció agradable, hasta Pichon y los Vuillaume que hablaban en torno de la mesa, remachando lentamente su conversación de todos los domingos. María

iba de cuando en cuando á la cocina, donde estaba acabando de asarse una pierna de carnero, y Octavio se atrevió á seguirla bromeando, la cogió por detrás delante del fogón y la besó en el cuello. Ella sin estremecerse ni chistar se volvió, y le besó á su vez en la boca con sus labios siempre helados. Esta frescura pareció deliciosa al joven.

—Y bien, ¿qué tal el nuevo ministro? preguntó á Pichon al volver al comedor.

El empleado se sobresaltó. ¿Cómo era aquello! ¿Iba á haber un nuevo ministro de Instrucción pública? No sabía nada, en su oficina jamás hablaban de esas cosas.

—El tiempo es tan malo, continuó sin transición, que no hay medio de evitar que se llenen de lodo los pantalones.

Mad. Vuillaume hablaba de una joven que se había perdido en Batignolles.

—No lo querrá V. creer, caballero, dijo. Era una niña muy bien educada, pero se aburría tanto en casa de sus padres, que ya dos veces quiso arrojarle á la calle por el balcón. Esto es capaz de confundir á cualquiera.

—Se clavan las puertas ó se ponen rejas en los balcones, dijo sencillamente M. Vuillaume.

La comida fué muy animada. Durante

ella no cesó la conversación en torno de la mesa que alumbraba una pequeña lámpara. Pichon y M. Vuillaume charla que te charla del personal del ministerio, no salían de jefes y subjefes. El suegro se empeñaba en que los de su tiempo eran los mejores, y el yerno por su parte pretendía que los mejores eran los de entonces, pronunciando con este motivo una porción de nombres que barajaba sin compasión. Los dos sin embargo, lo mismo que Mad. Vuillaume, estuvieron de acuerdo en un punto: el gordo Chavignat, aquel cuya mujer era tan fea, había tenido demasiados hijos. En su situación, esto era una verdadera locura. Octavio sonreía, la satisfacción respiraba por todos sus poros, hacía mucho tiempo que no había pasado una noche tan agradable: con decir que acabó por censurar con convicción á Chavignat, está dicho todo. María le calmaba con sus miradas de inocente, sin sentir la menor emoción al verle sentado cerca de su marido, sirviéndolos á los dos con arreglo á sus gustos, y revelando su cansancio de obediencia pasiva.

A las diez en punto se levantaron los Vuillaume, y Pichon se puso el sombrero para acompañarlos hasta el ómnibus. Era esta una costumbre de deferencia que ad-

quirió al día siguiente de su boda, y sus padres políticos se habrían resentido si hubiera dejado de hacer lo mismo alguna vez sin causa fundada. Los tres se dirigían á la calle Richelieu, y subían por ella despacito mirando los ómnibus de Batignolles que siempre iban llenos, de modo que raro era el día que no se veía Pichon obligado á acompañarlos hasta Montmartre, porque no se atrevía á abandonarlos hasta dejarlos bien colocaditos en el coche. Como los viejos iban muy despacio, lo menos necesitaba dos horas para ir y volver.

Al marcharse se estrecharon todas las manos muy amistosamente. Octavio dijo á María con la mayor tranquilidad al volver al comedor:

—Llueve, y Julio no vendrá hasta las doce lo menos.

La niña se había acostado temprano, los dos estaban solos, y el joven sentó á María sobre sus rodillas, bebiendo los dos en la misma taza un poco de café que había quedado. Octavio parecía un marido feliz al verse á solas con su mujercita después de irse los convidados, pudiendo acariciarla á sus anchas y á puertas cerradas. La atmósfera del cuarto bastante tibia, estaba impregnada del olor de vainilla que había dejado un

plato de huevos á la nieve que habían comido. Octavio besaba en el cuello á la joven, cuando de pronto oyeron llamar á la puerta. María no se inmutó. Era el hijo idiota de los Jossierand. Cuando podía escaparse de su casa corría á visitarla atraído por su dulzura, y allí pasaba un rato cambiando de cuando en cuando frases inconexas.

Octavio muy disgustado guardó silencio.

—Tienen gente, balbuceó Saturnino. No han querido que me sienta á la mesa, pero eso me tiene sin cuidado... Me encerraron, pero he roto la cerradura y me he escapado.

—Estarán intranquilos... debía V. volver á casa, dijo María al notar la impaciencia de Octavio.

Pero el loco que se encontraba satisfecho, se reía: Después, con trabajosa palabra, contó lo que pasaba en su casa. Parecía gozar desahogándose en sus visitas á Mad. Pichon.

—Papá ha trabajado toda la noche... Mamá ha pegado á Berta. ¿Diga V. cuando una se casa la hacen daño?

Aunque María no le respondía continuó, animándose más y más:

—Yo no quiero ir al campo... no. Como la toquen al pelo de la ropa, los estrangulo. De noche mientras duermen, es fácil. Ella tiene la palma de la mano suave como el

papel de cartas... La otra en cambio es una puerca.

Continuó pronunciando estas y otras frases por el estilo, embrollándose y sin poder explicar lo que quería decir. Al fin y al cabo logró Maria que volviese á su casa sin que se hubiera apercibido de la presencia de Octavio.

Entonces, éste, temeroso de que los sorprendieran otra vez, quiso llevarse á la joven á su cuarto, pero se negó poniéndose muy colorada. No comprendiendo este pudor, la dijo que desde allí podrían oír á Julio cuando subiera, y que tendria tiempo de volver á su casa, y cogiéndola para realizar su proyecto notó que se enfadaba mostrando la indignación de una mujer violentada.

—No, en su cuarto de V. nunca, ¡nunca!... Eso sería muy feo... quedémonos aquí.

Y corrió á refugiarse en una de las habitaciones interiores.

Octavio que estaba en el tramo de la escalera, sorprendido de aquella inusitada resistencia, oyó de pronto un griterío que partía del patio. Todo conspiraba contra él, y lo mejor que podía hacer era ir á acostarse. Pero aquel escándalo á semejante hora le chocó, y se decidió á abrir una ventana para

oir y enterarse de lo que pasaba. Abajo gritaba M. Gourd:

—Le digo á V. que no pasará. El casero está advertido y bajará en persona á echarle á V. á la calle.

—¿A mi á la calle? respondía una voz ronca y aguardentosa. ¿Acaso no pago el alquiler con puntualidad? Pasa Amelia, y si ese hombre te toca al pelo de la ropa, ya verá como yo las gasto.

Era el obrero de arriba, que volvía de la calle con la mujer que había salido de su cuarto por la mañana. Octavio se asomó, pero no veía en medio de la oscuridad del patio más que sombras flotantes á favor de la escasa luz que despedía el mechero de gas del vestíbulo.

—¡M. Vabre! M. Vabre, gritó el portero después de sufrir un empujón del vecino. Bajé V. pronto, que va á entrar.

A pesar del mal estado de sus piernas, Mad. Gourd subió en busca del casero que estaba á la sazón trabajando en su famosa estadística. Bajó y Octavio le oyó decir poseído de la más viva indignación:

—¡Esto es un escándalo! ¡Esto horroriza! ¡Jamás permitiré que esto pase en mi casa!

Y dirigiéndose al obrero á quien su presencia pareció intimidar al pronto:

—Despida V. en el acto á esa mujer, añadió. ¿Lo oye V.? No consentimos mujeres en la casa.

—Pero si es mi consorte, contestó el obrero. Está sirviendo y viene á verme una vez al mes, cuando sus amos la dan licencia. ¡Pues no faltaba más! Ni V. ni nadie puede impedirme que me acueste con mi mujer... ¡Sería chistoso!

El portero y el amo de la casa no sabían qué contestar ante esa afirmación tan categórica.

—De todos modos le despido á V. balbuceó M. Vabre. Y mientras tanto, le prohíbo que convierta mi casa en un lupanar... Gourd, arroje V. á esa desdichada á la calle... Si señor, ha de saber V. que no me mamo el dedo y que á mi nadie me hace comulgar con ruedas de molino. Cuando uno está casado como Dios manda, lo dice sin rodeos... Cállese V... y no me falte al respeto más de lo que lo ha hecho.

El carpintero era un buen hombre, había bebido más de lo regular, y tomándolo á risa:

—Pues señor, exclamó, tiene que ver lo que me pasa... En fin... ya que el señor casero se empeña, le daremos gusto... vuelve á casa de tus amos, Amelia. Quiere decir

que otra vez será... Nos proponíamos multiplicarnos... ¿hay nada más natural? pero el señor casero se opone... ¡ja! ¡ja! Por lo demás, me alegro de que me despida V.; así como así no hay quien pueda vivir en esta barraca. Pasan cosas en ella, que ya, ya... ¡bonito estercolero! Dice que no tolera mujeres y en cada piso hay cada lío... eso sí, visten bien y tienen excelentes maneras, pero detrás de cada puerta... ¡ni los perros! ¡valiente puñado de mujercillas! ¡El diablo que pueda vivir entre tanta inmundicia!

Amelia se había marchado para no causar más disgustos á su hombre, y éste, con risita burlona, continuó echando pestes contra la vecindad. Durante este tiempo el portero protegía la retirada de M. Vabre, permitiéndose hacer en alta voz algunas reflexiones. ¡Qué asqueroso era el pueblo! ¡Un solo obrero bastaba para turbar el orden de una casa!

Octavio cerró la ventana, y al volver á la habitación de María tropezó con un hombre que atravesaba rápidamente el corredor.

—¡Cómo! ¿Usted? dijo reconociendo á Troublot.

Éste quedó un segundo como petrificado; pero después, queriendo explicar su situación:

—Sí, yo soy; dijo. He comido en casa de los Jossierand y voy á...

Octavio se indignó.

—¿Es posible! exclamó... ¿Va V. á esperar á la puerca de Adela? V. juró que no.

Troublot recuperó su cinismo ordinario, y regodeándose:

—Le aseguro á V., dijo, que es una chica hasta allí. ¡Tiene un cutis, un... no puede usted figurarse!

En seguida se puso á hablar mal del obrero quien por poco no le sorprende en la escalera de servicio; y censuró sus asquerosas historias con la mujer aquella. Esto le había obligado á volverse por la escalera principal. Al escaparse, añadió:

—Recuerde V. que el jueves próximo voy á llevarle á casa de la querida de Duveyrier. Comeremos con ella.

La casa volvió á sumirse en el recogimiento ordinario, en el silencio religioso que parecía salir de las castas alcobas. Octavio se reunió de nuevo con María, cerca del lecho conyugal, cuyas almohadas ahuecaba. En el cuarto de Adela, la única silla estaba ocupada con una palangana y unas zapatillas viejas. Troublot tuvo que sentarse en la estrecha cama de la fregona. Cuando sintió los pasos de Julia, que iba á acostarse

contuvo el aliento, poseído por el temor que siempre tenía de que se descubriesen sus trapisondas y armasen camorra sus víctimas. Al fin se presentó Adela. Estaba enfadada, y cogiéndole con violencia de un brazo:

—Mira tú, dijo, bien podías divertirte con un mono y no pisarme cuando estoy sirviendo la mesa.

—¿Qué es lo que dices? ¡No te entiendo!

—Por eso te lo digo, borrico. Pareces un papanatas, paso á tu lado y ni me miras, ni me tocas con el pié, ni siquiera me das las gracias cuando te doy una cuchara... Y lo que es esta noche al servir la ternera te miré, y parecía como que te avergonzabas de mí... ¡Vaya un señorito! Pues has de saber que ya estoy hasta el moño. Todos en esta casa la pegan conmigo, y si tú haces lo que otros... no respondo de mí.

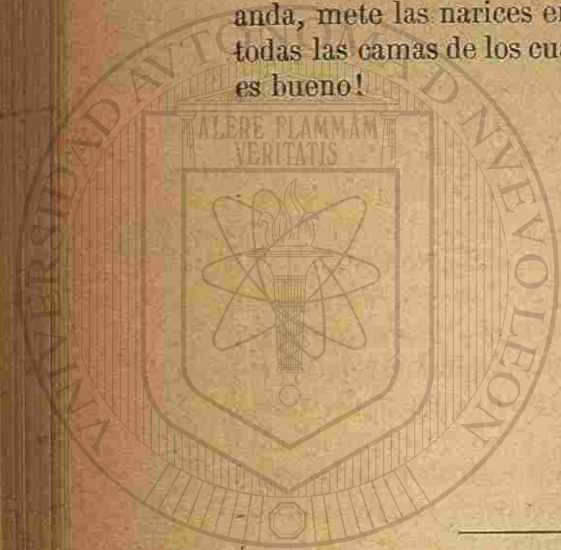
Se desnudó con rabia, y después, tirándose sobre la sucia y misera cama, le volvió la espalda. Troublot se vió obligado á humillarse.

Entretanto, en el cuarto próximo, el obrero, todavía con la mona á cuestras, hablaba solo y con voz tan alta, que todos los vecinos del piso pudieron oírle decir:

—¡Tiene gracia, que le impidan á uno



dormir con su mujer...! ¡Con que no quieres mujeres en tu casa, viejo chocho! ¡Anda, anda, mete las narices entre las sábanas de todas las camas de los cuartos y verás lo que es bueno!



## VII.

Quince días hacía que, para conseguir que el tío Bachelard se decidiese á dotar á Bertha, le invitaban á comer, á pesar de su aspecto asqueroso.

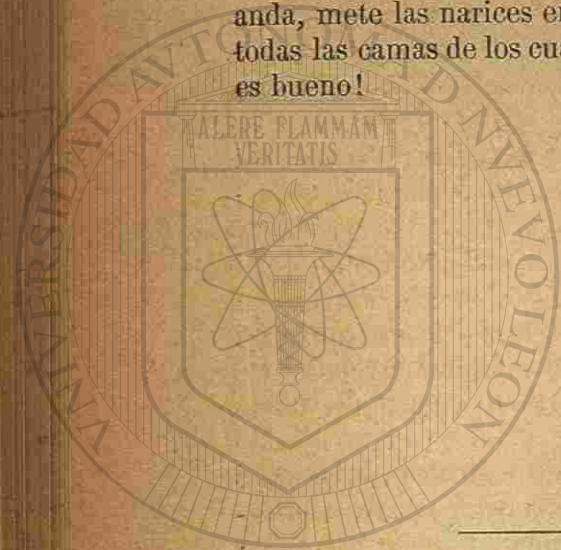
Cuando le anunciaron la boda, se contentó con dar un ligero golpecito á su sobrina en la mejilla, diciéndole:

—¡Con que te casas, eh! Lo celebro infinito.

Y permanecía sordo á todas las indirectas, exagerando su aire de viejo verde y haciéndose el borracho, cuando se hablaba de dinero en su presencia.

Mad. Jossierand tuvo la idea de reunir una noche en su mesa á su hermano y á Augusto, el futuro. Quizás la vista del joven le decidiría. El recurso era heroico, porque la familia no gustaba de presentar al tío, teme-

dormir con su mujer...! ¡Con que no quieres mujeres en tu casa, viejo chocho! ¡Anda, anda, mete las narices entre las sábanas de todas las camas de los cuartos y verás lo que es bueno!



## VII.

Quince días hacía que, para conseguir que el tío Bachelard se decidiese á dotar á Bertha, le invitaban á comer, á pesar de su aspecto asqueroso.

Cuando le anunciaron la boda, se contentó con dar un ligero golpecito á su sobrina en la mejilla, diciéndole:

—¡Con que te casas, eh! Lo celebro infinito.

Y permanecía sordo á todas las indirectas, exagerando su aire de viejo verde y haciéndose el borracho, cuando se hablaba de dinero en su presencia.

Mad. Jossierand tuvo la idea de reunir una noche en su mesa á su hermano y á Augusto, el futuro. Quizás la vista del joven le decidiría. El recurso era heroico, porque la familia no gustaba de presentar al tío, teme-

rosa siempre de que la deshonrara con su habitual grosería. De aquella prueba no salió del todo mal, sólo acusaba su desidia una mancha que había en su chaleco, adquirida probablemente en el café. Pero cuando su hermana, después de marcharse Augusto, le preguntó qué le había parecido el joven, respondió sin comprometerse.

— ¡Un buen muchacho!

Era preciso acabar de una vez. La cosa urgía. Mad. Jossierand resolvió plantear la cuestión de un modo categórico.

— Puesto que estamos en familia, añadió, aprovechemos la ocasión... Dejados solos, hijas mías, tenemos que hablar con vuestro tío. Tú, Berta, cuida un poco de Saturnino, para que no se entretenga en estropear las cerraduras.

El chico, desde que se ocupaban en el casamiento de su hermana, ocultándose de él, rondaba por los cuartos, con la mirada inquieta, receloso, y poseído de ideas diabólicas que consternaban á su familia.

— He hecho todas las averiguaciones necesarias, dijo Mad. Jossierand, cuando se halló á solas con su marido y con su hermano, y ya sé á qué atenerme respecto de la situación de los Vabre.

Y refirió con todos sus pelos y señales

que el viejo Vabre se había traído de Versalles medio millón de francos. Si la casa le había costado trescientos mil francos le habían quedado doscientos mil, que en doce años habrían producido réditos. Además los alquileres de la casa subían anualmente á veintidos mil francos, y como vivía con los Duveyrier, casi sin gastar, debía tener lo menos de quinientos á seiscientos mil francos, y además la casa. Por todas estas razones las esperanzas no podían ser más risueñas.

— ¿Y no tendrá ese buen señor ningún vicio? preguntó Bachelard. Me parece haber oído que juega á la Bolsa.

Mad. Jossierand, protestó. ¿Un viejo tan tranquilo, entregado á tan importantes trabajos? ¡Imposible! Por lo menos había demostrado tener talento al labrarse una fortuna; y al hablar así sonreía amargamente, mirando á su marido, que bajó la cabeza.

En cuanto á los tres hijos de M. Vabre, Augusto, Clotilde y Teófilo, habían recibido cada uno á la muerte de su madre cien mil francos. Teófilo, después de haberse metido en algunas empresas ruinosas, vivía de los restos de aquella herencia. Clotilde, sin más pasión que su piano, debía haber colocado bien su parte. Por último, Augusto acababa

de comprar el comercio del piso bajo de la casa y había emprendido la venta de sedería, empleando en este negocio sus cien mil francos, mucho tiempo guardados.

—Como es natural, dijo Bachelard, el viejo no dará nada á sus hijos al casarse.

Con efecto, no era aficionado á dar, era preciso confesarlo. Al casar á Clotilde se comprometió á entregarla ochenta mil francos; pero Duveyrier no había visto más que diez mil, y no sólo no reclamaba, sino que mantenía á su suegro, adulando su avaricia, sin duda para sacar mejor partido de su fortuna en tiempo oportuno. Del mismo modo, después de haber ofrecido cincuenta mil francos á Teófilo, al casarse con Valeria, se limitó al principio á darles los intereses de este capital, después les cerró su bolsa y acabó por cobrarles el alquiler del cuarto que ocupaban, y que se decidieron á pagar, por temor de verse desheredados, si no le complacían. En vista de esto, no había que contar mucho con los cincuenta mil francos que Augusto debería recibir al celebrarse el contrato de boda; y podían contentarse con que su padre no les exigiese el alquiler de la tienda, siquiera durante algunos años.

—¡Toma! eso de dar es siempre duro para

los padres, indicó Bachelard. Por regla general, no se entrega jamás el dote.

—Volvamos á Augusto, continuó madame Josserand. Ya hemos visto que tiene un excelente porvenir, y que el único peligro que puede temer es por parte de los Duveyrier, á los que Berta vigilará, si al fin y al cabo entra en la familia. En la actualidad, Augusto, después de haber pagado por el traspaso de la tienda sesenta mil francos, se ha lanzado al negocio con los otros cuarenta mil. Con esto no tiene bastante, y además vive solo, necesita una mujer, razón por la cual desea casarse. Berta es bonita, se la figura ya estar detrás del mostrador, y en cuanto á su dote, cincuenta mil francos es una cantidad respetable, que le ha decidido.

Bachelard no pestañeó, acabando por decir, con acento enternecido, que hubiera querido mejor partido para su sobrina. Con este motivo volvió á hablar del futuro. Era, en efecto un buen muchacho, pero muy viejo, demasiado viejo, más de treinta y tres años, y por añadidura siempre enfermo con sus jaquecas; en una palabra, que no era lo que se llama un hombre agradable, sobre todo para el comercio.

—¿Sabes tú de otro novio? preguntó ma-

dame Josserand, cuya paciencia iba acabándose. Yo te aseguro que he removido cielo y tierra para hallar ese.

Por lo demás no se hacía ilusiones.

—Ya sé, añadió, que no ha inventado la pólvora, ni con mucho, creo hasta que es un bruto. Además, no me fio gran cosa de esos hombres que nunca han sido jóvenes, y que no son capaces de dar un solo paso sin reflexionar años y años. Ese, al salir del colegio en donde los dolores de cabeza le impidieron acabar sus estudios, ha sido doce años dependiente antes de atreverse á tocar los cien mil francos, cuyos réditos le escamoteaba su padre, según parece. Hablando francamente, tienes razón, no es una gran cosa.

M. Josserand, que hasta entonces habia permanecido mudo, se atrevió á hablar, diciendo:

—Si eso es así, exclamó, ¿quieres decirme por qué razón te empeñas en que se case con nuestra hija? Un hombre que no goza de salud.

—La salud sería lo de menos, interrumpió Bachelard. Aunque él se muriera, no por eso dejaría Berta de tener ocasiones de volver á casarse.

—Pero si es un hombre incapaz, añadió

el padre, si va á hacer á nuestra hija desgraciada...

—¡Desgraciada! gritó Mad. Josserand. Para lo que te falta, di que meto á mi hija por los ojos al primero que se presenta. Aquí estamos en familia y discutimos á una persona. ¡Que tiene esto y lo otro y lo de más allá, que no es joven, ni guapo, ni inteligente! ¿Tiene algo de particular que hablemos así? Es lo más natural; pero del mismo modo hay que decir que no hallaremos un partido mejor, y lo que es más, que es una suerte inesperada para Berta. Yo aseguro que ya estaba confiada en que la niña se nos quedaba para vestir imágenes.

Al terminar se levantó, y M. Josserand, reducido al silencio, retrocedió un poco de la silla.

—Sólo un temor me asalta, continuó, colocándose resueltamente delante de su hermano, y es que el futuro se desdiga si no se le entrega el dote el día en que firmen los contratos. Y eso se explica; el muchacho necesita dinero para fomentar sus negocios.

En aquel momento oyó un fuerte suspiro detrás de ella y se volvió. Era Saturnino, que entreabriendo la puerta asomaba la cabeza y oía cuanto hablaban, mostrando unos ojos no menos temerosos que los de un lobo.

Su vista produjo un verdadero pánico, porque blandía en su mano un asador que había cogido en la cocina para embanastar á alguien, según decía. El tío Bachelard, alarmado por el cariz que tomaba la conversación, aprovechó la alarma.

—No os molestéis, dijo desde la antesala; me voy, tengo esta noche una cita con uno de mis clientes, que ha venido del Brasil expreso.

Cuando se logró acostar á Saturnino, madame Jossierand, exasperada, declaró que era imposible tenerle más tiempo en casa. Acabaría por producir una catástrofe si no se le encerraba en un manicomio. ¡Aquello no era vivir! Siempre cuidándole, siempre ocultándole de las gentes. Sus hermanas no se casarían mientras el chico permaneciese allí, disgustando y atemorizando á todos.

—Esperemos aún algún tiempo, murmuró M. Jossierand, á quien laceraba la sola idea de aquella separación.

—No, no, dijo la madre; yo no quiero que el día menos pensado haga conmigo alguna barbaridad. Ya lo has visto, tenía cogido á mi hermano, no podía escapárseme, y sin embargo, ese condenado chico... ¡Oh! pero yo sé lo que he de hacer, mañana ire-

mos con Berta á su casa á asediarse de nuevo, y ya veremos si tiene valor para faltar á sus promesas. Por lo demás, Berta debe hacer una visita á su padrino... lo exigen las conveniencias.

Al día siguiente la madre, padre y la hija, se encaminaron oficialmente al despacho del tío, que ocupaba el piso bajo de una casa muy grande de la calle de Enghien. Varios camiones estaban parados delante de la puerta. En el patio, cubierto de cristales, varios embaladores clavaban cajones y en estantes se veían multitud de mercancías, legumbres secas, piezas de tela, papel y sobres, sebos, en fin, los infinitos encargos que le hacían sus parroquianos y compras hechas con anticipación, aprovechando las bajas en los géneros. Bachelard estaba allí, con su gran nariz colorada, sus ojos contenían aún restos de la borrachera de la vispera; pero se manifestaba activo, inteligente; porque eso sí, para el negocio siempre estaba despierto.

—Cómo es eso... ¿vosotros por aquí? dijo al verlos, con cierta incomodidad.

Y los recibió en un gabinete, desde el que vigilaba á sus dependientes á favor de una ventana con cristales.

—Te traigo á Berta, murmuró Mad. Jos-

serand: sabe cuánto te debe y es justo que venga á expresarte su gratitud.

Después de dar un beso á su tío, la joven, obedeciendo á una seña de su madre, volvió al patio á inspeccionar las mercancías y Mad. Jossierand abordó la cuestión.

—Oye, Narciso, es preciso que hablemos con claridad. Contando con tu buen corazón y sobre todo con tus promesas, me he comprometido á dar á mi hija un dote de cincuenta mil francos. Si no se los doy la boda se deshace, y á la altura en que se hallan las cosas esto sería una vergüenza. Tú no puedes abandonarnos en situación tan crítica.

Los ojos de Bachelard se enturbiaron, como sucedía siempre que le hablaban de dinero, y balbuceó:

—¡Has hecho mal en ofrecer... no debe uno comprometerse!

A continuación indicó que sus negocios no iban bien. Había comprado crines en gran cantidad, imaginando que subirían de precio, y como había sucedido lo contrario, había tenido que venderlas á escape, con grandes pérdidas. Y para probar la verdad de lo que decía, corrió á buscar sus libros, quiso enseñarles las facturas... Estaba poco menos que arruinado.

—¡Por supuesto! exclamó M. Jossierand, no pudiendo contener su impaciencia. A mí no me venga V. con esas, conozco demasiado la situación de sus negocios, sé que gana usted lo que quiere, y que estaría nadando en oro si no lo derrochase. Por mi parte nada le pido á V., Leonor es quien ha querido dar este paso. Pero permítame V. que le diga que se ha estado burlando de nosotros. Desde hace quince años vengo todos los sábados á examinar los libros de su caja y siempre me ha ofrecido V...

El tío le interrumpió, y dándose golpes en el pecho:

—¿Ofrecer yo? ¡Imposible! Pero de todos modos, déjenme ustedes á mí y ya verán lo que hago. Lo que no puedo resistir es que me pidan, eso me saca fuera de mí. Por lo demás, ya vendrá un día en que verán ustedes quién soy yo.

Ni su misma hermana pudo sacar más partido de él. Estrechaba sus manos, enjugaba una lágrima, hablaba de su buen corazón, de su cariño á la familia, y suplicaba que no le atormentasen más, jurando por Dios y los santos que no se arrepentirían. Conocía sus deberes y no faltaría á ellos. Berta conocería al fin hasta dónde llegaba el afecto de su tío.

—¿Y el seguro dotal? preguntó de pronto; ¿los cincuenta mil francos que por efecto de imposiciones anuales debía obtener la niña? preguntó.

—Ya sabes que hace más de catorce años que se lo llevó la trampa, contestó Mad. Josserand. Se te ha dicho, hasta la saciedad, que desde el cuarto año, nos fué imposible pagar los dos mil francos de prima.

—Eso no importa, murmuró, guiñando el ojo, se habla de ese seguro á la familia del novio y se toma uno tiempo para entregar el dote. Además, el dote no se suelta nunca.

M. Josserand se levantó indignado.

—¿Es eso todo lo que se le ocurre á V. aconsejarnos? exclamó.

El tío insistió, alegando que aquello era una costumbre.

—Créalo V., añadió, se da algo á cuenta, se pagan los intereses y nada más. Ahí está el mismo M. Vabre... Por otra parte, ¿le dió á V. mi padre el dote de mi hermana? No se acostumbra, lo repito, el dinero no se suelta por nada del mundo.

—De todos modos lo que V. me aconseja es una indignidad, dijo M. Josserand. Al mostrar la póliza mentiria, cometería una estafa.

Mad. Josserand le contuvo. La idea lanzada por su hermano la había hecho meditar, asombrándose de que no se le hubiera ocurrido á ella.

—¡No te sofocas poco que digamos! murmuró. Nareiso no te aconseja que estafes á nadie.

—Ya se ve que no... para nada hace falta enseñar esa póliza.

—Se trata pura y simplemente de ganar tiempo, añadió ella. Promete el dote y ya lo entregaremos después.

La conciencia del pobre hombre se sublevó. ¡No, de ningún modo se arriesgaría una vez más á comprometerse. Siempre abusaban de su bondad, para obligarle á hacer cosas que le ponían malo al fin y al cabo, hasta tal punto mortificaban sus sentimientos! Puesto que no había dote, era inútil ofrecerlo.

Bachelard se acercó á la vidriera, y dando golpecitos se puso á tararear, como para mostrar el desprecio que le inspiraban aquellos escrúpulos. Mad. Josserand escuchó á su marido con reconcentrada ira, y al fin estalló su indignación.

—Sepa V., caballero, dijo á su marido, que esa boda se realizará, sea como sea. Es la única tabla salvadora para nuestra hija.



Primero me cortaría la cabeza que perder semejante ocasión. Tanto peor para los que se opondan. Cuando la obligan á una, es capaz de todo.

—¿Es decir que serías capaz hasta de asesinar á alguien con tal de casar á nuestra hija?

—Sí, señor, dijo con furia, irguiéndose.

Después se sonrió. El tío tuvo que apaciguarlos. ¿A qué fin acalorarse? Mejor era entenderse. M. Josserand, abatido y cansado, consintió en hablar del asunto con monsieur Duveyrier, de quien dependía el éxito de la empresa, según su esposa. Bachelard ofreció á su cuñado, para que encontrase al consejero de buen humor, llevarle á una casa en la que no sabría negar nada.

—De cualquier modo, lo que haré será verle y nada más, dijo Josserand, resistiéndose; lo que es yo no me comprometo á nada.

—Naturalmente, añadió Bachelard; mi hermana no le pide á V. que falte en lo más mínimo á las leyes de la honradez.

Berta volvió. Había visto unas cajas de dulces confitados, y despues de las más afectuosas demostraciones, procuró que su tío la regalase una. Pero no era posible, estaban contadas y debían partir aquella misma noche para San Petersburgo. Poco á poco fué

conduciéndolos hasta la calle, mientras que su hermana, al ver la actividad que reinaba en aquellos almacenes llenos de mercaderías, lamentaba que hiciera fortuna un hombre sin principios, al paso que acudía á su memoria el recuerdo de la estéril honradez de su marido.

—Pues nada, dijo Bachelard en la puerta, estrechando la mano de su cuñado, mañana á las nueve de la noche nos veremos en el café de Mulhouse.

Octavio y Troublot, que habian comido juntos, antes de ir á casa de Clarisa, la querida de M. Duveyrier, fueron precisamente al café de Mulhouse para hacer tiempo, por más que la tal dama vivía en la calle de la Cerisaie, como quien dice en el infierno. Al entrar, á cosa de las ocho, oyeron voces de gente, que al parecer reñía en una sala apartada, y acercándose descubrieron á Bachelard, ya calamocano, con las mejillas encendidas, riñendo con un caballero de cara avinagrada y pequeña estatura.

—Le digo á V. que ha escupido en mi vaso, gritaba con voz de trueno. Estoy resuelto á no sufrirlo más.

—Déjeme V. en paz, ¿lo oye V.? sino le doy un bofetón, contestaba su diminuto contrincante, poniéndose de puntillas.

Entonces Bachelard alzó el diapasón, colocándose en actitud provocativa.

—Vamos á ver si se atreve V. á dármele, dijo.

Y el otro le sacudió un golpe en la cabeza, apabullándole el sombrero, que rodó por el suelo, mientras que con gran energía murmuraba Bachelard.

—Atrévase V. si es capaz, atrévase V.

Después recogió el sombrero, y volviendo á sentarse con aire de triunfo:

—¡Mozo! gritó, cambie V. mi vaso.

Octavio y Troublot, que presenciaron la escena, vieron á Guenlin sentado á la misma mesa de su tío, y muy arrellanado en la banquetta, fumando, con la más tranquila indiferencia. Al interrogarle sobre la causa de la riña:

—Yo no sé, respondió mirando el humo que despedía su cigarro. Por cualquier cosa arma camorra. Es un valiente que gusta de que le zurren. Jamás retrocede ante un bofetón.

Bachelard tendió la mano á los recién llegados, manifestando que adoraba á la juventud. Cuando supo que se disponían á ir á casa de Clarisa se alegró en extremo, y les dijo que él también pensaba pasar allí la noche con Guenlin, pero que tenía que espe-

rar á su cuñado Josserand que debía acompañarlos. El viejo hablaba á gritos, y mandó llenar la mesa de todo cuanto había en el café para obsequiar á sus amigos ostentando esa prodigalidad de los hombres que sólo son generosos cuando se trata de gozar. Expansivo, con los dientes muy nuevos y la nariz inflamada, bajo su blanca y rapada cabellera, tuteaba á los mozos, se permitía bromas con ellos y se hacía tan insoportable á todos, que el dueño del establecimiento tuvo que acercarse á él dos veces para anunciarle que si no se moderaba se vería obligado á ponerle de patitas en la calle. El día anterior le habían echado por lo mismo del café de Madrid.

Una mujer de esas que venden el placer entró en la sala donde se hallaban los cuatro personajes, y después de dar una vuelta se fué. Octavio habló de las mujeres. Bachelard escupió y manchó á Troublot, sin que se tomara el trabajo de excusarse. Las mujeres le habían costado mucho dinero, y se vanagloriaba de haberse regalado las más bellas de París. Los hombres de su clase no economizaban respecto de aquel capítulo. Al mismo tiempo servía aquello para demostrar que los negocios iban viento en popa. Pero ya estaba harto de aquella vida y aspi-

raba á ser amado. Al oír Octavio á aquel viejo verde que tiraba los billetes de Banca á los piés de sus queridas, no podia menos de recordar al tío que se fingía borracho para librarse de soltar los cuartos en beneficio de su familia.

—No se las eche V. de plancheta tío, dijo Guenlin, lo que sobra en el mundo son mujeres.

—Si eso es así, tonto de capirote, exclamó Bachelard, ¿por qué tú no consigues tener una siquiera?

Guenlin hizo un gesto de desprecio.

—Ayer mismo sin ir más lejos, dijo el joven, comí con un amigo y su querida. Apenas nos sentamos, comenzó ella á hacerme señas con el pié por debajo de la mesa. Me parece que aquello significaba algo, ¿eh? Pues bien, cuando me suplicó que la acompañase á su casa, escurri el bulo, y estoy corriendo todavía. No dudo que un momento habría sido agradable nuestra entrevista, pero ¿y después, querido tío? Un compromiso continuo, una serie de gastos... No, no soy tonto como todo eso.

Troublot aprobaba su teoría con la cabeza, porque él también había renunciado á las mujeres de sociedad temeroso de las consecuencias. Guenlin saliendo de su apatía,

continuó poniendo ejemplos. Un día iba solo en un vagón con una morena de primer orden, y se le durmió sobre un hombro. La ocasión era propicia, pero la desechó pensando lo que podría pasarle al llegar á la estación. Otra vez encontró en su cama al volver á su casa á la mujer de un vecino, que por lo visto se había equivocado de cuarto. Aquella tentación era demasiado fuerte, y la hubiera aprovechado si no hubiera tenido por cierto que al fin y al postre le habría pedido la bella que la comprase unas botinas.

—Lo que es ocasiones, querido tío, hay pocos que las tengan como yo, añadió; pero me contengo, y muchos hacen lo que yo por miedo á las consecuencias. Sin eso, el amor sería una cosa de las más agradables. ¡Buenos días! ¡buenas noches! y andando. A cada instante se verían escenas por el estilo en cada calle.

Bachelard no le escuchaba. Estaba como soñoliento, ya no hacía ruido y sus ojos se humedecían.

—Si sois buenos, dijo de pronto, os enseñaré algo que os ha de gustar.

Y después de pagar el gasto salió con ellos del café. Octavio le recordó la cita de Joserand; pero no importaba, después volverían á buscarle. Antes de partir Bachelard

miró en torno suyo, y al convencerse de que no le observaban, cogió un terrón de azúcar que se había dejado un parroquiano en una mesa inmediata á la suya.

— Venid conmigo, dijo, no está lejos el sitio donde voy á llevaros.

Andaba grave, con recogimiento, sin decir una palabra. En la calle de Saintellarch, se detuvo delante de una puerta. Los tres jóvenes iban á subir, cuando dominado por una idea:

— No, dijo; vámonos, he cambiado de parecer.

Los jóvenes se enfadaron. ¿Por ventura quería burlarse de ellos?

— Pues bien, Guenlin no subirá, ni usted tampoco M. Troublot. No son ustedes bastante juiciosos, nada les infunde respeto, y lo echarian á broma. Sólo V. vendrá conmigo M. Octavio, V. es un joven formal.

Le hizo subir delante, mientras los otros dos riendo le gritaban desde la puerta que dieran muchas expresiones á aquellas señoras. Al llegar al piso cuarto llamó Bachelard, y salió á abrir una vieja.

— ¡Cómo! exclamó. ¡Tanto de bueno, M. Narciso! Fifi no le esperaba á V. esta noche.

Aquella mujer gorda, de rostro blanco y

abultado como el de una monja boba se sonrió, guiándolos á un comedor reducido en donde una joven alta, rubia, bonita, de aspecto cándido, se ocupaba en bordar una sabanilla de altar.

— Buenas noches tío, dijo ella levantándose para ofrecer su frente á los gruesos y temblorosos labios de Bachelard.

Cuando éste la presentó á Octavio, joven distinguido y uno de sus mejores amigos, las dos mujeres le hicieron una reverencia, y todos se sentaron en torno de una mesa que alumbraba un quinqué de petróleo. Reinaba en aquella habitación esa tranquilidad que suele hallarse en las casas de las provincias. Allí se deslizaban dos existencias arregladas, perdidas en medio del bullicio de Paris, viviendo poco menos que de nada. Como la habitación daba á un patio, ni siquiera se oía el ruido de los coches que pasaban por la calle.

Mientras que Bachelard preguntaba paternalmente á la jovencita acerca de sus ocupaciones y sentimientos desde el día anterior, la tía, Mlle. Menu, se puso á contar á Octavio de buenas á primeras su historia, con la sencillez de una buena mujer que no se cree obligada á ocultar ningún detalle.

— Pues si señor, le dijo, yo soy de Vil-

leneuve, cerca de Lila, y bien que me conocen en casa de los señores Mardienne hermanos, calle de Saint-Sulpice, donde he sido bordadora durante treinta años. Después me dejó una prima una casa en el pueblo, y tuve la suerte de que me la comprasen dándome en renta vitalicia mil francos al año. Creían los que me la tomaron que yo me iba á morir en seguida... ¡qué si quieres! Dios los ha castigado por abrigar tan mala idea, y la prueba es que vivo á pesar de mis setenta y cinco años.

Al decir esto se reía, mostrando unos dientes blancos y pequeños.

—Por entonces, añadió, ya no podía yo trabajar... mis ojos no querían ser buenos, y en esta situación me cayó como llovida del cielo mi sobrina Fanny que está presente. Su padre el capitán Menu, murió sin dejarla un solo céntimo... la pobrecita no tenía más pariente que yo, y sacándola del colegio la enseñé á bordar. No es un oficio bueno que digamos, pero qué se le ha de hacer, cuando hay que trabajar, lo mismo da por arriba que por abajo. A las mujeres les toca siempre lo más delgado. Pero afortunadamente la niña ha hallado á M. Narciso, y ya puedo morirme tranquila.

Al terminar, con las manos cruzadas so-

bre el abdomen, en su inacción de antigua obrera resuelta á no volver á coger una aguja, dirigió una tierna mirada á Bachelard y á Fifi. Precisamente en aquel instante decía el viejo á la niña.

—¿De verdad? ¿Ha pensado V. en mí? ¿Y qué ha pensado V.?

Fifi le miró sin dejar de bordar:

—¿Qué había de pensar, dijo, si no que es V. un buen amigo y que le quiero mucho?

Hasta entonces no había mirado á Octavio, como si el joven fuera para ella cosa indiferente. Él sin embargo, se mostraba muy amable con ella, sorprendido y hasta conmovido de su gracia y no sabiendo qué pensar, mientras que la tía envejecida en un celibato y una castidad que no la habían costado el menor sacrificio, continuaba diciéndole al joven en voz baja:

—¿Hubiera podido casarla, no es verdad? Pero un obrero la habría dado palizas de vez en cuando, y con un empleado se habría llenado de familia... Mejor es que ella se porte bien con M. Narciso que me parece un hombre honrado.

Y alzando la voz, continuó:

—Lo que es si la niña no le da á V. gusto M. Narciso, no será por culpa mía. Todo el santo día me lo paso diciéndole, sé agrade-

cida, haz su santísima voluntad, y no es extraño, porque me satisface saber que ya la pobre tiene quien se preocupe de su porvenir. ¡Francamente, cuesta tanto trabajo coquear á una joven cuando se carece de relaciones!

Octavio se abandonó á la venturosa honradez que parecía respirarse en aquel hogar. Sólo la aguja de Fifi hacía un casi imperceptible ruido acompasado, como el tic tac de un reloj destinado á regularizar los amores del tío. La vieja era por otra parte la misma probidad, vivía de sus mil francos de renta, sin tocar para nada al dinero de Fifi que lo gastaba á su antojo. Sus escrúpulos cedían únicamente ante el vinillo blanco y las castañas con que su sobrina la obsequiaba alguna que otra vez, cuando vaciaba la alcancía donde encerraba las monedas de cuatro sueldos que le daba su buen amigo.

—Tortolita mía, dijo al fin Bachelard disponiéndose á partir; tenemos que hacer.

El viejo besó su frente, y después de contemplarla con emoción dijo á Octavio:

—Puede V. también darla un beso... ¡es una criatura!

El joven posó sus labios sobre su fresco cutis, y sin abandonar su aire de modestia

se sonrió la joven. En fin, todo aquello pasaba como en familia; jamás había visto Octavio personas más juiciosas. El tío que estaba ya en la puerta, volvió gritando:

—Me olvidaba de un regalito que te traigo.

Y dió á Fifi el terrón de azúcar que poco antes había escamoteado en el café. La joven expresó una viva gratitud, mordiendo el terrón y poniéndose colorada de gusto. Animándose, dijo:

—¿No tiene V. alguna monedita de veinte céntimos?

Bachelard se registró los bolsillos inútilmente, pero Octavio la ofreció una que la joven aceptó como recuerdo. No salía á despedirlos, sin duda por decoro, y continuó bordando mientras la vieja los acompañó hasta la puerta haciendo gala de su pegajosa amabilidad.

—¿Eh? ¿qué tal? dijo Bachelard deteniéndose en la escalera, ¿no es digno de ser visto este cuadro? Pues á pesar de todo no me cuesta al mes arriba de ochenta francos. Ya estaba harto de culebronas que me devoraban, necesitaba un corazón.

Octavio se rió y desconfiando un tanto:

—Le supongo á V., añadió, bastante honrado para no abusar de mi confianza. Deme

usted su palabra de honor de no decir una palabra á Guenlin. Espero á que sea digno de tratarla para presentarle en esta casa... ¡Es un ángel, querido, un ángel! Digan lo que quieran, la virtud refresca el alma... Yo siempre he sido entusiasta de lo ideal.

Su voz de viejo borracho temblaba, y las lágrimas hinchaban sus pesados párpados. En la calle, Troublot se bromeó aparentando que tomaba nota del número de la casa, mientras que Guenlin preguntaba á Octavio qué le había parecido la niña. Siempre que se enternece el tío, llevaba á sus amigos á visitar á aquellas mujeres impulsado por el deseo vanidoso de mostrar su tesoro y con el temor de que se lo robasen; pero al día siguiente se olvidaba de su debilidad y volvía á la calle de Saint-March con aire misterioso.

—Todo el mundo sabe quien es Fifi, dijo Guenlin tranquilamente.

Bachelard buscaba un coche cuando Octavio exclamó:

—¿Y M. Jossierand que estará en el café? Ya nadie se acordaba de él, mientras que el infeliz fastidiado porque perdía una noche se impacientaba en la puerta, sin atreverse á entrar porque jamás tomaba nada fuera de su casa. Al fin se encamina-

ron todos á la calle de la Cerisaie, pero fué necesario tomar dos coches: en uno se empaquetaron el comisionista y el cajero, y en el otro los tres jóvenes.

Guenlin habló en primer lugar de la Compañía de Seguros donde estaba empleado. Troublot aseguró que allá se iban los Seguros y la Bolsa como causas de aburrimiento. Después recayó la conversación en Duveyrier. ¿No era una lástima que un hombre como él, rico, de posición, se dejase arrastrar de aquel modo por las hijas de Eva? Siempre había tenido lios en los barrios excéntricos; señoras que vivían solas en modestos cuartos echándose las de viudas, costureras ó tenderas con talleres ó tiendas sin parroquia; jóvenes arrancadas de la prostitución, guardadas y encerradas con cien llaves en casas á las que iba una vez por semana con la puntualidad que un empleado á su oficina. Tales eran las queridas del magistrado. Troublot, sin embargo, le excusaba: en primer lugar, la culpa era de su temperamento, y después con una mujer como la suya no era extraño. Según decían, Clotilde le había tomado asco desde la primera noche al ver las manchas rojas que cubrían su cuerpo como su cara. Por esta razón le consentía que tuviera queridas, cuyas com-

placencias la libraban de sus caricias, por más que aceptase alguna que otra vez el abominable cumplimiento de su deber con la resignación de una honrada mujer que no quiere faltar á sus obligaciones.

—¿Con qué es decir que esa es honrada? preguntó Octavio con interés.

—¡Oh! si querido amigo, contestó Troublot, muy honrada. Reune todas las cualidades: ¡bella, formal, bien educada, instruida, de buen gusto, casta é insoporable!

Al final de la calle Montmartre había aglomeración de carruajes, y se detuvo el coche. Los jóvenes bajaron el cristal para ver qué era aquello, y oyeron la furiosa voz de Bachelard increpando á los cocheros. Cuando el vehículo pudo continuar la marcha, Guenlin dió algunos pormenores de Clarisa. Se llamaba Clarisa Bocquet, y era hija de un antiguo vendedor de juguetes que explotaba las ferias con su mujer y toda una bandada de hijos sucios y desarrapados. Duvyrier la halló una noche cuando un amante acababa de arrojarla á la calle. Sin duda aquella mujer respondía á un ideal muy deseado, porque le fascinó hasta el punto de convertirle poco menos que en un cadete. Clarisa consintió en vivir en la calle de la Cerisaie á pesar de lo extraviada que era, para no

comprometer á su nuevo amante, pero en cambio le comía un riñón. Por de pronto le hizo gastar un dineral en muebles, y luego le sacaba el jugo á cada instante devorando alegremente su fortuna en compañía de algunos actores del teatro de Montmartre.

—A mi todo eso me importa un blédo, dijo Troublot; lo que yo quiero es pasar el rato divertido, y por de pronto en su casa no le obligan á uno á cantar, ni ella se pasa el tiempo triturando las teclas del piano como la otra... ¡Oh! ¡el piano! Francamente cuando está uno mortificado en su casa, cuando se tiene la desgracia de tener por mujer un piano mecánico que ahuyenta á todo el mundo, sería una tontería no formarse en otra parte un hogar cómodo y agradable donde poder recibir á los amigos en confianza.

—El domingo último, añadió Guenlin, quiso Clarisa almorzar á solas conmigo, en su casa se entiende; pero me negué. Después de esos almuerzos, comete uno mil tonterías, y no quiero que el día en que la plante Duvyrier vaya á instalarse en mi casa. Ella no puede verle ni pintado... ¡Oh! le da un asco, que la vuelca el estómago. Ya se ve, con aquellos granos que le manchan la cara; pero la pobre no puede como



su mujer mandarle á pasco. ¡Si pudiera endosárselo á su criada, contenta se vería!

El coche se detuvo y los jóvenes se apearon delante de la muda y negra casa de la calle de la Cerisaie; pero tuvieron que esperar á Bachelard, porque después de haber reñido con el cochero se empeñó en convidarle á una copa de vino. En la escalera, á las reiteradas preguntas que le hacía Jossierand acerca de la amiga de Duveyrier:

— Es una mujer de mundo, una buena persona... no tenga V. cuidado, que no le comerá.

Una criadita de sonrosado y agradable rostro abrió la puerta, y quitó los abrigos á aquellos caballeros, acompañando este servicio con sonrisas familiares y cariñosas. Troublot la detuvo un instante en un rincón de la antesala diciéndola al oído algunas cosas que á juzgar por su risa parecían hacerla cosquillas. Bachelard entró en la sala y presentó á M. Jossierand. Este permaneció un momento confuso, Clarisa le pareció muy fea, y no podía explicarse cómo el consejero prefería aquella mujer negruzca y delgada, con una cabeza de perro dogo, á su esposa, una señora de la más excelente sociedad. Por lo demás, Clarisa estuvo con él amabilísima. Tenía el barniz parisien, un ingenio

superficial y prestado, y un desenfado insinuante, adquirido en su roce con los hombres. Por supuesto que cuando quería sabía darse aires de gran señora.

— Caballero... tengo el mayor placer... Todos los amigos de Alfonso son mis amigos... Celebro que sea V. de los nuestros... la casa está á su disposición.

Duveyrier, advertido por una carta de Bachelard, dispensó una excelente acogida á Jossierand. Octavio se asombró del aspecto juvenil del magistrado. No era el hombre severo y disgustado que no parecía estar en su casa cuando le vimos en la calle de Choiseul. Las manchas encarnadas de su rostro no pasaban del color sonrosado, en sus ojos oblicuos se reflejaba una alegría infantil, mientras que Clarisa contaba en un grupo las escapadas que hacia para ir á verla, aprovechando la suspensión de alguna audiencia: el tiempo preciso para subir á un coche, correr á verla, darla un beso y volver al tribunal. Entonces se quejó él de lo agobiado que estaba, cuatro audiencias por semana desde la once hasta la cinco, y siempre los mismos cabos que atar y desatar; aquello concluía por secar el corazón.

— Así es, añadió, que nada tiene de extraño que necesite entre tantas espinas bus-

car alguna vez la rosa. Después parece que respiro mejor.

Duveyrier no llevaba como de costumbre la cinta encarnada en el hojal al visitar á su querida: era esto un escrúpulo, una delicada distinción que su pudor se empeñaba en conservar. Clarisa, sin confesarlo, estaba muy resentida por ello.

Octavio que no tardó en tratar con familiaridad á la dueña de la casa, veía y escuchaba. La sala con su alfombra de flores grandes, con su mobiliario y sus colgaduras de satén granate, se asemejaba mucho á la de la calle de Choiseul, y para completar esta semejanza hasta muchos de los amigos del consejero á quienes había visto aburridos en su casa la noche del concierto, se encontraban allí formando idénticos grupos. Pero allí se fumaba, se hablaba en alta voz, todo era alegría y animación. Dos caballeros estaban poco menos que acostados uno al lado del otro sobre un ancho divan, otro aparecía montado en una silla, con la espalda vuelta á la chimenea. Todos estaban á sus anchas, disfrutando de la más amplia y juiciosa libertad. Clarisa no recibía jamás á ninguna mujer por consideración según decía, y cuando alguno se quejaba de la falta de damas, exclamaba riéndose:

—¿Y yo? ¿Acaso no basto?

Había organizado para su Alfonso un interior decente, aunque burgués en el fondo, porque á pesar de los altos y los bajos de su vida, siempre le había gustado el bien parecer. Cuando recibía gente no permitía que la tutease, pero al hallarse sola y á puertas cerradas se mostraba condescendiente con todos los amigos de su amante, y con los suyos propios que eran cómicos muy afeitados y pintores muy barbudos. En ella era antigua costumbre divertirse por su cuenta apenas se iba el hombre que pagaba. De todos los individuos que formaban su tertulia, sólo dos se habían hecho los sordos á sus condescendencias; Guenlin, atormentado por el temor de lo que después podía sobrevenir, y Troublot, cuyas aficiones le llevaban por otros caminos.

Justamente la criadita pasaba, ofreciendo con su cara de pascua, vasos de ponche á los convidados. Octavio tomó uno y acercando la boca al oído de su amigo:

—La criada me gusta más que el ama, dijo.

—Ya lo creo, vale infinitamente más, contestó Troublot relamiéndose, y con el acento de la más profunda convicción.

Clarisa se acercó á ellos un momento. Se

multiplicaba que era un gusto, iba de un grupo á otro, decia una frase, regalaba una sonrisa, hacia un gesto. Como todos los que iban llegando, lo primero que hacian era encender un cigarro, la sala no tardó en llenarse de humo.

—¡Oh! ¡los picaros hombres! dijo ella sonriéndose, y corriendo á abrir un balcón.

Sin aguardar más, Bachelard instaló en el hueco del balcón á M. Josserand, para que respirase un poco, según dijo, y acto continuo, por medio de una hábil maniobra llevó al mismo sitio á Duveyrier, abordando sin más preámbulos, el asunto objeto de su visita. El consejero expuso que se creía muy honrado de que un lazo estrecho uniera á las dos familias, y después preguntó cuándo se firmarían los contratos.

—Mañana nos proponíamos Josserand y yo ir á visitar á V. para arreglarlo todo, porque ya sabemos que Augusto no hace nada sin contar con V., dijo Bachelard; teníamos que hablar acerca del dote, pero ya que estamos aquí reunidos...

Josserand, lleno de angustia, miraba el fondo oscuro de la calle y sentía haber ido hasta allí, temiendo que aprovechándose de su debilidad, le metieran en un nuevo lío, cuyas consecuencias le mortificaban antici-

padamente. Sacó fuerzas de flaqueza é interrumpió á su cuñado:

—En otra ocasión hablaremos de eso... ahora no es oportuno.

—¿Y por qué no? exclamó Duveyrier, con la mayor amabilidad. Aquí estamos mejor que en cualquier otra parte. Prosiga V., M. Bachelard.

—Pues bien, nosotros damos á Berta cincuenta mil francos, continuó diciendo el tío; pero esa suma está representada por un seguro, á veinte años de plazo, que Josserand impuso á favor de su hija, cuando ésta tenia cuatro años. Así, pues, hasta dentro de tres años no puede recoger esa cantidad.

—Permitanme ustedes, balbuceó el cajero, sumamente azorado.

—No, déjeme V. acabar; M. Duveyrier me atiende perfectamente. No queremos que los novios esperen tres años un dinero que pueden necesitar en seguida, y nos comprometemos á entregar el dote en plazos de diez mil francos de seis en seis meses, sin perjuicio de reembolsarnos después cobrando el capital asegurado.

Hubo un momento de silencio. M. Josserand, helado, sofocado, miraba de nuevo la oscura calle. El magistrado parecia reflexionar; quizás adivinaba el gatuperio que pro-

yectaba Bachelard y se complacía en dejar engañar á los Vabre, á quienes execraba en la persona de su mujer.

—Todo eso me parece muy razonable, dijo al fin; y debo dar á ustedes gracias. Es raro que un dote se entregue íntegro.

—Nunca, afirmó el tío con energía; eso no se hace jamás.

Y los tres se estrecharon la mano, dándose cita para el jueves en casa del notario. Cuando M. Jossierand volvió á la sala, estaba tan pálido, que le preguntaron si se sentía indispuerto. No estaba bien, en efecto, y se retiró sin aguardar á su cuñado, que había pasado al comedor, donde el champagne reemplazaba al té clásico.

Entretanto Guenlin, arrellanado en un canapé, cerca del balcón, murmuraba:

—¡Este tío es un canalla!

Oyó una frase referente al seguro y se indignaba, contando la verdad del caso á Octavio y á Troublot. La venta se había hecho en su preseneia, no tenían que cobrar ni un céntimo, estaban engañando al tal Vabre. Después, viendo que sus dos camaradas se reían de aquella farsa, añadió con acento cómicamente enérgico.

—No, pues yo necesito cien francos, y si no me los da el tío canto de plano.

El diapasón de las voces subía, el champagne comprometía el simulacro de decencia, establecido por Clarisa. El final de sus reuniones solía tomar colores demasiado vivos. En ocasiones hasta ella misma se olvidaba de su papel. Troublot la mostró á Octavio detrás de una puerta, colgada del cuello de un mocetón, con todo el aire de un aldeano picapedrero, recién llegado del Mediodía, á quien su ciudad natal costeaba los medios de convertirse en un artista. Duveyrier empujó la puerta, y entonces, desasiéndose con presteza, le recomendó á M. Mayan, escultor de talento y de porvenir. El magistrado, muy satisfecho, ofreció hacer lo posible para proporcionarle trabajo.

—¡Trabajo! ¡Trabajo! dijo Guenlin en voz baja, lo que le sobra en esta casa es trabajo.

A cosa de las dos, cuando los tres jóvenes abandonaron la casa de la calle de Cerisaie, con Bachelard, este último estaba completamente borracho. Hubieran deseado empujarle en un coche; pero el barrio dormía en un sepulcral silencio, sin que se oyera, ni á lo lejos, el más leve ruido que anunciara un carruaje. En vista de esto se decidieron á sostenerle. La luna, una luna muy clara aparecía de entre las nubes iluminan-

do las aceras, en las desiertas calles sus voces adquirirían una gran sonoridad.

— ¡Pero tío, por todos los santos, no se deje V. caer de ese modo!

El buen hombre, con las lágrimas hasta la garganta, se puso muy tierno y muy moralizador.

— Vete, Guenlin, vete, murmuraba, no quiero que veas á tu tío en semejante estado. ¡No, hijo mío, no es conveniente, vete!

Y al oír que su sobrino le ponía de tunante, que no había por donde cogerle:

— Tunante, añadía, no quiere decir nada... Es necesario hacerse respetar. Yo estimo á las mujeres, por supuesto, cuando son decentes. Cuando carecen de sentimientos me repugnan... Vete, Guenlin... no hagas que tu tío se ponga colorado. Con estos señores me basta.

— Entonces, dijo el sobrino, me va V. á dar cien francos, los necesito para pagar la casa... quieren echarme.

Ante esta petición inesperada se agravó la borrachera de Bachelard, hasta el punto de verse obligados sus acompañantes á sostenerle sobre una puerta.

— ¿Qué es eso de cien francos? balbuceaba... No me registréis, no llevo más que

calderilla. ¿Para que vayas á gastártelos de mala manera? No, no estimularé jamás tus vicios. Sé lo que debo hacer, tu madre, moribunda, te confió á mi cuidado... Poco á poco... si me registran ustedes pido auxilio.

Y continuó tronando contra la vida disoluta de los jóvenes, ponderando la necesidad de que fueran virtuosos.

— Seré todo lo que V. quiera, dijo Guenlin, pero hasta ahora no he estafado á ninguna familia... ¿Me entiende V.? ¡Como yo hablase, le faltaría á V. tiempo para darme los cien francos!

El tío se había quedado sordo, lanzaba algunos gruñidos y se caía á pedazos. En la estrecha calle en que se hallaban entonces, detrás de la iglesia de San Gervasio, sólo un farol proyectaba una débil luz, semejante á la de una lamparilla, y en el cristal aparecía un número de grandes dimensiones. Una trepidación sorda salía de la casa donde estaba el farol, y por los intersticios de las maderas de las ventanas se percibían las luces del interior.

— ¡Bah! dijo Guenlin, ya estoy harto. Que de V. con Dios tío, que ahora recuerdo que olvidé mi paraguas, y voy á buscarlo.

Entró en la casa y Bachelard se indignó, manifestando un profundo disgusto. Al me-

nos reclamaba un poco de respeto á las mujeres; con semejantes costumbres la Francia se perdía sin remedio. En la plaza del Hotel de Ville, Octavio y Troublot hallaron un coche de alquiler, y embutiendo en él al viejo:

— A la calle de Enghien, dijeron al cochero... Cóbrese V., en los bolsillos lleva dinero.

El jueves indicado se firmaba el contrato de boda ante el notario Renaudin, calle de Grammont. En el momento de partir hubo una escena, como las de costumbre, en casa de Jossierand. El padre, profundamente indignado, declaró á su mujer que ella sería responsable del enredo que le obligaban á urdir, y con este motivo volvieron á decirse mil picardías de sus respectivas familias. ¿De dónde querían que sacase los diez mil francos cada seis meses? Aquel compromiso le volvía loco. El tío Bachelard, que estaba presente se daba golpes de pecho, reiteraba sus promesas, después de habérselas arreglado para no gastar un solo céntimo, y enternecido, juraba y perjuraba que por nada del mundo dejaría en descubierto á su querida Berta. Pero el padre, exasperado, le preguntaba si decididamente le tomaba por un imbécil.

Sin embargo, en casa del notario, la lectura del contrato redactado en vista de las

notas que había dado M. Duveyrier, calmó un poco al buen hombre. En él no se hacía mención para nada del seguro, y además el primer pago de los diez mil francos no debía verificarse hasta después de los seis meses de efectuarse la boda. Por lo menos tenía algún tiempo de respiro. Augusto, que escuchaba con la mayor atención, dejó escapar algunas muestras de inquietud: miraba á Berta, risueña, miraba á los Jossierand y á los Duveyrier y concluyó por atreverse á hablar del seguro, como una garantía, que debía por lo menos mencionarse. Al oírle, todos comenzaron á hacer aspavientos. ¿A qué fin hacer aquella mención? Se sobreentendía, era una redundancia; y se pasó á firmar, mientras que el notario, un joven en extremo amable, ponía la pluma en las manos de los señores sin desplegar los labios. Sólo al salir se permitió Mad. Duveyrier expresar su sorpresa: jamás había oído hablar de tal seguro, antes por el contrario, creía que el dote sería abonado por el tío Bachelard. Pero Mad. Jossierand, con la mayor candidez, declaró que jamás habría puesto en evidencia á su hermano por una cantidad tan pequeña. Lo que daría en su tiempo á Berta, era toda su fortuna.

Aquella noche fué un coche á buscar á Saturnino. Su madre había manifestado que era muy peligroso tenerle en casa durante la celebración de la boda, no era cosa de que se presentase en medio de los convidadós un loco que hablaba de asesinar á todo el mundo; y M. Josserand, con el corazón lacerado, se vió en la precisión de solicitar la admisión de su desdichado hijo en el asilo de los Moulineaux, en casa del doctor Chasagne. Saturnino bajó de la mano de Berta, creyendo que iba á ir con ella al campo; pero cuando se vió solo y encerrado en el coche comenzó á forcejear, rompió los cristales y agitó por la ventanilla sus ensangrentados puños. M. Josserand subió la escalera llorando al pensar en su separación del pobre demente, sin poder olvidar los rugidos que había lanzado, y que se habían perdido entre los chasquidos del látigo y el galope del caballo.

Durante la comida sus ojos estaba aún humedecidos por el llanto. Su emoción aumentaba al ver vacío el sitio que solía ocupar en la mesa Saturnino; pero su mujer, al comprender la causa de su pena, gritó impacientándose:

—¡Vaya, basta de lágrimas! Supongo que no vas á casar á tu hija con esa cara de en-

tierro... Tranquilízate, que te juro por lo más sagrado, por la memoria de mi padre, que el tío pagará los primeros diez mil francos... yo respondo. Me lo ha ofrecido formalmente al salir de casa del notario.

M. Josserand no respondió ni una palabra. Pasó la noche haciendo fajas, y al amanecer, cuando sentía ese frío que se apodera de los que trasnochan y acababa el segundo millar, habiéndose ganado seis francos, después de haber escuchado maquinalmente, como tenía de costumbre, para convencerse de que Saturnino estaba tranquilo, pensó que Berta, que deseaba un traje de moiré blanco para la boda, podría con los seis francos que acababa de ganar, ostentar un ramo de novia más bonito.

## VIII.

El matrimonio civil se celebró el jueves en la Alcaldía. Desde las diez y cuarto del sábado siguiente, esperaban ya algunas señoras en la sala de los Josserand, para asistir á la ceremonia religiosa, que debía verificarse á las once en San Roque. Entre ellas estaban Mad. Juzeur, siempre con su traje de seda negro, Mad. Dambreville, con un magnífico vestido de hoja seca y Mad. Duveyrier, de azul pálido, vestida con suma sencillez. Las tres hablaban en voz baja, mientras que en el gabinete, Mad. Josserand, acababa de adornar á Berta, con ayuda de la criada y de las que debían desempeñar el papel de señoritas de honor, que eran Hortensia y Ángela Campardon.

—¡Oh! no es eso, murmuró Mad. Duveyrier, la familia es honrada. Pero lo confieso,

me hacia temer un poco por mi hermano Augusto el carácter dominador de la madre. Todo debe preverse, ¿no es verdad?

—Sin duda, dijo Mad. Juzeur: no se casa uno solamente con la hija, frecuentemente se casa uno también con la madre, y cuando ésta se impone en un matrimonio, no hay nada más desagradable.

En aquel momento se abrió la puerta del gabinete y salió Ángela, gritando:

—Un broche... en el fondo del cajón... á la izquierda... vuelvo en seguida.

Atravesó la sala, volvió y entró de nuevo en el gabinete, dejando en pos de sí, como una estela, el vuelo blanco de su falda, sujeta al talle por una ancha cinta azul.

—Yo creo que V. se equivoca, dijo madame Dambreville. La madre se considera muy dichosa al desembarazarse de su hija... No tiene más pasión que sus reuniones de los martes, y además le queda otra víctima.

En esto entró Valeria con un traje encarnado, singularmente provocativo. Había subido á escape, creyendo llegar tarde.

—Teófilo no acaba nunca, dijo á su cuñada. Ya sabe V. que he despedido esta mañana á Francisca, y anda buscando por todas partes una corbata. Le he dejado en medio de un desorden espantoso.



—La cuestión de la salud, añadió madame Dambreville, es también importante.

—Que duda tiene, respondió Mad. Duveyrier. Hemos consultado con discreción al doctor Juillerad, y parece que la joven es de excelente constitución. Su madre tiene también una magnífica naturaleza, parece de bronce, y esto nos ha decidido, porque la verdad, no hay nada más fastidioso que hallarse uno con padres llenos de achaques, teniendo que vivir á expensas de uno. Es infinitamente mejor que disfruten de buena salud.

—Sobre todo, dijo Mad. Juzeur con voz meliflua, cuando no han de dejar nada á sus hijos.

Valeria se sentó, muy agitada todavía, y no sabiendo de qué hablaban, preguntó:

—¿De qué se ocupan ustedes?

La puerta del gabinete se abrió de nuevo, y las convidadas oyeron una animada discusión.

—Te digo que la caja quedó sobre la mesa.

—No es verdad, la he visto ahí hace un momento.

—¡Eres una terca...! Vé tú á buscarla.

Hortensia cruzó por la sala, también vestida de blanco, con un cinturón azul. Pare-

cia haber envejecido, sus facciones eran duras, su tez amarillenta. Poco después volvió, furiosa aún, con el ramo de la novia, que buscaban desde hacía cinco minutos, en medio del desorden que reinaba en el gabinete.

—Por último; que quiere V., dijo madame Dambreville, nunca se casa una á su gusto. Lo más prudente es arreglarse después del mejor modo posible.

Angela y Hortensia abrieron de par en par la puerta del gabinete para que la novia no se arrugase el velo, y Berta apareció con un traje de seda, blanco, llena de flores blancas, corona blanca, ramo blanco y sobre la falda una guirnalda blanca, que terminaba en la cola del vestido, bajo una lluvia de botoncitos, también blancos. En medio de tanta blancura estaba encantadora, con su cutis fresco, sus cabellos dorados, sus ojos risueños y su cándida boca de niña ya experimentada.

—¡Magnífica! ¡Deliciosa! exclamaron al verla las señoras.

Todas la besaron con éxtasis. Los Josserran en la mayor penuria y no sabiendo de dónde sacar los dos mil francos que necesitaban para la boda, quinientos el traje y mil quinientos su parte de gastos en el bai-

le y la comida, se vieron obligados á enviar á Berta á casa del doctor Chassagne á ver á Saturnino, á quien una tía había dejado recientemente una manda de tres mil francos. Pidió permiso para sacarle un poco á pasear en coche, le colmó de caricias y luego fué con él á casa del notario, que ignorando la situación del joven, sólo aguardaba su firma. Gracias á esto pudieron el traje y las flores sorprender á las damas que, apreciando con el rabillo del ojo su valor, exclamaban:

—¡Magnífico! ¡Todo es de un gusto exquisito!

Mad. Josserand, radiante de alegría, ostentaba un traje malva, que aumentaba su volumen y parecía encerrarla como en una fortaleza. Echaba pestes contra M. Josserand, llamaba á Hortensia, pidiéndole su chal, y prohibía á Berta, con demasiada viveza, que se sentase.

—Ten cuidado, la decía, vas á arrugarte el velo y á estropear las flores.

—No se apure V., murmuraba Clotilde, tenemos tiempo, Augusto debe subir á buscarnos.

Esperaban todas en el salón, cuando entró Teófilo de una manera brutal, con el frac mal puesto y la corbata blanca sin ha-

cer el lazo. Su rostro, de escasa barba y afeado por sus dientes, estaba livido: sus miembros, de niño enfermizo, temblaban de furor.

—¿Qué tienes? le preguntó su hermana, asombrada.

—¡Lo que tengo es... es...!

Pero una crisis le cortó la palabra y permaneció un minuto sofocado, escupiendo en su pañuelo, rabioso, por no poder deshogar su cólera. Valeria le miraba, turbada y advertida por el instinto. Él la amenazó, por último con el puño, sin reparar en la novia ni en las damas que la acompañaban.

—Sí, añadió, al buscar mi corbata he hallado una carta en el armario...

Y estrujaba un papel con sus febriles dedos. Su mujer palideció. Comprendió la situación, y para evitar el escándalo de una explicación pública, se retiró al gabinete que había servido de tocador á Berta.

—Prefiero marcharme, ya que se pone así, dijo simplemente.

—Dejadme, gritaba Teófilo á Mad. Duveyrier, que procuraba acallarle... quiero confundirla. Esta vez tengo pruebas y no hay duda, ¡oh! no. No sucederá lo que otras veces, porque ahora le conozco.

Su hermana, que le había cogido de un

brazo le detenía, empleando con él toda su autoridad.

— ¡Cállate! le decía. ¿Olvidas dónde estás? Este no es el momento oportuno, ¿lo oyes?

Pero él replicaba:

— ¿Que no es el momento? ¡Vaya si es! Me importa un bledo lo que puedan decir de mí. Tanto mejor si la cosa ha pasado hoy. ¡Con eso servirá de lección á la gente!

Sin embargo bajaba la voz, y rendido se dejó caer sobre una silla, faltándole muy poco para echarse á llorar. Mad. Dambreville y Mad. Juzeur se apartaron discretamente, como para dar á entender que no se enteraban de lo que ocurría. Mad. Josserrand, muy disgustada por aquella aventura cuyo escándalo proyectaba una sombra sobre la boda, pasó al gabinete á animar á Valeria. En cuanto á Berta, que se contemplaba al espejo, no oyó ni vió nada, y preguntó á media voz á Hortensia qué era lo que sucedía. Hubo un cuchicheo, ésta le designó á Teófilo y le dió algunas explicaciones, simulando que la arreglaba los pliegues de la falda.

— ¡Ah! dijo sencillamente la novia, con aire casto y malicioso, fijando su mirada en el marido, sin que la menor emoción apa-

reciese en su rostro embellecido con la aureola de flores.

Clotilde interrogaba en voz baja á su hermano. Mad. Josserrand reapareció, cambió algunas palabras con ella y volvió al gabinete. Aquello fué un cambio de notas diplomáticas. El marido acusaba á Octavio, al hortera como le llamaba, diciendo que le abofetearía en la misma iglesia si se atrevía á ir. Juraba y perjuraba que el día anterior le había visto en la escalinata de San Roque con su mujer: al pronto dudó, pero ya estaba seguro de que era él: todo correspondía, la estatura, el aire. Si, su mujer inventaba almuerzos en casa de sus amigas, ó bien entraba con su hijo Camilo en San Roque por la puerta principal, confiaba el niño á la mujer de las sillas y se escapaba con el galán por el viejo corredor, un sitio asqueroso al que nadie habría ido á buscarla. Sin embargo, al oír el nombre de Octavio se sonrió Valeria; jamás había tenido nada con él, se lo aseguraba á Mad. Josserrand. Por supuesto que tampoco había tenido que ver nada con nadie, pero con aquél menos que los demás, y fortalecida porque decía la verdad, hablaba á su vez de salir á confundir á su marido probándole que la carta no estaba escrita por Octavio, como tampoco era él el

caballero con quien la había visto en San Roque. Mad. Josserand la escuchaba, la estudiaba con los ojos maestros en el arte de escudriñar la conciencia, y lo único que la preocupaba era buscar un expediente para ayudarla á engañar á su marido. Con este fin la dió los más sanos consejos.

—Déjeme V. á mí y no se mezele V. en nada, dijo. Quiero que sea M. Mouret; pues bien, M. Mouret será. ¿Qué mal hay en eso? ¿Tiene algo de particular que la haya visto á V. en la escalinata de San Roque con M. Mouret? Sólo la carta es la que puede comprometerla; pero V. quedará triunfante cuando el joven le enseñe algún escrito y se convenza de que no es suya la letra. Sobre todo haga V. lo que yo. Ya comprende usted que no puedo permitir que nos eche á perder un día como el de hoy.

Cuando salió con Valeria, muy conmovida, Teófilo decía á su hermana con voz entrecortada:

—Lo hago por ti, te ofrezco no cruzarla aquí la cara, puesto que me aseguras que no sería conveniente á causa de la boda... pero en la iglesia no respondo de mí. Si el hortera se atreve á ir allí á burlarse de mí en medio de mi familia, los extermino á los dos.

Augusto correctamente ataviado, pero con

el ojo izquierdo contraído por efecto de una jaquéca que venía barruntando hacía tres días, llegaba en aquel instante á buscar á la novia en compañía de su padre y de su cuñado, los dos de gran etiqueta. Hubo un poco de barullo porque entre unas y otras cosas se hizo algo tarde. Dos de las señoras Mad. Duveyrier y Mad. Dambreville, tuvieron que ayudar á Mad. Josserand á ponerse el chal que era de cachemira, inmenso, de fondo amarillo, usado sólo cuando repicaban recio por más que ya no fuese de moda. También fué necesario esperar á M. Josserrand que buscaba un botón para sujetar el puño de la camisa, que había sido barrido por la mañana. Por fin se presentó excusándose, feliz en medio de todo y bajo delante dando el brazo á Berta. Detrás salieron Augusto y Mad. Josserrand, y á continuación los demás convidados, turbando con su bullicio el silencio solemne siempre de la escalera y del portal. Teófilo se apoderó de Duveyrier cuya dignidad sufría al oír la historia que le contaba su cuñado. Éste colgado de su oído le pedía consejos, mientras que delante de ellos Valeria ya tranquila y en actitud modesta, oía las palabras de ánimo que la decía Mad. Juzeur sin hacer caso de las terribles miradas de su marido.

—¿Y tu devocionario? preguntó de pronto Mad. Jossierand en el colmo de la desesperación.

Ya estaban en los coches, y Angela tuvo que subir á escape á buscar el devocionario con tapas de terciopelo blanco. Por fin se puso en marcha la comitiva. Todos los vecinos iban en ella ó habían salido á ver á los novios. En este número se hallaban los domésticos y los porteros. María Pichon había bajado con su niña vestida como para salir, pero al ver á la novia tan compuesta, se conmovió hasta el punto de saltársele las lágrimas. M. Gourd notó que los únicos que habían permanecido indiferentes á todo eran los del segundo, aquellos inquilinos que se distinguían siempre por hacer lo contrario que los demás.

La puerta de la iglesia de San Roque se abrió de par en par. Una alfombra encarnada adornaba el centro de la escalinata. Era una mañana del mes de Mayo muy fría y lloviznaba.

—¡Trece escalones! dijo Mad. Juzeur en voz baja á Valeria, al entrar en el templo. ¡Mala señal!

Apenas pasó el cortejo por medio de las dos filas de sillas con dirección al altar mayor en donde las luces de las velas brillaban

como estrellas, el órgano llenó las bóvedas con armonías alegres. Era una iglesia muy mona, risueña, con sus grandes ventanas blancas, bordeadas de amarillo y de azul celeste, con sus columnas y zócalos de mármol rojo, su púlpito dorado sostenido por los cuatro Evangelistas, y sus capillas laterales llenas de primores de orfebrería. Pinturas de teatro amenizaban los lienzos de la cúpula; arañas de cristal pendían de delgados alambres, y las anchas bocas de los caloríferos escondían su aliento cálido entre las faldas de las damas.

—¿Está V. seguro de haber traído el anillo nupcial? preguntó Mad. Jossierand á Augusto que se instaló con Berta en los sillones destinados para los novios delante del altar.

Al pronto se asustó, creyó haberlo olvidado, pero notó tocándose por fuera que lo llevaba en el bolsillo del chaleco. Por lo demás, su ya próxima suegra ni siquiera aguardó la respuesta: desde que entró en el templo no hacía más que empinarse y dirigir miradas á todas partes para ver si faltaba alguien y al mismo tiempo para pavonearse. Allí estaban Troublot y Guenlin, Bachelard y Campardon, testigos de la novia, Duvyrier y el doctor Juillerat, testigos del novio, y

detrás confundidos la multitud de amigos y conocidos de las dos familias. Poco después vió á Octavio que abría paso á Mad. Hedouin, y en seguida corrió á su encuentro, le colocó detrás de una columna, y allí en voz baja y con rapidez, pronunció algunas palabras. El joven sin poder comprender lo que le decía, puso cara de asombro. Sin embargo, se inclinó prometiendo obedecer sus indicaciones.

—Estamos ya de acuerdo, dijo á Valeria al oído volviendo á sentarse en uno de los sillones destinados á la familia detrás de los que ocupaban los novios.

En ellos estaban M. Jossierand, los Vabre, los Duveyrier. El órgano continuaba regalando á los fieles escalas cromáticas, los convidados se colocaban con el corazón poseído de la más viva emoción, los curiosos llenaban el final del templo. El cura Mauduit se había reservado el placer de bendecir la unión de unos de sus más estimados penitentes; y al presentarse de sobrepelliz, cambió una amistosa sonrisa con la concurrencia en la que halló muchas caras conocidas. Las voces entonaron el *Veni Creator*, el órgano repitió su canto de triunfo, y precisamente en aquel momento Teófilo descubrió á Octavio á la izquierda cerca de una

columna y delante de la capilla de San José.

Su hermana Clotilde trató de detenerlo.

—¡No puedo, balbuceó! jamás toleraré que venga aquí á insultarme.

Y obligó á Duveyrier á que le acompañase para representar á la familia. El *Veni Creator* continuaba. Algunas cabezas se volvieron.

Teófilo que había hablado de bofetadas, sintió tal emoción al acercarse á Octavio, que al pronto no halló palabra que decir, limitándose á ponerse de puntillas para parecer más alto.

—Caballero, dijo al fin, ayer le he visto á V. con mi señora...

Pero el *Veni Creator* terminaba, y se asustó al oír el sonido de su propia voz. Duveyrier por su parte disgustado por el giro que su cuñado daba al asunto, procuraba hacerle comprender que no era aquel el sitio á propósito para tratar de él. La ceremonia comenzaba delante del altar. Después de dirigir á los nuevos esposos una exhortación conmovedora, el sacerdote tomó el anillo nupcial para bendecirle.

—*Benedic, Dominus Deus noster, annulum nuptialem hunc, quem nos in tuo nomine benedicimus...*

Entonces Teófilo osó repetir en voz baja:

—Caballero, ayer estuvo V. en esta iglesia con mi esposa.

Octavio aturdido aún por las recomendaciones de Mad. Jossierand, aunque no había comprendido bien el objeto de ellas, contó con la mayor ingenuidad la historia convenida.

—Con efecto, dijo, tuve el gusto de encontrar aquí á Mad. Vabre, y fuimos juntos á examinar las reformas que se están haciendo en el Calvario bajo la dirección de mi amigo Campardon.

—Luégo confiesa V., balbuceó el marido lleno de furor, luégo confiesa V...

Duveyrrier le dió un golpecito en el hombro para calmarle. La voz penetrante de un acólito respondía:

—*Amen.*

—Y sin duda, añadió Teófilo mostrándole un papel, ¿reconocerá V. esta carta?

—Aquí no se hace eso, dijo el consejero escandalizado. ¡Veo que pierde V. el juicio!

Octavio cogió la carta. La emoción de los concurrentes iba en aumento. Muchos cuchicheaban, las mujeres se tocaban con el codo y miraban por encima de los devocionarios. Nadie hacia el menor caso de la ceremonia. Sólo los novios permanecían graves y tiesos delante del sacerdote; pero

Berta volvió también la cabeza y vió á Teófilo blanco como la cera en presencia de Octavio. Desde entonces se distrajo, y no hacia más que dirigir furtivas miradas hacia la capilla de San José.

El joven provinciano leía á media voz:

—«¡Chata mía...! ¡qué bien lo pasamos ayer! Hasta el martes en la capilla de los Santos Angeles, junto al confesonario.»

El sacerdote después de haber obtenido del novio un *sí* de hombre formal que no firma nada sin leer antes, se dirigió á la novia.

—¿Prometéis y juráis, dijo, guardar á M. Augusto Vabre fidelidad completa, como una fiel esposa debe ser para su esposo según los mandamientos de la ley de Dios?

Pero Berta que veía la carta en las manos de Octavio, esperaba de un momento á otro ver á los dos darse de bofetadas, y mirando de soslayo no oía las palabras del cura. Hubo un instante de silencio y de zozobra. Al fin comprendiendo que aguardaban su respuesta.

—Sí, sí, dijo precipitadamente y sin hacer caso de lo que decía.

El cura Manduit asombrado, siguió la dirección de las miradas de la joven, adivinó que tenía lugar en el templo una escena

inusitada, y á su vez comenzó á padecer singulares distracciones. Por entonces, la historia había corrido de boca en boca, y nadie la ignoraba. Las señoras, pálidas y graves, no quitaban los ojos de Octavio. Los hombres sonreían con discreto buen humor. Y mientras que Mad. Jossierand tranquilizaba por señas á Mad. Duveyrier, sólo Valeria parecía interesarse en la ceremonia, llena de ternura y como si no pasase nada á su alrededor.

—«¡Chata mía...! ¡qué bien lo pasamos ayer...!» leía de nuevo Octavio, y afectando una profunda sorpresa.

Y después, devolviendo la carta á Teófilo:

—No comprendo caballero, añadió. Esta letra no es mía... vea V.

Y sacando una cartera en la que apuntaba sus gastos como joven ordenado, la enseñó á Teófilo.

—¡Cómo! ¿No es esa letra de V.? balbuceó. V. quiere burlarse de mí... V. es quien ha escrito esto.

El sacerdote se disponía á hacer la señal de la cruz en la mano izquierda de Berta, pero como tenía el pensamiento en otra parte, se equivocó y la hizo en la mano derecha.

—*In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti.*

—*Amen*, respondió el monaguillo, poniéndose también de puntillas para curiosar.

El escándalo se evitó al fin. Duveyrier probó á Teófilo que la carta no podía ser de M. Mouret, y esto en honor de la verdad fué una decepción para la concurrencia. Hubo suspiros y frases picantes, y cuando los convidados, agitados todavía volvieron los ojos al altar, Berta y Augusto estaban ya unidos, ella sin haberse dado cuenta de la bendición, y él sin haber perdido una sola palabra de las que había pronunciado el sacerdote, perfectamente dentro de la situación y únicamente molestado por la jaqueca que le obligaba á cerrar el ojo izquierdo.

—Dios bendiga á nuestros queridos hijos, dijo M. Jossierand absorto y con voz temblorosa á M. Vabre, que se ocupaba en hacer la estadística de las velas que había encendidas en el altar, equivocándose siempre y teniendo por lo tanto que repetir su cuenta varias veces.

El órgano llenó de nuevo el espacio con sus armonías, el cura Manduit reapareció con la casulla, y los chantres comenzaron á cantar la misa. Iba á ser una misa cantada con gran pompa. El tío Bachelard que se



paseaba examinando las capillas, leía sin comprenderlas las inscripciones latinas de los sepuleros: la de el duque de Crequy le interesó particularmente. Troublot y Guenlin se habían acercado á Octavio para que les contara los detalles de su entrevista con Teófilo, y los tres bromeaban detrás del pulpito. Los cánticos se inflaban bruscamente como los vientos de la tempestad, los monaguillos agitaban los incensarios: después había pausas, toque de campanillas, y momentos en los que se oía el murmullo del sacerdote que oficiaba. Teófilo estaba intranquilo sin soltar á Duveyrier á quien aburría con sus reflexiones, sin tino ya y no comprendiendo cómo el individuo de la cita en la iglesia no era el mismo que había escrito la carta. Los concurrentes continuaban espionando todos sus gestos: la misma iglesia con su desfile de curas, el latin, la música y el incienso, comentaba apasionadamente la aventura. Cuando el cura Manduit después del *Pater noster* bajó para dar la última bendición á los desposados, interrogó con una mirada la turbación profunda de los fieles, los rostros excitados de las mujeres, las maliciosas sonrisas de los hombres, bajo la viva y alegre luz que penetraba por las ventanas y en medio de la

churrigueresca riqueza de la nave y de las capillas.

—No confiese V., dijo Mad. Josserand á Valeria, cuando la familia, terminada la ceremonia, se encaminó á la sacristía.

Allí los recién casados y los testigos firmaron; pero hubo que aguardar á Campardon, que había llevado á algunas señoras á ver los trabajos que se estaban haciendo bajo su dirección en el Calvario, en el fondo del coro, detrás de una empalizada. Al fin llegó, se excusó y cubrió el registro con su espaciosa firma. El cura Manduit, quiso, en honor de ambas familias, encargarse de poner la pluma en manos de los firmantes, designándoles el sitio en donde debían echar la firma, y sonreía con su aire de amable tolerancia mundana en medio de la sacristía.

—¿Vamos á ver, señorita, dijo Campardon á Hortensia, no le entran á V. ganas de seguir el ejemplo de su hermana?

Pero apenas dijo esta frase reconoció su falta de tacto. Hortensia se mordió los labios. Sin embargo, esperaba aquella misma noche obtener en el baile una respuesta decisiva de Verdier, á quien asediaba, para que optase entre ella ó su querida. Así es que respondió con sequedad:

—Aún tengo tiempo... cuando yo quiera. Y volviendo la espalda al arquitecto se halló de manos á boca con su hermano León, que acababa de llegar, tarde como siempre.

—¡Así me gusta! le dijo, ¡papá y mamá deben estar satisfechos! No hallarse presente al casamiento de una hermana... ¡es bonito! ¡Por lo menos esperábamos que hubieras venido al mismo tiempo que Mad. Dambreville!

—Mad. Dambreville hace lo que la parece y yo lo que puedo; dijo secamente el joven.

Las relaciones de esta dama y el joven se habían enfriado. León pensaba que le entretenía más de lo regular, cansado ya de un lazo cuyo fastidio había aceptado en la creencia de que le proporcionaría una buena boda, y hacía ya quince días que la exigía el cumplimiento de sus promesas. Madame Dambreville, poseída de un amor rabioso por el joven, había llegado hasta á quejarse á Mad. Josserand, de lo que ella llamaba veleidades de su hijo. Así es que ésta quiso reñirle echándole en cara su falta de cariño y consideración á la familia, faltando, como había faltado, á una de las ceremonias más solemnes; pero con su voz

arrogante de joven demócrata alegó razones: una ocupación imprevista en casa del diputado, á quien servía de secretario, una conferencia que había tenido que preparar, mil pejugueras, todas de la mayor importancia.

—¡Se tarda tan poco tiempo en hacerse un casamiento! dijo Mad. Dambreville, sin pensar en la intención de su frase y dirigiéndole una mirada suplicante para enterrecerle.

—¡No siempre sucede eso! respondió León, con dureza.

Después fué á dar un beso á Berta y á estrechar la mano de su nuevo cuñado, mientras que Mad. Dambreville palidecía atormentada, irguiéndose en su traje de hoja seca, y sonriendo vagamente á las personas que la rodeaban.

Llegó el desfile de los amigos, de los conocidos, de todos los convidados que llenaban la iglesia, desde el pórtico hasta la sacristía. Los recién casados, de pié, no hacían más que estrechar manos, siempre con el mismo aire de embarazo y de satisfacción. Los Josserand y los Duvéyrier no daban abasto á las pretensiones. En ocasiones se miraban con asombro, porque Bachelard había llevado personas que nadie conocía y

que hablaban á gritos. Poco á poco aumentó la confusión, todos se estrujaban, no se veían más que brazos saliendo por encima de las cabezas, señoritas aprisionadas entre caballeros de abultado abdomen, enredando las largas colas de sus blancos trajes entre las piernas de aquellos padres, de aquellos hermanos, de aquellos tíos, marcados con la huella de algún vicio. Precisamente Guenlin y Troublot contaban á Octavio que el día anterior había estado Clarisa á punto de ser sorprendida por Duvyrier en una infidelidad, viéndose obligada á colmarle de caricias, para teparle los ojos.

— ¡Calle! murmuró Guenlin... él da un beso á la novia... Debe oler bien.

La gente fué desapareciendo y no quedaron más que la familia y los amigos íntimos. El infortunio de Teófilo continuó circulando á través de los apretones de manos y de los cumplimientos: casi puede decirse que no se hablaba de otra cosa, empleándose las frases de cajón en semejantes casos. Madame Hedouin, que acababa de tener la noticia de la aventura, miraba á Valeria con el asombro de una mujer en quien la honradez es la misma salud. Sin duda el cura Manduit había debido oír por su parte alguna confidencia, porque su curiosidad parecía satis-

fecha y mostraba más unción que de costumbre, en medio de las ocultas miserias de su rebaño. Una llaga viva más sobre la que necesitaba arrojar el manto de la religión. Acercándose á Teófilo le habló discretamente del perdón de las injurias, de los impenetrables designios de la Providencia, procurando ante todo ahogar el escándalo, envolviendo á los asistentes con un gesto de piedad y desesperación, como para ocultar aquellas vergüenzas al cielo mismo.

— Eso es bueno, el señor cura no sabe de lo que se trata, murmuró Teófilo, á quien aquel sermón acababa de hacerle perder la cabeza.

Valeria, de quien no se separaba Mad. Juzeur, escuchó con emoción las consoladoras palabras del sacerdote, que se juzgó en la necesidad de hablarla también en el mismo sentido. Después, cuando salieron de la iglesia, se detuvo delante de los dos padres de los novios, para dejar pasar á Berta, que iba del brazo de su marido.

— Debe V. estar muy satisfecho, dijo á M. Jossierand, queriendo demostrar que no estaba cohibida. Le felicito á V. sinceramente.

— ¡Oh! sí, sí... murmuró el viejo Vabre, cuando casa uno á una hija, tiene una responsabilidad menos.

Y mientras que Guenlin y Troublot se multiplicaban, colocando en los coches á las señoras, Mad. Jossierand, cuyo chal detenía la circulación se empeñó en montar la última quedándose en la acera de la calle, para ostentar públicamente su triunfo de madre.

La comida, que se celebró por la noche en el Hotel del Louvre, se resintió también del desventurado accidente de Teófilo. Era una verdadera obsesión, se había hablado del suceso en los coches al pasear por la tarde en el bosque de Boulogne, y las señoras concluían siempre por pensar que el marido debía haber esperado al día siguiente para encontrar la carta. Por supuesto que no formaban en el número de los comensales más que la familia y los amigos íntimos. La única alegría la produjo un brindis de Bachelard, á quien, á pesar suyo, se habían visto obligados á convidar los Jossierand. Desde el asado estaba ya calamocano, y levantando el vaso, comenzó á decir: «Soy feliz de la felicidad que experimento,» y repitió la frase muchas veces, sin acertar á salir del atolladero. A pesar de todo hubo para él sonrisas complacientes. Augusto y Berta, extenuados de cansancio se miraban de cuando en cuando, asombrándose de verse el uno enfrente

del otro, y al recordar la situación en que se hallaban, miraban á sus platos.

Cerca de doscientas invitaciones para el baile se habían repartido, y á las nueve y media empezó á llegar gente... Tres arañas alumbraban el gran salón rojo, en el que se habían dejado sillas arrimadas á las paredes, situando en uno de los lados, junto á la chimenea, un tabladillo para la orquesta. Además se había establecido un *buffet* en una sala contigua, y las dos familias se habían reservado una habitación para su servicio particular.

Precisamente, cuando Mad. Duvéyrier y Mad. Jossierand recibían á los primeros convidados, el pobre Teófilo, á quien vigilaban, cedió á una brutalidad lamentable. Campardon rogaba á Valeria que le concediese el primer wals. Ella se sonreía y su marido vió en esto una provocación.

—¿Se rie V...? balbuceó. Dígame V., ¿de quién es la carta? Por fuerza es de alguien... quiero saber quién es.

Toda la tarde la había empleado en hallar esta idea, en medio de la turbación que las respuestas de Octavio habían introducido en su cerebro, y por lo mismo se empeñaba en saber quién era el culpable. A toda costa necesitaba un nombre, y al ver que Valeria

se alejaba sin responderle, la cogió de un brazo y se lo retorció, con el furor de un niño desesperado, diciendo:

—Te lo rompo, si no me dices de quién es la carta.

La mujer, asustada, conteniendo un grito de dolor, se puso blanca como la cera. Campardon sintió que se dejaba caer sobre su hombro, atacada de una de las crisis nerviosas que padecía con frecuencia, y apenas tuvo tiempo para llevarla á la habitación que se habían reservado las familias de los recién casados. Una vez allí la acostó en un canapé. Algunas señoras la siguieron, y madame Juzeur y Mad. Dambreville se apresuraron á desabrocharla, mientras que el arquitecto se retiraba por discreción.

Sólo tres ó cuatro personas se apercibieron en el salón de aquella breve escena de violencia. Mad. Duveyrier y Mad. Jossierand continuaban recibiendo á los convidados, que poco á poco llenaban el espacio de trajes claros y fracs negros. Oíase un murmullo continuo de galanterías, los rostros sonreían alrededor de la novia, y se veían á cada instante los gruesos perfiles de los papás y las mamás, las delgadas siluetas de las señoritas, y las cabezas finas y piadosas de las casadas jóvenes. En el fondo, un violín

ejecutaba una melodía un tanto lastimosa.

—Caballero, suplico á V. que me dispense, dijo Teófilo acercándose á Octavio, cuyos ojos se fijaron en los suyos, cuando retorcia el brazo á su mujer. Cualquiera en mi lugar habria sospechado... ¿no es verdad? Pero por lo mismo tengo empeño en estrechar su mano de V., á fin de demostrarle que reconozco mi error.

Y dándole un apretón de manos se le llevó á un rincón, torturado por la necesidad de hallar un confidente en quien desahogar sus penas.

—¡Ah! caballero, si yo le contase á V...

Y le habló largamente de su mujer. De joven estaba siempre muy delicada y decían las gentes, bromeando, que el matrimonio la pondría buena. Le faltaba aire en la tienda de sus padres, donde durante tres meses habia ido á verla todas las noches, hallándola bonita, obediente, con el carácter algo triste; pero excelente.

—Pues bien, añadió, el casamiento no la mejoró; antes por el contrario... al cabo de algunas semanas se volvió terrible, y no podíamos lograr entendernos. Riñas á cada instante, veleidades suyas á cada minuto, tan pronto lloraba como reía, sin yo saber por qué. Y luego unos pensamientos absur-

dos, unos caprichos extravagantes, un perpetuo afán en molestar á todo el mundo. En una palabra, mi casa es desde entonces un infierno.

—Es curioso todo eso, murmuró Octavio, comprendiendo que necesitaba decir algo.

Entonces el marido, livido y estirando sus cortas piernas para dominar el ridículo, habló de lo que él llamaba la mala conducta de aquella desdichada. Dos veces había sospechado que no jugaba limpio; pero era demasiado honrado, para convencerse de que tuvieran fundamento sus sospechas. Sin embargo, no tenía más remedio que rendirse á la evidencia. No era posible dudar. Y con sus temblorosos dedos tocaba el bolsillo del chaleco, en donde guardaba la carta.

—Y si á lo menos obrase así por el interés, lo comprendería, añadió. Pero no le dan ni un sólo céntimo, estoy seguro, de otro modo lo sabría yo. Y no siendo así, ¿quiere V. decirme qué diablos hay en su sangre? Yo me porto bien con ella, en casa no le falta absolutamente... ¿Puede V. explicarse por qué razón es como es? Si puede V., dígamelo, se lo suplico.

—Es curioso todo eso, añadió Octavio, fastidiado de aquellas confidencias y procurando esquivarse.

Pero el marido no le soltaba ni á tres tirones, dominado por la febril necesidad de saber la verdad toda. En aquel momento reapareció Mad. Juzeur, se acercó á decir dos palabras al oído á Mad. Jossierand, que saludaba á un platero del Palacio Real, y en seguida se apresuró á marcharse con ella.

—Creo que su señora de V. sufre un ataque de nervios muy violento, hizo notar Octavio á Teófilo.

—No haga V. caso, respondió éste furioso, y sintiendo no estar malo también para que le cuidasen. Lo que á ella le alegra es tener ese ataque. Con eso todos se ponen de su parte... También yo estoy enfermo casi siempre, y sin embargo, nunca la he engañado.

Mad. Jossierand no volvía, y entre los amigos íntimos circuló la noticia de que Valeria sufría las más atroces convulsiones.

Se necesitaban hombres para sujetarla; pero como había sido preciso aflojarle la ropa, no se admitieron las ofertas de Troublot y Guenlin. Entretanto la orquesta tocaba un rigodón; Berta abrió el baile con Duvyrier, que bailaba con la severidad de un magistrado y Augusto con Hortensia, por no haber encontrado á Mad. Jossierand, la hacían el *vis á vis*. Se había procurado ocultar

á los novios la crisis de Valeria, para evitarles impresiones peligrosas. La fiesta se animaba, las luces resplandecían, las risas resonaban. Una polka cuya cadencia acentuaban los violines, puso en movimiento á las parejas en torno del salón.

—¿El doctor Juillerat? dónde está el doctor Juillerat, preguntó Mad. Jossierand, reapareciendo de pronto.

El doctor había sido invitado; pero nadie le había visto. Entonces no ocultó la sorda cólera que experimentaba desde por la mañana, y habló delante de Octavio y de Campardon, sin miramientos de ningún género.

—¡Ya empiezo á cargarme! dijo. No es nada agradable para mi hija todo este jaleo, que se prolonga demasiado.

Buscó á Hortensia y la vió hablando con un caballero, en quien á pesar de estar de espaldas, reconoció á Verdier. Esto aumentó su mal humor. Llamó secamente á su hija, y la dijo en voz baja, que le valía más permanecer á las órdenes de su madre en un día como aquel. Hortensia no aceptó la reprimenda. Estaba muy contenta, Verdier, acababa de fijar su unión para el próximo Junio.

—¡Por supuesto... dijo su madre... á mi no me vengas con esas!

—Te lo aseguro, mamá, ahora ya no duermo con la otra más que tres veces por semana, para ir acostumbrándola á la separación, y dentro de quince días la dejará por completo. Entonces todo acabará, y será mio.

—Te digo que me dejes en paz... ¡Ya estoy hasta los pelos de esa novela! Lo que vas á hacer es ponerte á la puerta, y en cuanto veas llegar al doctor Juillerat me lo envías... Sobre todo que no se entere tu hermana.

Acto continuo se volvió á la habitación contigua, dejando á Hortensia murmurar, que á Dios gracias no necesitaba el permiso de nadie, y que muchas personas se sorprenderían al verla el día menos pensado casarse mejor que las demás, lo cual no fué un obstáculo para que se dirigiese á la puerta á esperar al doctor.

La orquesta tocaba un wals. Berta bailaba con un primo de su marido, á fin de cumplir con todos los individuos de la familia. Mad. Duveyrier no habia podido rechazar á Bachelard, y éste la molestaba en extremo, soplándola en el rostro con su aliento. El calor aumentaba, el *buffet* estaba ya lleno de caballeros, que se limpiaban con el pañuelo la frente inundada de sudor.

En un rincón saltaban algunas niñas, mientras que las mamás, sentadas, soñaban en las bodas, siempre malogradas, de sus hijas. Los padres, M. Vabre y M. Jossierand, que no se separaban, aunque sin despegar los labios, recibían á cada instante calorosas felicitaciones. Todo el mundo parecía divertirse, y celebraban ante ellos la alegría que reinaba en la fiesta, una alegría de buen género, según la frase de Campardon.

Pero el arquitecto, siempre galante, se inquietaba por el estado de Valeria, aunque no perdía un solo baile, y envió á su hija Angela á que se informase de su parte. La pequeña, cuyos catorce años ardían, desde por la mañana, en deseos de saber qué era lo que ocurría á la señora que tanto daba que hablar, experimentó una viva alegría al poder penetrar en la habitación reservada. Notando que no volvía, el arquitecto se permitió entreabrir la puerta y asomar la cabeza. Entonces vió á su hija de pié delante del canapé, contemplando absorta á Valeria cuya garganta estirada, presa de continuos espasmos, aparecía, á favor del cuerpo del vestido, que estaba desabrochado. Su presencia produjo vivas protestas, gritándole que no entrase y se retiró, asegurando que su único deseo era saber cómo seguía la enferma.

—No adelanta gran cosa, dijo melancólicamente á las personas que se hallaban cerca de la puerta. ¡Nada menos que cuatro la sujetan y no pueden con ella! Ya necesita ser fuerte una mujer para hacer esos esfuerzos sin dislocarse.

Cerca de la habitación se había formado un grupo, y en él se comentaban en voz baja, todas las fases de la crisis. Algunas señoras, enteradas de lo que ocurría, entre un rigodón y una polka llegaban muy cariacontecidas, penetraban en el cuarto, salían contando á los caballeros lo que habían visto, y volvían á bailar. Era aquel un grupo misterioso, donde todos se hablaban al oído, donde se cambiaban miradas confidenciales en medio del rumor del salón, que aumentaba por momentos.

El doctor Juillerat pasó rápidamente con Hortensia, que le daba explicaciones. Mad. Duvyrier los seguía. Algunas personas se alarmaron y hubo cuchicheos. Apenas entró el doctor en el cuarto, salieron Mad. Jossierand y Mad. Dambreville. Su indignación crecía: había vertido dos botellas de agua sobre la cabeza de Valeria y nada, jamás había visto una mujer tan nerviosa. Convencida de que nada podía conseguir, se decidió á dar una vuelta por el salón del baile, á fin de conte-



ner con su presencia las indiscreciones que pudieran cometerse. Pero andaba con paso majestuoso y terrible á la vez, distribuyendo sonrisas tan amargas, que todos, cuando pasaba, se miraban de reojo.

Mad. Dambreville no se separaba de ella. Desde por la mañana la hablaba de León, quejándose de su conducta y excitándola á emplear la influencia que tenía sobre su hijo, para que se reconciliase. A este efecto la hizo ver que llevaba del brazo á una joven, con la que se mostraba demasiado galante.

—Nos abandona, dijo sonriéndose amargamente. Riñale V., porque ni aun siquiera se digna mirarnos.

—León, gritó Mad. Jossierand.

Y cuando se acercó le dijo brutalmente, no permitiéndola su mal humor andarse con miramientos:

—¿Por qué estás enfadado con esta señora? Ella no tiene nada contra ti. Expliquense ustedes. El tener mal carácter no sirve de nada.

Y los dejó en presencia uno de otro, cortados, sin saber qué decirse, hasta que cogiéndose Mad. Dambreville del brazo de León, se fueron al hueco de un balcón y allí estuvieron hablando un rato: después

se fueron juntos, muy amartelados. Ella había jurado que le casaría en el próximo otoño.

Mad. Jossierand, que continuaba repartiendo sonrisas, experimentó una grande emoción al hallarse en presencia de Berta, fatigada de tanto bailar y encendida como una rosa, en medio de su blanco y ya arrugado traje. La estrechó en sus brazos, y cediendo á una vaga asociación de ideas, recordando sin duda á Valeria, exclamó, dándole dos besos:

—¡Pobre, querida mía! ¡Pobre, querida mía!

Berta preguntó entonces con la mayor tranquilidad:

—¿Cómo sigue?

Al oírla cambió de aspecto Mad. Jossierand. ¿Cómo...? ¡Berta sabía lo que pasaba! Sabiéndolo ella nadie debía ignorarlo. Sólo su marido, á quien vió acompañar á una señora de edad al *buffet*, era quien todavía no se había enterado. Pensando en esto hasta tuvo intención de encargar á alguien que le informase. Porque parecía estúpido que siempre fuese el último en saber lo que pasaba.

—Y yo que me estoy devanando los sesos para ocultar la catástrofe, se dijo Mad. Jos-

serand. Si; pues lo que es en adelante no seré yo quien se moleste. Es preciso que esto acabe. No puedo tolerar que nos pongan en ridículo.

En efecto, todos los convidados sabían lo que había ocurrido; pero no hablaban apenas de ello para no aguar la fiesta. La orquesta cubrió con sus armonías las primeras lamentaciones, y después las parejas que bailaban, y las personas que se hallaban al paso no hacían más que mirarse y sonreírse. Se entendían y bastaba. Los criados servían los refrescos. En un canapé dos niñas, vencidas por el cansancio, se habían quedado dormidas muy abrazaditas. Cerca de la orquesta, M. Vabre se decidió por fin á hablar á M. Jossierand de su gran obra, á propósito de una duda que desde hacía quince días le tenía detenido en la enumeración de los cuadros de dos pintores del mismo nombre, mientras que Duveyrier, en medio de un grupo censuraba vivamente al Emperador, por haber autorizado la representación en el teatro Francés de una comedia que atacaba á las bases fundamentales de la sociedad. Pero cuando un vals ó una polka resonaba, los caballeros tenían que ceder el sitio á las parejas, y las colas de los trajes femeninos al rozar con el pavi-

mento, levantaban un polvo impregnado del olor del almizcle que llevaban las damas.

—Sigue mejor, dijo Campardon, que había vuelto á entreabrir la puerta del gabinete reservado.

Ya se puede entrar.

Algunos amigos se arriesgaron. Valeria seguía acostada, pero la crisis iba calmándose: por decencia habían tapado su pecho con una toalla que habían hallado encima de una consola. Delante de la ventana Mad. Juzeur y Mad. Duveyrier, escuchaban al doctor Juillerat, que explicaba cómo á veces cedían los ataques de aquel género con sólo aplicar compresas de agua caliente en torno del cuello de la enferma. Pero Valeria vió entrar á Octavio con Campardon, le hizo una seña para que se acercase, y le dirigió unas cuantas palabras incoherentes en las postrimerias de su alucinación. Se sentó á su lado por orden del médico mismo deseoso ante todo de no contrariarla, y gracias á éste recibió en la misma noche sus confidencias y las de su marido. La pobre señora temblaba de miedo, le tomaba por su amante y le suplicaba que la ocultase. Después le reconoció y se deshizo en lágrimas, dándole gracias por el papel que había representado aquella misma mañana en la Iglesia deseoso

de favorecerla. Octavio pensaba en el ataque de nervios anterior del que quiso aprovecharse, y sentía renacer en él apetitos de estudiante; pero entonces era su amigo, no le ocultaría nada, y su posición respecto de ella era infinitamente mejor.

En aquel momento, Teófilo que rondaba cerca de la puerta quiso entrar, toda vez que había dentro otros hombres, pero esto produjo un verdadero pánico. Valeria al oír su voz, experimentó un nuevo temblor y se temió que fuera víctima de un nuevo ataque. Él, suplicante, y luchando con las señoras que le rechazaban, repetía con obstinación:

—Sólo quiero que me diga el nombre... ¡nada más que el nombre!

Entonces, Mad. Jossierand que volvía de su paseo triunfal estalló, y llevándose á Teófilo al gabinete para evitar el escándalo, le dijo furiosamente:

—Vamos á ver... ¿va V. á acabar de dejarnos en paz? Desde está mañana nos está usted aburriendo con sus tonterías. Carece usted de tacto, caballero, sí señor, de tacto... lo repito. No se insiste tanto sobre esas cosas y mucho menos en un día de boda.

—Permita V. señora, yo me ocupo en lo que me interesa y á V. no se le importa...

—¿Cómo que no me importa? ¿Acaso no formo ya parte de la familia de V.? ¿Cree usted que lo que le ha pasado no me perjudica sobre todo por mi hija? Puede V. vanagloriarse de haberla proporcionado un día delicioso. Calle V... lo repito, carece V. de tacto.

Teófilo no supo qué contestar, y miró en torno suyo como buscando protección. Pero las señoras indiferentes le daban á entender que le juzgaban con la misma severidad. Todas estaban de acuerdo, carecía de tacto porque había circunstancias en la vida en las que era de todo punto indispensable saber reformar las pasiones. Su misma hermana le censuraba, y al ver que todavía protestaba el infeliz hubo una sublevación general. No y mil veces no; nada tenía que decir, ninguna persona regular se conducía de aquel modo.

Este grito cerró su boca. Estaba tan anonadado y parecía tan pobre hombre, que á pesar de su cara seria no pudieron menos de sonreírse las señoras. Cuando no tenía uno todas las condiciones para labrar la felicidad de una mujer, no debía uno casarse. Hortensia le miraba con desdén, y Angelita de quien no hacían caso, le observaba con cierta malicia, como si buscase en él algo

que no encontraba. Al fin se declaró en retirada poniéndose muy colorado, y no era para menos al verse rodeado de tantas mujeres en su mayor parte de mujeronas. Pero todas comprendían la necesidad de arreglar el asunto. Valeria sollozaba mientras que el doctor ponía nuevas compresas en sus sienes. Entonces todas las damas se comprendieron; un instinto común de defensa las puso de acuerdo. Cada cual buscaba un medio de explicar al marido la carta.

—Al diablo no se le ocurre otra cosa mejor, murmuró Troublot acercándose á Octavio; pues no dicen por ahí que la carta es de la criada.

A pesar de que habló en voz baja le oyó Mad. Jossierand, y mirándole llena de admiración, se acercó á Teófilo:

—¿Cree V., le dijo, que una mujer debe humillarse á dar explicaciones cuando se la acusa tan brutalmente como V. lo ha hecho? Pero si ella no, yo puedo hablar y hablaré... Esa carta ha sido perdida por Francisca, la criada que su mujer de V. se ha visto obligada á despedir por su mala conducta... Vamos á ver, ¿está V. contento ahora? ¿no le da V. vergüenza haber armado un escándalo por semejante cosa?

El marido se resistió á creer aquella ver-

sión; pero todas las señoras poniéndose muy serias, contestaron satisfactoriamente á sus objeciones. Se hallaba quebrantado, cuando para acabar su derrota, Mad. Duveyrier se enfadó diciéndole que su conducta era abominable y que renegaba de él. Entonces, vencido y necesitando consuelo, se arrojó á los brazos de Valeria implorando perdón. La escena fué solemne. Hasta Mad. Jossierand se mostró conmovida.

—Más vale tarde que nunca, exclamó ya satisfecha. Gracias á esto la fiesta no acabará mal.

Quando se arregló Valeria y se presentó en el baile del brazo de Teófilo, la alegría general fué más franca y mayor. Eran ya las tres de la mañana, y los convidados empezaban á retirarse pero la orquesta continuaba tocando rigodón tras rigodón. Los caballeros sonreían después de pasar á su lado el matrimonio reconciliado. Una frase maliciosa sobre el pobre Teófilo llenó de contento á Mad. Juzeur. Las jóvenes se agolpaban para ver á Valeria, y ponían una cara de bobas ante las escandalizadas miradas de sus mamás.

A pesar de todo, Berta que al fin y al cabo bailaba con su marido debió decirle algo al oído, porque Augusto, enterado de la histo-

ria volvió la cabeza, y sin perder el compás miró á su hermano Teófilo con el asombro y la superioridad de un hombre á quien no podían suceder cosas semejantes.

La galop final se bailó en medio de un calor sofocante y al resplandor de las bujías cuyas llamas vacilaban.

—¿Está V. bien con ella? preguntó madame Hedouin á Octavio al aceptar la invitación que la hizo para bailar la galop.

El joven creyó sentir un ligero estremecimiento en la cintura de aquella mujer siempre tan serena y tan fría.

—Nada tengo que ver en ese asunto, contestó, por más que me han mezclado en él... antes por el contrario, me ha disgustado la aventura, pero el pobre diablo se ha tragado la pildora.

—Eso es indigno, declaró ella poniéndose muy grave.

Octavio se había engañado. Cuando se separó de Mad. Hedouin, continuaba tranquila y serena como antes de que rodeara su cintura para bailar la galop.

Un escándalo turbaba el final de la fiesta. El tío Bachelard que había acabado de embriagarse, tuvo una idea diabólica y la ejecutó poniéndose de pronto á bailar del modo más cancanesco con su sobrino Guenlin.

Para representar bien el papel femenino que se había adjudicado, se colocó en el pecho bajo el abrochado frae dos naranjas cubiertas con una servilleta, lo que le daba todo el aspecto de un ama de cría. Al verle de aquel modo, todos protestaron. Por mucho dinero que gane uno, la expansión tiene sus límites y estos límites no puede traspasarlos ninguna persona decente. M. Josserand avergonzado, obligó á su cuñado á salir del salón. M. Duveyrier mostró el mayor disgusto.

Los desposados llegaron á la casa de la calle de Choiseul á las cuatro de la mañana, llevando en su coche á Valeria y Teófilo. Al subir al piso segundo donde les habían preparado su habitación, encontraron á Octavio que también se retiraba. El joven quiso dejarles pasar, Berta hizo un movimiento en el mismo sentido y los dos se tropezaron.

—¡Dispense V. señorita! dijo él.

La palabra *señorita* á una recién casada, las hizo reír. Ella le miró y él recordó la primera mirada que le dirigió en la misma escalera, una mirada alegre y atrevida que se le quedó muy impresa. Quizás se comprendieron porque ella se ruborizó un poco, mientras que Octavio se dirigió á su cuarto en medio del más solemne silencio.

Augusto con el ojo izquierdo enteramente cerrado y sufriendo atrozmente las consecuencias de la jaqueca que tenía desde por la mañana, entró en su habitación adonde fueron llegando los individuos de la familia. Entonces Valeria, al separarse de Berta, cediendo á una brusca emoción, la estrechó en sus brazos acabando de arrugar su blanco traje, la besó y la dijo al oído:

— ¡Ah! querida mía... la deseo á V. más suerte que la que yo he tenido.

## IX.

Dos días después á cosa de las siete de la tarde, al llegar Octavio á casa de los Campardon para comer, encontró á Rosa sola con una bata de seda crema adornada de encajes blancos.

— ¿Espera V. convidados? preguntó.

— No por cierto, respondió algo turbada: en cuanto llegue Aquiles nos pondremos á comer.

El arquitecto no llegaba nunca á la hora de comer, y al presentarse estaba siempre muy sofocado y se quejaba de los picaros negocios que no le dejaban respirar. Después, se marchaba todas las noches, agotando todo género de pretextos, hablando de citas en tal ó cual café, inventado reuniones en parajes situados á larga distancia. Con este motivo Octavio solía acompañar á Rosa,

Augusto con el ojo izquierdo enteramente cerrado y sufriendo atrozmente las consecuencias de la jaqueca que tenía desde por la mañana, entró en su habitación adonde fueron llegando los individuos de la familia. Entonces Valeria, al separarse de Berta, cediendo á una brusca emoción, la estrechó en sus brazos acabando de arrugar su blanco traje, la besó y la dijo al oído:

— ¡Ah! querida mía... la deseo á V. más suerte que la que yo he tenido.

## IX.

Dos días después á cosa de las siete de la tarde, al llegar Octavio á casa de los Campardon para comer, encontró á Rosa sola con una bata de seda crema adornada de encajes blancos.

— ¿Espera V. convidados? preguntó.

— No por cierto, respondió algo turbada: en cuanto llegue Aquiles nos pondremos á comer.

El arquitecto no llegaba nunca á la hora de comer, y al presentarse estaba siempre muy sofocado y se quejaba de los picaros negocios que no le dejaban respirar. Después, se marchaba todas las noches, agotando todo género de pretextos, hablando de citas en tal ó cual café, inventado reuniones en parajes situados á larga distancia. Con este motivo Octavio solía acompañar á Rosa,

porque había comprendido que el favor que le dispensaba el arquitecto teniéndole como pensionista en su casa, era para que entretuviera á su mujer. Ella se quejaba dulcemente de estas ausencias, temía que tanto trabajo le perjudicase; por lo demás, le dejaba en libertad de buen grado, y lo único que la inquietaba era que se retirase después de las doce.

—¿No le parece á V. que desde hace algún tiempo anda triste? preguntó Rosa á Octavio.

El joven no había notado nada.

—Lo que creo es que está preocupado, dijo, y no es extraño, las obras que hace en San Roque son importantes.

Ella se encogió de hombros sin insistir, y después se mostró muy amable con el huésped, preguntándole como de costumbre con un afecto de madre y hermana á la vez en qué se había ocupado durante el día. Cerca de nueve meses hacía ya que comía con ella y le trataba como si fuera de la familia.

Por fin se presentó el arquitecto.

—Buenas noches, monona... chatá mia, dijo besando su frente con el afecto de un buen marido. ¿He tardado, no es verdad? No he tenido la culpa. ¡Encontré á un imbécil, que me ha tenido parado en medio de la calle más de una hora!

Octavio se alejó y les oyó cambiar algunas frases en voz baja:

—¿Vendrá?

—No..... ¿para qué? Sobre todo no te aflijas.

—¿Me habías prometido que vendría?

—Pues bien, vendrá. ¿Estás contenta? Sólo por darte gusto lo hago.

Se sentaron á la mesa, y durante la comida no se habló más que de la lengua inglesa que Angela estudiaba desde hacía quince días. Campardon sostenía que era necesario que una señorita supiera hablar inglés, y como Lisa había servido antes en casa de una actriz que había estado en Londres, en todas las comidas se discutían los nombres de los platos que sacaba á la mesa. Aquella noche después de largas é inútiles tentativas para pronunciar la palabra *rumsteack*, fué necesario retirar el asado, que olvidado en el fuego por Victoria se había puesto duro como una suela de zapato.

Estaban en los postres cuando el timbre de la puerta de la calle estremeció á madame Campardon.

—Es la prima de la señora, dijo Lisa entrando, con el acento de disgusto de una criada á quien no han dado intervención en un asunto de familia.



Acto continuo entró Gasparina con un traje negro de lana muy sencillo, con su rostro flaco, y su aire de pobre trabajadora. Rosa envuelta en su bata de seda crema, gorda y frescota, se levantó tan conmovida que las lágrimas anublaron sus ojos.

— ¡Ah! querida mía, exclamó, ¿eres muy buena...! Olvidemos lo pasado ¿no es verdad?

La estrechó en sus brazos y la dió dos besos. Octavio, movido por un sentimiento de discreción quiso partir. Pero se enfadaron, podía quedarse, era como de la familia. Al oír estas declaraciones se quedó, y muy contento por presenciar la escena. Campardon, muy agitado al pronto, separaba los ojos de las dos mujeres, yendo de un lado á otro para buscar un cigarro, mientras que Lisa que quitaba la mesa de malos modos cambiaba miradas confidenciales con la asombrada Angela.

— Es tu prima, dijo por fin el arquitecto á su hija... ya nos has oído hablar de ella... Dala un beso.

La niña la besó con un aire gazmoño, inquietándola las miradas de institutriz que la dirigió Gasparina después de hacer varias preguntas acerca de su edad y de su educación. Después cuando pasaron á la sala, prefirió irse con Lisa que cerró violentamente

la puerta diciendo sin temor de ser oída:

— ¡Nos vamos á divertir como hay Dios!

En la sala, Campardon que estaba febril, exclamaba:

— Aseguro bajo palabra de honor que la idea no ha sido mía, sino de Rosa que ha querido reconciliarse. Desde hace ocho días me repetía todas las mañanas: vé á buscarla. Y al fin y al cabo como V. ve, me he decidido á complacerla.

Y como si hubiera sentido la necesidad de convencer á Octavio, se lo llevó al balcón y le dijo:

— Ahí tiene V... las mujeres son así. Lo que es á mí me cargaba todo esto, porque tengo miedo á las habladurias. Ya se ve, cada cual iba por su lado, no había temor de que chocasen... pero he tenido que ceder al oír á Rosa asegurar que de este modo todos viviríamos contentos. Nada se pierde por probar... de su modo de ser respectivo depende la conducta que yo deba observar.

Rosa y Gasparina se sentaron en el canapé y hablaban del pasado, de los días felices que transcurrieron para ellas en Plassans en casa del buen padre Domerguer. Por entonces Rosa estaba pálida, endeble, era una niña enfermiza, mientras que Gasparina, mujer á los quince años, era alta y gracias á

sus bellos ojos hasta apetitosa. Al volver á verse después de tanto tiempo, se miraban y apenas se reconocían, la una tan fresca y tan gruesa por efecto de su forzosa castidad, y la otra gastada por la pasión nerviosa que la abrasaba. Gasparina sufría un momento al verse con su color amarillento y su vestido humilde en presencia de Rosa vestida de seda, y ahogando bajo los encajes la delicada turgencia de su blanco cuello. Pero dominó su envidia, y aceptó resueltamente la situación de pariente pobre, mostrándose sumisa ante el lujo y las gracias de su prima.

—¿Y qué tal de salud? la preguntó á media voz. Aquiles me ha indicado... ¿no encuentras mejoría?

—No, respondió Rosa melancólicamente... Ya ves, cómo bien, mi aspecto no es malo... pero en cuanto á mi dolencia, ni se alivia, ni se aliviará nunca.

Como lloraba al decir esto, Gasparina la estrechó en sus brazos y la tuvo así un rato junto á su liso y ardiente pecho, mientras que Campardon se acercó á consolarla.

—¿Por qué lloras, mujer? la dijo con maternal acento. Lo principal es que no sufras... ¿Qué te importa lo demás teniendo como tienes á tu lado personas que te quieren con toda el alma?

Rosa se calmaba y hasta se sonreía en medio de las lágrimas. Entonces el arquitecto profundamente enternecido, las estrechó á las dos en un mismo abrazo, y llenó de besos balbuceando:

—Si, si, nos querremos mucho, y sobre todo te amaremos, monona mía. Ya verás como todo se arregla, ahora que estamos reunidos.

Y volviéndose á Octavio:

—¡Ah! amigo, añadió, digan lo que quieran, no hay nada en el mundo como la familia.

El resto de la noche pasó agradablemente. Campardon que cuando se quedaba en casa después de comer solía dormirse, recuperó su buen humor de artista, y contó cuentos, y hasta cantó las picantes canciones que había aprendido en la escuela de Bellas Artes. Cuando á cosa de las once se retiró Gasparina, Rosa quiso salir á despedirla á pesar de la dificultad que tenía para andar, y desde la barandilla y en medio del grave silencio de la escalera:

—¡Qué vengas á vernos con frecuencia! la dijo:

Al día siguiente Octavio lleno de curiosidad, procuró hacer hablar á la prima en la tienda donde servían juntos, aprovechando

la ocasión de la llegada de una remesa de ropa blanca que los reunió; pero ella no se dió á partido, comprendiendo el joven que le era hostil sin duda por haber sentido que hubiera presenciado la escena de la reconciliación. Además, no le era simpático, y por el contrario siempre que tenía ocasión le demostraba cierto rencor. Hacia tiempo que había comprendido sus pretensiones cerca de Mad. Hedouin, observaba la asidua corte que le hacía, y á lo mejor hallaba el joven sus miradas siniestras, acompañadas de un gesto despreciativo que á veces le turbaba. Cuando aquel diablo con faldas alargaba entre los dos sus secas manos, presentía con tristeza que nunca conseguiría los propósitos que le inspiraba la esposa de su principal.

Octavio se había fijado el plazo de seis meses para hacer la conquista; habían pasado ya cuatro, y el joven sentía vivas impaciencias. Todos los días se preguntaba si no sería mejor adelantar las cosas, al ver el poco progreso de sus tentativas para enternecer á aquella mujer siempre tan fría y al mismo tiempo tan amable. Al fin y al cabo concluyó por manifestarle verdadera estimación, hija del gusto con que le oía expresar sus ideas comerciales, sus sueños

respecto de los grandes almacenes modernos, recibiendo y colocando millones de mercancías. Frecuentemente cuando su marido no estaba en casa y abría la correspondencia con el joven, le detenía, le consultaba y le parecían muy atinadas sus observaciones. Por efecto de esto se estableció entre los dos una especie de intimidad comercial. Á cada instante se juntaban sus manos al pasarse las facturas, respiraban en la misma atmósfera al examinar las cuentas, y había entre los dos abandonos de expansión cerca de la caja como consecuencia de las buenas entradas. En estos momentos Octavio hasta abusaba: su táctica consistía en halagar sus instintos mercantiles para vencerla en un día de debilidad, á favor de la emoción que produjera en ella, por ejemplo, una buena venta inesperada. Al mismo tiempo buscaba alguna idea asombrosa que fascinándola la hiciese entregarse á él á discreción. Por lo demás, cuando no se trataba de los asuntos comerciales, recuperaba ella su tranquila superioridad y le daba órdenes con mucha finura, pero lo mismo que á los mozos del almacén; porque eso sí, dirigía la casa con su frialdad de mujer bonita, siempre con una corbatita de hombre, adornando su cuello de estatua antigua que dismi-

nufa con su gracia la severidad del cuerpo de su vestido eternamente negro.

Por aquel tiempo, cayó enfermo M. Hedouin y tuvo que ir á tomar las aguas de Vichy. Octavio se alegró de esta ausencia. Aunque Mad. Hedouin fuese de mármol, en su viudez se ablandaría; pero se equivocó de medio á medio, porque no notó en ella ni el más leve estremecimiento, ni la menor señal del más insignificante deseo de voluptuosidad. Jamás se había mostrado más activa; su cabeza estaba muy despejada y su vista más perspicaz que de costumbre. Se levantaba al amanecer, y recibía las mercancías en el piso bajo con la pluma detrás de la oreja y mostrándose atareada como el más inferior dependiente. En todas partes se la veía, tan pronto estaba arriba como abajo, en la sección de sedería como en la de lencería, cuidaba de la colocación de los géneros en los escaparates, vigilaba la venta y pasaba tranquila sin coger polvo siquiera por medio de los bultos hacinados en la tienda demasiado estrecha para contenerlos. Cuando la hallaba en medio de algún pasaje estrecho entre un muro de piezas de lana y una pila de toallas, Octavio se colocaba del mejor modo para que al pasar se rozasen los pechos, pero iba siempre tan preocupada

que ni le miraba ni le sentía. Por otra parte le molestaba mucho la asidua inspección de Gasparina que en aquellos momentos aparecía siempre y les dirigía miradas inoportunas.

A pesar de estas contrariedades el joven no desesperaba. A veces se creía próximo al término de sus aspiraciones y formaba su plan para el día siguiente, en el cual de seguro iba á ser el feliz amante de Mad. Hedouin. Entre tanto, y para calmar sus impacencias conservaba á María, pero no sin cierto temor, porque aunque era fácil y no le costaba dinero, podía llegar á aburrirle con su fidelidad de perro leal, razón por la cual, aun cuando la buscaba la noche de aburrimiento, pensaba ya en el medio de deshacerse de ella. Dejarla brutalmente le parecía poco acertado. Un día de fiesta por la mañana, al ir á buscar en el lecho á su vecina, aprovechando la ausencia de su esposo, se le ocurrió la idea de devolver María á Julio, de arrojar á la una en los brazos del otro, dejándolos tan amartelados, que pudiera separarse de ellos con la conciencia tranquila. De todos modos aquella era una buena acción, que podía servir para acallar en su alma todo remordimiento. Sin embargo no se decidía á realizarla, porque no quería carecer de mujer.

Otra complicación preocupaba á Octavio en casa de los Campardon. Comprendía que se acercaba el momento en que debía cesar de ser su pensionista. Desde hacía tres semanas Gasparina se instalaba en la casa, adquiriendo influencia y autoridad de día en día. Primero fué todas las noches, luégo aparecía á la hora del almuerzo, y á pesar de sus ocupaciones en el almacén, comenzaba á encargarse de la educación de Ángela, de las provisiones, en fin, de todo. Rosa decía frecuentemente á su marido:

— ¡Ah! cuánto me alegraría de que Gasparina viviera con nosotros.

Pero siempre contestaba el arquitecto ruborizándose de escrúpulos y lleno de vergüenza:

— No, no... eso no puede ser... Por lo demás, ¿en dónde dormiría?

Y explicaba que sería necesario ceder á la prima su gabinete de estudio, lo que le obligaría á trasladar sus bártulos á la sala. Bien es verdad que esto no le molestaria, porque tarde ó temprano iba á verse obligado á hacer la mudanza, toda vez que necesitaba más espacio, gracias á los trabajos que llovían sobre él. A pesar de esto Gasparina debía continuar viviendo aparte. ¿Con qué fin amontonarse en la casa?

— Cuando uno está bien, decía á Octavio, no debe uno querer estar mejor.

Por aquel tiempo tuvo necesidad de ir á pasar un par de días á Evreux. Las obras del arzobispado le preocupaban. Había cedido á un deseo de su eminencia sin que hubiera un crédito abierto, y la construcción del hornillo de las nuevas cocinas y el calorífero, amenazaban costar mucho más de lo presupuestado. Por otra parte el púlpito, para el que habían destinado tres mil francos subiría lo menos á diez mil, y necesitaba ponerse de acuerdo con el arzobispo, á fin de tomar las debidas precauciones inherentes en estos casos.

Rosa no le esperaba de vuelta hasta el domingo por la noche; pero llegó por la mañana á la hora del almuerzo, y su entrada causó un verdadero trastorno. Gasparina estaba sentada á la mesa, entré Ángela y Octavio. Desde luego descubrió en todos cierto aire de misterio, á pesar de que procuraban disimular su impresión. Lisa cerró la puerta de la sala á una seña que le hizo Rosa, mientras que Gasparina procuraba empujar con un pié, debajo de la mesa, varios pedazos de papel que habia en el suelo. Cuando anunció que iba á quitarse la ropa de viaje todos le detuvieron.

—Espere V.... tome V. una taza de café, ya que ha almorzado en Evreux.

Por último, al descubrir el apuro en que se hallaba Rosa, ésta se arrojó en sus brazos, diciéndole:

—Querido mío, no vayas á reñirme. Si hubieras llegado por la noche, como anunciaste, todo lo habrías encontrado en orden.

Con mano temblorosa abrió la puerta y le guió, á la sala primero y después al gabinete. Una cama de caoba que habia llevado por la mañana un mueblista ocupaba el lugar del tablero de arquitecto, que habia sido trasladado á la sala; pero aún no estaban arregladas las habitaciones, los cartapacios de los dibujos se confundían con los vestidos de Gasparina, la Virgen del Corazón, chorreando sangre, estaba arrimada á la pared.

—Queríamos sorprenderte, murmuró madama Campardon muy conmovida, y ocultando su rostro en el pecho de su marido.

Él, no menos conmovido miraba, sin decir una palabra, y procurando que sus ojos no se encontrasen con los de Octavio. Entonces dijo Gasparina:

—¿Acaso le incomoda á V. lo que hemos hecho? Rosa no me ha dejado á sol ni á sombra hasta decidirme. Pero si V. cree que sobre aquí aún estamos á tiempo.

—¡Oh! querida prima, exclamó al fin el arquitecto, todo lo que hace mi mujer lo doy por bien hecho.

Rosa comenzó á sollozar, sin separarse de los brazos de su marido.

—Vamos, mujer, añadió éste, no seas tonta... ¿á qué viene llorar de ese modo? Por mi parte estoy muy contento. ¿Querías tener á tu lado á la prima? Pues bien, sea. Yo me arreglo en cualquier parte y de cualquier modo... Ea... se acabó... no hay que llorar. ¡Ves... te abrazo como te quiero... muy apretado, muy apretado!

Y se la comía á besos. Rosa, que tan pronto lloraba como reía, se consoló y le besó á su vez en la barba, diciéndole dulcemente:

—Has sido muy cruel... Dale también un beso.

Campardon besó á Gasparina. En seguida llamaron á Ángela, que desde el comedor miraba lo que ocurría con la boca abierta, y también tuvo que besar á la prima. Octavio se apartó un poco, pensando que en aquella casa acababan todos por enternecerse. Al mismo tiempo notó con asombro la actitud respetuosa, la risueña amabilidad de Lisa para con Gasparina. Aquella correntona con ojeras, era toda una chica inteligente.

El arquitecto se puso en mangas de camisa, y silbando y tatareando con la alegría de un chico, empleó la tarde en arreglar el cuarto de la prima. Ésta le ayudaba moviendo los muebles con él, sacando la ropa del baul, sacudiendo sus vestidos, y Rosa, sentada por miedo de fatigarse, les decía dónde habían de colocar la cama y dónde la mesa de noche, para mayor comodidad de todos. Entonces comprendió Octavio que servía de obstáculo á su expansión, se veía fuera de su sitio en medio de una familia tan unida, y les anunció que aquella noche no comería allí. Estaba decidido: al día siguiente se despediría, inventando cualquier pretexto.

A cosa de las cinco, sintiendo no saber dónde podría encontrar á Troublot, se le ocurrió la idea de convidarse á comer en casa de los Pichon, á fin de no pasar solo la noche. Pero al entrar en su casa fué testigo de una deplorable escena de familia. Allí se hallaban los Vuillaume indignados, furiosos.

— ¡Es una iniquidad, caballero! decía la madre, de pié y con el brazo levantado sobre su yerno, que estaba en una silla anodado. ¡V. nos dió su palabra de honor!

— Y tú, añadía el padre, haciendo retroceder á su hija que temblaba de piés á ca-

beza, no salgas á su defensa. Tan culpable eres tú como es él. ¿Queréis moriros de hambre?

Mad. Vuillaume se puso el abrigo y el sombrero, y exclamó con voz solemne:

— ¡Adiós! Al menos no queremos estimular con nuestra presencia vuestro desorden. Desde el momento en que no hacéis caso de nuestros deseos, nada tenemos que hacer aquí... ¡Adiós!

Al ver que su yerno, por efecto de la costumbre se levantaba, disponiéndose á acompañarlos.

— No se moleste V., añadió; ya hallaremos el ómnibus sin su ayuda. Vámonos... Que coman lo que habían dispuesto para hoy y que les haga buen provecho. No siempre les sucederá lo mismo.

Octavio, estupefacto, procuró pasar desapercibido. Cuando se fueron observó á Julio que volvió á sentarse aterrizado, y á María que estaba pálida y triste, de pié junto al aparador. Los dos callaban.

— ¿Pero qué es lo que ocurre? preguntó: La joven, sin responder á su pregunta y con voz quejumbrosa, se puso á reñir á su marido.

— Ya te lo advertí... debías haber esperado para hacerles tragar la pildora con suavi-

dad. Nadie nos metía prisa... todavía no se nota.

—¿Pero qué es ello? repitió Octavio.

Entonces sin mirarle, dijo:

—¿Qué ha de ser? que estoy embarazada.

—Ya estoy hasta arriba, gritó Julio levantándose. Me ha parecido honrado anunciarles sin pérdida de tiempo ese nuevo fastidio... ¿Por ventura se figuran que me divierte semejante suceso? Más me ha sorprendido á mí que á ellos. Tanto más, ¡voto al diablo! cuanto que la culpa no es mía. ¿No es verdad, María, que no sabemos cómo diántres ha podido ser eso?

—¡Ya lo creo... tienes razón! afirmó la joven.

Octavio contaba los meses. Estaba embarazada de cinco, y desde fin de Diciembre á fin de Mayo, la cuenta no marraba. Primero se conmovió y después le pareció más cómodo dudar; pero no por eso dejó de estar enternecido, sintiendo la necesidad de dispensar algún beneficio á los Pichon. Julio continuaba gruñendo: de todos modos sería bien recibido el nuevo vástago, por más que no hacia maldita la falta. María, por su parte, siempre tan amable, se enfadaba y concluía por dar la razón á su madre, que no perdonaba nunca la desobe-

diencia. Marido y mujer se enzarzaron en una riña, echándose el uno al otro la culpa de aquello, cuando Octavio puso paz, exclamando:

—Con reñir no adelantan ustedes nada... lo hecho no puede deshacerse. Pelillos á la mar. Lo que es aquí no podemos comer, la atmósfera es demasiado triste. Los convido á ustedes... ¿quieren ustedes venir conmigo á la fonda?

La joven se puso colorada. Comer en la fonda era su mayor alegría; pero expuso que su niña la estorbaba darse el menor placer. Convinieron en que la pequeña iría con ellos y pasaron una noche deliciosa. Octavio los llevó á un *restaurant* y pidieron un gabinete particular, para estar más á sus anchas. Allí los atiforró de manjares, con una prodigalidad extraordinaria, gozándose al verlos comer, sin pensar en la cuenta que le presentarían al final. A los postres, cuando acostaron á la niña en el sofá, pidió champagne, y los tres, olvidados de todo, se entregaron á las dulzuras de la digestión. A las once hablaron de retirarse, y como la pequeña se negaba á andar, para completar su obra tomó Octavio un coche, y tuvo el escrúpulo de no tocar con sus piernas las de María durante el trayecto. Sólo



al estar arriba, mientras Julio acostaba á la niña, la dió un beso en la frente, el beso de adiós de un padre, que entrega su hija á un yerno. Después al verlos mirarse, poco menos que embriagados de amor los acostó, les dió las buenas noches desde la puerta y se fué.

—¡Qué diablo! pensó al meterse en la cama, la función me ha costado cincuenta francos; pero se los debía... yo lo creo. Por otra parte no tengo más que un deseo, el que su marido haga dichosa á esa sencilla y buena mujer.

Y contento de su buen corazón resolvió, antes de dormirse, dar el golpe decisivo en la noche siguiente.

Los lunes, después de comer, ayudaba Octavio á Mad. Hedouin á examinar los pedidos de la semana. Para esto se encerraban los dos en un gabinete retirado, un cuarto pequeño en donde no había más que una caja, un escritorio, dos sillas y un canapé. Pero aquel lunes habían convidado á la ópera cómica los Duvyrier á Mad. Hedouin, y con este motivo llamó al joven á las tres de la tarde. A pesar de ser muy de día tuvieron que encender el gas, porque el gabinete no recibía más que la escasa luz de un patio interior. Octavio echó el cerrojo

por dentro, y al notar que le miraba con extrañeza:

—Es, dijo para que nadie venga á interrumpirnos.

Ella aprobó con un signo de cabeza su determinación y comenzaron á trabajar. Las novedades para el verano se vendían muy bien, las utilidades de la casa aumentaban, aquella semana particularmente las lanas se habían vendido en gran cantidad, todo anunciaba nuevas ganancias, y Mad. Hedouin murmuró suspirando:

—¡Ah! si tuviéramos espacio... el negocio sería mayor.

—De V. depende, contestó Octavio comenzando el ataque... Tengo una idea desde hace algún tiempo y deseo comunicársela á V.

Su verdadero deseo era mostrarle su audacia. Tratábase de comprar la casa contigua de la calle nueva de San Agustín, de despedir á un paragüero y á un quinquillero, y ensanchar con estas tiendas los almacenes para poder tener grandes escaparates. Mostrábase al hablar lleno de desprecio por el antiguo comercio, viviendo en miserables covachuelas sin ostentar las mercancías, y ponderaba las maravillas del comercio nuevo, haciendo todo el lujo femenino en palacios

de cristal, removiendo millones durante el día, apareciendo por la noche brillante como la iluminación de una fiesta regia.

—De este modo mataría V. el comercio del barrio de San Roque, añadiría usted á su casa la clientela de los demás. Hoy por ejemplo, le perjudica á V. el comercio de sedería de Vabre, aumente V. el número de escaparates, ponga V. en uno de ellos muestras de sedería, y antes de cinco años le obliga V. á quebrar. Además, favorece este pensamiento la calle del diez de Diciembre que debe ir desde el teatro de la gran Ópera á la Bolsa, y que según anuncian debe abrirse muy pronto. Mi amigo Campardon me lo ha asegurado. Esto como usted comprende, duplicará, triplicará los negocios en el barrio.

Mad. Hedouin le escuchaba con su bella y grave cabeza apoyada en la mano y el codo sobre un libro de caja. Había nacido en el almacén que dirigía fundado por su padre y su tío, amaba la casa, la veía ensancharse, devorar las casas vecinas, ostentar una fachada monumental, y este ensueño agradaba á su viva inteligencia, á su voluntad firme, á la intuición delicada de mujer que tenía del nuevo París.

—Jamás querrá hacer eso el tío Deleuze,

dijo... y además, mi marido está demasiado enfermo.

Al verla un tanto quebrantada, Octavio empleó su voz de seducción, voz de actor, dulce, melodiosa, procurando dominarla al mismo tiempo con sus ojos de color de oro viejo, que según las mujeres, son irresistibles. Pero en vano ardía el mechero de gas cerca de su nuca, permanecía sin calor en la piel, y lo único que experimentaba era una especie de éxtasis producido por las palabras del joven. Este decía, que había estudiado el asunto, que había hecho cálculos, que tenía formulado el proyecto y hablaba de números, con la pasión de un romántico para expresar su amor á la señora de sus pensamientos. De pronto salió Mad. Hedouin de sus meditaciones hallándose en los brazos de Octavio, que la empujaba hacia el canapé creyendo que por fin accedía á sus deseos.

—¡Dios mío! ¿Todo eso era para esto? dijo con acento de tristeza, desembarazándose de él como de un niño inoportuno.

—Pues bien, sí, yo la amo á V. gritó Octavio. No me rechace V... con su amor soy capaz de lo más grande, de lo más...

Y continuó el discurso que el lector advina. Ella sin interrumpirle, hojeando el li-

bro, aguardó á que acabase, y cuando terminó:

— Ya sé todo eso, murmuró, ya me lo han dicho... pero le creía á V. más inteligente que los demás, M. Octavio. Me da usted pena, porque la verdad es que contaba con V.; pero está visto, todos los jóvenes carecen de juicio... Venga V. acá... ¿no comprende V. que con una casa como ésta es necesaria mucha sensatez? Todo el tiempo es poco y quiere V. una cosa que nos molestaría día y noche. Aquí no soy una mujer... los negocios me absorben... Vamos á ver, V. que está tan bien organizado, ¿cómo no ha comprendido V. que jamás haría yo eso que V. quiere, primero porque es tonto, luego porque es inútil, y en último resultado, porque jamás se me ocurre experimentar el más pequeño deseo?

Octavio habría preferido que se encolerizase mostrando una gran indignación, expresando los más sublimes sentimientos. Su voz tranquila, su raciocinio de mujer práctica, la seguridad que tenía de sí, le desconcertaron.

— Tenga V. piedad de mi, balbuceó. Píense V. que sufro atrozmente.

— ¡Ca...! se figura V. que sufre, pero no es verdad. Aunque así fuera, se curaría us-

ted en seguida... Pero llaman... más le vale á V. ir á abrir la puerta.

Descorrió el cerrojo y se presentó Gasparina que deseaba saber si esperaban camisas con entredoses. La sorprendió que estuviera echado el cerrojo, pero conocía demasiado á Mad. Hedouin, y cuando la vió con su aire glacial en presencia de Octavio todo cortado, miró al último acompañando á su mirada una sonrisa burlona, lo que le exasperó, acusándola en su fuero interno de haber evitado la realización de sus desig-nios.

— Señora, dijo bruscamente cuando se fué Gasparina: hoy mismo me despido.

Mad. Hedouin asombrada le miró:

— ¿Se va V. de la casa? dijo.

— Si señora.

— ¿Por qué...? yo no le echo á V... Lo que ha pasado no vale la pena ni de mentarlo... por mi parte no tengo miedo alguno... Estoy segura de mí.

Esta frase acabó de ponerle fuera de sí, y anunció que se iba en el acto porque no podía sufrir aquel martirio ni un minuto más.

— Está bien, añadió con serenidad. Voy á ajustar su cuenta de V. en seguida... pero de todos modos la casa lo sentirá porque es usted un buen dependiente.

Al verse en la calle, comprendió Octavio que había hecho una solemne tontería. Daban las cuatro, y el sol primaveral llenaba todo un ángulo de la Plaza Gaillon. Furioso contra sí se encaminó al azar por la calle de San Roque discutiendo la conducta que debía haber observado. En primer lugar, ¿por qué no había hecho carocas á Gasparina? Esto era sin duda lo que ella deseaba, pero no le gustaban las mujeres como á Campardon tan secas y delgadas. Además, era posible que no le hubiera hecho caso, porque parecía una de esas damas de virtud rígida para con los adoradores del domingo cuando tienen á su disposición un amante durante el resto de la semana. Después pensaba que había sido un niño al empeñarse en conquistar el amor de Mad. Hedouin. Más le valía haber hecho su negocio en la casa sin tratar de tener al mismo tiempo el pan y la cama. Hubo un momento en el que resolvió volver á la tienda y confesar sus culpas; pero la soberbia tranquilidad de la mujer de su principal, reanimó su vanidad y siguió avanzando hacia la calle de San Roque. ¡Lo hecho, hecho estaba! Y conforme con su suerte entró en la iglesia á ver si por casualidad estaba en ella Campardon con ánimo de llevarsele al café, para tomar una

copa de Madera. ¡De este modo se distraía! Penetró por el vestibulo donde había una puerta próxima á la sacristia que abría paso á un corredor negro y sucio.

—¿Busca V. á M. Campardon? dijo una voz al lado suyo, cuando buscaba aquella puerta.

El que le preguntó era el cura Manduit que le reconoció y le dijo que el arquitecto no estaba; pero se obstinó en enseñar al joven las obras que se hacían en el Calvario, para él del mayor interés. Le llevó al trascoro, le enseñó la capilla de la Virgen con las paredes de mármol blanco, en cuyo altar hay en la parte superior una Sacra Familia de un estilo churrigueresco; después le llevó á la capilla de la Adoración perpetua con sus siete lámparas de oro, con los candelabros de oro y el altar de oro, brillando en medio de la sombra que producen los cristales de color de oro. Pero allí á derecha y á izquierda vallas de tablas impedían llegar al fondo del ábside, y en medio del silencio, por encima de negras sombras arrojadas que balbuceaban oraciones, resonaban los golpes de las piquetas y las voces de los albañiles.

—Entre V., dijo el cura remangándose un poco la sotana, entre V. y yo le explicaré lo que estamos haciendo.

Detrás de la valla ó empalizada había un gran montón de piedra, yeso y ladrillo, un trozo de la iglesia desmantelado; cal, herramientas, etc. A la izquierda se veía la décima Estación, Jesús clavado en la Cruz, y á la derecha la duodécima, las tres Marias en torno del Redentor, pero el grupo del centro, la Estación undécima había sido quitada de su sitio y arrimada á la pared. Allí era donde trabajaban los operarios.

—Mi propósito, añadió el cura, es alumbrar el grupo central del Calvario por la parte superior... Será de un gran efecto, ¿no es verdad?

—Si señor, murmuró Octavio á quien aquel paseo entre escombros sacaba de sus preocupaciones.

El cura levantando la voz, tenía todo el aspecto de un maquinista en jefe disponiendo la colocación de una decoración teatral.

—Yo deseo, prosiguió, la más severa naturalidad, nada más que paredes de piedra sin pinturas ni adornos. Es necesario que esto sea una cripta, algo de subterráneo y de triste... Pero el gran efecto será el Cristo en la cruz teniendo á sus piés á la Virgen y á la Magdalena. Le coloco encima de una roca, destaco las figuras blancas sobre un fondo gris y le ilumino todo por arriba como

por una luz invisible, como por una claridad que las hace avanzar, que las anima con una vida sobrenatural... Ya verá V... ya verá V. qué efecto.

Y volviéndose hacia un operario:

—Separe V. á la Virgen de ahí, gritó, va usted á acabar por romperla una pierna.

El obrero llamó á un camarada, entre los dos cogieron á la Virgen y la colocaron á un lado como á una joven pálida que hubiera caído víctima de un ataque de nervios.

—Con cuidado, decía el cura siguiéndolos por encima de los escombros y levantando un poco la sotana, ya se ha estropeado el manto... ¡Esperen ustedes!

Y cogiendo á su vez á la Virgen por la espalda los ayudó á bajarla manchándose de yeso.

Volviendo á Octavio:

—Después que esto esté concluido, añadió, imagínese que los dos vanos de la nave están abiertos y vaya V. á colocarse en la capilla de la Virgen. Por encima del altar, á través de la capilla de la Adoración perpetua percibirá V. el Calvario en el fondo... ¡Oh! ya verá V. entonces el efecto que producen las tres grandes figuras, ese drama sencillo en este fondo del tabernáculo á favor de la media luz de las vidrieras y de la

claridad de las lámparas y de los candelabros de oro... ¿Eh? ¿no le parece á V. que será un efecto irresistible?

El eclesiástico entusiasmado con su plan era elocuente y se reía de gusto.

—Los más escépticos se conmovieron, dijo Octavio para lisonjearle.

—¿No es verdad que sí? ¡Oh! estoy impaciente por ver terminadas las obras.

Al volver al templo olvidándose del lugar donde estaba, conservó su voz y su aspecto de maestro de obras, habló de Campardon con el mayor elogio; un hombre, dijo, que de haber vivido en la Edad Media habría tenido un admirable sentimiento del arte religioso. Hizo salir á Octavio por la puerta pequeña y le detuvo aún algunos instantes en el patio del presbiterio. Allí al lado vivía en el piso segundo, una casa grande y vetusta que no tenía más inquilinos que los curas que prestaban servicios en San Roque. Un olor de convento, un murmullo parecido al que se oye cerca de los confesonarios salía del vestibulo.

—Esta noche iré á ver á M. Campardon, dijo el cura; hágame V. el favor de rogarle que me espere... Deseo hablar con él sobre ciertas mejoras que pueden introducirse...

Se despidió y Octavio se quedó muy tran-

quilo. Su estancia en el templo había aflojado sus nervios. Miró con curiosidad aquella entrada de la iglesia á través de una casa particular, la portería y todo aquello perdido en medio del barrio donde se hallaba. Al salir á la calle, miró la fachada de la casa que ocultaba el templo con sus ventanas enrejadas y sin cortinillas, con algunos tiestos de flores sujetos con barras de hierro, y reparó en las tiendas de que sacaban partido los curas, una zapatería, una relojería, una bordadora y un despacho de vino, donde se daban cita los sepultureros cuando había algún entierro. Octavio dispuesto por su derrota á renunciar al mundo, pensó en la tranquila existencia que debían tener las amas de los curas en aquellos cuartos, cuyas ventanas adornaban tiestos de verbenas y de geráneos.

Por la tarde, á las seis y media, al entrar en casa de los Campardon, encontró al arquitecto y á Gasparina, que estaban dándose besos en la antesala. Ella, que acababa de llegar del almacén, no se había cuidado de cerrar la puerta, razón por la cual entró el joven como Pedro por su casa. Los dos, al verle, quedaron petrificados.

—Mi mujer, dijo el arquitecto, por decirle algo, está atusándose un poco... puede V. entrar á verla.

Octavio, no menos cortado que ellos, se apresuró á llamar á la puerta del cuarto de Rosa, donde penetraba siempre, como si fuera de la familia. Era imposible que continuase yendo allí á menudo para sorprenderlos detrás de las puertas.

—Adelante, dijo Rosa... ¡Ah! es V., Octavio. Entonces no importa.

Como no se puso el peinador para recibirle, pudo el joven ver sus hombros y sus brazos desnudos, de una delicadeza y una blancura de leche. Mirándose atentamente al espejo rizaba sus dorados cabellos. Todos los días pasaba mucho tiempo estudiándose los granitos que le salían en la piel y acicalándose, para sentarse después en una butaca, con el lujo y la belleza de un ídolo sin sexo.

—Se está V. poniendo guapa para esta noche, dijo Octavio.

—¡Bah! esta es mi única distracción... Me divierto así... ¡Yo nunca he sido mujer de mi casa, y ahora que está ahí Gasparina mucho menos...! Veo que los rizitos me favorecen y me consuelo cuando estoy bien vestida y engalanada.

Como aún no estaba la comida, contó Octavio su salida del comercio de Mad. Hedouin, inventando una historia, pretextan-

do otra posición deseada por él desde hacia tiempo. De este modo preparaba el terreno para pretextar un motivo que le obligase á dejar de ser pensionista de los Campardon. Rosa no comprendía cómo había abandonado una casa donde tenía tanto porvenir; pero como la preocupaba su tocado, apenas hizo caso de aquel suceso.

—Vea V. eso encarnado que tengo detrás de la oreja, le dijo... ¿es un granito?

Octavio tuvo que examinar el cuello, que le presentó con su tranquilidad de mujer sagrada.

—No es nada, dijo... se habrá V. frotado con la tohalla, al secarse, más de lo regular.

Después la ayudó á ponerse una bata de satén azul, bordada de plata, y los dos pasaron al comedor. Desde la sopa comenzó á hablarse de la salida de Octavio de casa de los Hedouin. Campardon se admiraba, mientras que Gasparina se mordía los labios, para ocultar una sonrisa maliciosa que retozaba en ellos. Por lo demás, tanto él como ella, no podían mirarse cara á cara. El joven concluyó por conmoverse ante las amabilidades que tenían para con Rosa. Campardon llenaba su vaso, Gasparina la servía lo mejor de cada plato. ¿Le gustaba el pan? porque si no mudarían de panadero. ¿Quería una

almohada para tener más blanda la espalda? Y Rosa llena de gratitud les suplicaba que no se molestasen por ella. Comía bien, estaba entre ellos como una reina, con su turgente cuello de bella rubia en su elegante bata, teniendo á la derecha á su marido, que adelgazaba, y á la izquierda á la prima seca, negruzca, con los hombros encogidos bajo su traje negro, y las carnes fundidas por la pasión.

A los postres, Gasparina riñó á Lisa, porque respondía mal á la señora al hablar de un pedazo de queso que se había evaporado. La doncella se mostró muy humilde. Ya la primita había tomado á su cargo la dirección de la casa y domesticado á las criadas. Con una palabra hacía temblar á Victoria ante sus cacerolas. Así es que Rosa, agradecida al ver que tomaba su defensa la envió una mirada cariñosa: la respetaban desde que ella estaba allí y su deseo era que ella también abandonase el comercio de Mad. Hedouin, para encargarse de la educación de Ángela.

—Vamos, murmuró con voz afectuosa, en esta casa hay mucho en qué ocuparse... Ángela, suplica á tu prima, dile el placer que tendrías en completar á su lado tu educación.

La niña suplicó al mismo tiempo que Lisa hacia con la cabeza una señal de aprobación. Pero Campardon y Gasparina permanecieron graves. No, no, era preciso esperar; no se podían tomar resoluciones trascendentales con tanta ligereza.

Las noches que se pasaban en la sala eran deliciosas. El arquitecto no salía. Precisamente aquella noche tenía que colgar en el cuarto de Gasparina unas estampas que habían llevado por la tarde provistas de sus correspondientes marcos: Mignon mirando al cielo, una vista de la fuente de Vaucluse y otras varias. Con este motivo estaba contentísimo, la barba espantada, las mejillas encarnadas por haber comido mucho, feliz y satisfecho en todos sus apetitos.

Llamó á la prima para que alumbrase y se le oyó clavar los clavos, subido en una silla. Octavio, aprovechando la circunstancia de quedar á solas con Rosa, reanudó su historia y expuso que al concluir el mes se vería obligado á almorzar y á comer en otra parte. Ella pareció sorprendida, pero estaba preocupada, y fijándose en su marido y en la prima, que se reía:

—¿Los ve V., dijo, cómo se divierten en colgar esos cuadros? A mi me encanta verlos así. Aquiles no sale ya de noche, hace



quince días que no me abandona. Ni va al café, ni tiene citas para tratar de asuntos, ¡oh! recuerde V. qué malos ratos pasaba antes esperándole...! ¡Qué inquietud cuando daban las doce sin que volviese! Hoy, por el contrario, disfruto una tranquilidad completa. Al menos está cerca de mí.

—Es verdad, dijo Octavio.

Rosa continuó hablándole de la economía que resultaba de vivir todos juntos. Las cosas estaban á punto y la alegría reinaba á todas horas.

—¡Cuando veo á Aquiles contento, añadió, soy feliz!

Después, volviendo á ocuparse en los asuntos del joven:

—¿Con que seguramente nos deja V.? le dijo. No sea V. así, continúe V. favoreciéndonos, ahora que todos somos dichosos.

El joven se excusó de nuevo, Rosa comprendió y bajó los ojos. Con efecto, Octavio empezaba á estorbar las expansiones de la familia y hasta experimentaba como un consuelo porque les dejaba, tanto más cuanto que ya no le necesitaba para que la acompañase en las largas noches de soledad. Pero le obligó á ofrecer que iría á verla con frecuencia.

—Colgada Mignon, gritó alegremente el

arquitecto. Espérese V., prima, voy á ayudarla á bajarse.

Se comprendió que la cogía en brazos y que la dejó en el suelo. Hubo un silencio y luego una risa. Pero el arquitecto volvió á la sala y presentó una de sus mejillas á su esposa para que le besase.

—Ya hemos acabado, monona mía... dijo. Da un besito á tu cielo por lo bien que ha trabajado.

Gasparina llegó con un bordado y se sentó cerca de la luz. Campardon se puso, para distraerse, á recortar una cruz de la legión de honor que halló en una etiqueta, y se ruborizó cuando Rosa quiso prenderle con un alfiler en el ojal aquella condecoración de papel. Los tres se miraron con aire de misterio: alguien había ofrecido al arquitecto la cruz. Al otro lado de la lámpara Angela, que estudiaba una lección de *Historia Sagrada*, levantaba de cuando en cuando la cabeza y dirigía miradas con su aire enigmático de niña bien educada, aleccionada en saber callar, y cuyos verdaderos pensamientos eran un impenetrable secreto. Nada más tranquilo que aquel cuadro; era una escena patriarcal de una honradez encantadora.

El arquitecto tuvo de pronto un escrúpulo.

lo de pudor. Notó que su hija leía por encima del libro que tenía en las manos la *Gaceta de Francia*, que estaba sobre el velador.

—Ángela, dijo con severidad, ¿qué es lo que haces? Esta mañana he borrado el artículo con el lápiz encarnado. Ya sabes que no debes leer lo que yo borre.

—Papá, leía al lado, respondió la niña.

No por eso dejó de quitar el periódico, quejándose á Octavio de la desmoralización de la prensa. También aquel día contaba los detalles de un crimen abominable. Si las familias no podían recibir en su seno un periódico como la *Gaceta de Francia*, ¿á qué periódico suscribirse? Y levantaba las manos al cielo, cuando Lisa anunció al cura Manduit.

—¡Calle! y es verdad, dijo Octavio, ahora recuerdo que me encargó que anunciase á V. su visita.

El cura entró con rostro risueño; y como el arquitecto se olvidara de quitarse la cruz de papel, se inmutó al notar su sonrisa. Precisamente el cura de San Roque era la persona que gestionaba para alcanzarle la deseada condecoración.

—¡Estas señoras son las que... balbuceó Campardon... unas locas!

—Consérvela V., contestó el cura con

amabilidad. Está bien en ese sitio hasta que la reemplacemos por otra de verdad.

Acto continuo preguntó á Rosa por el estado de su salud y aprobó que Gasparina se hubiera ido á vivir con personas de su familia. ¡Corrían tantos riesgos las señoras solas en París! Todo esto lo decía con la unión de un buen sacerdote, sin ignorar lo que pasaba. Después habló de las obras de la iglesia y propuso una modificación; pero más parecía que había ido allí para bendecir la buena unión de la familia, y salvar de este modo una situación delicada, que se prestaba á habladurías en el barrio. El arquitecto del Calvario debía tener el respeto de las gentes honradas.

Octavio se despidió al entrar el cura, y al pasar por la antesala oyó en medio de la oscuridad la voz de Ángela que también se había escapado.

—¿Era por la manteca por lo que gritaba? preguntaba.

—Ya se ve que sí, respondió otra voz, la de Lisa. Es más mala que la tiña. Ya ha visto V. en la mesa cómo me ha puesto las peras á cuarto... ¡Pero me tiene sin cuidado! Con una mujer de su género hace una que obedece, y no por eso deja de hacer su santa voluntad.

Entonces Angela debió abrazar á Lisa porqué se oyó su voz ahogada murmurar.

—Tienes razón... y además... tanto peor para ella. A quien yo quiero es á ti.

Octavio subía á acostarse, cuando la necesidad de respirar aire puro le impulsó á salir á la calle. Eran las diez á lo sumo, y podía ir paseando hasta el Palacio Real. En aquel momento se consideraba como soltero; ni Valeria ni Mad. Hedouin habían querido hacerle caso, y se había apresurado demasiado á devolver á Julio su Maria, la única mujer que había conquistado y precisamente sin costarle trabajo. Procuraba reirse de su situación, pero en el fondo estaba triste; y recordando con amargura sus triunfos de Marsella, veía un mal presagio, un abandono de la suerte en la derrota de sus seducciones. Cuando no tenía faldas á su lado sentía un frío glacial. ¡Hasta Mad. Campardon le había dejado partir sin derramar una lágrima! Necesitaba resarcirse de aquellos descalabros. ¿Por ventura iba á negarle Paris lo que Marsella le había otorgado?

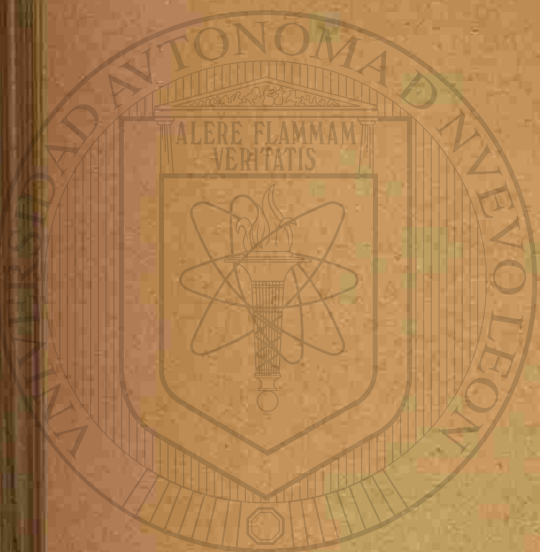
Al poner el pié en la acera, una voz femenil le llamó y reconoció á Berta que estaba en el dintel de la puerta de la tienda cuyas maderas ponía un doméstico.

—¿ Es cierto, M. Mouret, le dijo, que

se ha salido V. de casa de los Hedouin?

Octavio se sorprendió de que ya se supiera en el barrio lo ocurrido. Al ver confirmada la noticia, Berta llamó á su esposo. Puesto que se proponía verle al día siguiente, mejor era que se aprovechase la ocasión de hablar con él. Augusto con su cara de mal humor y sin preámbulos, preguntó á Octavio si quería entrar á su servicio. Este, cogido de improviso vacilaba y estaba á punto de excusarse pensando en la escasa importancia de aquel comercio; pero vió el bonito rostro de Berta que le sonreía con la acostumbrada amabilidad, y halló en él aquella alegre mirada que le había dirigido dos veces en la escalera, el día de su llegada y el de la boda.

—Pues bien, si, acepto con mucho gusto, dijo resueltamente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE  
DIRECCIÓN GENERAL DE B

CATÁLOGO DE ALGUNAS OBRAS DE FONDO  
EN LAS  
LIBRERÍAS DE A. DE SAN MARTIN, EDITOR.

Puerta del Sol, núm. 6, y calle de Carretas, núm. 39.  
EL LIBRO DE ORO.

	Pesetas
<b>Absoluto</b> (Lo), por D. Ramón Campoamor, 8. <sup>o</sup> mayor.....	3,50
<b>Album religioso</b> . Colección de 24 composiciones líricas, sobre asuntos del Evangelio y hechos de los Apóstoles, ilustradas con otras tantas láminas primorosamente grabadas en acero.....	30
<b>Amigo</b> (El) <b>de las gentes de campo</b> , guía universal del labrador, hortelano y ganadero, por Vega y Ortiz, ilustrada con multitud de grabados, 8. <sup>o</sup> .....	2
<b>Amores</b> (Los) 1. <sup>o</sup> amor 4. <sup>o</sup> ilusión 4. <sup>o</sup> deseo, desenlace, por Eduardo Lopez Bago, 4. <sup>o</sup> , impresión y papel de lujo.....	6
<b>Angel</b> (El) <b>de la muerte</b> , narración de Murguía, 8. <sup>o</sup> .....	4,50
<b>Animales célebres</b> de todos los países, por Castro y Serrano, 4. <sup>o</sup> , con grabados.....	5
<b>Animales</b> (De los) de salón y de jardín, pájaros, peces, perros, gatos; obra arreglada por Vega y Ortiz, é ilustrada con 46 grabados en el texto. 8. <sup>o</sup>	2
<b>Antigüedades eclesiásticas</b> . Contiene la historia de la religión en todas épocas, sus cismas, heregias, persecuciones, etc. etc., varones ilustres, leyes, cánones, y por último, todos los concilios con sus análisis en latín, por Villodas, segunda edición. Dos tomos en 4. <sup>o</sup> .....	7,50
<b>Arboricultura</b> , ó manual teórico-práctico del arbolista. Contiene la propagación, cultivo y enfermedades de los árboles, así frutales como silvestres, por R. C., 8. <sup>o</sup> , con grabados.....	3,50
<b>Aritmética</b> (Lecciones de), por D. Ambrosio Moya, doctor en la facultad de Ciencias y catedrático de Matemáticas en el Instituto del Noviciado de Madrid, 4. <sup>o</sup> .....	5

Arte de echar las cartas, ó libro de las revelaciones para saber lo venidero, por medio de la baraja española, en 16. <sup>o</sup> .....	4
El mismo con la barajita de 48 cartas.....	1,50
Aventuras de un cochero y memorias de un lacayo, novela original de Garcia del Canto, autor de «Candelas.» Un tomo en 4. <sup>o</sup> de 568 páginas, con láminas litografiadas.....	4
Aves y animales de corral, manual teórico-práctico para propagarlas y mejorarlas, Un tomo en 4. <sup>o</sup> con multitud de láminas.....	4
Baraja de los enamorados y tertulias, con preguntas y respuestas, en verso.....	0,75
Bello (El) ideal del matrimonio por Nombela, segunda edición, 16. <sup>o</sup> .....	2
Caballero (El) del silencio, novela original, por D. Juan de Dios de Mora, segunda edición. Un tomo en 4. <sup>o</sup> con 13 preciosas láminas.....	10
Campana (La) de Huesca, crónica del siglo XII, por D. Antonio Cánovas del Castillo. Esta novela va adornada con cuatro preciosas láminas, que representan las escenas más importantes, y consta de un tomo en 4. <sup>o</sup> de 346 páginas.....	4
Capilla (La) expiatoria de Luis XVI y de María Antonieta, por el Abate Sarbomin. Dos tomos en 8. <sup>o</sup> .....	2
Cartas sobre política europea, por Emilio Castelar, 2 tomos en 8. <sup>o</sup> .....	6
Castelar según la frenología, por Castels... ..	0,25
Civilización (La) en los cinco primeros siglos del Cristianismo, por Emilio Castelar. Tercera edición corregida. Cinco tomos en 8. <sup>o</sup> ... ..	15
Ciencia (La) de la mano, ó arte de conocer las facultades de la inteligencia de los hombres por la forma de sus manos. Un tomo en 8. <sup>o</sup> con una magnífica lámina litografiada con siete figuras... ..	1
Clotilde, por Karr. Dos tomos en 8. <sup>o</sup> .....	2
Cocina (La) perfeccionada, ó sea el cocinero instruido en el arte culinario, según los adelantos del día y la práctica de los cocineros de más fama, por J. L. aumentado con el <i>Manual de lavado y planchado</i> . Sétima edición, en 8. <sup>o</sup> .....	2
Código del amor, ó curso completo de definiciones, leyes, reglas y máximas aplicables al arte de amar y de lograr ser amado; enriquecido con	

el Código penal del amor, arreglado por Molière, en 16. <sup>o</sup> .....	4
Código de los Jesuitas, extractado de más de trescientos escritos de los casuistas de la orden. Traducción literal por Apouza, en 16. <sup>o</sup> .....	1
Colonización (La) en la historia. Conferencias del Ateneo científico de Madrid, por Rafael M. de Labra. Dos tomos en 8. <sup>o</sup> .....	6
Constitución (La) inglesa, comparada con los Gobiernos republicanos y monárquicos de Europa por Lolme, traducido del inglés con notas por J. A. Un tomo en 8. <sup>o</sup> .....	3
Conversaciones familiares sobre el modo de mejorar la condición de los pueblos: obra escrita en francés por M. Cormenin (Timon), traducida por Azcutia. Dos tomos en 8. <sup>o</sup> .....	7
Corazón (El) de un bandido, leyenda tomada del aplaudido drama del mismo título, y escrita en verso por Franquelo, en 8. <sup>o</sup> con láminas....	1
Cuentos escogidos (Tesoro de), arreglados ó escritos por D. Angel Fernández de los Ríos, ilustrados con magníficas láminas de nuestros primeros artistas, 2. <sup>a</sup> edición. Un tomo en 4. <sup>o</sup> .....	6
Cuentos íntimos, por D. Fernando Martínez Pedrosa; contiene: <i>Dos palabras</i> .— <i>Zarza maldita!</i> .— <i>La mujer de su casa</i> .— <i>Misterios de una sombra</i> .— <i>Un hombre por dentro</i> .— <i>El español conocido</i> . Un tomo en 8. <sup>o</sup> , de esmerada impresión y buen papel.....	3,50
Curas en camisa (Los), por Eusebio Blasco. Segunda edición corregida y aumentada en 8. <sup>o</sup> mayor.....	2,50
Dama (La) de noche. Novela, por Fernández y Gonzalez, en 8. <sup>o</sup> .....	2
Defensa de la fórmula del progreso, por Castelar, en 8. <sup>o</sup> .....	2
De la salud de los niños, ó sea el libro de oro de las madres acerca de la conversacion de los niños y de su propia salud durante el embarazo, segunda edición. Un tomo de 270 páginas, en 16. <sup>o</sup> .....	1,50
Diccionario manual de la lengua castellana, arreglado á la ortografía de la Academia Española, y el más completo que se ha publicado hasta el día, por Campuzano; décima quinta edición, 1175 páginas. Un tomo 8. <sup>o</sup> tela.....	6

<b>Diccionario de la religión</b> , en que se prueban y establecen todos los puntos de la religión combatidos por los incrédulos de nuestros tiempos, y se responde á sus objeciones, por el <i>Abate Nonnotte</i> , traducido al castellano y añadido en varios puntos, por P. Parada. Tres tomos en 4. <sup>o</sup> .....	7,50
<b>Diablo mundo</b> (El), continuación y conclusión del poema de D. José de Espronceda por Carrillo de Albornoz en 4. <sup>o</sup> con grabados.....	5
<b>Discursos académicos</b> precedidos del leído en la Academia Española, por Castelar, en 8. <sup>o</sup> .....	3
<b>Discursos parlamentarios</b> en la Asamblea Constituyente de 1869 á 1870, por Castelar, tercera edición. Tres tomos, en 8. <sup>o</sup> .....	6
<b>Don Quijote</b> (El ingenioso hidalgo) de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Dos tomos en cuatro volúmenes, en 8. <sup>o</sup> con láminas.....	5
<b>Ensayo sobre la perfección del hombre en la extensión de su sér</b> , ó sea la armonía de la naturaleza y la civilización en la formación física é intelectual del mismo desde su individual origen hasta la juventud, por Peña. Un tomo en 4. <sup>o</sup> .....	7,50
<b>Espumadera de los siglos</b> , por Roberto Robert, en 4. <sup>o</sup> .....	4
<b>Estudios históricos</b> sobre la Edad-media y otros fragmentos, por Castelar en 8. <sup>o</sup> .....	2,50
<b>Estudios históricos y políticos</b> , por Balaguer en 8. <sup>o</sup> .....	2,50
<b>Fórmula del progreso</b> , por Castelar, en 8. <sup>o</sup> .....	2
<b>Galas del ingenio</b> . Cuentos, pensamientos y agudezas de los poetas dramáticos del <i>Siglo de oro</i> , coleccionados y anotados por Eduardo Bustillo y Eduardo de Lustonó.....	4
—Lope de Vega, Calderón, Alarcón, en 8. <sup>o</sup> .....	4
—Tirso de Molina, Moreto, Rojas, en 8. <sup>o</sup> .....	4
—Contemporáneos de Lope de Vega, en 8. <sup>o</sup> .....	4
<b>Galería humorística</b> —Ellas. Colección escogida de cuentos, ocurrencias, disparates, etc.....	4
—Ellos. Id., id., id. ....	4
—Ellas y ellos. Id., id., id. ....	4
—Andaluces y Gallegos. Id., id., id. ....	4
—Tontos y locos. Id., id., id. ....	4
—Cuentos para reir, por Blanco Herrero.....	4

—Más cuentos para reir, por id., id. ....	4
—El duo eterno, por Moja y Bolívar.....	4
—Cuentos, mentiras y exageraciones andaluzas, por Franquelo.....	4
—Pepinillos en vinagre, por D. Rafael García Santisteban.....	4
—Sal y pimienta, por Cubas.....	4
—La cámara oscura, por Flores García.....	4
—Norte y Sur, por José Navarrete.....	4
<b>Guía práctica</b> para conservar y recobrar la salud, ó tratado completo de medicina y farmacia domésticas al alcance de todo el mundo, por el doctor E. Vollet, en 8. <sup>o</sup> .....	4
<b>Hermana (La) de la caridad</b> , por Castelar, cuarta edición, dos tomos en 8. <sup>o</sup> .....	5
<b>Hija (La) del Carnaval</b> (apuntes para una historia), por Fernández y Gonzalez, en 8. <sup>o</sup> .....	3,50
<b>Hombres y mujeres</b> , ó misterios de faldas y pantalones, por Mortunviri, en 32. <sup>o</sup> .....	0,50
<b>Historia de un bocado de pan</b> . Cartas á una niña sobre la vida del hombre y de los animales, por Macé, segunda edición en 8. <sup>o</sup> mayor.....	3
<b>Juan de Padilla</b> , por Barrantes, ilustrada con láminas tiradas á dos tintas, dos tomos en 4. <sup>o</sup> .....	10
<b>Juego del tresillo</b> . Arte de jugarlo con sus leyes, una colección de jugadas, y láminas, por D. R. C., undécima edición corregida, en 16. <sup>o</sup> .....	0,50
<b>Limones agrios</b> , colección de cuentos, cuadros y artículos para alegrarse, y sobre todo para riarse, por Ruiz Aguilera, 8. <sup>o</sup> .....	3,50
<b>Luna (La) de miel</b> , por Corsini, en 8. <sup>o</sup> .....	4
<b>Madrid por dentro y por fuera</b> . Guía de forasteros incautos, Misterios de la corte, enredos y mentiras, verdades amargas, fotografías sociales. La familia, la calle, el paseo. Cuadros de costumbres, miserias madrilenas, lujo y bambolla. Tipos de Madrid, señoras y caballeros, políticos y embusteros. Lo de arriba, lo de abajo, lo de fuera y lo de dentro. Madrid tal cual es, Madrid al pelo. Madrid en camisa; dirigido por Eusebio Blasco, y escrito por treinta y cinco distinguidos escritores, un tomo en 4. <sup>o</sup> .....	8
<b>Magdalena</b> (Memorias de un enamorado). <i>Amor de monja</i> , (Memoria del claustro), por D. Manuel Fernández y González, un tomo en 8. <sup>o</sup> .....	2

- Más hojas sueltas**, nueva colección de viajes ligeros alrededor de varios asuntos, por Selgas y Carrasco. Tercera edición, corregida y aumentada, en 8.<sup>o</sup>..... 2,50
- Miscelánea de historia**, de religión, de arte y de política, por Castelar, un tomo en 8.<sup>o</sup>..... 2,50
- Mujer (La) en el siglo diez y nueve**. Hojas de un libro originales de D. Adolfo Llanos y Alcaráz, precedidas de un prólogo, por D. Manuel Canete. Segunda edición en 8.<sup>o</sup>..... 3
- Manual de Albañilería**, ó exposición teórico-práctica de las construcciones, fabricación de los materiales, y disposiciones legislativas correspondientes á este arte, recopilado por D. F. B. y B. en 8.<sup>o</sup>, con 37 grabados intercalados en el texto. 2
- Manual de la salud**. Medicina y farmacia doméstica. Contiene todos los datos teóricos y prácticos, indispensables para preparar y emplear los medicamentos, preservarse ó curarse prontamente y con pocos gastos, de la mayoría de las enfermedades curables y procurarse un alivio casi equivalente á la salud en las incurables ó crónicas, por F. V. Raspail, 32.<sup>a</sup> edición, considerablemente aumentada, en 8.<sup>o</sup>..... 2
- Obras festivas en prosa**, de Ensenjo Blasco. *Explicaciones*.—*La miseria en un tomo*.—*Del Suizo á la Suiza*.—*Del amor y otros excesos*, en 8.<sup>o</sup>..... 3
- Obras de D. F. Quevedo y Villegas**, edición económica, bajo la dirección de D. V. Castello. Adornada con grabados, cuatro tomos en 8.<sup>o</sup>..... 7,50
- Oráculos (El gran libro de los) de Napoleón**, ó arte de adivinar la suerte presente y futura de las personas: 2.<sup>a</sup> edición en 16.<sup>o</sup>..... 0,50
- Oráculos (El gran libro de los) ó los secretos del destino universal**, revelados por los Dioses, Diosas, Héroes, y personajes más famosos de la antigüedad, reunidos por Alberto Merlin, doctor en ciencias adivinatorias, traducido por la señorita D.<sup>a</sup> Isabel Camps Arredondo. Este libro, el más completo de su género, contiene doscientas diez y ocho preguntas y más de dos mil cuatrocientas contestaciones, en 8.<sup>o</sup>..... 2
- Piratas (Los) callejeros**, cuadros de costumbres. *La voluntad de Dios*, cuento, por Fernández

- y González, segunda edición, en 8.<sup>o</sup>..... 2
- Poesías de Romea**, segunda edición aumentada considerablemente, en 4.<sup>o</sup>, papel de lujo..... 5
- Quintín Durward** ó el escocés de Luis XI, por Walter Scott, un tomo en 4.<sup>o</sup> ilustrado con 20 láminas..... 1
- Rebeldes (Los) en tiempos de Carlos V**, novela histórica de el Vizconde de Arlincourt, traducida, por C. A. C., dos tomos en 8.<sup>o</sup>..... 2
- Recuerdos y Esperanzas**, por D. Emilio Castelar, dos tomos en 8.<sup>o</sup>..... 6
- Redención (La) del Esclavo**, por D. Emilio Castelar, cuatro tomos, en 8.<sup>o</sup> Los dos primeros contienen la segunda edición de la parte publicada anteriormente y los dos últimos la continuación que por primera vez ahora se publica..... 12
- Repostería, pastelería, confitería, café y botillería (Tratado de)**, que sirve de continuación á la *Cocina perfeccionada*, por J. L. Tercera edición, un tomo en 8.<sup>o</sup>..... 1,50
- Santos (Los) Padres**, por D. Miguel Sánchez, presbítero, un tomo en 8.<sup>o</sup>..... 5
- Sermones del Padre D. Teodoro Almeida**, tres tomos en 8.<sup>o</sup> mayor con láminas..... 6
- Tardes (Las) de la Granja**, ó lecciones del padre. Traducción libre del francés, por D. Vicente Rodríguez de Arellano, dos tomos en 8.<sup>o</sup>..... 4
- Teatro (El) por dentro**. Estudios del natural. Empresarios y formaciones.—Las compañías.—La gente de escena.—Los autores.—La obra nueva.—El estreno.—La crítica y los críticos.—La contaduría.—Los editores dramáticos, por Eduardo Saco..... 3
- Teoría de la inmortalidad del alma** y de las recompensas en la vida futura. Segunda edición revisada, corregida y aumentada. Seguida del *Catecismo de la Religión Natural*, por D. Juan Alonso y Eguilaz, un tomo en 8.<sup>o</sup>..... 2
- Tesoro de la jardinera de ventanas**, balcones y terrados, ó arte de cultivar las plantas en tiestos y cajones. Modo de formar jarrones y tapices de verdura; por D. R. C. Nueva edición, un tomo en 8.<sup>o</sup>, con grabados..... 1,50
- Tesoro de la cría de gallinas, palomas y pavos**. De su alimento y propagación, modo

de formar y poblar los gallineros y palomares; enfermedades que padecen estas aves y método de curarlas, por D. R. C., en 8.º con láminas. . . . .	4,30
<b>Tristan</b> , ó el hijo del crimen, por Dumas (hijo), en 4.º ilustrado con láminas. . . . .	7
<b>Últimas confidencias</b> , por Lamartine, traducción de Julio Nombela, un tomo en 8.º. . . . .	2,50
<b>Una flor querida</b> , novela sentimental por X. Benifacio Saintine, un tomo en 4.º con láminas. De esta preciosa obra se han publicado veintiséis ediciones en París, que fueron agotadas en breve tiempo. . . . .	4
<b>Valvedre</b> , novela escrita por Jorge Sand, traducida por D. J. F. Saez de Urraca, tres tomos en 16.º. . . . .	3
<b>Vida del célebre poeta Garcilaso de la Vega</b> , escrita por D. Eustaquio Fernández Navarrete, un tomo en 4.º con el retrato del autor. . . . .	3
<b>Vida anecdótica de Luis Felipe</b> , duque de Orleans, ahora llamado rey de los franceses, un tomo en 8.º. . . . .	4
<b>Vindicación del general Maroto</b> , justificada con cincuenta documentos, inéditos los más, un tomo en 4.º. . . . .	6
<b>Viuda (La) de Padilla</b> , novela histórica, original de D. Vicente Barrantes, ilustrada con láminas tiradas á dos tintas, un tomo en 4.º. . . . .	7,50
<b>Voz (La) del siglo</b> , por Fernández de las Cuevas, un tomo en 4.º. . . . .	4
<b>Zaragata</b> , fragmentos de la historia de un infeliz, dados á luz, por Manuel Matoses; un tomo en 8.º. . . . .	4



